LA CUARTA MARQUESA

Serie Los Marstone
Libro 4



JAYNE DAVIS

La cuarta marquesa

Jayne Davis

Contenido

Página del título
Copyright
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Notas históricas
Nota final

Copyright

Copyright © 2021 por Jayne Davis
Todos los derechos reservados
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Desarrollo del manuscrito: Elizabeth Bailey
Edición y corrección de estilo: Sue Davison
Diseño de portada: P Johnson

Agradecimientos

Gracias a mis compañeros de crítica en Scribophile por sus comentarios y sugerencias, en particular a Alex, Daphne, Jim, Rachel, Ysobel, Kim, David, Ann y Violetta.

Gracias también a los lectores beta Dawn, Helen, Kristen, Leigh, Mary G, Mary R, Melanie, Melissa, Patricia, Safina, Sarah, Sue, Tina y Wendy.

Capítulo 1

Marzo de 1794, Londres

James Broxwood, el octavo Marqués de Harlford, se estremeció con el fresco de la tarde mientras descendía del carruaje en Cavendish Square. Había sido un día agotador, y esperaba con ansias su cena y unas pocas horas tranquilas para repasar sus notas.

Su mayordomo lo esperaba en la puerta principal.

—Buenas tardes, milord. La señora Harlford desea verlo. En cuanto entró, dijo que la viera —su voz era casi inaudible.

James levantó una ceja.

—Su señoría está en el salón trasero —añadió el mayordomo.

—Gracias, Haversham —dijo James, con la voz tan suave como la de Haversham—. ¿Podrías mandar a Mitton arriba? Y agua para el baño. No estoy preparado para escuchar las demandas de mamá, y necesito quitarme el leve olor a azufre que siempre se queda en mi ropa después de una visita a los laboratorios en Warren.

—Milord —dijo el mayordomo haciendo una reverencia y dirigiéndose a la puerta de baize hacia las habitaciones de los sirvientes. James esbozó una sonrisa irónica y lo siguió, luego subió por las escaleras de servicio, lo que garantizaba que no se encontraría con su madre hasta haberse calentado, bañado y cambiado. Lo había estado haciendo desde su niñez, por lo que los sirvientes nunca se sorprendían. Tardíamente, pensó que debería haber pedido algo de comer, pero cuando su criado apareció, un lacayo también entró con una bandeja con té y bocadillos. Realmente debería asegurarse de que Haversham estuviera recibiendo un pago adecuado.

Casi una hora después, James entró en el salón vestido con su traje habitual y cómodo de día, pantalones de gamuza metidos en botas altas. Cassandra Broxwood, viuda del sexto Marqués de Harlford, estaba sentada en una silla cerca del fuego, con la espalda erguida y un libro en las manos. Llevaba un vestido de noche de seda carmesí, bordado por completo con flores entrelazadas y

decorado con encaje. Al verlo entrar, sus cejas, cuidadosamente delineadas, se elevaron.

—¿Por qué estás vestido así, James? Nos vamos en breve.

—Buenas noches, mamá —dijo cortésmente, sabiendo que el sarcasmo le pasaría desapercibido—. ¿Querías verme?

Ella lo miró de arriba abajo, los labios fruncidos con fastidio.

—Pedí verte tan pronto como entraste.

—Mamá, la última vez que vine a verte directamente desde Woolwich te quejaste de que no me había cambiado primero. Hazte un favor y decide.

—Bueno, ya estás aquí. Estarás listo a tiempo si te apresuras. Los Cardington nos esperan para la cena antes del baile.

—No recuerdo haber aceptado una invitación.

—La acepté en tu nombre, naturalmente. Si dependiera de ti, James, nunca tratarías con la gente.

—Voy a White's con frecuencia, y también a Jackson's —protestó.

—No me refiero a los clubes de caballeros ni a los salones de boxeo, y lo sabes. Ve y cámbiate; no quiero llegar tarde.

—No. Estoy cansado y no tengo ganas de intentar mantener una conversación educada con personas que apenas conozco. Necesito escribir sobre las reuniones de hoy mientras los detalles estén frescos en mi mente.

El pie de su madre comenzó a golpear el suelo.

—Me pones en una posición difícil; a tan corto plazo, tu ausencia alterará el número de comensales para la cena de Lady Cardington.

—En ese caso, quizás en el futuro me harías el favor de no aceptar invitaciones en mi nombre —no intentó ocultar la irritación en su voz.

—Solo actúo por el bien de la familia. Es hora de que te cases y produzcas un heredero, y si no asistes a eventos sociales nunca conocerás a una chica adecuada.

Suspiró, esto otra vez. No es que tuviera objeción al matrimonio, siempre que encontrara una mujer aceptable. Había participado plenamente en la última temporada, pero sus prioridades habían cambiado desde entonces. El país llevaba más de un año en guerra con Francia y su investigación era más importante que nunca.

—Perdiste tu tiempo el año pasado, fue una lástima que no estuviera bien y no pudiera ayudarte.

—Propuse matrimonio a una joven, mamá, pero no aceptó mi oferta. —La diversión reemplazó la irritación al ver la expresión sorprendida de su madre.

—¿Te rechazó? ¡Eres un marqués! Debiste haber sido el soltero de más alto rango de la última temporada. ¿Quién era?

Phoebe Deane fue la única mujer que logró hablar de algo que no fuera el clima, los vestidos, los galanes o los chismes actuales. Aunque era sobrina del Conde de Calvac, su padre había sido un simple cirujano. Mamá no la habría aprobado.

—¿Quién era? —repitió su madre, más cortante.

—Ya pasó, mamá. La señorita Deane está casada ahora. No la amaba, pero me gustaba. Su rechazo me dolió más de lo que esperaba y lastimó mi orgullo lo suficiente como para rendirme en el mercado matrimonial el año pasado.

Lady Harlford se levantó y se sentó en su escritorio en la esquina de la habitación, sacando lo que parecía una pila de invitaciones.

—¿Estás comprometido mañana por la noche?

¿Podría decir que tenía compromisos todas las noches de las próximas dos semanas? No, eso no la detendría; la única salida era regresar a Herefordshire. Lo haría pronto, pero debía quedarse allí hasta su próxima reunión en Woolwich, sin mencionar los negocios con sus contactos en Francia, así que estaba atrapado en la ciudad por el momento.

—No, mamá.

—Bien. —Colocó las tarjetas de invitación sobre el tablero de su escritorio—. Estas son las invitaciones que has recibido. Hay un baile mañana, y otro al día siguiente. Luego, al siguiente día, un concierto, y luego...

—No.

—¿Qué quieres decir con "no"? ¡James, necesitas una esposa!

—No hay prisa. Aún faltan varios años para que cumpla los treinta.

—Nunca se sabe qué depara el destino. ¡Mira lo que le pasó al pobre Robert! —se secó los ojos secos con una esquina de su

pañuelo.

Claro. Pensó un momento en su hermano mayor, muerto después de intentar saltar una cerca demasiado alta para su caballo. Decían que intentaba alcanzar la caza, pero probablemente volvía de visitar a su amante en el pueblo de al lado.

—Siempre está el tío David. —Quien vivía en algún lugar de Italia. A veces lo envidiaba.

—Eso es una tontería, no fue criado para ser el siguiente marq...

—Ni yo.

—Ni tiene hijos.

Tenía razón. Lamentablemente.

—Un compromiso por noche, madre. Nada más. —Estuvo a punto de decirle que regresaría al castillo de Harlford en un par de semanas, pero lo pensó mejor—. Puedes elegir, excepto que no me sentaré en una habitación sofocante escuchando a una soprano chillar o a jóvenes intentando tocar el piano. —O el arpa; eso era peor—. Nada de musicales.

Para su alivio, ella asintió y tomó las invitaciones, disponiéndolas en hileras. Parecía una adivina disponiendo las cartas que auguraban su perdición.

Una vez en su estudio, se sirvió un brandy y se quedó de pie junto al fuego. Maldito Robert por morir sin asegurar la sucesión. No era solo que su muerte lo hubiese convertido en el blanco de los planes de casamiento de su madre; también seguía echándolo de menos. Extrañaba la rivalidad amistosa en la equitación y las cartas, las bromas mutuas e incluso contarle sobre su trabajo. Robert nunca había estado realmente interesado, pero escuchaba, porque eso es lo que hacen los hermanos.

Ahora era su deber encontrar esposa. Le gustaría poder hacerlo a su propio ritmo. Pero como su madre seguramente lo presionaría para asistir a los eventos que había seleccionado, bien podía hacer un esfuerzo y conocer a algunas de las jóvenes de la temporada. En la medida en que fuera posible en el ruido y el bullicio de un salón de baile.

Terminó su bebida y extendió sus notas sobre el escritorio. Los apuntes garabateados durante las discusiones del día no tendrían

sentido en unas semanas, así que necesitaba transcribirlos adecuadamente ahora.

Salió de su concentración cuando Haversham dejó una bandeja de comida en su escritorio y, nuevamente, cuando el mayordomo regresó para recordarle que debía comer. En ese momento decidió que ya era suficiente; su mente funcionaría mejor tras una buena noche de sueño.

***

Alice Bryant pagó al cochero y se volvió para contemplar la fachada de Montagu House. Las hileras de altas ventanas y las alas que flanqueaban el patio hablaban de riqueza, pero no daban indicio alguno de la vastedad del conocimiento almacenado dentro de sus muros.

Su joven pupilo avanzó a paso ligero por el patio hacia la entrada principal.

—¿Podemos ver otra vez las pinturas de los caníbales? ¿Y las momias de Egipto?

Alice caminó tras él.

—Hemos venido a aprender sobre historia natural, Georges. Si prestas atención, pediremos a nuestro guía que nos lleve a las exhibiciones de los viajes del capitán Cook después.

Georges frunció el ceño por un momento, pero su carácter naturalmente alegre terminó por imponerse. Alice lo miró con afecto; tenía suerte con su posición. El conde de Calvac, su padre, era un empleador generoso y considerado, y Georges un niño inteligente, aunque su entusiasmo por el aprendizaje se inclinara en ese momento más hacia lo macabro y lo bélico.

—Vamos, enseñemos nuestros boletos al portero.

El portero miró por encima de su largo y afilado nariz la sencilla pelliza y el sobrio sombrero de Alice, pero el nombre del conde en sus boletos lo persuadió de que eran dignos de entrar en los venerados salones del museo.

—Espere aquí, señorita, hasta que lleguen los demás visitantes. Alguien vendrá a mostrarles el lugar.

—Creo que Monsieur le Comte hizo una solicitud específica para que tuviéramos tiempo de examinar los especímenes en las salas de

historia natural. —Alice ya había traído a Georges al museo antes, y el guía había apresurado tanto el recorrido que no les había permitido aprender nada—. ¿Podría consultar su lista del día?

El portero resopló, pero antes de que pudiera responder, dos visitantes más subieron los escalones. Por la profunda reverencia que hizo al hombre mayor de peluca empolvada, debía de tratarse de alguien importante. El otro hombre era mucho más joven, con un rostro anguloso y una nariz aguileña. Su cabello oscuro, sin empolvar, estaba atado con una cinta sencilla que hacía juego con su abrigo sin adornos. Le resultaba familiar…

—Hola, Lord Harlford —saludó Georges—. ¿También ha venido a ver las exhibiciones?

Por supuesto, el marqués en quien Hélène, la hermana de Georges, había puesto sus ojos el año pasado, pero que había terminado pidiendo la mano de su prima en su lugar. Phoebe había rechazado a Lord Harlford en favor del hombre que amaba. Aunque sus cartas, relatando su nueva y aventurera vida, eran de lo más entretenidas, Alice extrañaba su compañía.

—El año pasado me llevó a ver un ascenso en globo —soltó Georges antes de que el marqués tuviera oportunidad de responder.

—Georges… —Alice siseó, avergonzada por su atrevimiento. Pero, para su alivio, la expresión seria del marqués se suavizó. Tenía unas pequeñas cicatrices alrededor de un ojo que ella no recordaba, aunque nunca antes había estado tan cerca de él.

—¿Cómo podría olvidarlo? No, joven, no he venido a recorrer las galerías. Este caballero es uno de los fideicomisarios. Me ha concedido acceso para inspeccionar algunos de los objetos almacenados aquí. —Lanzó una mirada en dirección a Alice, con un leve fruncimiento en el entrecejo—. ¿Algún problema, señorita…?

Alice hizo una reverencia.

—Bryant, mi lord. Soy la institutriz de Georges. —Él apenas le había dirigido unas palabras la primavera pasada; le habría sorprendido que recordara haberla conocido—. Monsieur le Comte dispuso que pudiera mostrarle a Georges los especímenes de historia natural.

—No hay constancia en el libro de ninguna solicitud para que un oficial explique las exhibiciones, señor —intervino el portero.

—Pero…

El fideicomisario cortó las palabras de Alice.

—No hay necesidad de que pierda su tiempo con este asunto, mi lord. Si me acompaña… —Hizo un gesto en dirección a la escalera.

Lord Harlford ignoró el ademán del hombre.

—Estoy seguro de que la señorita Bryant no interferirá con las exhibiciones si se le permite examinarlas. ¿Por qué no acompañamos a los visitantes allí en nuestro camino hacia su depósito?

El fideicomisario frunció el ceño, pero Lord Harlford simplemente arqueó una ceja y esperó.

—Oh, está bien. Por aquí, si son tan amables. —Sin dirigirle una sola mirada a Alice, el fideicomisario se encaminó hacia la escalera.

Alice agradeció la ayuda inesperada.

—Gracias, mi lord. —Le dio un leve empujón a Georges.

—Sí, gracias, Lord Harlford. —Subió las escaleras junto a su benefactor—. ¿Ha visto más globos, señor? ¿Ha subido en uno? Yo le pregunté a papá, pero…

—Me temo que no —interrumpió Lord Harlford con firmeza, aunque sin hostilidad.

—No molestes a su señoría, Georges. Mira, aquí estamos en la exposición de aves.

—Están etiquetadas —comentó el fideicomisario con amargura—. Veré si encuentro a alguien que pueda explicarlas.

Alice alzó la barbilla.

—Soy perfectamente capaz de explicar el sistema de clasificación binomial de Linneo.

—Es un tema bastante complejo para una mujer.

—En absoluto. —Alice miró a través de la puerta; las vitrinas más cercanas contenían golondrinas y vencejos—. El género *Hirundo*, por ejemplo, incluye las especies *urbica*, *apus* y *rustica*, comúnmente conocidas como martinete común, vencejo y golondrina. Pertenecen al orden *Passeres*, clasificados según las características de su…

—Hmpf. —El fideicomisario frunció el ceño.

—¿He cometido algún error, señor? —Alice respiró hondo. Había dejado que su molestia se notara, pero la ligera curva en los labios de Lord Harlford indicaba que quizá le divertía más de lo que le irritaba.

—Creo que la señorita Bryant ha demostrado con creces su capacidad para educar al heredero del conde de Calvac. —Lord Harlford enfatizó sutilmente el título de su empleador.

El ceño del fideicomisario se profundizó.

—Muy bien. Por aquí, mi lord. —Se alejó por el pasillo con paso rígido.

Lord Harlford inclinó levemente la cabeza hacia Alice, aún con aquel asomo de diversión en el rostro, y se marchó antes de que ella tuviera tiempo de agradecerle. Sintió un fugaz destello de envidia por los privilegios que otorgaba un título, aunque sospechaba que la actitud del portero y el fideicomisario tenía tanto que ver con su condición de mujer como con su posición de institutriz.

—¿Tengo que aprender todo lo que dijiste? —preguntó Georges con duda en la voz.

—Estamos aquí para que comprendas los principios detrás del sistema.

Entraron en la sala y se detuvieron ante la primera vitrina. Los especímenes, aunque estaban bien disecados, siempre le parecían tristes a Alice. Preferiría estudiar a los animales en su hábitat natural, pero allí era más fácil mostrarle a Georges los rasgos comunes entre diferentes especies y órdenes para que entendiera el sistema de clasificación. Y verlos en carne y hueso, por así decirlo, era más interesante que limitarse a examinar ilustraciones en un libro.

—Veamos primero estas aves y después veremos si hay cocodrilos o tigres.

Capítulo 2

James se apoyó contra un pilar al lado del salón de baile, observando a la multitud. Aunque habían llegado bastante temprano, el aire ya estaba sofocante; los dulces aromas de los perfumes se mezclaban con los olores de cera de vela y sudor. Se veía igual que todos los bailes a los que había asistido el año pasado: un remolino confuso de personas con una mezcla deslumbrante de colores en las mujeres mayores y muchos de los hombres, y las jóvenes solteras con sus vestidos más pálidos.

Y el ruido: el raspar de los músicos apenas se oía sobre el bullicio de las conversaciones. Prefería un caballo y algo de campo abierto, con nada más que el sonido de los pájaros y el viento en los árboles.

Debía haber una mejor forma de elegir a una esposa.

Su madre había sido retenida por una conocida en cuanto llegaron, pero no necesitaba que ella le presentara parejas. Había suficientes madres con hijas casaderas presentes para reconocerlo y recordar su rango y su riqueza.

Tuvo razón, apenas unos momentos después. La Comtesse de Calvac se acercó, con su hija. Hélène era tan hermosa como la recordaba, con sus rizos dorados adornados con pequeñas flores que coincidían con el bordado de su vestido, una sonrisa bonita en sus delicadas facciones.

—Mi lord —la comtesa y su hija hicieron una reverencia—. Qué bueno verlo de vuelta en la ciudad. ¿Espero que se encuentre bien?

—Mi señora. Lady Hélène —él hizo una breve inclinación de cabeza en señal de reconocimiento—. ¿Está disfrutando de la temporada hasta ahora?

—Oh, sí, mi lord. He sido muy solicitada en los bailes —Hélène parpadeó coquetamente—. Qué lástima que no haya estado presente hasta ahora.

¿Qué podía decir ante eso? El modo ligeramente agitado de hablar de Hélène le había parecido cautivador el año pasado, pero

ahora le resultaba irritante. Había resultado cautivado por su belleza hasta que se dio cuenta de lo egoísta que era.

—Es una habitación muy agradable, ¿no cree? —dijo ella en el siguiente silencio.

—Muy agradable —en realidad, no parecía muy diferente de la mayoría de las habitaciones que la gente usaba para recibir.

—Me encanta bailar —¿había un toque de desesperación en su voz?

En ese momento la música terminó y la gente comenzó a moverse, buscando pareja para el siguiente baile. Él se resignó.

—¿Me permitiría el placer del siguiente baile? —Ella tomó su mano con una pequeña risita. La comtesa sonrió satisfecha mientras él conducía a su hija hacia la pista para una danza campestre.

—Conocí a su hermano esta mañana —dijo mientras comenzaba la música. Era lo único que se le ocurría decirle. —Visitando el Museo Británico.

—Oh. Supongo que Bryant lo llevó allí para sus lecciones. Papá me llevó una vez... qué tedioso, todos esos viejos y polvorientos objetos —la danza los separó después de este desdén hacia todo el aprendizaje inherente a esos "viejos objetos", pero ella siguió hablando en cuanto volvieron a encontrarse—. Prefiero ir a Bond Street. Es tan importante para mí estar a la última moda.

¿Por qué? No iba a elegir una esposa basándose en su sentido de la moda, y no veía mucha diferencia con el año pasado: las cabezas seguían luciendo plumas de avestruz, nudos de cintas o flores.

Ella siguió hablando, sin parecer darse cuenta de que las figuras de la danza lo alejaban de su alcance, y él volvió a centrar su mente en la reunión de ayer. ¿Sería útil una mezcla diferente de propelente...?

—El clima está algo frío, pero la moda para...

Había probado varias combinaciones, pero...

—Me encanta bailar, es...

Y luego estaba el problema con...

—... tanta gente aquí, que...

James abandonó su intento de pensar en el trabajo. Si tenía que conversar, preferiría hablar con su hermano o con Miss Bryant,

aunque sabía poco sobre clasificación biológica.

—... lo divertido que es conducir en el parque. —Esta vez hubo una pausa cuando ella terminó de hablar.

—Exacto —puede que no estuviera bendecido con todas las gracias sociales, pero reconocía una invitación disfrazada cuando la escuchaba, y no iba a caer en esa trampa—. Me temo que no he traído mi faetón a la ciudad. Ella hizo un pequeño puchero cuando no dijo nada más, pero el set finalmente terminó y James la devolvió a la comtesse con alivio.

Su madre lo encontró poco después y le presentó a una tal Miss Chilton, que mantenía la conversación sin requerir muchas respuestas de él. Luego llegó una Miss Esham, y se preguntó si tenía algo mal en los ojos, pues parecía parpadear con bastante frecuencia. Los sets se mezclaban entre sí: Lady Algo-u-otro, Miss Alguien-más...

¿Cómo iba a recordar sus nombres? Mamá se aseguraría de que bailara con ellas en otros eventos, con la esperanza de que se interesara por alguna de ellas. Esta era Miss Gearing, una rubia bonita que se reía al final de cada frase. Miss Risitas, eso podría funcionar. Sonrió mientras la devolvía a su acompañante.

—¿Mi lord? —Lady Hélène estaba a su lado, sonriendo dulcemente—. Me prometió el último cotillón.

¿Lo había hecho? Mientras se preguntaba cómo evitar otro baile con ella, sintió un toque en su brazo. No era otra joven señorita, sino una mujer una década mayor que él, algo regordeta, con el cabello castaño claro. La había conocido el año pasado... ¿Lady Jesson?

—Lady Harlford necesita de usted, mi lord —dijo ella—. Permítame llevarlo hacia ella.

Salvado, pero posiblemente solo del fuego a la sartén. No obstante, hizo una breve reverencia a Hélène y ofreció su brazo a Lady Jesson.

—¿Está mi madre indispuesta? —preguntó mientras caminaban.

—No tengo idea —ella lo miró con una sonrisa que casi era una risa—. Lo estaba rescatando, bajo la suposición de que no deseaba bailar con Hélène por tercera vez. ¿Tuve razón al hacerlo?

¿Tercera vez? Debería prestar más atención... eso podría haberse tomado como una declaración de interés.

—Eh, sí. Gracias. Pero ¿cómo...?

—Simple observación, mi lord —ella retiró la mano de su brazo—. Lady Hélène puede hacer que algún hombre sea un buen esposo, pero no creo que sea usted.

Ella lo dejó con un amistoso asentimiento.

Asombrado, se preguntó por qué ella había intervenido. Lady Jesson a menudo era mencionada como una chismosa entrometida, pero en este caso le había hecho un favor.

Ya había tenido suficiente por una noche. Su madre estaba sentada con varias otras mujeres de edad similar, y logró despedirse sin darle la oportunidad de protestar.

Mamá tomaría la carroza de regreso a casa, y él decidió caminar en lugar de llamar a un coche de alquiler. Repasó la velada mientras esperaba que un lacayo le trajera su abrigo.

La charla mientras bailaba había sido tediosa, si es que sus parejas hablaban. Una joven había estado muda; las demás parecían interesadas solo en la moda o en insinuar paseos por el parque.

Sus padres no habían hablado mucho entre ellos, y a veces había sido consciente de un aire de hostilidad en su trato. Eso no era lo que quería en un matrimonio. El amor no era esencial, pero debía poder respetar a su esposa y mantener una conversación sensata con ella.

Sus labios se torcieron al considerar que su aburrimiento podría haber sido tanto su culpa como la de ellas. No tenía aptitud para el tipo de charla trivial que se esperaba en estas situaciones.

—Su abrigo, mi lord.

James se puso el abrigo y se dirigió hacia Cavendish Square. El aire afuera estaba efectivamente frío, como tan astutamente había mencionado Lady Hélène, y las calles estaban llenas de multitudes empujándose, pero el ejercicio ayudaba a despejar su mente.

Quería más que solo conversación de una esposa. Uno de sus mayores placeres en casa era montar o conducir por el campo sin que nadie lo molestara. ¿Podría encontrar una esposa que también disfrutara de eso? ¿Proporcionar compañía sin charla constante?

Si iba a tomarse en serio este asunto, debería hacer una lista de preguntas para hacer en el baile de mañana. ¿Preferían la ciudad o el campo? ¿Sabían montar? ¿Qué obras de teatro habían disfrutado?

Mientras se cambiaba para la cena, su mayordomo le tendió un trozo de papel sucio entre el dedo y el pulgar, como si no quisiera tocarlo.

—Encontré otra nota en su bolsillo, mi lord.

James la tomó, al menos uno de los empujones en el camino a casa debió haber sido deliberado. Cómo había llegado allí, no lo sabía. Reconoció la escritura garabateada, Laurent quería otra reunión.

Mermaid. 4 Germ.

En la taberna Mermaid, cerca de los muelles de Billingsgate, el lugar de siempre. ¿El cuarto de Germinal? Dejó la nota a un lado, tendría que consultar sus notas para traducir la fecha del calendario revolucionario que Laurent insistía en usar, y esas notas estaban en la biblioteca. Lo haría por la mañana.

Serían buenas noticias, esperaba, las últimas cartas que había recibido solo decían que poco progreso se había hecho.

***

Alice caminaba por el sendero alrededor del borde de Hyde Park, bien abrigada contra la brisa fría. Normalmente, estaría admirando las nuevas hojas desplegándose en los árboles y disfrutando de la sensación del sol en su rostro, pero hoy sus pensamientos se volvían hacia dentro. Acababa de recibir su aviso.

No había sido realmente inesperado, siempre había sabido que Georges necesitaría un tutor para prepararse para la escuela este año, pero había esperado tener un poco más de tiempo antes de empezar nuevamente la ronda de solicitud de puestos. No estaría en la indigencia si no encontraba empleo, pero la perspectiva de regresar a vivir con su hermano no era atractiva. Amaba la vieja granja en el borde de los Marlborough Downs, y había tenido una infancia feliz allí. Sin embargo, las cosas cambiaron después de la

muerte de Papá, Dan se casó, y su nueva esposa no veía con buenos ojos que Alice viviera allí también.

El conde había sido generoso, ofreciéndole pagarle su salario durante tres meses, incluso si encontraba un tutor adecuado antes de ese tiempo. Y le había dado algo de tiempo libre adicional para visitar agencias de empleo. Supuso que debería haberlo hecho esa tarde, pero había ido al parque en su lugar, con la esperanza de que el aire fresco y el ejercicio la animaran. Había ayudado un poco, pero el parque comenzaba a llenarse de jinetes y carruajes a medida que se acercaba la hora de mayor afluencia. Era hora de regresar.

Una fila de carruajes estaba estacionada al lado opuesto de Berkeley Square, frente a la casa del conde, fuera de The Pot and Pine Apple. Hambrienta después de su ejercicio, Alice dudó en entrar, un té y un pastel serían encantadores.

No, eso sería extravagante, pero miró por la ventana de todos modos. La exhibición era para chuparse los dedos. Pequeños pasteles adornados con glaseado blanco y rosa, rodajas de pastel de semillas y trozos de tarta de manzana glaseada, y bollos de Chelsea, con sus espirales brillantes salpicadas de grosellas.

Alice casi podía saborear la canela y la cáscara de limón.

No debería...

Pero lo hizo.

Las mesas cerca de las ventanas estaban llenas, pero había varias libres en la parte trasera de la sala. Alice se sentó en la más pequeña y se quitó el sombrero. Un camarero se acercó y ella pidió té y un bollo de Chelsea. Había traído a Georges allí varias veces el verano pasado para probar los famosos helados, y le resultaba un poco extraño sentarse sola. Entre los colores brillantes y los estilos elaborados de la ropa de las demás mujeres, su atuendo sencillo parecía fuera de lugar. Para cuando el camarero reapareció, deseaba no haber entrado. Y él no llevaba una bandeja.

—Señorita, la dama de esa mesa solicita que se una a ella.

Señaló una de las mesas junto a la ventana, donde dos mujeres estaban ajustándose los sombreros. Una tercera mujer permanecía sentada; Alice la reconoció como Lady Jesson. Se habían encontrado

brevemente el verano pasado, cuando la familia del conde se alojaba en Kent. Ella había sido una buena amiga de Phoebe.

Lady Jesson sonrió y le hizo señas. Desconcertada, Alice esperó hasta que las otras dos mujeres se fueron, luego se acercó a una de las sillas vacías. El camarero recogió la vajilla usada y colocó su té y bollo.

—¿Lady Jesson?

—Siéntese, señorita Bryant. ¿Recuerdo bien su nombre?

—Sí, mi lady. Me sorprende que me recuerde. No habíamos hablado el año pasado.

—Recuerdo a la mayoría de las personas, querida. Si prefiere estar sola, por favor, dígamelo.

—Yo... no. Estoy feliz de tener compañía.

—Excelente. —Lady Jesson levantó una mano y pidió más té y pastel para ella. —¿Ha recibido dinero, o estás consolándose?

Alice negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

—Consolándome, de alguna manera. Necesito buscar un nuevo puesto.

—Mmm. El hijo de Calvac irá a la escuela en otoño y necesita mejorar su latín. Así que está a punto de ser reemplazada por un tutor.

La boca de Alice se abrió por un segundo, y Lady Jesson se rio.

—No soy lectora de mentes, querida. Oí a la comtesse hablar de ello el otro día. ¿Estás buscando otro puesto en Londres? —Tomó un bocado de su pastel.

—No. He disfrutado viendo los lugares mientras he estado aquí, pero prefiero estar en el campo.

—Venga a verme antes de responder a cualquier anuncio. Tal vez pueda aconsejarla sobre si la situación será adecuada. No estaría bien acabar en una casa donde haya un marido o un hijo con ojo vagabundo.

Sorprendida, Alice intentó leer la expresión de Lady Jesson, pero no vio nada más allá de una preocupación amistosa. No sabía por qué Lady Jesson se ofrecía a ayudar, pero aceptaría gustosamente.

—Gracias, mi lady. —Sabía que era afortunada, porque hasta ahora no había tenido tales problemas. —¿Por qué... usted...? —Se

detuvo, parecía grosero cuestionar los motivos de Lady Jesson.

—Me interesan las personas, querida, y ayudo cuando puedo. ¿Tiene urgencia por encontrar empleo? Podría preguntarle a mi conocido si...

—Tengo tres meses.

—No es mucho tiempo, en verdad. —Lady Jesson miró el plato de Alice—. No olvide comer. Luego me contará un poco más sobre usted.

Alice obedientemente dio un bocado; el bollo estaba tan delicioso como parecía.

—¿Qué materias puedes enseñar? —preguntó Lady Jesson cuando Alice terminó de comer. Alice se preguntó por dónde empezar.

—Más allá de lo básico, puedo enseñar francés, un poco de latín, matemáticas, el uso de los globos, filosofía natural. —Su primer puesto había sido enseñar a tres jóvenes, con intereses muy diferentes a los de Georges—. También dibujo y acuarelas, piano, bordado...

—Debe haber tenido una buena institutriz, querida. ¿O la enviaron a la escuela?

Alice dio un sorbo de su té.

—Ni lo uno ni lo otro, mi lady. Mamá me enseñó las habilidades propias de una dama, y mi padre nos enseñó a mi hermano y a mí matemáticas y algo de latín hasta que Dan se fue a la escuela. Aprendí más cuando le ayudaba a él a llevar la granja.

Había leído muchos de los libros de Papá y las revistas agrícolas a las que él estaba suscrito. La agricultura y la horticultura la fascinaban, pero no sería apropiado hablar de los artículos que ocasionalmente escribía para la Sociedad para la Mejora de la Agricultura. Lady Jesson podría desaprobar que ella se adentrara en lo que era un territorio predominantemente masculino.

—Cuénteme más sobre la granja, señorita Bryant.

—Está en el borde de los Marlborough Downs... —Alice describió la casa de campo de piedra, el cerro detrás de ella, los viajes de compras a Marlborough, las asambleas locales...

Varias tazas de té después, se dio cuenta de que había contado mucho más sobre su vida y su familia de lo que le había dicho a cualquier otra persona. Lady Jesson era una persona cómoda con quien hablar, amable y genuinamente interesada. No era de extrañar que tuviera fama de conocer todos los chismes más recientes. Pero sus platos ya estaban vacíos desde hacía un buen rato, y el camarero rondaba. Alice ya había tomado suficiente tiempo de Lady Jesson.

—Ha sido un placer hablar con usted, señorita Bryant —dijo Lady Jesson mientras Alice se levantaba—. Realmente es un cambio agradable conocer a alguien que pueda hablar de algo más que de bailes, moda y pretendientes. No dude en visitarme en Henrietta Place cuando tenga algún empleador prospectivo que discutir.

—Gracias, mi lady. —De otra persona, la oferta podría haber sido simplemente una cortesía, pero Alice pensó que Lady Jesson lo decía de verdad.

Capítulo 3

Alice tocó la puerta de la casa de Lady Jesson. Le había tomado dos semanas obtener los nombres de varias familias que necesitaban una institutriz, y el período de tres meses que el conde le había dado comenzaba a parecerle mucho más corto de lo que había imaginado. La tarde estaba agradable y suave para principios de abril, así que había decidido caminar hasta Henrietta Place en lugar de enviar una nota para ver si su sñoría estaba libre.

El mayordomo de Lady Jesson miró con desconfianza la falta de tarjeta de visita o sirvienta acompañante de Alice. Puso los labios en forma de fruncido mientras indicaba una silla dura en el vestíbulo y se fue a averiguar si su señora la recibiría. El pasillo estaba bien amueblado, aunque algunas de las piezas mostraban signos de desgaste. Una mesa consola estaba cubierta con un mantel bordado que no combinaba con la tela de la silla de Alice. Curiosa, levantó un extremo para mirar debajo. Allí ocultaba una mancha redonda, donde el agua derramada debió haberse quedado demasiado tiempo. El conde habría mandado la mesa al ático.

Sus observaciones fueron interrumpidas cuando el mayordomo regresó, y Alice rápidamente alisó el mantel en su lugar. La actitud del mayordomo fue considerablemente más amable mientras la conducía por el pasillo. Alice alcanzó a ver varios muebles bajo fundas de holland al pasar junto a puertas entreabiertas, antes de ser llevada a una pequeña sala de estar. Lady Jesson estaba sentada en un escritorio, revisando lo que parecía ser una pila de cuentas. Las dejó a un lado cuando Alice entró, y le pidió al mayordomo que trajera una bandeja de té.

—Dijo que podría visitarla, mi lady, si necesitaba su consejo —comenzó Alice, un poco insegura.

—Así fue —Lady Jesson se levantó—. Vamos, siéntate junto al fuego, Alice. ¿Puedo llamarte Alice?

Sorprendida, Alice solo pudo asentir. Luego, una vez acomodada en una silla cómoda, aunque algo desgastada, sacó una lista de

nombres de su bolsillo.

—Una agencia me dio estas opciones, mi lady. También tengo varios anuncios del *Morning Post*.

Lady Jesson revisó la lista, levantando las cejas una o dos veces, y luego se la devolvió.

—Te aconsejaría que evitaras las tres primeras posiciones —dijo —. Me temo que sé poco de las otras dos, o de los nombres del Post.

—¿Qué ocurre con...?

Alice se interrumpió cuando el mayordomo tocó y entró, colocando una bandeja con una tetera y tazas sobre una mesa auxiliar. Parecía un trabajo demasiado humilde para un hombre tan rígido.

—La primera... un esposo lascivo —dijo Lady Jesson una vez que el mayordomo se fue—. No hay nada malo con los hombres de la segunda casa, pero tengo una amiga en común. Según lo que ella dice, la madre de los niños es una mujer lo suficientemente agradable, pero del tipo que cree que sus hijos no pueden hacer nada malo. Tu vida sería una miseria.

Alice podía imaginarlo.

—¿Y la tercera?

—Un hijo. De esos que culpan a las sirvientas por seducirlos cuando quedan embarazadas, y a unos padres que le creen.

Vaya. Alice no se había dado cuenta de lo afortunada que había sido en su empleo hasta ahora.

—Puedo hacer averiguaciones sobre los otros de tu lista, si lo deseas.

—Si no es molestia, mi lady, le estaría muy agradecida.

—Llámame Maria, querida. Creo que vamos a ser amigas.

No parecía correcto usar su nombre de pila tras tan breve conocimiento.

—Yo... gracias, pero...

—No soy tan mayor como para ser tu madre, ¿sabías? —Lady Jesson sonrió—. O al menos, tendría que haber sido una madre *muy joven*.

Alice desvió la mirada, algo avergonzada por recibir este detalle. Su mirada se posó en un retrato sobre la chimenea. Mostraba a una versión más joven de Lady Jesson, de pie en un claro del bosque, con una mano descansando sobre el brazo de un hombre de aspecto alegre. Dos niños jugaban a sus pies.

—Mi difunto marido.

—Lo siento.

—Han pasado más de ocho años desde que murió. Los niños están en la escuela por el momento, aunque Simon debería ir a Cambridge en otoño. —Suspiró—. Cuando te cases, querida, asegúrate de elegir a alguien que no sea demasiado aficionado al juego.

Hubo un silencio algo incómodo, luego añadió:

—Pero estoy segura de que eres lo suficientemente sensata como para saberlo.

—No tengo planes de casarme.

—Bueno, aún eres joven... quién sabe lo que pueda pasar.

Alice negó con la cabeza. La única vez que estuvo cerca del matrimonio, con un joven que había conocido en las asambleas de Marlborough, la habían disuadido con su anuncio de que no tendría que ocuparse de los asuntos agrícolas si se casaban. Había logrado hacer que Dan sonara débil por consultarla y había insinuado que él sabía todo lo que había que saber sobre el tema.

Lady Jesson aclaró la garganta.

—Siento que hay una historia ahí, pero quizás no sea el momento. ¿Te gustan los perros?

Alice se mostró desconcertada por el repentino cambio de tema.

—Yo... me gustan bastante los perros de la granja. Los perros falderos que no dejan de ladrar son otro asunto... ¿Está pensando en conseguir uno?

—Bien. ¿Estás decidida a ser institutriz, querida, o considerarías un puesto como compañera?

¿Compañera?

—No... no lo había considerado. Me gusta enseñar... —La idea de esperar en mano y pie a alguna anciana no le parecía atractiva—. Dependería de la situación.

—Sensata. —Lady Jesson asintió—. El nuevo... el *posible* nuevo puesto es como mi compañera.

—No es tan mayor como para necesitar una compañera —protestó Alice, preguntándose si esto era una broma o incluso una especie de prueba—. Y...

—¿Y?

—¿Puedo ser franca?

—Por favor.

—¿Puede permitirse pagar otro salario?

Para alivio de Alice, Lady Jesson no pareció ofenderse.

—¿Qué te lleva a hacer esa pregunta?

—No quise ser irrespetuosa.

—Lo sé. Realmente quiero saberlo.

—Bueno... Tiene fundas de holland en los muebles, su mayordomo sirve el té en lugar de un lacayo, y... y mencionó los juegos de azar de su difunto marido.

Lady Jesson sonrió.

—Muy bien. En respuesta a tu pregunta, la situación no es tan sencilla como la hice parecer. No puedo contarte todos los detalles en este momento, pero me gustaría saber si al menos estás abierta a la idea.

—Sí. Sí, por supuesto. ¿Cómo no iba a estarlo? Trabajar para una empleadora amable, que me trate como a una amiga, sería mucho mejor que cualquier puesto de enseñanza que pudiera encontrar. Probablemente también tendría más tiempo para mis propios intereses.

—Excelente. Supongo que Calvac te ha dado algo de tiempo extra para buscar empleo.

—Sí. Con un poco de aviso, puedo reorganizar las actividades de Georges para permitirme una o dos horas libres por la tarde.

—Enviaré una nota cuando tenga más noticias, o si descubro algo sobre esas otras posiciones.

Eso sonaba a despedida, así que Alice agradeció a su anfitriona y se despidió.

Qué conversación tan extraña, pero interesante. Pasar tiempo con Lady Jesson nunca sería aburrido.

***

El viento a lo largo del Támesis soplaba el olor a pescado podrido y otras inmundicias hacia las calles. James casi podía sentirlo adhiriéndose a su ropa mientras bajaba del coche de alquiler. Los callejones cercanos al río eran demasiado estrechos para que el vehículo avanzara mucho más.

A pesar de todo, se sentía incómodamente conspicuo, incluso con su ropa más vieja. La oscuridad ayudaba a que no fuera tan evidente que era un extraño, pero los peligros acechaban en las sombras.

Este maldito asunto con el francés ya había durado lo suficiente. Dos semanas antes, Laurent le había dicho que se estaba haciendo progreso. Luego, ayer, había recibido otra nota diciendo que Laurent, si ese era su nombre, necesitaba más dinero.

Un forcejeo en un callejón lateral lo hizo meter una mano en el bolsillo donde llevaba su pistola, pero un murmullo de voces lo tranquilizó. Una prostituta acordando su precio no era una amenaza probable, y el hombre tendría otras cosas en la cabeza.

Había sido un tonto al venir a un lugar como este tan tarde por la noche. No volvería a ocurrir, pero ya estaba allí, y si Laurent tenía éxito, sus esfuerzos valdrían este peligro potencial. Muy valiosos.

Cuando James dio la última vuelta, una figura oscura se movió contra la luz que se derramaba desde la puerta abierta del Mermaid Inn. Sacó su pistola del bolsillo y la preparó en silencio.

—C'est moi, Broxwood. —La voz de Laurent apenas se escuchaba entre el ruido de las discusiones borrachas y el canto desafinado—. Guarda eso.

James bajó la pistola, pero la mantuvo en la mano.

—He traído lo que pediste. Quiero resultados, Laurent, por todo este dinero.

El hombre se encogió de hombros, sus rasgos no eran visibles en la penumbra.

—Los sobornos cuestan oro. Estoy haciendo lo mejor que puedo.

James sacó la bolsa de cuero de su bolsillo interior. Laurent la pesó en una mano, luego asintió y la escondió en algún lugar dentro de su ropa.

—Bien. Regreso a París mañana. Enviaré noticias si hay algún progreso.

—Envíalas a Harlford.

Laurent gruñó en señal de acuerdo y se fundió de nuevo en las sombras.

Quizás Laurent estaba haciendo lo mejor que podía. O James estaba siendo engañado.

Quizás nunca lo sabría.

El aire seguía frío a la mañana siguiente cuando James cabalgó por Oxford Street hacia la esquina de Hyde Park. Estos paseos matutinos eran uno de los placeres de su día en la ciudad, antes de que el parque se llenara en la hora de los elegantes. Rotten Row estaba casi vacío, y urgió a su caballo a galopar.

Su caballo se calmó después de recorrer el Row y regresar, y James redujo la velocidad. Aunque era temprano para que los miembros de la alta sociedad estuvieran fuera, ya era mediodía, y mamá estaría desayunando para entonces. Y esperando regañarlo, sin duda, pues había dejado al mayordomo para que se disculpara por no haber asistido al evento de la noche anterior. Tal vez era cobardía, pero le había ahorrado tener que prevaricar sobre su destino. Nadie debía saber acerca de su encuentro en el Mermaid.

En lugar de regresar por las calles, giró su caballo paralelo a Park Lane. Haría una vuelta al parque a un paso más tranquilo antes de regresar para el desayuno. Se dirigió hacia la franja de árboles que bordeaba el parque, admirando los crocus y narcisos que iluminaban la hierba entre ellos. Como solía ocurrir, su mente se desvió hacia su investigación, y estaba a pocos pasos de una mujer arrodillada en el suelo antes de notarla. Su rostro estaba cerca de la hierba y un niño estaba agachado junto a ella. No eran mendigos ni personas desamparadas, ambos llevaban ropa respetable.

Detuvo el caballo.

—¿Necesitan ayuda?

La mujer dio un respingo y se levantó rápidamente, con su rostro oculto por el borde de su sombrero mientras quitaba trozos de

hierba y ramitas de su falda. El niño se giró y le dedicó una sonrisa radiante. El joven Calvac y su institutriz.

—¡Oh, hola, señor! Qué caballo tan espléndido. ¿Va rápido? ¿Ha estado...?

—Georges. —Miss Bryant puso una mano sobre el hombro del niño—. ¿Qué te he enseñado sobre los saludos educados? —Miró a James—. Le pido disculpas, mi lord.

—No es nada, Miss Bryant. —Ahora que podía verla en un entorno más iluminado que el museo, observó su piel clara y las leves líneas junto a su boca que sugerían que sonreía a menudo. Su vestido era de un tono marrón especialmente poco favorecedor, pero una elección sensata si iba a arrodillarse sobre la hierba húmeda.

—¿Qué estaban haciendo?

Sus mejillas se sonrojaron, y miró hacia un libro abierto que descansaba sobre una manta doblada.

—Yo estaba... estábamos...

—Estábamos buscando escarabajos, Lord Harlford —dijo Georges, saltando de alegría—. He estado aprendiendo los nombres correctos. También puedo identificar los árboles. —Señaló el árbol bajo el que estaban—. Ese es *Quercus robur*, ese otro es *Acer*...

—Georges, no molestes a su señoría. Gracias por detenerse, Lord Harlford, pero no estamos en ninguna dificultad.

—Tal entusiasmo debe ser elogiado —respondió James, algo sorprendido de descubrir que lo decía en serio. No solía tratar con niños, pero la curiosidad y la sed de conocimiento del muchacho resultaban entrañables, aunque él estaba contento de no tener que lidiar con tal entusiasmo a diario.

—¿Está interesado también en los insectos, señor? —Georges levantó una mano, abriéndola para mostrar un pequeño escarabajo negro. La institutriz se sonrojó de nuevo, y la expresión de vergüenza en su rostro era casi cómica.

—Lo estaba cuando tenía tu edad —admitió—, pero me interesé más por la química. —Tocó el extremo de su fusta con su sombrero —. Debo irme. Buena caza.

La institutriz hizo una reverencia, y Georges le dijo adiós mientras James se alejaba a caballo. Qué diferente era el muchacho

de Hélène. Esperaba que sus hijos salieran como él.

Si encontraba una esposa adecuada.

***

El primer ataque de mamá en la mesa del desayuno fue directo al grano.

—Los Esham estuvieron muy decepcionados por tu ausencia anoche.

—¿Era una fiesta pequeña, entonces? —James tomó un sorbo de café.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué pensarías eso?

—No se puede extrañar a una sola persona en una fiesta grande. —Aceptando su plato de salchichas y champiñones de un lacayo, comenzó a comer.

—Claro que sí. Te esperaban.

—Déjame adivinar, mamá. ¿Tienen una hija para casar y pensaron que yo podría ser el indicado? Esham... ¿La señorita ojos? ¿La chica de cabello castaño rojizo que no paraba de pestañearme?

—James, no estás tomando esto en serio. —Sus palabras se volvieron cortantes a medida que crecía su molestia—. Le debes a la familia casarte con una chica adecuada y producir un heredero. Y yo te estoy ofreciendo ayuda.

¿Ofrecer ayuda? Más bien parecía que exigía que hiciera lo que se le indicaba. ¿Su definición de "adecuada" tendría algo en común con la mía?

—Asistiré a lo que desees esta noche, pero regresaré a casa en unos días.

Estaba deseando regresar a Harlford, aunque solo hubiera estado fuera unas pocas semanas. Estaría de vuelta con sus caballos y su laboratorio, y alejado de la interminable ronda de lo que pasaba por entretenimiento en la alta sociedad. Y de vuelta con Lucy; no parecía correcto dejar a su hermana en el campo sin más compañía que su institutriz y abuela.

Los labios de su madre formaron una línea delgada.

—No puedes regresar a Harlford, James. ¡Es la temporada! ¿Dónde más conocerás candidatas adecuadas para matrimonio? Debes...

—Entiéndeme, mamá —interrumpió él—. Vine a la ciudad porque tengo negocios aquí, no porque quisiera pasar mi tiempo en estas interminables fiestas. Regresaré a Harlford porque necesito atender mi investigación. Debe haber alguien en la vecindad que sea tan adecuada como las jóvenes que me has estado presentando. Tal vez asista a algunos bailes en Hereford, o incluso regrese a Londres cuando haya avanzado más con mi investigación, pero no voy a comprometerme a eso. —Se levantó—. Estaré listo a las ocho esta noche para el evento que hayas elegido, pero regresaré a casa más tarde esta semana.

Dejó su servilleta sobre la mesa junto a la comida no comida en su plato.

—Muy bien, James. No es necesario que te vayas de esa forma y dejes el desayuno. Si debes regresar a casa, no diré más sobre ello. —Levantó un dedo para llamar a un lacayo con la cafetera.

—Me temo que he perdido el apetito, mamá.

Solo cuando se acomodó en su escritorio en la biblioteca comenzó a crecer en él una sensación de inquietud. Mamá había capitulado demasiado fácilmente, debía estar planeando algo.

Lo que fuera, sospechaba que no le gustaría.

Capítulo 4

Cuatro días después de su última reunión, Alice y Lady Jesson bajaron del carruaje en Grosvenor Square.

—¿A quién vamos a visitar? —preguntó Alice, mirando la imponente mansión frente a ellas.

—A Marstone.

La mano de Alice se suspendía sobre el aldabón. El Conde de Marstone había estado involucrado en las aventuras de Phoebe el año anterior, si es que se puede llamar aventura a verse envuelta con espías y ser secuestrada. Y ahora Phoebe navegaba por el Mediterráneo con su esposo, trabajando para Lord Marstone de alguna manera.

Respiró hondo y tocó el aldabón. Lady Jesson había insinuado que esta visita tenía algo que ver con la posible oferta de trabajo de Alice como compañera. ¿Realmente el puesto sería el de "compañera"?

—Lady Jesson...

—No te preocupes, querida. No te comprometerás a nada solo por escuchar lo que Marstone tiene que decir. Sé que nada de lo que discutamos saldrá de esta habitación.

—Yo... bueno, sí, claro...

No hubo tiempo para más, pues un criado abrió la puerta y les quitó los abrigos, y un mayordomo las condujo a la biblioteca. Alice apenas tuvo tiempo de envidiar la cantidad de libros a disposición del conde antes de que otro criado entrara y dejara una bandeja con refrigerios. El conde entró poco después. Llevaba el cabello castaño sin empolvar y recogido, y su ropa era sencilla pero claramente cortada por un sastre experto.

—Mi lord —Lady Jesson hizo una inclinación en señal de saludo —. Permítame presentar a la señorita Alice Bryant. Alice hizo una reverencia. Lord Marstone la examinó un momento, con sus ojos azules penetrantes, luego sonrió e hizo un gesto hacia las sillas cerca del fuego.

—¿Puede servir, Lady Jesson? —esperó hasta que pasaron las tazas y los platos antes de hablar de nuevo—. Señorita Bryant, entiendo que Lady Jesson ha hablado con usted sobre la posibilidad de convertirse en su compañera.

—Lo ha hecho. —Alice miró a Lady Jesson, quien continuó bebiendo su té—. Supongo que el puesto tiene más responsabilidades que las habituales de una compañera.

Lord Marstone asintió.

—Efectivamente. —Juntó sus dedos bajo el mentón, luego asintió —. He hecho algunas averiguaciones sobre usted y he recibido excelentes informes sobre su inteligencia y honestidad. Confío en que no repetirá nada de lo que se diga en esta habitación.

Alice asintió, sin saber si molestarse porque hubiera investigado sobre ella o sentirse satisfecha por los buenos informes. No era muy diferente de que un empleador potencial pidiera referencias de carácter.

—También habla francés, creo.

—Sí, mi lord, aunque no tan bien como Phoe... la señora Westbrook. No podría pasar por una francesa. —Sintió un cosquilleo de incomodidad; no quería que Lord Marstone la enviara a Francia, ¿verdad?

—¿Sabe lo que están haciendo los Westbrook ahora?

—No exactamente, aparte de que trabajan para usted de alguna manera. —El conde no dijo nada—. Reuniendo información, entiendo.

—Algunos podrían decir que lo que los Westbrook están haciendo es deshonroso, señorita Bryant. Se hacen pasar por lo que no son y engañan a la gente.

—Esa es la naturaleza del espionaje. —Ahí lo había dicho, y Lord Marstone no la contradijo—. Supongo que la información que recogen será útil para nuestro ejército y nuestra marina.

El conde asintió.

—Y usted, señorita Bryant. ¿Estaría dispuesta a servir a su país haciendo cosas similares?

Su incomodidad aumentó.

—Yo... quiero decir, ¿qué implicaría? No sé si puedo... —No sabía si tenía el valor, pero no le gustaba admitirlo.

Lady Jesson dejó su taza.

—Trabajaríamos juntas, Alice, y Lord Marstone me asegura que no habría peligro físico.

"No habría" no es lo mismo que *"no habrá"*.

—La tarea solo implica recolección de información —explicó Lord Marstone.

Lady Jesson sería buena en eso, pero Alice no estaba tan segura de que ella lo fuera.

—Nunca he hecho nada parecido.

—Yo tampoco —dijo Lady Jesson con calma, sirviéndose más pastel—. Esta será mi primera, eh, aventura también.

—¿Parece dudar, señorita Bryant? Haría un servicio a su país.

—Lo entiendo, mi lord. Pero... quiero decir, me gustaría saber un poco más sobre la tarea antes de tomar una decisión.

—Muy bien, pero hay un asunto que debemos confirmar antes de continuar —dijo el conde—. Esa miembro extra del equipo de la que hablamos, Lady Jesson. —Se levantó para hacer sonar el timbre, y esperó hasta que el mayordomo llegó—. Langton, por favor, pídale a Chatham que traiga a Tess.

Cuando el mayordomo se fue, el conde tomó un pequeño bol cubierto de la bandeja de té y se lo entregó a Alice. Ella levantó la tapa.

¿Jamón picado?

—¡Cielos, Marstone!

Alice miró hacia la exclamación de Lady Jesson. Sus ojos estaban muy abiertos de sorpresa, mirando hacia la puerta.

—Eso es mucho más grande de lo que había imaginado.

Alice se giró para ver a uno de los criados guiando un enorme perro. Era un perro lobo irlandés, casi a la altura de sus propios hombros. Miró alrededor de la habitación, con las orejas erguidas, luego fijó su mirada en Alice y Lady Jesson.

El conde sonrió.

—Chatham, por favor, presenta a Tess a mis invitadas.

¿Tess? ¿Cómo podía un perro de ese tamaño tener un nombre tan delicado como Tess?

El criado acercó al perro a la silla de Alice y desenganchó la correa.

Al darse cuenta de para qué era el jamón, Alice extendió un trozo. La cola de Tess se movió y el animal se acercó a ella, olfateó y cuidadosamente tomó el jamón, dejando a Alice con los dedos mojados. Esto debe ser por lo que Lady Jesson le había preguntado si estaba acostumbrada a tener perros alrededor... pero ¿qué tarea tenía en mente Lord Marstone que necesitara un perro como ese? ¿O algún perro en absoluto?

¿Era esta la razón por la que Lady Jesson se había hecho amiga de ella? Su ánimo se desplomó ante la idea, pero la apartó de su mente. Aunque su conexión hubiera comenzado de esa manera, sentía que había una verdadera amistad entre ellas, tanto como podría haberla habido entre dos personas de diferentes estatus como ellas.

Alice obedeció la súplica en los ojos de Tess y le dio otro trozo de jamón.

—Siéntate, Tess.

La perra miró brevemente al criado y luego se sentó, su cara casi a la altura de la de Alice, con la lengua colgando.

—Buena chica. —Alice le ofreció otro trozo de jamón, luego puso el cuenco en una mesa auxiliar y usó su mano seca para buscar un pañuelo. Tess miró con nostalgia el cuenco, pero no intentó comer lo que quedaba. El animal había sido bien entrenado.

El conde observaba con una sonrisa de aprobación.

—Entiendo que está acostumbrada a los perros, señorita Bryant.

—Perros de granja, mi lord, sí. Pero nada tan grande como Tess.

—Bien, bien. Chatham, siéntese, por favor.

Aunque era una solicitud muy inusual, el criado no pareció para nada sorprendido y se sentó más allá del perro. Estaba en sus años medios, y sus rasgos eran poco llamativos, salvo por una ligera curvatura en la nariz. Alice se preguntó si alguna vez había sido boxeador.

—Acuéstate —dijo Chatham suavemente a Tess. El perro lobo miró alrededor antes de decidir que no ocurriría nada interesante y se tumbó.

—¿Cómo voy a explicar... eso? —Lady Jesson miró a Tess. —Pensé que querías decir un pug, o algo similar. Cosas horribles y ruidosas, lo admito, pero manejables. ¡Al menos se puede levantarlos!

—¿Un pariente recientemente fallecido, quizás? —sugirió Marstone, con un destello de humor en los ojos—. Un pariente *excéntrico*, que te dejó una modesta pensión siempre que cuides de su... o su... querida Tess. Estoy seguro de que podrás dar suficientes detalles para hacer que tal relato tan implausible sea lo suficientemente convincente.

Lady Jesson suspiró.

—Oh, muy bien.

El conde se reclinó en su silla.

—Mi problema, señorita Bryant, es que un miembro de la nobleza ha estado enviando mensajes clandestinos a Francia. Además, ha llegado a mi atención que los franceses están en posesión de cierta información confidencial a la que este miembro de la nobleza también tiene acceso. Detalles que podrían ser de gran ayuda para su ejército. Hemos interceptado una o dos de las cartas y hemos tomado copias. Sin embargo, su contenido es vagamente extremo, y no indican si la correspondencia está relacionada con la información que se ha perdido. Los dos casos podrían estar relacionados, o no.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Alice. ¿Movimientos de tropas o planes de batalla?

—Le proporcionaré más información si acepta la tarea.

Alice asintió.

—Me cuesta creer que el hombre sea culpable —continuó el conde—, pero debo estar seguro.

—Y si no lo es, entonces deberá buscar a su traidor en otro lado. —Alice mordió su labio, preguntándose si no debería haber hablado, pero el conde parecía complacido en lugar de molesto.

—Exactamente. Estoy siguiendo varias líneas de investigación, pero necesito personas dentro de su casa.

Alice miró a Chatham, que seguía sentado impasible cerca del perro.

—¿No puede arreglar que tomen a un criado o a una doncella? Gente que tendría razones para estar en casi cualquier habitación de una casa de vez en cuando.

—Lady Jesson hizo la misma sugerencia cuando abordé el tema por primera vez. No hay tiempo para hacer eso, pero en cualquier caso, los sirvientes tienen muy poco tiempo libre en el que puedan buscar evidencia. Los huéspedes, por otro lado, tendrán acceso a la mayor parte de la casa y podrán moverse por los terrenos sin ser cuestionados.

—Y puedes ver que no soy la mejor persona para explorar los terrenos —añadió Lady Jesson, acariciándose la cintura—. Podrás caminar mucho más lejos que yo.

—Si acepta, acompañarás a Lady Jesson a una fiesta en la casa de este hombre a principios del próximo mes. Entre las dos, intentarán averiguar lo que puedan para exonerarlo, o confirmar su culpabilidad. Chatham los acompañará, y ejercitar a Tess proporcionará una excelente excusa para que usted o él anden por el parque y los jardines, si es necesario.

—¿Qué deberíamos buscar? —preguntó Alice.

—Documentos, cartas, personas donde no deberían estar. Ese tipo de cosas.

—¿Por qué los terrenos, mi lord? ¿No se guardarían los documentos y demás en la casa?

—Yo, o Lady Jesson, le explicaremos eso si acepta. Esto es mucho para asimilar de golpe, señorita Bryant. —El tono del conde sonaba alentador—. Lady Jesson ha aceptado ayudar, pero se manejará mucho mejor... mucho mejor... con una compañera como usted.

Esperaba que dijera que era su deber patriótico aceptar, pero no lo hizo.

—¿A quién investigaremos? Oh, ¿lo sabré si acepto?

El conde asintió.

—Vuelve conmigo, Alice, y podremos discutirlo. —Lady Jesson se levantó mientras hablaba—. Lord Marstone, le daremos una

respuesta en un día o dos.

—Todo suena bastante clandestino y nebuloso —dijo Alice, una vez que se quedaron solas en el salón de Lady Jesson. Eso le recordó algo—. ¿Cuándo te pidió Lord Marstone que hicieras esto?

—Hace una semana, más o menos. Oh, estás pensando que esto es por lo que me hice amiga de ti. —Lady Jesson negó con la cabeza —. No, Marstone me contactó después de que tomáramos té y pasteles juntas. Sentí que me gustaría conocerte entonces; soy muy buena para juzgar a las personas. Todo lo que hizo Marstone fue acelerar el proceso de conocerte. —Extendió la mano y acarició el brazo de Alice—. Querida, sería demasiado difícil pretender ser amiga de una compañera que no me gustara.

Lady Jesson sonaba sincera, y la última duda de Alice desapareció.

—¿Por qué te eligió Lord Marstone?

—Porque soy una cotilla.

—No lo eres… —Alice se detuvo al ver cómo Lady Jesson negaba con la cabeza.

—Lo soy, querida. Es un hecho bien conocido. Pero trato de no divulgar nada que sepa que no sea cierto o que pueda dañar a alguien.

—Phoebe habló bien de ti —reconoció Alice—. Pero, ¿cómo ayuda eso?

—¿Qué más dijo Phoebe?

—Tú... tú usas la información para influir en las personas. Para bien.

Lady Jesson asintió.

—Lo intento, cuando hay oportunidad. Creo que este podría ser uno de esos casos. He conseguido una invitación para la fiesta en cuestión.

—¿Por qué yo? Quiero decir, ¿cómo sabes que puedes confiar en mí?

—Como te dije, generalmente soy buena juzgando el carácter.

—Aún me gustaría saber más antes de comprometerme.

—Marstone me dijo que la información robada está relacionada con un nuevo tipo de arma, así que es posiblemente más grave que

la pérdida de un solo plan de batalla. Podría eliminar cualquier ventaja que tenga nuestro ejército en muchas batallas.

Eso era una tarea importante. ¿Pero si la información era tan importante...?

—Si este hombre es culpable, o si hay alguien más espiando, podría ser peligroso. ¿No te preocupa eso?

—No realmente. Marstone mismo no cree que... que nuestro sujeto sea culpable, y yo tampoco. No estaríamos en peligro por él.

Alice decidió confiar en el juicio de Lady Jesson sobre eso.

—Si hay alguien más espiando, Alice, solo le reportaríamos lo que sepamos a Marstone. No lo confrontaríamos. Y solo estaremos en la fiesta durante las dos semanas que dure; Marstone espera que encontremos alguna evidencia de un modo u otro en ese tiempo. Sin embargo, podremos irnos en cualquier momento si nos preocupamos por nuestra seguridad.

—¿Lord Marstone dijo eso?

Lady Jesson negó con la cabeza.

—No. Yo lo dije. Marstone no tiene poder sobre nosotras para hacernos quedarnos en una situación en la que no estemos cómodas.

Alice repasó mentalmente los puntos: podría ser de verdadero servicio a su país, estaría ayudando a exonerar a un hombre inocente o identificando a un traidor, y el riesgo debería ser mínimo. Y disfrutaría de la compañía de Lady Jesson.

Si no aceptaba, tendría que seguir buscando una nueva posición. El descubrimiento de que tres de sus cinco primeras posibilidades no eran adecuadas no había sido alentador. Podría llevarle más tiempo del que había anticipado encontrar una buena oportunidad, y podría acabar viviendo con Dan y su esposa desagradable hasta que lo hiciera.

Alice respiró hondo, esperando no estar cometiendo un error peligroso.

—Muy bien, Lady Jesson. ¡Ha contratado a una compañera!

Lady Jesson sonrió.

—Gracias, querida. Ahora, si vamos a estar juntas gran parte del tiempo, insisto en que me llames Maria. ¿Tienes tiempo para discutir

algunos detalles antes de regresar?

Alice asintió.

—Bien. Pediré el té, así podremos estar cómodas.

Alice consideró la situación mientras se preparaba el té.

—La fiesta... ¿no tratarán a una compañera remunerada más como una sirvienta que como una invitada? —Sus vestidos eran sencillos y oscuros, como correspondía a una institutriz, con las faldas más bajas que la moda actual. Destacaría entre los invitados.

—Te presentaré como una pariente lejana. No te preocupes por tu apariencia. Marstone no me pagará un salario, pero tengo la intención de conseguirle un ropero nuevo para ambas. —La mirada de Maria se centró en el cabello de Alice—. Y Simpson, mi criada, te peinará de una manera más favorecedora.

Alice se rio.

—Le deseo suerte. No aguanta un rizo, por más que lo intente.

—Hmm. Ya veremos. Como decía, Marstone cubrirá mis gastos, lo que incluirá un salario anual para ti. Tendrás mucho tiempo para buscar una nueva posición una vez que termine el...

—¿Espionaje?

—La investigación. Una vez que termine la investigación.

El sonido de la loza interrumpió la conversación, y Alice esperó hasta que el mayordomo se hubo ido para hacerle la siguiente pregunta.

—¿A quién investigaremos?

—Lord Harlford. Lo habrás visto el año pasado cuando cortejaba a la hija de tu empleadora, y luego a Phoebe.

¿Lord Harlford?

—No parece... —Phoebe había hablado bien de él, y él había sido útil con ese odioso administrador del museo, pero eso no significaba que no fuera un traidor—. Supongo que un buen espía debe ser capaz de parecer algo que no es.

La idea de espiar a alguien con quien había hablado, y que había sido amable con ella, parecía aún más subrepticia, deshonrosa, incluso, de lo que había pensado inicialmente.

—Como dije antes, no creo que Harlford sea capaz de traición. —Maria bebió un sorbo de su té—. Sin embargo, ha *estado* en

correspondencia con alguien en Francia, y está el asunto de que la información está donde no debería estar. Ambos temas necesitan investigación.

Eso era cierto, y ella había aceptado el plan. La identidad de la persona que debían investigar no debería hacer ninguna diferencia.

—¿Por qué necesitamos un perro?

—Entiendo que Harlford realiza sus experimentos en algún lugar de los terrenos. Ejercitarla proporcionará una excusa para ti o Chatham para explorar más allá de los jardines formales.

Eso tenía tanto sentido como cualquier otra parte del plan.

—La fiesta está siendo organizada por la madre de Harlford, con el objetivo de ofrecer una selección de jóvenes damas de las que se espera que él elija una esposa. Dudo que él sepa nada de esto aún. Es poco probable que se lo diga hasta que se hayan aceptado las invitaciones.

—¿Y qué entonces no pueda echarse atrás? —Alice le tenía algo de simpatía. Él era guapo, aunque algo rígido y formal, pero la mayoría de las madres que empujaban a sus hijas hacia él tendrían los ojos puestos en su título y riqueza en lugar de en su personalidad. No debía ser agradable ser perseguido solo por esas razones.

Lady Jesson se rio.

—Sí, pobre hombre, lo he visto en bailes. A veces parece... cazado. Es un hogar interesante en el que vamos a estar. Hay tres Lady Harlfords.

—¿Tres?

—La abuela del actual marqués vive en la Casa de la Viuda, o eso he escuchado en los chismes. La madre de Harlford manda en la casa principal, y su cuñada viuda también vive allí.

—Tres marquesas... —dijo Alice, pensando en voz alta.

—Pronto serán cuatro, si su madre obtiene lo que quiere.

Capítulo 5

Castillo Harlford, Herefordshire

James reconoció la letra de su madre en una de las cartas que lo esperaban en la mesa del desayuno y apartó toda la pila de correspondencia a un lado. Desayunaría primero y leería el periódico. Afuera, la lluvia matutina había cesado y algunas brechas en las nubes dejaban pasar débiles rayos de sol.

Cuando el ayuda de cámara retiró los platos y le sirvió otra taza de café, James se volvió hacia las cartas, dejando la de su madre para el final. Una respuesta a una consulta sobre una yegua fue bien recibida, y la puso a un lado para ocuparse de ello más tarde. Varias invitaciones a fiestas campestres de verano, enviadas por familias con las que apenas tenía trato, debían de estar motivadas por la presencia de hijas en edad de casarse; supuso que debería aceptar una o dos si realmente quería encontrar esposa. También las apartó, más interrupciones para su trabajo.

Rompió el sello de la última carta y recorrió con la vista la letra ordenada de su madre, maldiciendo entre dientes. *Esto* era lo que mamá había estado planeando la semana pasada.

Como él se había negado a quedarse en Londres para elegir esposa, ella había decidido traer a las candidatas a Harlford. Las invitaciones ya habían sido enviadas. Cualquier débil esperanza de que la gente rechazara viajar a Herefordshire en plena temporada quedó instantáneamente disipada por la segunda hoja, que enumeraba a varias personas que ya habían aceptado.

Maldición. No podía cancelar la reunión sin ofender a muchas familias y sin avergonzar a su madre. No es que eso último le importara, ella se lo había buscado, pero no valía la pena enfrentarse a las interminables quejas que vendrían después.

Los invitados llegarían a principios de mayo, lo que le dejaba solo un par de semanas de tranquilidad.

—¿Malas noticias, Jamie? —Lucy dijo desde la puerta.

James alzó la vista con una sonrisa. Había llegado tarde la noche anterior, con apenas tiempo para intercambiar unas palabras con ella antes de que se retirara. Sus rizos negros estaban atados con una simple cinta, y llevaba un vestido modesto, apropiado para una mañana de lecciones. No pasaría mucho tiempo antes de que hiciera su debut en sociedad, pero asegurarse de que Lucy se casara con alguien con quien fuera feliz era un problema para otro año.

—Vamos a tener una reunión en casa —dijo James cuando ella se sentó a la mesa y tomó un trozo de tostada.

—Oh, qué bien. Será agradable tener gente alrededor.

Lo miró, con su sonrisa desvaneciéndose, y James se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño. Hizo un esfuerzo por relajar la expresión, no era justo descargar su mal humor en ella.

—Mamá traerá a algunas jóvenes. Quiere que elija esposa.

—Eso es bueno, ¿no? Necesitas una esposa.

—Eso me repite ella todo el tiempo, pero preferiría elegirla yo mismo.

No es que su madre le hubiera presionado con una candidata en particular, pero claramente esperaba que escogiera entre las invitadas.

Lucy frunció el ceño.

—Ya veo lo que quieres decir. Robert y Arabella no eran muy felices juntos.

—Al menos Arabella no interrumpe a la gente mientras desayuna.

—Oh, no seas estirado, Jamie. De todos modos, ya terminaste de comer. Estabas enfurruñado.

James abrió la boca para replicar, pero vio la risa que ella intentaba contener. No pudo evitar sonreír con resignación.

—Bueno, tú también harías un puchero si tuvieras que atender a invitados durante dos semanas.

Lucy rio.

—Solo dile que no. ¿No eres el marqués, después de todo?

—Por supuesto, eso siempre le funcionó muy bien a Robert, ¿verdad?

Sospechaba que su hermano mayor no había intentado con demasiado empeño evitar los planes de casamentera de su madre.

Se había casado con la tímida joven que ella le había presentado como una esposa adecuada y había seguido cazando, pescando y apostando como siempre. Y continuaba visitando a su amante en el pueblo. James no aprobaba aquello, pero no era asunto suyo.

—¿Crees que la reunión sea la razón por la que Arabella se fue a visitar a su familia? —preguntó Lucy.

Bellingham había mencionado su ausencia cuando James llegó ayer. Si ese era el caso, Arabella había demostrado más iniciativa de la que él le había atribuido, ojalá él pudiera evitar la reunión con la misma facilidad.

—¿De verdad no te gustó ninguna de ellas, Jamie? ¿Ni el año pasado tampoco?

Parecía que Lucy no iba a dejar de lado el tema de su futura esposa. James consideró contarle sobre Miss Deane, pero desechó la idea de inmediato.

—No conozco lo suficiente a ninguna. Es imposible conversar de verdad en un salón de baile.

—Parece que mamá ha invitado a muchos padres y hermanos.

Lucy se había levantado y estaba leyendo la carta por encima de su hombro, apoyándose en el respaldo de su silla.

—Debe de estar tratando de equilibrar el número de asistentes.

—¡Lucy! Tendrás que comportarte mejor cuando tengamos invitados.

—Mamá dirá que no me toca salir hasta el año siguiente y me encerrará con la señorita Sullivan en la sala de estudio.

Lucy dejó escapar un suspiro, perdiendo parte de su entusiasmo.

—¿Cómo son estas damas?

James volvió a mirar la lista de nombres. Su madre había invitado a la condesa du Calvac y a su hija, aunque figuraban entre los pocos que aún no habían respondido.

—Esta es frívola y vanidosa —murmuró.

Las demás…

—La señorita *Ojos* —susurró.

Y Miss Cotorra, la morena que hablaba sin parar. La que intentaba complacerlo tanto que coincidía con él en todo lo que decía, incluso en las afirmaciones más absurdas.

—¿La señorita Ojos?

Lucy se sentó a su lado y miró la lista.

—¿Te refieres a Miss Esham? ¿Por qué la llamas Miss Ojos?

James sintió que le subía el color al rostro.

—Siempre parece que tiene algo en el ojo.

—¿Te refieres a algo así?

Lucy lo miró con las cejas ligeramente alzadas, con la cabeza inclinada apenas a un lado y parpadeando rápido.

—Sí, exactamente así.

James no pudo evitar soltar una carcajada, su mal humor se disipó con la tontería de su hermana.

—¿Quién te enseñó a hacer eso?

—Solo soy observadora —replicó Lucy con fingida dignidad—. He visto a las doncellas hacerlo con los jóvenes lacayos.

—Pero, Jamie, eso no puede ser lo único que sepas de ella.

—Destaca en todas las habilidades propias de una dama —dijo James, tomando un sorbo de café—. Ella misma me lo dijo.

Lucy rio.

—¿Y las demás? ¿Miss Gearing?

—Ríe mucho. Después de cada frase.

—Miss Sullivan me regaña cuando me río mucho, dice que es molesto.

—Y tiene razón.

—Y dice que eso hace que la gente piense que soy tonta o que estoy nerviosa. —Lucy tomó otro trozo de tostada y le untó una generosa cantidad de mermelada.

—O ambas cosas.

Lucy hizo un mohín, pero su sonrisa habitual no tardó en volver.

¿Era por eso que Miss Gearing había aceptado con una risita cada comentario que él había hecho?

—Creo que las pones nerviosas, Jamie. Me sorprende que te digan algo en absoluto. Si no fueras mi hermano, me darías miedo.

—No soy aterrador —protestó él.

—Créeme, Jamie, cuando pones esa cara, cualquiera se asustaría. —Rio ante su mueca. —¿Cómo es Miss Stockhart?

—Miss Tímida.

Si recordaba bien, era una joven menuda, de rasgos agradables. Al principio había estado casi en silencio, pero cuando él le preguntó qué le gustaba de su hogar, habló de los jardines y de cómo disfrutaba pintando flores. La forma en que su rostro se iluminó al hablar de ello le hizo pensar que realmente lo disfrutaba, y no que fuera simplemente una de esas habilidades que se esperaban de una dama.

—Lucy, no voy a repasar toda la lista contigo. Las conocerás cuando lleguen.

La puerta se abrió.

—Es hora de sus lecciones, lady Lucy.

—Lo siento, señorita Sullivan.

Lucy se metió el último trozo de tostada en la boca y le hizo un gesto con la mano, aún un poco pegajosa, a su hermano.

—¿Me llevarás a montar más tarde?

—Si no llueve. ¿A las cuatro?

Para entonces ya habría trabajado lo suficiente, y no la vería mucho una vez que la casa se llenara de invitados de su madre. Lucy le regaló una sonrisa radiante y siguió a su institutriz fuera de la habitación. James terminó su café y miró el reloj: tenía tiempo suficiente para escribir sobre la yegua antes de reunirse con su administrador.

Terring llamó a la puerta de la biblioteca a las once en punto. James suspiró. Las reuniones quincenales con el administrador eran necesarias, pero otra carga para su tiempo.

—Buenos días, milord.

Terring dejó los libros de cuentas sobre el escritorio de James y los abrió en las páginas que necesitaban su aprobación. James pasó un dedo por las columnas de números, sumando mentalmente mientras avanzaba, y comprobó los totales al final. Echó un vistazo rápido a los gastos, nada parecía fuera de lo común.

—Los arrendamientos de las granjas de Ryader y Wyeford vencen en unas semanas, milord —anunció Terring cuando James cerró el libro de cuentas y se lo devolvió—. Recomiendo aumentar la renta en ambos casos.

James se frotó la sien. No sabía mucho de agricultura, pero sí tenía una sana desconfianza por el método de administración de su difunto hermano, que consistía en aceptar sin cuestionar todo lo que le sugería el administrador.

—¿Por qué?

—Los ingresos generales no están alcanzando los gastos, milord.

James se enderezó un poco en su asiento y miró a Terring a los ojos. Esperaba que le dijera que las ganancias agrícolas habían aumentado desde la última revisión de rentas o que se habían hecho mejoras en las tierras.

—¿Los ingresos han disminuido? ¿Cómo es eso? No se ha vendido ninguna tierra recientemente, ¿verdad?

—Eh… no, milord.

El rostro del administrador adquirió un tono rojizo apagado.

—¿Morosidad en los alquileres? ¿Mala cosecha?

Terring sacudió la cabeza.

—Son los gastos los que han aumentado, milord. Los contratistas para el plan de su señora madre de ampliar los jardines formales requieren un pago inicial para materiales.

No otra vez. El año pasado ya había vetado los planes de su madre de redecorar y amueblar todas las habitaciones de la planta baja según el último estilo.

—¿Cuándo di mi aprobación para esta obra?

Terring tragó saliva.

—Su señora madre encargó hace años un Red Book al señor Repton, milord. En él sugería varias formas de remodelar los jardines para mejorar las vistas. Fue mientras su difunto hermano aún vivía.

James esperó.

—Eh… el difunto marqués no se opuso, milord.

—Los presupuestos.

James extendió la mano.

—Eh… puedo traerlos, milord, si lo desea.

Terring se removió, incómodo.

—Dígame el total.

El administrador dudó y James frunció el ceño.

—El total, señor Terring.

—T… tres mil libras.

James se puso de pie de golpe, haciendo que su silla estuviera a punto de volcarse.

—¿Tres mil libras? —Se inclinó sobre el escritorio, apoyando las manos en la madera—. ¿Y pensaba empezar a gastar ese dinero sin consultármelo?

—Su señora madre…

—Mi señora madre no es quien manda aquí.

James recuperó la compostura con esfuerzo.

—Ella solo administra la casa, hasta que… hasta que la viuda de mi hermano decida tomar las riendas.

Algo poco probable, por desgracia.

—¿Ha quedado claro?

—Eh… sí, milord.

—Ofrecerá los arrendamientos de esas granjas con las rentas actuales. Cancele a los contratistas y no autorice ningún gasto adicional sin consultármelo antes. ¿Ha quedado claro?

—Sí, milord.

¿En qué más había estado gastando dinero su madre?

—Mañana por la mañana quiero ver un listado de todos los gastos que ha autorizado desde la muerte de mi hermano, aparte de la cantidad habitual que se asigna a lady Harlford para los asuntos domésticos.

—Sí, milord. —Terring asintió con una sonrisa débil.

—Y, Terring… en el futuro, recuerde quién es realmente su empleador.

James hizo un leve movimiento de cabeza para despedirlo, y Terring recogió el libro de cuentas antes de salir apresuradamente de la biblioteca.

Su madre parecía considerar la fortuna de los Harlford como un pozo sin fondo. James recordó las discusiones de años atrás, cuando su madre había insistido en que su padre comprara Bourton Manor, en Sussex, y lo renovara. Todo porque Brighton se estaba volviendo un destino de moda para la alta sociedad en verano. La renovación se terminó solo unos meses antes de la muerte de su padre y, debido al luto por él, y luego por Robert, su madre nunca lo había

utilizado. Dinero desperdiciado. Si cedía en esto, el año siguiente ella querría remodelar o reconstruir otra cosa.

Como si esta maldita reunión social no fuera suficiente, pronto tendría que enfrentar a su madre por sus gastos. Por suerte para ella, no planeaba regresar hasta uno o dos días antes de la llegada de los invitados.

Salió de la biblioteca y se dirigió a sus habitaciones, diciéndole al mayordomo al pasar que enviara a su ayuda de cámara y que ensillaran a Ventus. Un buen galope mejoraría su humor antes de visitar a su abuela. Tendría que esperar hasta mañana para ver qué habían hecho sus asistentes de laboratorio en su ausencia.

—Hola, abuela, ¿cómo está?

James se inclinó para besar la delgada mano que la anciana lady Harlford le tendía.

—Bastante bien, gracias.

Su cabello era completamente blanco y caminaba con bastón, pero estaba lejos de ser tan frágil como su aspecto sugería. Como de costumbre, estaba sentada cerca de las puertas acristaladas que daban a la terraza. Desde ese lado de la Casa de la Viuda se veía el jardín de parterres y el lago, con el castillo al fondo.

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche. —Se sentó.

—Hmm. En ese caso, Cassandra debió de empezar a organizar la reunión social antes de que dejaras Londres.

—¿Ya lo ha oído?

—Por supuesto, los criados me lo contaron. Cassandra tuvo el buen sentido de avisarles con tiempo.

—¿Va a participar?

La anciana negó con la cabeza.

—Aunque me tienta la idea de arruinarle los planes, no creo que te haga gracia tener a Cassandra de mal humor por mi culpa. —Ladeó la cabeza. —¿Qué esperas obtener de esta reunión, James?

—No la quería en absoluto. Recién recibí la carta de mi madre esta mañana. Está decidida a que elija esposa.

—Así son las cosas.

—Lo sé. —Suspiró. —*Estoy* intentando conocer a algunas jóvenes… y algunas parecen *muy* jóvenes… pero no me gusta sentirme presionado. Si he de casarme, quiero encontrar a alguien con intereses similares a los míos.

—¿Y que no le importe que te encierres en tu laboratorio?

Él asintió.

—Entonces, una esposa que no quiera pasar la mayor parte del tiempo en Londres.

—Exactamente.

—Esta reunión no es tan mala idea, entonces —señaló su abuela —. Ir a la ciudad a buscar una esposa que no disfrute estar allí sería algo contradictorio, ¿no crees?

—Cierto.

Todas las jóvenes a las que había preguntado le habían asegurado que disfrutaban de la vida en el campo, pero sospechaba que muchas solo decían lo que creían que él quería oír. Comenzó a sentirse un poco mejor con respecto a la reunión. Como había señalado su abuela, le ayudaría a conocer mejor a las jóvenes y a descubrir qué pensaban realmente sobre pasar la mayor parte del año en el campo. Y al menos su abuela tenía en mente su felicidad, no solo la producción de un heredero.

—Pobre James. No te preocupes, debes traerlas a todas a visitarme. No todas a la vez, claro.

Cogió una carta de la mesa a su lado.

—Tengo noticias para ti. Buenas noticias.

—¿Ah, sí?

La única buena noticia en la que podía pensar era la cancelación de esa maldita reunión.

—Tu tío David vuelve a casa. Y, al parecer, de manera definitiva. Ha vendido su propiedad en Italia.

Eso sí era interesante.

—No recuerdo mucho de él. Fue una pena que estuviera en la India cuando visité Italia en mi Gran Tour.

A lo largo de los años habían llegado muchas cartas, que su padre o su abuela le leían, pero en su mayoría eran descripciones de los lugares por los que viajaba su tío.

—¿Cómo habrías de recordarlo? Solo tenías diez años cuando se marchó. Aunque recuerdo que te llevabas bien con él entonces.

Sus recuerdos eran destellos de distintos momentos: el tío David y su padre llevándolo a cabalgar, nadando con él en el lago en un día caluroso, ayudándolo a bajar de un árbol que había sido más fácil de subir que de descender. James también recordaba a mamá discutiendo con el tío David. No exactamente discusiones, se corrigió a sí mismo. Podía evocar el tono airado de su madre, pero solo respuestas tranquilas de su tío. Nunca había logrado entender sobre qué discutían.

—¿Qué lo trae de vuelta ahora?

—Oh, esto y aquello. Le pedí que volviera cuando Robert murió, y creo que empezó a arreglar sus asuntos entonces. Ahora dime, James, cuéntamelo todo sobre tu estancia en Londres. ¿Qué jóvenes damas has conocido?

James resistió el impulso de aflojarse el pañuelo del cuello.

—Estaba Lady Hélène, la hija de Calvac.

—No estarás aun considerándola, ¿verdad?

—No, pero ella sí me consideraba a mí.

La abuela chasqueó la lengua, pero esperó a que continuara. James se acomodó en su silla, haría su mejor esfuerzo por recordar detalles, aunque sospechaba que se sentiría más como un interrogatorio que como una conversación.

Capítulo 6

Alice observó el paisaje cambiante con interés mientras las conocidas tierras de creta daban paso a los fértiles suelos arcillosos de los Cotswolds y luego a los campos ondulantes y huertos de manzanos de Herefordshire. Aparte de un breve viaje a Sussex y su travesía a Escocia con los Calvac el verano pasado, solo había viajado entre Wiltshire y Londres, y esos trayectos habían sido en coches públicos abarrotados y a menudo malolientes. Disfrutaba de la comodidad del carruaje bien amortiguado de Lord Marstone, y había espacio de sobra, incluso con Tess ocupando tanto sitio como una persona. Chatham debía de haber ejercitado bien a la perra, pues pasó la mayor parte del trayecto dormida a sus pies.

Pasaron su segunda noche en el camino en el King's Head de Hereford. Alice se detuvo sorprendida a la mañana siguiente al salir al patio de la posada. El carruaje de Lord Marstone no estaba a la vista, y Chatham supervisaba la carga del equipaje en un vehículo mucho menos atractivo.

—Lady Harlford sabe que no soy acaudalada —explicó Maria mientras subían—. Sería difícil justificar un carruaje lujoso, y más aún uno con el blasón de Marstone en la puerta.

—Supongo que sí. —Había muchos detalles en los que no había pensado—. ¿Conoces bien a la marquesa viuda?

—En absoluto, es varias décadas mayor que yo.

—¿La madre de Lord Harlford?

—¡Oh, no! Su abuela. Técnicamente, hay tres viudas, pero la abuela de Harlford es la de mayor rango. Para evitar confusiones, será mejor que solo usemos el término 'viuda' al referirnos a ella. Su madre tiene, creo, poco más de cuarenta años. No la he visto a menudo en la ciudad, pero he oído comentarios. Arabella, la cuñada de Harlford, se casó en su primera temporada; una mujercita pálida, pero con buen linaje y una dote considerable. Cassandra, la madre de Harlford, buscará otra joven dócil a la que pueda manejar a su antojo.

—¿Cómo conseguiste la invitación si no son amigas?

—No lo sé. —Los labios de Maria se curvaron en una sonrisa—. Quiero decir, no sé qué la llevó a aceptar. Lo único que hice fue mencionar que sería una lástima si su hijo llegara a enterarse de lo que ocurrió antes de que Lord David Broxwood, el tío de Harlford, partiera al continente. Poco después, me envió una invitación.

La doncella resopló.

—A Simpson no lo aprueba —comentó Maria.

Alice no estaba segura de aprobarlo tampoco.

—¿Qué *fue* lo que pasó?

—No tengo idea. —Maria sonrió y luego rio—. Ese es el encanto de tratar con personas que tienen secretos vergonzosos. Siempre me pareció un poco sospechosa la repentina partida de Lord David. Fue en mi primera temporada. Recuerdo que hubo algunos rumores, pero eran pura especulación, hasta donde sé, y en su mayoría no destinados a los oídos de las debutantes.

—¿Así que solo *sospechabas* que había hecho algo de lo que se avergonzaba?

—No necesariamente de lo que se avergonzara, aunque tal vez sí. Hay algo que no quiere que Harlford sepa. Puede ser un asunto sin importancia, ¿quién sabe?

—¿Qué habría hecho Lord Marstone si ella no hubiera enviado la invitación?

—Seguro que habría encontrado otra solución. Puede que te hubieras convertido en la institutriz de la hermana menor de Harlford.

—¿Sola? —Alice negó con la cabeza—. No me habría gustado emprender esto sola.

—Bueno, ya no importa. —Maria miró por la ventana—. Estos pueblos son muy bonitos, ¿verdad? Con esas casas blancas y negras.

El carruaje continuó su traqueteo un par de horas más, hasta que redujo la velocidad y giró entre un par de altos pilares coronados por leones de piedra, cruzando luego un pequeño puente de piedra. La vía de grava serpenteaba primero por una franja de bosque que protegía la propiedad de la vista del camino principal y luego se abría paso a través de un parque, donde se veían ciervos

pastando bajo cúmulos de árboles a lo lejos. El edificio en sí permaneció oculto hasta que la calesa dobló una colina baja.

El Castillo de Harlford era, en verdad, un castillo, y miraba hacia un edificio más pequeño al otro lado de un lago. En el centro de la fachada se alzaba una torre cuadrada con almenas, atravesada por un arco que daba acceso a un patio interior. A ambos lados, altos muros se extendían hasta torres menores en los extremos de la fachada. Pero sus días como fortaleza habían quedado atrás hacía mucho, pues las viejas murallas estaban perforadas con ventanas. Una ampliación más moderna se extendía hacia atrás, con un ala orientada al sur que daba a los jardines formales.

—Muy impresionante —comentó Maria, arqueando una ceja—. Veo por qué hay competencia por el puesto de cuarta marquesa.

—Probablemente sea fría, con corrientes de aire e incómoda. —Alice sonrió; a pesar de su comentario, tenía ganas de explorar tanto el castillo como sus jardines. Saltó del carruaje sin esperar a que el lacayo bajara el escalón. Más allá de él, un hombre de porte distinguido, que debía de ser el mayordomo, se acercaba a ellas.

Alice giró la cabeza hacia el lago. La casa al otro lado era una elegante mansión palladiana, separada del agua por jardines. Debía de estar viendo la parte trasera de la Casa de la Viuda.

—Bienvenidas al castillo, mi lady, señorita Bryant —dijo el mayordomo con una inclinación de cabeza—. Mi nombre es Bellingham. Si son tan amables de seguirme, haré que una doncella las guíe a sus habitaciones.

—Bien organizado —murmuró Maria mientras seguían al mayordomo a través del arco hasta un patio y luego subían una escalinata hasta las puertas principales.

Alice vaciló un instante al cruzar el umbral, pero enderezó la espalda y siguió al mayordomo a través del resonante vestíbulo y escaleras arriba. Ya no había vuelta atrás.

***

James revisó la carta que Terring había preparado para los contratistas de paisajismo mientras Lucy leía en el extremo opuesto de la biblioteca. Durante las últimas semanas, había examinado los libros de cuentas y no había encontrado nada más que su madre

excediendo la asignación que se le destinaba. No sabía en qué lo había gastado, ni tenía intención de averiguarlo. El dinero ya no estaba, y no era una cantidad que comprometiera la prosperidad de la finca, pero detestaba el derroche. El administrador sería más cuidadoso en el futuro, pero James resentía el tiempo que le robaba a sus investigaciones para revisar los libros.

—Llega otro carruaje, Jamie. —Lucy se puso de pie de un salto para asomarse a la ventana—. Debe de ser el último.

—Por el amor a la bondad, Lucy, ¿es que no puedes estar quieta más de cinco minutos? No me hagas arrepentirme de haber dado vacaciones a la señorita Sullivan.

James miró a su hermana con diversión. Lucy le había pedido que la incluyera en las actividades que su madre había organizado. No veía por qué no, y así se lo dijo; solo faltaban un par de años para que hiciera su debut en sociedad, y sería poco razonable esperar que se concentrara en sus lecciones mientras sus invitados jugaban al croquet o a las charadas. Algunas de las jóvenes podrían incluso hacerle compañía; debía de ser solitario para ella a veces, pues en el vecindario solo había un par de familias con chicas de su edad.

Lucy había sugerido que sería un gesto amable permitir a la institutriz visitar a su familia en Cheshire durante quince días, y James también estuvo de acuerdo. Cuando su madre regresó a Harlford dos días atrás y descubrió la ausencia de la institutriz, ya era demasiado tarde para hacerla volver. James se lo dijo y se negó a escuchar sus quejas.

Sus labios se curvaron levemente. Debería estar enfadado con su hermana por haber manipulado la situación, pero al menos, por una vez, había logrado imponerse a su madre.

—Oh, ahí llega otro. —Lucy abrió la ventana y se asomó peligrosamente—. Un coche de alquiler, por lo que parece. Creía que ya estaban todos aquí. Jamie, ¿tienes la carta de mamá a mano?

James abrió un cajón y hojeó la pila de carpetas etiquetadas hasta extraer la carta con la lista de invitados.

Lucy la leyó con rapidez.

—Han llegado más carruajes de los que indica esta lista. ¿Vamos a ver quiénes son los recién llegados?

—No. —James extendió la mano para recuperar la carta—. Ve tú, si quieres. Estoy ocupado.

—¿Cómo puedes concentrarte en esos asuntos tan aburridos con toda esta emoción? —Lucy cogió su pisapapeles de latón y lo examinó antes de soltarlo con impaciencia—. Mamá tampoco estaba contenta con la ausencia de Arabella; seguro que quería que me acompañara como chaperona.

James estiró la mano y devolvió el pisapapeles a su posición original.

—Seguramente.

La mano de Lucy se deslizó hacia el tintero de cristal tallado. James apoyó la suya sobre él.

—¡Lucy! Déjame trabajar o sugeriré a mamá que te quedes en la Casa de la Viuda durante toda la estancia.

—Oh, está bien.

Lucy salió de la habitación con aire ofendido, y James devolvió la carpeta a su sitio, alineándola cuidadosamente con las demás en el cajón.

Los libros de cuentas yacían sobre su escritorio, junto a su cuaderno de investigación. Tendría que decirle a su madre que moderara sus gastos, pero con la casa llenándose de invitados, no era el momento adecuado.

Cerró con llave su cuaderno con pesar. No iba a poder avanzar mucho en su trabajo en las próximas semanas. Si elegía a una de las jóvenes que su madre había invitado, sería una decisión que afectaría al resto de su vida. Le convenía dedicar la mayor parte de su tiempo a conocerlas.

Los recibiría formalmente aquella noche, pero por ahora, iría a los establos. Athena debía parir en una semana aproximadamente; iría a ver cómo progresaba.

***

La doncella guio a Alice y a Maria por el pasillo, seguidas por dos lacayos que llevaban sus baúles. Alice se había equivocado al suponer que el lugar sería frío y con corrientes de aire: las dos alas

detrás de la antigua fachada de piedra eran mucho más recientes, con paneles de madera en las paredes y una gruesa alfombra que amortiguaba el sonido de sus pasos.

Los condujeron a una habitación a mitad del pasillo. No era grande, pero la cama parecía lo suficientemente cómoda, aunque los cortinajes bordados estaban algo descoloridos y no hacían juego con la tela de las sillas junto a la chimenea. Una puerta en una de las paredes daba a un pequeño vestidor, y la alta ventana de guillotina ofrecía una vista del patio de las caballerizas, con un parque más allá. Intentando orientarse, Alice dedujo que esta habitación estaba en el lado opuesto de la casa a los jardines formales.

Simpson olfateó el aire y luego indicó a los mozos dónde dejar los baúles.

—Usted está arriba, señorita —dijo la doncella a Alice—. ¿Me sigue?

Guio a Alice y a Maria de vuelta al rellano principal y a través de una puerta que Alice no había notado antes, no había marco, los bordes de la puerta estaban hábilmente integrados en los paneles de la pared. Una estrecha escalera ascendía y desembocaba en un pasillo pintado de forma sencilla, iluminado en ese momento solo por la luz que entraba por las puertas abiertas.

—¿Este es el piso de la guardería? —preguntó Maria.

—Sí, milady —la doncella abrió una puerta que daba a una pequeña habitación—. Hay muchos invitados, así que la señorita tendrá la habitación de la enfermera jefa.

—Pensé que Lady Harlford, la más joven, tenía un bebé —dijo Alice. Por eso Harlford no había asumido el título hasta meses después de la muerte de su hermano, cuando descubrieron que el recién nacido era una niña.

—Sí, señorita, pero a ella le gusta tener a la pequeña Lady Mary con ella. Ahora solo hay un par de niñeras, y duermen en uno de los vestidores de la suite de su señoría. Pero su señoría ha llevado a Lady Mary a visitar a su familia.

La habitación de Alice tenía una estrecha cama individual pegada a una pared y un sillón desgastado cerca de la chimenea. Recordó con nostalgia la cómoda habitación que había ocupado en la casa

del Conde du Calvac en la ciudad, y la mucho más amplia que Maria le había dado en Londres. Mirando el lado positivo, había un cubo de carbón listo junto al fuego.

—Esto no es...

—Esto es aceptable —interrumpió Alice la queja de Maria.

La doncella pareció aliviada e hizo una reverencia antes de marcharse.

Maria esperó a que la puerta se cerrara tras la doncella, con los labios apretados.

—Esto es un insulto, hacia ti y hacia mí. Cassandra...

—Me da una excusa para estar en este piso si lo necesito, y la ventana da al lado opuesto del edificio que la tuya.

Algo de la tensión en los hombros de Maria se disipó.

—Debe ser parte de la venganza de Lady Harlford después de tu… persuasión. En serio, Maria, está perfectamente bien. Como institutriz, no he estado acostumbrada a un alojamiento mejor que este. —Inclinó la cabeza y sonrió—. ¿Exploramos este piso mientras estamos aquí? Necesitamos un poco de ejercicio después de pasar toda la mañana en el carruaje.

—Muy bien. Después de ti.

La habitación del pasillo estaba casi vacía. Armarios contra la pared y pequeños catres sin colchones indicaban que alguna vez había sido un dormitorio infantil. La habitación contigua era mucho más grande, con varias ventanas que le daban un ambiente aireado. Una mesa redonda ocupaba el centro, con un globo terráqueo, un desordenado montón de libros, un cuaderno, lápices y un tintero.

Alice se acercó a las estanterías, como atraída por un imán, pero se decepcionó al descubrir que la mayoría de los volúmenes eran historias secas o cuentos para niños pequeños.

—Hola —una voz sonó detrás de ellas—. ¿Buscaban algo en particular?

Alice se sobresaltó, girándose bruscamente. Debía prestar más atención: su carrera como espía no duraría mucho si no notaba cuando alguien entraba en la habitación.

La joven, pues era una dama, no una sirvienta, tenía rizos negros y brillantes sujetos con una cinta, ojos marrones risueños y rasgos

que delataban su parentesco con Lord Harlford. Sus palabras podrían haber sido un reproche, pero su rostro solo mostraba curiosidad.

—Mi habitación está unas puertas más allá —dijo Alice—, así que pensé en echar un vistazo antes de bajar. Soy Alice Bryant, y esta es Lady Jesson.

—¡Oh! —los ojos de la chica se redondearon—. ¿Acaban de llegar?

—Así es, Lady… —dijo Maria.

La joven se ruborizó e hizo una pequeña reverencia.

—Soy Lucilla Broxwood, pero prefiero que me llamen Lucy. Encantada de conocerlas, milady. —Señaló los libros sobre el escritorio—. Todavía estoy en la sala de estudios, pero mi institutriz está ausente, así que me permitirán unirme a los invitados. —Frunció el ceño—. ¿Por qué la han puesto a usted en el ala de la guardería, Miss Bryant?

—La doncella dijo que hay muchos invitados —explicó Alice—. No me importa. Hay una vista espléndida de los jardines desde aquí; tengo ganas de explorarlos.

—Oh, hay una vista mucho mejor desde la biblioteca, en el piso de abajo, pero Jamie —mi hermano— la usa y no le gusta que lo molesten. Yo intentaba leer, pero estaba demasiado emocionada viendo llegar a los invitados, así que me echó por hablar demasiado. —Se llevó la mano a la boca, consternada—. Vaya, lo estoy haciendo otra vez, ¿verdad?

Maria rio.

—No se preocupe por eso. Pero, Lady Lucy, ¿podría mostrarme el camino de vuelta a mi habitación, si sabes cuál es? Esta casa es tan grande…

—Por supuesto. —Lucy las guio de vuelta por la estrecha escalera hasta el rellano del primer piso—. ¿Les gustaría que les muestre la casa? Y, por favor, no se molesten con lo de "Lady"; me hace pensar que me están regañando por algo.

—Puedes llamarme Alice, y me encantaría que me enseñaras la casa. —Alice miró a Maria—. ¿Prefieres descansar?

—Creo que me instalaré en mi habitación —dijo Maria—. Simpson puede traerme un té. Creo que estoy por este pasillo. Ven a verme allí más tarde, Alice.

Capítulo 7

—¿Podemos comenzar nuestro recorrido yendo a las caballerizas? —preguntó Alice.

Lucy sonrió.

—Sí, si así lo deseas. No vi que llegaras con un caballo.

—Lady Jesson recibió recientemente una herencia de una tía —dijo Alice, recordando la historia que habían acordado—. Tuvo que aceptar al perro de la anciana como condición para recibirla. Yo ayudo a cuidarlo.

—¡Oh, un perrito adorable! —Los ojos de Lucy se iluminaron—. Siempre quise uno, pero a mamá no le gusta tener animales en la casa.

Eso podría complicar las cosas. Otra razón más para sacar a Tess a hacer ejercicio en los jardines.

—¿No quiere Lady Jesson que su perro esté en la habitación con ella? —continuó Lucy.

Alice rio.

—Si quieres, te presentaré a Tess.

Se detuvo un momento, sintiendo una punzada de culpa por usar a Lucy para sus propios fines.

—Me pregunto… ¿hay alguna escalera de servicio que pueda usar si necesito entrar a Tess en la casa?

Diez minutos después, Alice tenía la cabeza dando vueltas con los detalles, pero ya le habían mostrado los pasadizos de servicio que daban acceso a un extremo de la biblioteca, a los dos pasillos principales y a las escaleras que bajaban a la cocina y de allí al patio de las caballerizas.

Lucy vaciló y luego se dirigió al otro extremo del patio, llamando a una puerta entreabierta.

—Pritchard, ¿hay un perro nuevo?

Un hombre bajo, de complexión de jinete, apareció en la puerta.

—Diría que sí, mi lady.

Miró con curiosidad a Alice.

—Esta es la señorita Bryant —dijo Lucy—. Es su perro.

—Señorita.

Pritchard se tocó la frente a modo de saludo y luego señaló una puerta.

—Al fondo. Hemos encontrado un cuarto donde su hombre puede dormir con ella.

Cuando llegaron a la puerta indicada, Chatham ya había salido con Tess sujeta con una correa.

Alice sonrió al ver los ojos redondos y la boca entreabierta de Lucy.

—Ahora ves por qué es mejor que Tess duerma en las caballerizas.

—¡Oh, sí! —Lucy rio—. ¡Mamá se desmayaría!

Dio un paso atrás con cautela cuando Tess se acercó a ella, pero la perra solo la olfateó y luego se sentó, moviendo la punta de la cola suavemente. Lucy alargó la mano con duda y le acarició la cabeza.

—Le gusta que le rasquen detrás de las orejas, mi lady —dijo Chatham.

Tess meneó la cola con más entusiasmo cuando Lucy lo intentó.

Alice se estiró.

—Lucy, Tess y yo hemos estado sentadas en el carruaje toda la mañana. ¿Te importaría enseñarme los jardines? Podemos llevar a Tess con nosotras.

—Será divertido.

Lucy se dirigió a la salida trasera del patio de las caballerizas.

—Ya viste el frente cuando llegaste, así que comenzaremos por los jardines formales.

Alice tomó la correa de Tess de manos de Chatham y siguió a Lucy por la parte trasera del edificio, cruzando un bosquecillo y pasando junto a un alto muro de ladrillo. La terraza que había visto desde el carruaje se extendía a lo largo de ese lado de la casa, con una de las torres almenadas marcando el extremo más alejado. Una retorcida glicinia, casi en flor, trepaba por el muro y rodeaba las ventanas.

—Es precioso —dijo Alice, deteniéndose al pie de unos escalones poco profundos que descendían hasta un césped paralelo a la terraza.

Tess tiró de la correa, con la nariz temblorosa, pero se sentó cuando Alice se lo ordenó.

—Es aún mejor en verano —dijo Lucy, señalando el parterre más allá del césped, con sus arriates bordeados de boj y senderos de grava convergiendo en un estanque circular en el centro—. Me encanta venir aquí a pintar cuando la fuente está en funcionamiento y las rosas están en flor.

Miró a Tess.

—Más allá del jardín hay un huerto. ¿Quieres ir allí para que tu perra pueda correr libremente?

Aunque Tess seguía sentada obedientemente, movía las patas delanteras con impaciencia, así que Alice aceptó de inmediato.

Mientras cruzaban el jardín formal, dos mujeres se acercaron por uno de los senderos, caminando del brazo. La mayor, vestida con una rica pelliza bordó, llevaba el cabello empolvado y recogido en un elaborado peinado alto. La más joven tenía rizos cobrizos visibles bajo el sombrero y vestía un elaborado traje color ámbar.

A medida que se acercaban, Alice distinguió sus rasgos regulares, con largas pestañas y una boca de labios rosados.

—Amigos, Tess —susurró, deteniéndose.

No estaba segura de cómo reaccionaría Tess ante extraños, pero la perra simplemente se sentó y esperó.

—Lady Esham, señorita Esham —Lucy hizo una reverencia mientras hablaba, y Alice la imitó—. Permítanme presentarles a la señorita Bryant. Está aquí como acompañante de Lady Jesson.

—Encantada de conocerla, señorita Bryant —dijo Lady Esham con voz monótona.

Miss Esham arqueó una ceja y recorrió con la mirada la pelliza de Alice, con la belleza de su rostro desdibujada por el desdén. Asintió con la cabeza, un gesto apenas perceptible, y luego tomó del brazo a su madre para seguir su camino.

Lucy frunció el ceño.

—¿Lo hice mal? Me miró por encima del hombro cuando nos presentaron antes. No creo haber dicho nada indebido entonces, pues mamá hizo las presentaciones.

—No me preocuparía por alguien tan descortés —Alice retomó el camino—. Vamos, llevemos a Tess al huerto.

Le gustaría disfrutar del florecer de los árboles por media hora sin preocuparse de cómo ella y Maria podrían comenzar su investigación.

—Pero *sí* me preocupa… ¡Podría convertirse en mi cuñada!

—Hmm. Tu hermano debería tener más sentido común que casarse con alguien tan grosera.

—Lo dudo —murmuró Lucy.

***

James se miró en el espejo, ajustando su corbata y colocando su alfiler de rubí exactamente en el centro. Permitió que Mitton le diera un último cepillado al abrigo, luego enderezó los hombros y se dirigió al salón.

No tenía ganas de afrontar la velada… ni el resto de la quincena, en realidad.

Aunque había otros jóvenes solteros en la reunión, él sería el principal objetivo, como si fuera un pedazo de carne en exhibición.

¿Qué había dicho exactamente a su madre cuando llegó a Harlford? ¿Había *prometido* realmente elegir a una de las jóvenes que ella había invitado?

Seguramente no había sido tan estúpido.

No… solo había accedido a participar en las actividades que ella había planeado.

Les daría la oportunidad de mostrarse tal como eran, lejos de los límites de un salón de baile o de un paseo en carruaje por Hyde Park.

No debía descartar a ninguna sin conocerla mejor.

Un lacayo abrió la puerta del salón y lo anunció. El murmullo de la conversación cesó y las telas susurraron mientras todos se volvían hacia él. Había alrededor de veinte personas en la habitación, un poco más mujeres que hombres. Mientras miraba alrededor, las

mujeres más jóvenes hicieron una reverencia, mientras que las mayores y los hombres asintieron o inclinaron la cabeza.

Su madre se apresuró a su lado.

—Ven, James, déjame presentarte. Este es el señor Ashley Gearing, hermano de la señorita Gearing. Conoces a la señorita Gearing, por supuesto, y a su madre, Lady Gearing.

—Me complace verlo de nuevo, milord —dijo la señorita Gearing con una risita aguda y la mirada baja. ¿Habría tenido razón Lucy sobre las risas nerviosas?

—Y recordarás a la señorita Chilton…

La señorita Charlatana. Cuando le preguntó, dijo disfrutar del teatro, pero no había sido capaz de recordar muchos detalles de la última obra que había visto.

Siguieron los saludos con los padres de la señorita Chilton y sus dos hermanos, luego con la señorita Esham de las pestañas y la señorita Stockhart, que era casi demasiado tímida para hablar, aunque admitió que le gustaba pintar. Le resultó más difícil recordar los nombres y rostros de los hermanos y los padres.

—James, sé educado y conversa con la gente —lo reprendió Lady Harlford cuando terminaron de recorrer casi toda la sala—. Y me refiero a las jóvenes. Nada de hablar de caza o boxeo con sus hermanos.

—No, madre.

Realmente, ¿debía hablarle como si todavía estuviera en la escuela?

Ella se alejó, y James miró a su alrededor. Dos mujeres estaban sentadas en un sofá en el rincón más alejado: Lady Jesson y otra mujer más joven. ¿Por qué su madre no las había presentado? No creía que Lady Jesson tuviera edad suficiente para tener una hija en edad casadera.

Se dirigió hacia ellas, pero solo cuando estuvo más cerca reconoció a la mujer más joven. Su vestido color prímula favorecía mucho más su complexión que las prendas apagadas que había usado en el Museo Británico y en Hyde Park, aunque su cabello seguía recogido en una trenza sencilla, sin los elaborados rizos que lucían las demás mujeres.

Pero ¿qué hacía la señorita Bryant allí? Creía que los Calvacs habían rechazado su invitación. ¿Habrían cambiado de opinión?

—Buenas noches, Lord Harlford.

Lady Jesson le tendió una mano, y James se inclinó sobre ella.

—Creo que ya ha conocido antes a la señorita Bryant, aunque entonces no era mi acompañante.

James exhaló un suspiro. No tendría que defenderse de las maquinaciones de Lady Hélène.

—Señorita Bryant.

A diferencia de las demás jóvenes a las que acababa de ser presentado, o reintroducido, ella no lo miraba expectante, ni parpadeaba coquetamente ni soltaba risitas. De hecho, parecía incómoda.

—Espero que ambas disfruten de su estancia en Harlford. ¿Las vi en los jardines antes, con mi hermana?

—Lady Lucy tuvo la amabilidad de mostrarme los jardines, mi…

—Oh, Lord Harlford, quería decirle lo hermosos que son sus jardines.

—Discúlpeme, señorita Bryant.

Se volvió hacia la mujer que lo había interrumpido con tanta descortesía. Las pestañas aleteando… la señorita Esham.

—Di un paseo por los jardines con mi madre esta tarde —continuó la señorita Esham, sin inmutarse por su falta de respuesta. O quizá sin siquiera notarla—. Sería encantador si pudiera mostrármelos mañana.

—¿Le interesa la botánica, señorita Esham?

—Oh, sí, es un tema fascinante.

Sonrió, sin creerlo en absoluto.

—Le pediré al jardinero principal que le haga un recorrido. Informe a Bellingham sobre el horario que le convenga.

Los labios de la señorita Esham se torcieron antes de que volviera a esbozar una amplia sonrisa.

—Sería mucho más agradable si usted…

—Fowler sabe mucho más que yo sobre el tema, señorita Esham. Estoy seguro de que aprenderá mucho de su experiencia.

Su sonrisa, esta vez, pareció forzada.

—Gracias, milord.

Se giró y se alejó.

—Me gustaría que me mostrara los jardines su jardinero principal —dijo la señorita Bryant.

James la miró con atención, pero no detectó falsedad ni burla en su expresión.

—Estoy seguro de que Fowler estará encantado de guiarlas a ambas.

Ella le agradeció justo cuando Bellingham anunció que la cena estaba servida. Al otro lado de la sala, su madre se acercaba en su dirección, con la señorita Gearing a su lado. Una cena llena de risitas no le resultaba atractiva, por mucho que la muchacha no pudiera evitarlo. Carraspeó.

—Lady Jesson, ¿me permite escoltarla a la cena? ¿Y a usted, señorita Bryant?

—Creo que iré a hablar con Lady Harlford —dijo Lady Jesson—. Pero gracias por su invitación. Alice estará encantada de aceptar.

Sonrió y se alejó para interceptar a su madre.

James miró alrededor. La señorita Esham rondaba con esperanza, pero junto a ella, contemplando un paisaje en la pared…

—Señorita Stockhart, ¿me permite escoltarla también?

Un rubor subió a sus mejillas y fijó la mirada en el botón superior de su chaleco.

—Yo… es decir, gracias, milord.

En el comedor, él ignoró el ceño fruncido de su madre ante la alteración de su disposición de asientos y condujo a la señorita Bryant y a la señorita Stockhart a los asientos frente a él, a ambos lados de su lugar en la cabecera de la mesa. Desde su sitio junto a su madre, Lady Jesson comentó, en un tono sin duda más alto de lo necesario, que era un cambio encantador tener un arreglo informal en la mesa y que solo una mujer segura de su posición social podía permitírselo. James vio con diversión cómo su madre procesaba las palabras de Lady Jesson y decidía no protestar.

—Recuerdo que disfruta pintando flores —dijo a la señorita Stockhart una vez que ambas damas tenían comida en sus platos.

Su rostro se sonrojó nuevamente.

—Yo… sí, así es.

Cortó un trozo de pollo y lo empujó con el tenedor.

—A la señorita Stockhart podría interesarle unirse al recorrido por los jardines de mañana —dijo la señorita Bryant, rompiendo el silencio que siguió.

La señorita Stockhart levantó la cabeza.

—El jardinero principal de Lord Harlford nos mostrará los jardines a la señorita Esham y a mí.

—¿Le gustaría, señorita Stockhart? —James esperaba que no fuera a permanecer en silencio durante toda la cena.

—Sí, gracias.

Su voz fue casi inaudible, pero al menos respondió.

—Si desea pintar, pida a mi mayordomo que le asigne un lacayo para ayudarla con su caballete y demás materiales.

Un pequeño fruncimiento apareció en su frente. ¿Qué había dicho mal ahora?

—Tengo entendido que Lady Lucy, la hermana de su señoría, disfruta del dibujo y la acuarela —intervino la señorita Bryant—. Si no ha traído sus propios materiales, quizá ella le preste los suyos.

La señorita Stockhart sonrió.

—Estará encantada —confirmó James, agradecido de que la señorita Bryant pareciera haber identificado el problema—. ¿Pinta usted, señorita Bryant? —preguntó cuando el silencio comenzaba a tornarse incómodo.

—Puedo hacer una imagen aceptable, pero no es mi pasatiempo preferido…

Aquello era sorprendentemente honesto. Trató, y fracasó, en imaginarse a alguien como la señorita Esham admitiendo que sus dibujos eran simplemente aceptables.

—… Disfruto de la belleza de un jardín en su conjunto, tanto como de las plantas individuales.

—Entonces, ¿además de su interés por la clasificación, también estudia botánica?

Recordó con diversión la expresión atónita del administrador del Museo Británico cuando ella empezó a explicar el sistema de Linneo.

—Me interesan muchas cosas. Como cabría esperar de una institutriz, ¿no cree?

Por un momento había olvidado por qué estaba ella en el museo.

—Esperaría conocimiento, señorita Bryant, no necesariamente un interés más allá del requerido para enseñar con eficacia.

—Pero creo que alguien verdaderamente interesado puede inspirar entusiasmo en sus alumnos con mayor facilidad que alguien que solo transmite datos.

—Creo que eso es cierto, milord.

La señorita Stockhart parecía tan sorprendida como él de haber hablado. James le dirigió lo que esperaba fuera una sonrisa alentadora.

—Mi primera institutriz no gustaba de la pintura. Solo cuando mi padre contrató a otra mujer que sí la disfrutaba, comencé realmente a aprender.

No estaba seguro de que eso fuera cierto; en su caso, el desprecio de su tutor por las ciencias había sido lo que lo impulsó a aprender solo, a través de los libros.

—Creo que en la biblioteca hay algunos volúmenes ilustrados de botánica —dijo—. Siéntanse libres de consultarlos o tomarlos prestados mientras estén aquí. Usted también, señorita Bryant.

—Gracias, milord.

Hablaron casi al unísono.

¿Acababa de cometer una imprudencia, invitando a dos mujeres a hacer uso de su refugio personal? Quizás no; la señorita Bryant parecía una mujer sensata que usaría la biblioteca para su propósito real, y la señorita Stockhart era demasiado tímida como para aprovecharse de la situación.

—¿Su hogar tiene un jardín grande, señorita Stockhart? —preguntó la señorita Bryant.

James se alegró de escuchar mientras sus dos acompañantes hablaban sobre sus jardines en casa y él les describía el paisaje de los alrededores del castillo cuando preguntaron por los lugares más hermosos de la zona.

En conjunto, fue la cena más agradable que había tenido en mucho tiempo. Tal vez esta quincena pasaría más fácilmente de lo

que había temido.

***

Alice se acomodó en la silla junto al fuego en la habitación de Maria y abrió el último número del *Agricultural Journal*. Se había sorprendido por la repentina invitación de Lord Harlford a cenar con él, pero lo disfrutó más de lo esperado. Al principio había estado un poco rígido y formal, pero una vez que la señorita Stockhart reunió el valor para participar en la conversación, esta fluyó con mayor naturalidad.

Sus descripciones de las cabalgatas por las colinas y los valles cercanos reflejaban un amor por el campo similar al suyo.

El haber estado sentada junto a Lord Harlford, a petición suya, le había valido miradas venenosas de dos de las otras jóvenes presentes y de sus madres. Cuando las damas se retiraron, subió a su habitación en lugar de unirse a ellas en el salón, sin ganas de someterse a las preguntas con las que sin duda iniciarían cualquier conversación: quién era su familia y cómo estaba conectada con Lady Jesson.

Sonrió ante la idea de ser vista como una amenaza y pasó la página a un artículo sobre la cría de cerdos.

—Has escapado con rapidez.

Alice dobló el diario mientras Maria entraba en la habitación y se sentaba en la silla frente a ella.

—Lady Harlford me mira como si fuera invisible.

—Si se atreviera, me haría lo mismo a mí, sospecho —dijo Maria —. Los próximos días deberían ser interesantes… en muchos sentidos.

—¿Recogiste algún chisme?

—Solo lo de siempre: quién corteja a quién, cuánto dinero tienen, y demás. Y Cassandra presumiendo del tamaño de la finca y del castillo —Maria se encogió de hombros—. Nada útil para nuestros propósitos.

—No es realmente sorprendente. Yo tampoco descubrí nada de utilidad… aunque Lord Harlford mencionó que podría tomar prestados libros de su biblioteca.

—Excelente. Simpson dice, según el chisme del salón de los sirvientes, que Harlford pasa mucho tiempo allí. Es un lugar probable para encontrar documentos incriminatorios.

Alice suspiró.

—Encontrar el momento adecuado sin ser descubierta podría ser difícil.

—Bueno, tenemos una quincena. Chatham quizá averigüe algo útil a través del personal de exteriores.

—Mañana temprano sacaremos a pasear a Tess. Puedo preguntarle entonces.

Alice aún tenía dificultades para creer que Lord Harlford pudiera ser un traidor; siempre había sido amable y servicial en sus conversaciones. Pero un buen espía debía saber engañar a la gente.

—¿Qué opinas de la señorita Stockhart? —preguntó Maria, con el tono de quien se acomoda para una buena charla.

Capítulo 8

El aire matutino en el patio de las caballerizas era agradablemente fresco sobre la piel de Alice. Aún faltaba media hora para la hora acordada con Chatham, pero el cielo azul visible desde su ventana y el canto de los pájaros la habían tentado a salir al amanecer cubierto de rocío. Maria seguiría en la cama por un par de horas más.

Chatham tardó solo unos minutos en prepararse cuando ella llamó a su puerta. La cola de Tess se agitaba con entusiasmo mientras los tres salían del patio de las caballerizas por el mismo arco que Alice había tomado con Lucy el día anterior. Esta vez siguieron caminando a través de los arbustos en lugar de bordear la casa.

Alice esperó hasta que estuvieron en un sendero desgastado bajo los manzanos del huerto, lejos de los edificios.

—Vi a un jinete venir en esta dirección desde mi ventana. ¿Viste quién era?

—Sí, señorita. Era Lord Harlford. Según lo que he oído, suele salir temprano casi todas las mañanas. A veces está fuera todo el día, pero hoy se espera que regrese a media mañana.

—¿Saben adónde va?

—Hay una cantera por ese lado, marcada en los planos que consiguió Lord Marstone. Probablemente en medio de esos bosques —señaló en la dirección en la que caminaban.

Siguieron el mismo camino que había tomado Lord Harlford, avanzando con paso ligero sobre la suave hierba del parque. Chatham soltó a Tess de la correa una vez que dejaron atrás el huerto, y la perra corrió de un lado a otro, olfateando la base de los árboles dispersos por el parque y siguiendo rastros invisibles en el suelo.

—¿Es en la cantera donde hace sus experimentos? —preguntó Alice.

—Eso creo, señorita. Anoche hablé con los mozos de cuadra. Dicen que de vez en cuando se oyen explosiones, y su señoría a veces vuelve oliendo a pólvora.

—La información que llega a los franceses tiene que ver con un arma nueva.

—Sí, eso me dijeron —Chatham se rascó la cabeza—. Hay un par de hombres trabajando allí. La gente de aquí los ha visto ir y venir, pero no viven en la propiedad. Probablemente vienen caminando desde los pueblos del este y entran por la parte trasera del parque.

—Has averiguado mucho en una sola noche.

Chatham se encogió de hombros.

—Los mozos hablan de buena gana, sobre todo si les echo una mano con la limpieza de los establos.

El sendero se volvió más fangoso al entrar en el bosque. Mantos de ficarias y anémonas silvestres brillaban bajo la luz que se filtraba a través de las ramas aún desnudas. Más adelante, bancos de ajo silvestre alzaban sus capullos aún cerrados sobre las hojas lisas, pronto a florecer. Podría pasear por aquí durante horas, pero tenía un trabajo que hacer.

—¿Podemos ver la cantera hoy? No tengo que regresar por al menos una hora.

—Podemos buscarla, señorita, sí. Pero será mejor que vayamos en silencio.

Alice se encogió de hombros.

—Si nos ven, podemos decir que Tess se escapó.

Tess alzó la cabeza un instante y luego siguió con su exploración de olores y sonidos.

Finalmente, el cielo se hizo más visible al frente, y redujeron el paso al acercarse a un claro donde el sendero se unía a un camino que llegaba desde la derecha, su origen oculto por una elevación del terreno. ¿Podría ser la cantera?

Chatham debió de pensar lo mismo, pues se detuvo y le hizo una seña para que lo siguiera de vuelta por donde habían venido. Se detuvo en una curva del sendero y observó la ladera del bosque que se alzaba sobre ellos.

—Podría mirar hacia la cantera desde ahí arriba.

—Podríamos —lo corrigió Alice, siguiéndolo cuesta arriba y levantando sus faldas para evitar que se enredaran en la maleza.

Mantuvo la vista atenta a las ramas secas: el crujido de una bajo sus pies se escucharía a gran distancia. A excepción de un par de maldiciones murmuradas por Chatham cuando su ropa se enganchó en zarzas viejas, lograron ascender en silencio.

El suelo desaparecía a unos metros por delante, y avanzaron con cautela, procurando mantener los troncos de los árboles entre ellos y la cantera. Tenía unos diez metros de profundidad y era aproximadamente circular, con montones de piedras rotas esparcidas en la base de sus paredes. Una abertura a la izquierda debía de ser la entrada del camino. Junto a ella se alzaba un edificio largo y bajo, con varias estanterías metálicas más allá, rodeadas de tierra ennegrecida.

No se veía a nadie, y si el edificio tenía ventanas, debían de estar en el otro lado. Alice se apartó del borde. Se volvió para hablar con Chatham, pero él ya no estaba. Retrocedió unos pasos entre los árboles y continuó hasta encontrarlo agachado, examinando un área de hierba que llegaba hasta el borde de la cantera.

Tess, con el hocico hundido en un arbusto, gimió, y Chatham se acercó con cuidado, apartando las ramas para mirar dentro.

—Hay una lona doblada ahí, señorita —informó al salir del arbusto. Se alejó un poco y le hizo una seña para que lo siguiera—. Esa hierba estaba aplastada cuando llegué. Creo que alguien viene aquí a vigilar la cantera.

Alice se asomó por el borde; desde allí se veía claramente el camino, y pudo distinguir la puerta y varias ventanas en el otro lado del edificio.

—Menos mal que no están aquí ahora —murmuró Chatham distraído, con la vista fija en Tess.

La perra olfateaba alrededor del pequeño claro y luego se alejó de la cantera, siguiendo un sendero apenas visible a través de la maleza, en dirección norte.

—¿Sigue un rastro? —preguntó Alice, apartando de su mente la pregunta de qué habría ocurrido si se *hubieran* topado con un espía.

Chatham asintió.

—Nos lo hará saber si vuelve a oler lo mismo más tarde. La seguiré ahora, señorita, pero será mejor que usted regrese antes de que la echen en falta. ¿Podrá encontrar el camino?

Alice asintió. Solo tenía que bajar la ladera hasta cruzar el sendero por el que habían llegado. Si Chatham encontraba al hombre que buscaban, le iría mejor sin tener que preocuparse por ella.

Si se daba prisa, quizá lograra informar a Maria antes de que bajara a desayunar.

***

—¡James, un momento, si es tan amable! No te vi en el desayuno.

James se detuvo con un pie en el primer escalón y luego se volvió para enfrentar a su madre, que cruzaba el vestíbulo hacia él, con la señorita Chilton unos pasos detrás.

—Te dije que estaría en la cantera esta mañana.

Y allí estaba, como había acordado, con tiempo suficiente para unirse a los invitados para el refrigerio de la una.

—La señorita Chilton quería preguntarle algo.

—Esperaba que pudiera mostrarme los mejores lugares desde donde dibujar el lago, mi lord.

Era solo una leve variación de querer un recorrido por los jardines, pero al menos esta no parpadeaba a cada instante.

—Me temo que no tengo ojo para el arte, señorita Chilton. Mi hermana estará encantada de ayudarla, estoy seguro.

Quizás así evitaría que buscara su compañía con excusas tan obvias en el futuro.

—Mamá ya ha organizado una caminata esta tarde.

—A las dos en punto —confirmó su madre.

—Oh, bueno, me uniré a ustedes entonces. Gracias, mi lord.

La señorita Chilton sonrió encantadora, y James se preguntó si había sido injusto con ella. Se encogió de hombros; invitaría a Lucy también y vería si la señorita Chilton realmente preguntaba por lugares para dibujar.

En la biblioteca, en lugar de atender su correspondencia, se acercó a la ventana. Un grupo de cuatro personas paseaba entre los

setos de boj en los jardines de abajo: Fowler estaba guiando el recorrido por los jardines que la señorita Esham había solicitado. Sus labios se curvaron apenas al preguntarse si lo estaría disfrutando.

La puerta se abrió y unos pasos se acercaron. Sus hombros se tensaron al girarse para ver quién invadía su territorio, pero se relajó al ver que era solo Lucy.

—¿Qué estás mirando, Jamie?

—El jardín.

—¡Oh, no seas gruñón! —cruzó la habitación para pararse a su lado, siguiendo su mirada—. ¿Quiénes son?

—La señorita Esham, la señorita Stockhart y la señorita Bryant.

—¿Te gusta la señorita Stockhart? ¿Vas a casarte con ella?

—¡Por el amor a la bondad, Lucy, apenas he hablado con ella unas cuantas veces!

—La acompañaste a la cena anoche. Bellingham se lo dijo a la señora Finch, y Sally —mi doncella, ya sabes— lo oyó y me lo contó. Aún no he conocido a la señorita Stockhart, pero la señorita Bryant es simpática.

Supuso que una institutriz sabría cómo ganarse la confianza de una chica de la edad de Lucy. Se preguntó qué más habría averiguado su hermana gracias a los chismes de los sirvientes, pero decidió que era más prudente no preguntar.

—La señorita Stockhart simplemente estaba cerca cuando mamá trajo a la señorita Gearing.

—¿La señorita Risitas?

—No la llames así, Lucy. Era solo para ayudarme a recordar sus nombres.

Si no tenía cuidado, acabaría usando aquellos apodos en la cara de alguien.

—No pensé que alguien como la señorita Esham estuviera interesada en hablar con el jardinero —Lucy había vuelto a mirar hacia los jardines.

—Dijo que le interesaba la botánica y me pidió que le mostrara las plantas. Fowler sabe más de plantas que yo, así que le organicé un recorrido.

—Jamie, ¡eres un caso perdido!

—¿De veras?

—Ella quería que *tú* la acompañaras. ¿Cómo si no puede encontrarse a solas contigo para batir sus pestañas?

—¿Y qué crees que hice al sugerir que Fowler les mostrara los jardines?

Si a estas alturas no había comprendido eso, sería realmente un caso perdido.

—Tal vez no seas tan tonto como pensaba.

Lucy le sonrió con picardía.

—Gracias por el cumplido, querida hermana. La señorita Chilton quería que le mostrara los mejores lugares para pintar el lago.

Lucy puso los ojos en blanco.

—Exactamente. ¿Vendrás con nosotros en nuestra caminata esta tarde para enseñarle tú?

Ella sonrió con malicia.

—Por supuesto. Te diré si realmente le interesa. Nos vemos más tarde.

Dejó la puerta abierta al salir. James cruzó la habitación para cerrarla y luego se sentó en su escritorio. Debería intentar hacer *algo* antes de verse obligado a ser cortés.

Su concentración no duró mucho. Respondió un par de cartas y volvió a mirar hacia los jardines. El pequeño grupo ahora estaba cerca de la puerta que conducía al huerto. Mientras observaba, la señorita Esham se separó y se encaminó hacia la casa, la irritación era evidente en su forma de andar. No pudo evitar sonreír; había disfrutado la visita botánica tanto como él había esperado.

Observó a las dos mujeres restantes unos minutos más. Estaban con Fowler junto a un bancal de plántulas; los gestos y la postura de las mujeres indicaban que estaban poniendo a prueba el conocimiento del jardinero. El grupo parecía más animado ahora que la señorita Esham se había marchado.

Hmm. Había accedido a acompañar a algunas de las jóvenes en una caminata esa tarde. Aparte de la señorita Chilton, su madre no había especificado *quiénes*. Sería prudente elegir él mismo antes de que ella lo hiciera por él.

No queriendo encontrarse con su madre, usó la puerta de servicio al final de la biblioteca para dirigirse al jardín.

***

Los refrigerios de la una en punto parecían más formales de lo habitual, pero James logró evadir cualquier distribución de asientos que su madre hubiera dispuesto y tomó asiento junto a uno de los hermanos Chilton.

Pronto decidió que no había sido una buena elección. Habría estado encantado de hablar de caballos, pero Julius Chilton lo sometió a una larga y tediosa anécdota sobre sus hazañas de caza. Al otro lado de la mesa, lord Chilton se concentraba en su plato, ignorando el intento de lord Gearing por hablar con él. Política, por los fragmentos de conversación que alcanzó a oír.

—…salí despedido, directo a una zanja. Pero no permití que…

Había una gran diferencia entre los hombres de la familia Chilton. El hombre a su lado tenía poco parecido con la figura rotunda y el rostro carnoso de lord Chilton.

—…el necio no pudo saltar un seto de apenas cuatro pies y terminó…

¿El otro hermano… Augustus? Su chaqueta azul pálido y su chaleco bordado en rosa contrastaban con la vestimenta más sobria de su hermano, pero al menos él no parecía estar aburriendo a su interlocutora. La señorita Stockhart participaba plenamente en la conversación.

Tal vez Lucy tenía razón, y sí ponía nerviosas a algunas de las jóvenes. Debería esforzarse por ser más amable.

—Dígame, Harlford, ¿habría alguna posibilidad de una cabalgata mientras estemos aquí? Sé que la temporada ha terminado y todo eso, pero este paisaje es nuevo para mí.

La repentina pausa en el torrente de palabras devolvió la atención de James a Julius Chilton. ¿Montar? No con Chilton, si podía evitarlo.

—Me temo que estoy demasiado ocupado. Pida a Pritchard, mi maestro de cuadras, que le asigne un mozo de cuadra para mostrarle las mejores rutas.

—Gracias, Harlford. ¿Le conté sobre aquella vez que…?

Sintió alivio cuando su madre se puso de pie, señalando el final de la comida. Pero la sensación no duró mucho.

—James. La señorita Esham desea unirse a tu paseo por el lago con la señorita Chilton.

—Muy bien, madre. Lucy, la señorita Stockhart y la señorita Bryant también nos acompañarán.

Ignoró el ceño fruncido de su madre al mencionar el último nombre.

—Quien desee venir, nos encontraremos en el patio en media hora.

Capítulo 9

Cuando el grupo de paseo se reunió en el patio, James descubrió que Augustus Chilton y Lady Jesson también se habían unido. Ofreció su brazo a la señorita Stockhart, quien vaciló un instante antes de posar la mano sobre él. La señorita Chilton aceptó de mala gana la escolta de su hermano, dejando a la señorita Esham la elección entre Lucy, Lady Jesson y la señorita Bryant.

James ocultó su diversión al ver cómo la expresión de la señorita Esham pasaba del desdén al mirar a Lucy a la cautela al posar los ojos en Lady Jesson. Finalmente, eligió a la señorita Bryant, tomó su brazo y maniobró para situarse justo detrás de él. Emprendieron el camino alrededor del lago, dejando atrás la fresca sombra del patio para adentrarse en la cálida luz del sol.

—¿Disfrutó de los jardines esta mañana, señorita Stockhart?

—Mucho, gra…

—¡Un jardín espléndido, ¿no le parece, señorita Bryant?! —La voz de la señorita Esham ahogó el tono más suave de su acompañante —. Mucho más grande, imagino, que cualquiera que haya visto antes.

—Sí, en efecto —respondió la señorita Bryant con voz tranquila—. La disposición de la *Parus major* era particularmente impresionante, plantada con un diseño tan hermoso. También la de la *Erithacus rubecula*.

La señorita Stockhart giró la cabeza con sorpresa hacia sus compañeras, los ojos muy abiertos.

—Oh, eh… sí —tartamudeó la señorita Esham—. Muy hermosa.

James notó un leve movimiento bajo la mano de la señorita Stockhart en su brazo. Ella apretó los labios y sus hombros temblaron.

—¿Reconoce las plantas que ha mencionado? —preguntó en voz baja, mientras la señorita Esham cambiaba de tema con entusiasmo.

—No son plantas, mi lord. Creo que son pájaros.

James apenas logró contener la risa.

Detrás de él, la señorita Esham describía los jardines del Palacio de Blenheim, hablando como si hubiera sido una invitada de honor. Alcanzó a ver una sonrisa asomando bajo el sombrero de la señorita Stockhart.

—Señorita Stockhart…

—Nuestra casa está en Oxfordshire. Los jardines del Palacio son realmente espléndidos. Mis padres me llevaron en un día de puertas abiertas al público.

Él soltó una ligera risa.

—Lo sospechaba.

Llegaron al desvío y él guio al grupo por el sendero que bordeaba el agua, ayudando a las damas a sortear un charco sin necesidad de pisar la hierba húmeda.

De algún modo, cuando reanudaron la marcha, la señorita Esham apareció a su lado. Echó un vistazo atrás: la señorita Stockhart caminaba del brazo de Augustus Chilton y parecía bastante a gusto en su compañía. Entonces, Lucy se acercó al otro lado de James, dejándole poca opción más que continuar adelante.

—¿Posee usted extensos terrenos, milord? —La señorita Esham revoloteó las pestañas.

¿Por qué hacían eso las mujeres?

—Oh, es enorme, señorita Esham —respondió Lucy antes de que él pudiera decir nada—. Estoy segura de que, si desea una visita guiada…

Una sonrisa esperanzada se dibujó en el rostro vuelto hacia James.

—…mi hermano puede pedirle a Terring, es el administrador, ¿sabe?, que la lleve en carruaje por toda la propiedad.

—Oh. Oh, pero sería mucho más agradable si…

—Terring conoce la finca mucho mejor que yo, señorita Esham —interrumpió James.

—No tengo el menor interés en recorrer los terrenos, gracias —respondió ella con los labios tensos—. Discúlpenme, creo que tengo una piedra en el zapato.

Soltó el brazo de James y se detuvo, inclinándose. Su movimiento fue tan brusco que la señorita Stockhart, que venía

detrás, chocó contra ella. La señorita Esham perdió el equilibrio y soltó un chillido poco distinguido al caer en un charco de lodo al costado del camino.

—Lo siento muchísimo, señorita Esham. —La señorita Stockhart le tendió la mano—. Permítame ayudarla a levantarse. Oh, cielos, su precioso vestido…

—¡Aléjese de mí, estúpida tonta! ¡Ya ha hecho suficiente daño! —La señorita Esham apartó de un manotazo la mano ofrecida.

—¡Vaya! —protestó Augustus Chilton—. La señorita Stockhart no lo hizo a propósito… usted se detuvo de repente…

—No haga más el ridículo de lo que ya lo ha hecho, señorita Esham —intervino Lady Jesson con aspereza.

La señorita Esham frunció el ceño, se puso en pie y se marchó con aire altivo, frotando su vestido y logrando solo esparcir más el barro.

La señorita Stockhart estaba al borde de las lágrimas.

—De verdad que no fue mi intención… apareció de pronto…

—Vamos, querida, no se aflija —dijo Lady Jesson, dándole una palmadita en el hombro. Alzó la vista, cruzó una mirada con James y agitó la mano—. Siga adelante, milord. Yo me ocuparé de la señorita Stockhart.

James obedeció, aliviado de dejar a Lady Jesson y al joven Chilton encargarse de la señorita Stockhart. No tenía idea de cómo lidiar con damas llorosas.

Lucy se colocó a su lado mientras él retomaba el camino hacia la Casa de la Viuda. La señorita Chilton y la señorita Bryant caminaban juntas detrás.

—James, no vas a casarte con la señorita Esham, ¿verdad? —susurró Lucy lo bastante bajo para que solo él la oyera—. ¿Por favor?

—No es una perspectiva atractiva —admitió James.

—Oh, qué alivio. La señorita Stockhart parece haber captado el interés del señor Chilton. Seguro que ha descubierto su dote.

James frunció el ceño, consciente de que la hermana de Chilton estaba lo bastante cerca para escuchar.

—Lucy, eso es una maldad.

Lucy enrojeció y bajó la cabeza.

—Lo siento.

—No te preocupes ahora.

Le dio una palmadita en la mano y continuaron caminando en un silencio cómodo hasta que llegaron a la verja del jardín.

—Señorita Chilton, señorita Bryant, ¿han tenido suficiente por hoy o les gustaría recorrer los jardines de la Casa de la Viuda? Mi abuela conserva un jardín de nudos basado en un diseño isabelino, según me ha contado.

—Sería interesante, gracias —dijo la señorita Bryant.

—Sí, sin duda —respondió la señorita Chilton, aunque su expresión no coincidía del todo con sus palabras.

James las condujo al jardín.

—Voy a ver si mi abuela recibe visitas esta tarde.

James encontró a su abuela en su lugar habitual, en el salón con vistas al jardín, con las puertas de cristal abiertas para dejar entrar el aire primaveral.

—Bien, James, ¿has traído a alguien para que la inspeccione?

Él se encogió de hombros.

—Mamá dispuso que las acompañara a dar un paseo.

—Y, sin embargo, ya te has deshecho de varias. No tengo problemas de vista, ¿sabes?

James ignoró las gafas de lectura que descansaban junto a su libro en la mesita lateral.

—Lo sé, abuela. No ha sido cosa mía.

—No importa. Hablar con las cinco candidatas a la vez sería demasiado, especialmente con Lucy aquí también.

¿Cinco?

—Solo habrían sido cuatro.

Siguió la dirección de su mirada hasta donde las dos jóvenes estaban con Lucy junto al lago, con algunos patos esperanzados nadando a sus pies.

—La señorita Bryant es dama de compañía de Lady Jesson y…

—¿Maria Jesson? Debes traerla algún día.

—¿La conoces? Es mucho… quiero decir, no de tu generación.

Dos generaciones más joven, probablemente.

—Era solo una chiquilla cuando estuve en Londres por última vez, pero sé de ella. Tendrá todos los chismes. Envíamela, James, por favor.

—Muy bien.

Si su abuela estaba ocupada con Lady Jesson, no podría interrogarlo sobre cuál de las jóvenes elegiría.

—¿Quién es la otra joven que te acompaña? —insistió Lady Harlford.

—La señorita Chilton. Su padre es barón.

—Invítala a tomar el té, James. Mientras tanto, puedes entretener a Lucy y a la señorita Bryant en los jardines. Recibir a más de una joven aduladora a la vez es demasiado para mí.

James no lo creía, pero ella le había dado una excusa que tal vez evitaría que la señorita Bryant se sintiera menospreciada.

—¿Quieres fijar horarios para entrevistar a las demás candidatas para el puesto?

—¡Menos descaro, muchacho! —rio ella, despidiéndolo con un gesto de la mano.

La señorita Chilton sonrió afectadamente cuando él le transmitió la invitación de su abuela, lanzando una mirada triunfal a la señorita Bryant mientras se alejaba. La acompañante no parecía en absoluto contrariada, pero alguien en su posición no esperaría ser distinguida de ese modo.

—¿Está indispuesta la abuela, James? —frunció el ceño Lucy—. No es propio de ella...

—Está perfectamente bien.

El rostro de Lucy se relajó.

—Oh, seguro que quiere interro... quiero decir, enterarse de todo sobre la señorita Chilton.

—¡Lucy!

Un sonido ahogado de la señorita Bryant lo distrajo. Tenía una expresión de labios apretados, similar a la que había mostrado la señorita Stockhart antes. ¿Divertida?

—¿Señorita Bryant?

—Lo siento, mi señor, pero ahora sabe cómo me sentí cuando el joven Georges fue tan deslenguado.

Tuvo que reír.

—Dígame, señorita Bryant, ¿el jardín de mi abuela incluye Parus…? ¿Cómo era que lo dijo?

—*Parus major*. Estoy segura de que sí, aunque probablemente estén incubando huevos en este momento —se volvió hacia Lucy—. Antes, la señorita Esham coincidió conmigo en que los carboneros comunes y los petirrojos estaban dispuestos en bonitos diseños en los jardines.

Lucy soltó una carcajada y se tapó la boca con una mano.

—¿Qué opina del jardín de aquí, señorita Bryant? —Siempre había admirado las líneas pulcras de los setos bajos de boj y la simetría de los patrones que parecían entrelazarse en nudos.

Ella se tomó su tiempo antes de responder.

—Es impresionantemente intrincado e interesante si se trata de un diseño histórico. El jardinero de su señoría debe trabajar arduamente para mantenerlo tan meticulosamente recortado.

—Presiento un "pero"…

La señorita Bryant esbozó una sonrisa de disculpa.

—Sea sincera, señorita Bryant.

—Muy bien. Prefiero el parterre de la casa principal; las flores dentro de los macizos aportan una variedad de colores y cambian con las estaciones.

—Este resulta algo lúgubre en los días grises —intervino Lucy—. Mamá dice que está pasado de moda y que lo eliminaría si dependiera de ella.

—No depende de... —James se contuvo—. Le ruego me disculpe, señorita Bryant.

No se le habría ocurrido decir algo así delante de la señorita Esham, ni siquiera de la señorita Stockhart. De algún modo, con la señorita Bryant le resultaba demasiado fácil bajar la guardia; quizá por la manera en que se entendía tan bien con Lucy.

—A la señorita Stockhart podría interesarle este jardín —sugirió la señorita Bryant—. Podría ser un reto pintarlo; el efecto dependería

de una representación precisa de las líneas y los nudos. De hecho, un dibujo a pluma y tinta resultaría más dramático.

—Por eso prefiero el otro jardín —dijo Lucy—. Es más fácil hacer un cuadro bonito…

James pensó en invitar a la señorita Stockhart a caminar hasta la Casa de la Viuda nuevamente, la próxima vez sin la señorita Esham. Sin embargo, no sería conveniente que lo vieran a solas con ninguna de las jóvenes que su madre había invitado como posibles candidatas a esposa. Eso podría indicar un interés que no sentía. Lucy o la señorita Bryant podrían acompañarlo.

***

Alice le dedicó a la señorita Stockhart una sonrisa alentadora cuando un aplauso cerró su interpretación de *Robin Adair*, y devolvió la partitura a la pila sobre el piano.

—¡Otra! —exclamó Augustus Chilton, todavía aplaudiendo.

La señorita Stockhart se sonrojó.

—Oh, no podría, no…

—La señorita Esham cantará ahora —anunció Lady Harlford en voz lo bastante alta como para que la oyeran desde varios metros de distancia—. Señorita Esham, la acompañante de Lady Jesson tocará para usted. Más tarde podrá mostrarnos su destreza en el teclado.

Alice hizo una mueca antes de recomponerse para que nadie lo notara. Había aceptado acompañar a la señorita Stockhart de buen grado: la muchacha necesitaba una presencia amigable a su lado para darle confianza. Pero que le ordenaran acompañar a la hostil señorita Esham era otro asunto, aunque tampoco tenía sentido protestar.

—*Der Hölle Rache* —anunció la señorita Esham, colocando la partitura en el atril—. El aria de la Reina de la Noche de *La flauta mágica*. Podrá tocarla, ¿verdad?

Lord Harlford frunció el ceño al oír el título. No tenía aspecto de estar disfrutando la velada.

Alice hojeó las páginas; la pieza era demasiado compleja para tocarla a primera vista, y menos aún frente a un público.

—Me temo que no. ¿Tiene otra pieza?

—¿Algo muy sencillo, quiere decir? —preguntó la señorita Esham con desdén—. Si…

—Alice, querida —la interrumpió Maria—. ¿Podrías traer mi abanico de mi habitación?

—Disculpe, señorita Esham.

Alice no esperó respuesta, sino que se levantó y salió del salón, quedándose en el aire más fresco del pasillo.

Maria la alcanzó apenas unos minutos después.

—Pensé que podríamos refugiarnos en la biblioteca. Y *escapar* de los intentos de la señorita Esham por impresionar a Lord Harlford.

Alzó una mano y el lacayo de guardia en el vestíbulo se apresuró a acudir.

—¿Lo logrará? —preguntó Alice mientras lo seguían—. Impresionarlo, quiero decir.

—Lo dudo. La señorita Chilton afirmó que tocaría ella. Esa aria es preciosa cuando se canta bien, pero me sorprendería que la señorita Esham tuviera la capacidad. O la señorita Chilton, ya que estamos.

Sonrió.

—Pobre Harlford.

Pobres todos, pensó Alice.

En la biblioteca, el lacayo encendió dos candelabros en las mesas cercanas a la chimenea y varias velas en los apliques de la pared, luego las dejó solas. La habitación se sentía inmensa, con su suelo de madera pulida extendiéndose a lo largo de casi la mitad del edificio. Una de las paredes estaba interrumpida por una serie de ventanales de suelo a techo, ahora ocultos tras pesadas cortinas. Un sofá tapizado en cuero estaba dispuesto frente a la chimenea cerca de la puerta por la que habían entrado, flanqueado por dos sillones, todo ello sobre una gruesa alfombra. La pared opuesta a los ventanales estaba revestida de estanterías que se alzaban casi hasta el ornamentado techo de yeso. Algunas sobresalían, formando una serie de nichos.

—¿Echamos un vistazo a lo que la biblioteca tiene para ofrecer? —Maria tomó uno de los candelabros.

Alice había querido explorarla desde el momento en que Lucy le contó lo grande que era. Tomó el otro candelabro y recorrió la

habitación, asomándose brevemente a cada nicho. En el primero, los estantes estaban repletos de registros parlamentarios, encuadernados en cuero. Más adelante, encontró colecciones encuadernadas de varias revistas y suficientes libros para despertar el interés de cualquiera: historias, relatos de viajes, textos en latín y griego con sus respectivas traducciones, y una sección de novelas recientes. En un nicho había una escalera de mano con ruedas, más alta que Alice. No tenía intención de intentar subir con falda y cargando un candelabro; los estantes superiores tendrían que esperar a la luz del día.

En el extremo opuesto había otra chimenea, pero en lugar de un sofá y sillones, este lado de la sala albergaba un escritorio con un secante colocado cuidadosamente en el centro, acompañado de un pisapapeles, un tintero y un portalápices dispuestos en una línea ordenada.

—Un hombre muy meticuloso —comentó Maria—. Una lástima; nuestra tarea sería más sencilla si hubiera dejado alguna carta secreta a la vista.

El placer de Alice por estar rodeada de tantos libros se disipó.

—Quizás haya algo útil en el escritorio —Maria tiró de uno de los cajones—. Cerrado. ¿Trajiste esas pequeñas herramientas?

—No, no esperaba necesitarlas esta noche.

—Probablemente sea lo mejor. Si el canto es tan malo como imagino, Harlford podría escapar y venir aquí en cualquier momento.

—¿Realmente tenemos que registrar su escritorio? —Recabar información explorando los terrenos y hablando con el personal era una cosa; abrir cajones cerrados ya entraba en el terreno de lo delictivo.

—Sí, es necesario. Que aparentemente alguien esté vigilando la cantera no significa que Harlford sea inocente —señaló Maria—. Por ahora, veamos si los libros de este último nicho nos dicen algo. Si pasa tanto tiempo en su escritorio, los libros que más usa estarán aquí.

Los grandes volúmenes en los estantes inferiores tenían lomos de tela y estaban marcados solo con números. Alice abrió uno y encontró filas de cifras.

—¿Libros de cuentas de la propiedad? —sugirió Maria.

—Probablemente.

Un examen detallado podría revelar si Lord Harlford necesitaba dinero, lo que podría ser un motivo. Pero ni tenía el tiempo ni la experiencia para revisarlos con la profundidad necesaria. Devolvió el libro a su sitio y continuó explorando. En los estantes superiores había libros sobre filosofía natural, algunos antiguos, otros recientes, además de revistas encuadernadas. Todo un estante estaba dedicado a los *Philosophical Transactions* de la Royal Society, con fechas en los lomos que se remontaban más de cien años, hasta la fundación de la Sociedad. Sacó algunos de los volúmenes más recientes y encontró hojas sueltas marcando páginas, muchas con anotaciones en una letra masculina, clara y ordenada. Otros libros, en su mayoría sobre asuntos científicos, también tenían marcadores en su interior.

—¿Has encontrado algo útil? —preguntó Maria.

—No realmente. Ya sabemos que está haciendo algo con explosivos; esto solo muestra que le interesan varias áreas de la filosofía natural. Volveré mañana para revisar con más calma.

—Muy bien. Me arriesgaré a soportar el canto y volveré al salón. ¿Vienes?

—Si no te importa, preferiría retirarme.

—¿Con un libro? —Maria rio—. Muy bien, entonces. Nos vemos en el desayuno.

—Buenas noches.

Alice tomó los candelabros y se dirigió a su habitación.

Después de todo, iba a tener que usar sus ganzúas.

Capítulo 10

—Hola, Tess.

Tess se irguió de un salto al oír la voz de Alice, moviendo la cola con entusiasmo y sacando la lengua. No era un día propicio para un paseo: el cielo estaba cubierto de nubes grises y el aire tenía un dejo de humedad. Los charcos en el patio de las caballerizas indicaban que había llovido durante la noche.

—Buenos días, señorita Bryant.

Chatham salió de su habitación con una taza humeante en una mano y sin abrigo.

—Parece que habrá más lluvia.

Alice miró a su alrededor; todos los mozos de cuadra estaban ocupados con sus tareas.

—¿Descubriste algo más ayer?

—Las huellas que encontró Tess iban hacia el norte, hasta un sendero bastante transitado. Creo que conecta algunos de los pueblos de la zona. Pero no hay nada justo al lado del sendero. Es como si alguien lo abandonara en un punto distinto cada vez.

—¿Estás seguro de que no es un camino hecho por animales?

—Podría ser, pero Tess estaba siguiendo el rastro de ese lienzo encerado, y encontré esto en unos zarzales.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un minúsculo trozo de tela, con hilos sueltos donde se había rasgado. Era de un tono verde apagado, un color común en los abrigos.

—No se puede sacar mucho en claro.

—Solo que alguien está usando ese sendero.

—¡Señorita Bryant!

Ambos se volvieron hacia la casa principal. Lucy se acercaba a ellos, vestida con una *pelisse* azul oscuro y un sencillo sombrero.

Chatham volvió a guardar la tela en el bolsillo.

—Volveré a echar un vistazo más tarde, señorita.

Asintió con la cabeza y se retiró a su habitación.

Lucy se detuvo frente a Alice.

—La vi desde mi ventana. ¿Va a sacar a pasear a tu perra? ¿Puedo acompañarla?

Alice miró las nubes.

—Probablemente nos mojemos.

—¡No me derretiré por unas gotas de lluvia! Jamie sale a cabalgar haga el tiempo que haga, y si me quedo aquí dentro, estaré encerrada todo el día.

Aquello coincidía tanto con sus propios pensamientos que Alice sonrió.

—Me encantará su compañía.

Soltó la correa de Tess del anillo en la pared y salieron del patio de las caballerizas.

—¿Vamos a algún sitio en especial?

—Hay un arroyo precioso en el bosque. La forma más fácil de llegar es bajando por el camino.

—Eso suena encantador.

Y sensato; la hierba estaría mojada y, probablemente, embarrada. Cuando ya estaban lejos del castillo, Alice soltó a Tess, que corría a su alrededor sin alejarse demasiado.

—James le dio a mi institutriz dos semanas libres —confesó Lucy mientras caminaban por la grava compacta, con un deje de anhelo en la voz—. Pensé que sería divertido unirme a la fiesta.

—¿No lo está siendo?

Lucy se encogió de hombros.

—Mamá no me deja asistir a los eventos nocturnos, y las únicas invitadas que han sido amables conmigo han sido usted y la señorita Stockhart.

Sus ojos se iluminaron.

—Aunque tengo entendido que anoche hubo un recital de música.

—Así es.

—Ja, a Jamie le *horrorizan* esos eventos. Dice que la mayoría de las jóvenes no pueden cantar ni tocar tan bien como creen.

—Toqué anoche —dijo Alice, interesada en ver la reacción de Lucy.

La muchacha enrojeció y se llevó una mano a la boca.

—Oh, cielos. Lo siento.

Alice soltó una carcajada.

—¿Toca algún instrumento?

Caminaron hacia el bosque que bordeaba el lado sur del parque mientras Lucy le hablaba de la maestra de música que la visitaba una vez a la semana, de su fracaso con el arpa y de lo mucho que esperaba su debut en sociedad el año siguiente.

En el bosque, los árboles teñían el mundo de gris, filtrando la escasa luz del cielo. Ni siquiera los brotes verdes ni los parches de campanillas azules lograban disipar la penumbra. Lucy se detuvo en el puente de piedra cerca de las puertas y apoyó las manos en la barandilla baja. El arroyo corría en silencio entre bancos de hierba. Tess se alejó hacia la maleza y el sonido del agua chapoteando indicaba que Chatham tendría que lidiar con una perra empapada más tarde.

—Es realmente bonito cuando brilla el sol —comentó Lucy con una sonrisa resignada.

—Volveré cuando el clima sea mejor. ¿Hay un camino…?

Alice se interrumpió cuando Tess ladró. Pensó en un conejo, hasta que oyó una voz masculina. No distinguió las palabras, pero sí el tono airado.

¿Sería el dueño del abrigo verde? Sacudió la cabeza. También podía ser algún trabajador de Lord Harlford que Tess había conocido en las caballerizas. Con Lucy allí, no podía ir a investigar, pero se lo contaría a Chatham al volver.

—¡Tess! ¡Ven aquí!

El ladrido cesó, al igual que la voz.

—¡Tess!

El crujido de ramas y hojas secas se acercó, y Tess salió trotando a la grava. Alice tiró de Lucy justo antes de que la perra se sacudiera, esparciendo agua por todas partes.

—Lo siento. Parece que molestó a uno de sus guardabosques.

—No necesariamente. Hay un sendero por este bosque que lleva a Luncot, a un par de kilómetros de aquí. Ahorra varios kilómetros de camino entre allí y Harlford Green.

Ese podía ser el sendero que había mencionado Chatham.

—Será mejor que regresemos —dijo Alice, cuando sintió las primeras gotas de lluvia.

Lucy estuvo de acuerdo, y llamaron a Tess para que las siguiera.

A través del velo de llovizna, el castillo apareció a la vista cuando Tess volvió a ladrar. El sonido de cascos hizo que se giraran.

—¡Jamie!

Lord Harlford avanzaba al galope por la avenida. Alice, insegura de cómo reaccionaría Tess, le sujetó el collar.

—Me alegra ver que están tan bien protegidas.

Lord Harlford sonrió. Allí, solo con su hermana, su expresión era más afable, más abierta que en compañía de sus invitados. Su rostro, ya de por sí atractivo, parecía aún más encantador.

Se giró y los tres comenzaron a caminar mientras la llovizna se convertía en lluvia.

—¿Me presentará a su guardiana?

—Esta es Tess. Lady Jesson… la heredó.

—Le ofrecería llevarla, pero no creo que Ventus aguante a tres —dijo lord Harlford.

—Lleve a Lucy, mi lord. Estoy acostumbrada a mojarme y no es lejos.

—No puedo dejarla sola —protestó él.

—Por supuesto que puede. Cuanto más lo discutamos, más nos mojaremos.

—¿Está segura?

—¡Vaya! —hizo un gesto con las manos, apurándole el paso. Oyó una risa masculina y un chillido de Lucy, y luego Ventus pasó a su lado con la joven sentada sobre las piernas de su hermano.

Lord Harlford se inclinó hacia ella, con la diversión brillando en su mirada.

—Ahora sé cómo debió de sentirse Georges. —Tocó el ala de su sombrero y espoleó al caballo.

¿Había sido demasiado firme? Posiblemente, pero parecía que a él no le importaba. Y se había relajado lo suficiente como para bromear al respecto.

Mientras el jinete y su hermana se desdibujaban bajo la lluvia, sintió un fugaz deseo de haber sido *ella* la llevada de esa manera.

Cambiada y habiendo tomado el desayuno, Alice buscó al mayordomo.

—Bellingham, lord Harlford dijo que podía mirar su biblioteca, pero no quiero molestarlo.

—Creo que su señoría está ocupado con los invitados en el salón, señorita. La acompañaré.

Alice le agradeció y lo siguió escaleras arriba. Maria había desafiado la lluvia, con la ayuda de Chatham y un enorme paraguas, para visitar a la anciana lady Harlford. Alice estaba encantada de quedarse sola para explorar mejor la biblioteca, esta vez más por interés propio, ya que no podía arriesgarse a usar las ganzúas de su bolsillo si lord Harlford estaba en la casa. No lamentaba tener una buena excusa para aplazar la intromisión en sus documentos privados.

Bellingham descorrió las cortinas de la biblioteca y luego la dejó sola. Aunque las nubes seguían oscureciendo el cielo, resultaba más fácil apreciar la magnitud de la habitación y leer los títulos en los lomos de los libros que la noche anterior, a la luz de las velas. Los tonos marrones y rojizos de los volúmenes encuadernados en cuero se fundían con la madera pulida de las estanterías y el suelo. Combinados con el rojo oscuro de las cortinas y el aroma a cera de abeja, el conjunto tenía un aire decididamente masculino. Un ambiente masculino y *acogedor*.

Se dirigió directamente al extremo de la sala, donde los diarios encuadernados habían llamado su atención la noche anterior. A la luz del día, la pared del fondo de la alcoba le pareció extraña. Al examinarla más de cerca, descubrió que la sección central era, en realidad, una puerta cuyas falsas hileras de libros creaban la ilusión de una estantería. Tirando con suavidad, Alice comprobó que se abría a un pasillo estrecho con un tapiz de fibra gruesa en el suelo: la entrada de servicio que Lucy había mencionado.

Volvió a cerrar la puerta y centró su atención en los diarios de horticultura y agricultura, divertida al descubrir que incluían publicaciones de la Sociedad para la Mejora de la Agricultura. Algunos volúmenes antiguos tenían marcas en su interior, pero la caligrafía difería de las anotaciones en los diarios cercanos al

escritorio. Parecía que el padre de lord Harlford se había interesado por la agricultura, mientras que el actual marqués era un naturalista. Según Maria, el hermano mayor había pasado la mayor parte de su tiempo en Londres.

El pestillo de la puerta al otro extremo de la biblioteca hizo clic y lord Harlford entró acompañado de un hombre mayor, con peluca gris y algo excedido de peso.

—Los documentos de los procedimientos parlamentarios están aquí, Gearing. Consúltelos cuando quiera.

—Muy amable, Harlford. Aquí se está tranquilo, le tomaré la palabra. —Asintió en dirección a Alice, pero no le dirigió la palabra. Lord Harlford se volvió y arqueó las cejas al verla caminar hacia él.

—Lamento la intromisión, mi lord. Me dijo que podía utilizar la biblioteca.

—Es bienvenida, señorita Bryant. Solo me sorprendió encontrarla aquí.

—Lo dejaré en paz, señor.

—No es necesario, yo… —Giró la cabeza ante el sonido de unas voces acercándose.

—¡Ah, aquí estás, James! —La voz de lady Harlford sonó excesivamente fuerte en aquel ambiente de estudio. Tras ella entraron la señorita Esham y la señorita Chilton. —La señorita Esham desea ver la galería de retratos y, como bien sabes, la señorita Chilton está interesada en la pintura.

—Cualquiera puede visitarla… —Se detuvo, tomó aire—. Quiero decir, estaré encantado de hablarles de mis antepasados.

Alice se mordió el labio: casi había conseguido sonar sincero.

—Señorita Bryant, ¿le gustaría acompañarnos? —Las palabras eran neutras, pero en su expresión había un leve matiz de súplica.

—Sí. Gracias, mi lord.

Le interesaba conocer más sobre el castillo, aunque la señorita Esham no le resultara simpática.

La galería de retratos se encontraba en la parte original del castillo, ocupando todo el ancho del edificio, con sillas y sofás dispuestos a intervalos. A través de los ventanales empañados por la

lluvia, Alice distinguió la Casa de la Viuda. Un fuego crepitaba en la chimenea central, otorgando a la estancia un aire acogedor en aquel día aún sombrío.

Al fondo, Lucy, la señorita Gearing y la señorita Stockhart estaban sentadas en un sofá con cuadernos de dibujo sobre las rodillas, mientras los hermanos Chilton se encontraban cerca.

La silla de Julius Chilton estaba demasiado cerca del extremo del sofá donde se encontraba Lucy, pero al notar la llegada de lord Harlford con Alice y las otras dos mujeres, miró a su alrededor y se alejó un poco. Desde la distancia, resultaba difícil descifrar la expresión de Lucy, pero su postura tensa se relajó ligeramente. Augustus Chilton, resplandeciente aquella mañana con un chaleco de rayas verde lima y blanco, estaba casi igual de cerca del otro extremo del sofá, apoyado en el brazo mientras hablaba con la señorita Stockhart. Alice observó cómo la joven inclinaba su bloc de dibujo hacia él.

Lord Harlford ofreció un breve repaso de la historia familiar mientras Alice y las otras dos jóvenes lo seguían por la galería, su tono de voz sonando como el de alguien que ha contado el mismo relato demasiadas veces. Alice, más interesada en la escena que se desarrollaba al fondo de la sala, solo captó fragmentos del discurso.

—…primer conde de Bedstone, en tiempos de Isabel…

Julius volvió a acercarse a Lucy al ver que lord Harlford no le prestaba atención. Lucy le mostró su dibujo, pero al hacerlo se inclinó hacia atrás.

—…construyó el castillo donde se encuentra esta galería…

Al acercarse más, Alice pudo distinguir las expresiones. Los labios de Julius se tensaron cuando Lucy rio por algo que dijo Augustus.

—…debió hacer algo en la Restauración para ser nombrado primer marqués, y…

Lucy cerró su cuaderno y se levantó, con el ceño fruncido visible incluso desde la distancia. Julius se puso en pie también y le puso una mano en el brazo.

—…levantó el ala nueva…

—Lady Lucy —dijo Alice, alejándose unos pasos hacia un retrato de una niña con un spaniel en brazos—. ¿Conoce la historia de este

cuadro? ¿Nos la contará? —Se volvió hacia lord Harlford—. ¿Y usted, mi lord?

Julius soltó el brazo de Lucy con expresión furiosa, y ella caminó hacia Alice con los labios temblorosos. Lord Harlford se unió a ella, con su expresión pasando de la perplejidad a la preocupación al verla acercarse.

—¿Qué sucede, Lucy? —preguntó en voz baja.

—El señor Chilton… —Su voz sonaba insegura.

Al fondo de la galería, la señorita Stockhart y Augustus parecían ajenos a la pequeña escena que acababa de desarrollarse. Julius se quedó en su sitio con una sonrisa cortés.

—¿La molestaba?

Lucy asintió y apoyó una mano en el brazo de su hermano cuando este frunció el ceño.

—Por favor, Jamie, no hagas un escándalo. Mamá… —Dejó la frase en el aire y lanzó una mirada hacia la señorita Esham y la señorita Chilton.

—¿Quiere seguir dibujando, Lucy? —preguntó Alice.

—Sí, pero no si… —Dirigió una mirada hacia el fondo de la galería. Julius Chilton sonreía como si nada hubiera pasado.

—Podría contarnos más sobre los retratos, y luego me sentaré con usted.

—Gracias, señorita Bryant —intervino lord Harlford—. Veré si el señor Chilton disfruta de un recorrido por los establos.

Se acercó a las otras dos mujeres, se disculpó con ellas y luego se dirigió a Julius Chilton.

Alice apretó el hombro de Lucy y ambas se reunieron con el grupo.

—¿Le ha explicado mi hermano este cuadro? —preguntó Lucy.

—Esperaré a que lord Harlford termine de relatar su historia —replicó la señorita Esham con tono seco antes de alejarse.

La señorita Chilton miró de reojo a Augustus, quien seguía absorto en la conversación con la señorita Stockhart. Su expresión adquirió un matiz calculador.

—Me encantaría que continuara, lady Lucy. A mi hermano también le interesará. Iré a buscarlo…

—Oh, no —dijo Lucy—. Ya le he contado todo lo que quería saber. La nueva ala que se ve en este retrato se comenzó a construir en…

La señorita Chilton frunció el ceño tras ella, pero compuso una sonrisa apresurada cuando Lucy se volvió hacia ella.

Pobre Lucy, si llegaba a tener a una de esas dos como cuñada.

***

—Una pareja magnífica —comentó Chilton, acariciando el hocico de uno de los tordos que James usaba para su faetón.

—Deje eso, Chilton. Aléjese de mi hermana.

Chilton se giró con las manos extendidas en un gesto de inocencia.

—¿Pero qué he hecho? Solo admiraba los bocetos de lady Lucilla.

—No es lo que ella cree.

—Es joven, Harlford, y debe de haber malinterpretado la situación. No pagaría su hospitalidad acosando a un miembro de su familia.

James no detectó falsedad en la expresión de Chilton y se preguntó si había hecho bien en enfrentarlo. Él mismo no había notado nada extraño. ¿Lucy habría exagerado lo que Julius había dicho o hecho? Pero la señorita Bryant también había considerado inapropiada la actitud de Julius, y era una mujer sensata que hablaba con claridad.

—Aun así, ella se sintió incómoda, y no quiero que vuelva a estar en su compañía durante el resto de su estancia.

Chilton lo miró con una expresión inescrutable y luego se encogió de hombros.

—Por supuesto, si así lo desea.

Se volvió y caminó de regreso a la casa.

Su rápida conformidad reavivó las dudas de James. Pero lo importante era que Lucy no había disfrutado de su compañía. Tal vez aún era demasiado joven para participar en la reunión en la casa, pero tampoco era justo apartarla de todos. Quizás debería aconsejarle que pasara más tiempo con la señorita Bryant y decirle que acudiera a él de inmediato si Chilton volvía a incomodarla.

Ya que estaba allí, decidió revisar a Athena.

Llamó a Pritchard y se acercó a acariciar el hocico de la yegua, dándole unas palmaditas en el cuello mientras ella olisqueaba su hombro. La había cruzado con Ventus, su semental favorito, el año anterior, con la esperanza de conseguir otro potro para formar una pareja de tiro a juego.

—Ya le falta poco —dijo Pritchard—. Pero se la ve bien.

—Excelente. Envíen por mí cuando comience. A cualquier hora.

—Sí, mi lord.

Pritchard se llevó una mano a la frente y comenzó a acariciar a la yegua. James salió de los establos a regañadientes; si se quedaba demasiado tiempo, olería a caballo y tendría que cambiarse de ropa.

Al asomarse a la galería de retratos de camino a la sala de billar, James vio a Lucy dibujando felizmente en uno de los asientos junto a la ventana, con la señorita Gearing a su lado. La señorita Bryant estaba cerca, absorta en lo que fuera que estuviera leyendo. La señorita Stockhart y Augustus Chilton formaban otro grupo junto a la ventana contigua. No había rastro de la señorita Chilton.

Lucy se volvió y lo saludó agitando los dedos con una sonrisa. La señorita Bryant cuidaría de ella. Él le devolvió la sonrisa y los dejó a su aire.

Capítulo 11

Cuando el grupo en la galería de retratos se dispersó para tomar un refrigerio, un lacayo entregó a Alice una nota de Maria, invitándola a reunirse con ella en la Casa de la Viuda. Bastante complacida de evitar el desdén de Lady Harlford, Alice fue a buscar su *pelisse*. Rechazó la ayuda de un lacayo para sostener el paraguas que Bellingham le ofreció, y se puso en camino.

Maria estaba sentada con Lady Harlford en un salón con vistas al jardín de figuras geométricas y al lago. La piel de la viuda era una lámina fina de arrugas delicadas, su cabello blanco sin necesidad de polvos, pero se mantenía erguida. Alice pudo ver de dónde había heredado Lord Harlford su nariz aristocrática.

—Siéntese, señorita Bryant —dijo la viuda, haciendo un gesto hacia una silla cercana mientras Alice hacía una reverencia—. Tengo entendido que es pariente lejana de Maria.

—Eh... muy lejana, mi lady.

Las cejas de la viuda se alzaron.

—¿De verdad? ¿Tan atrás como la conquista, quizá?

—Es perfectamente posible —intervino Maria—. Lady Harlford, quiero decir su nuera, habría relegado a Alice a los aposentos del servicio si yo no hubiera dicho eso.

—¿Es una mentira entonces? —La voz de la viuda sonó severa, pero Alice detectó un leve movimiento en una comisura de su boca.

—Una exageración —la contradijo Maria—. Alice es mi amiga además de mi acompañante.

—La manipuladora, manipulada. —La viuda asintió, y esta vez sonrió de verdad—. ¿De dónde es usted, señorita Bryant?

Durante los siguientes diez minutos, la viuda interrogó a Alice sobre sus padres y abuelos, su educación, los puestos que había ocupado como institutriz y cómo prefería pasar el tiempo.

—¿Y presta usted atención a lo que ocurre en el mundo?

—Leo los periódicos cuando puedo, mi lady.

—Los disturbios en Francia… ¿qué opina de ellos?

—Lo mismo que cualquier persona sensata, supongo —¿Buscaba la viuda alguna simpatía republicana? —. No entiendo del todo las razones detrás de los acontecimientos, aunque sí creo que había, hay muchas injusticias.

El ceño de la viuda se frunció.

—¿Simpatiza entonces con los rebeldes? Muchos los llamarían traidores.

Alice miró a Maria, sorprendida por el rumbo que tomaba la conversación. Maria se encogió de hombros.

—Tengo simpatía por algunas de sus quejas, pero no *estoy* de acuerdo con la manera en que las están abordando. Las ejecuciones… —Alice negó con la cabeza—. El remedio es peor que la enfermedad.

—Hmm. —Finalmente, la viuda asintió—. Desde luego está mejor informada que algunas de las jóvenes que Cassandra ha invitado aquí.

—¿Sometió usted a la señorita Chilton al mismo tipo de preguntas? —preguntó Maria.

La viuda sonrió, con una sonrisa amable.

—No las referentes a Francia, no después de que negara tener conocimiento alguno de temas "impropios para una dama". En mis tiempos, una mujer inteligente participaba plenamente en los salones literarios y políticos. No me sorprende que Harlford no simpatizara con esa muchacha Chilton. ¿A quién más vio usted con Harlford en Londres?

Alice observó las gotas de lluvia correr por el cristal de la ventana mientras la viuda y Maria conversaban sobre personas que nunca había oído nombrar y que probablemente nunca conocería.

—¿Señorita Bryant? —La voz de la viuda fue cortante, aunque sus labios se curvaron ligeramente—. ¿La estamos aburriendo?

—No, por supuesto...

—Sí lo hacemos—la contradijo la viuda antes de que Alice pudiera disculparse por no prestar atención—. Pero no puede desear estar al aire libre con este tiempo.

—No, mi lady. Yo… —Vaciló; parecía descortés explicar dónde preferiría estar, considerando que la viuda la había invitado.

—Supongo que preferiría estar en la biblioteca, ¿verdad, Alice? —sugirió Maria.

Alice asintió, podía aprovechar para hojear algunas de las revistas agrícolas y responder algunas cartas que había traído consigo.

—Puede retirarse, señorita Bryant, y dejarnos con nuestros chismes. Que disfrute de su tarde entre libros. —Las palabras podrían haber sido un reproche, pero la viuda sonreía al hacerle un gesto hacia la puerta.

—Te veré antes de la cena, Alice —dijo Maria, mientras Alice hacía una reverencia y se retiraba.

***

James aplaudió obedientemente cuando por fin alguien adivinó qué representaba el actual *tableau*. Se removió incómodo en la dura silla y miró el reloj sobre la repisa de la chimenea. ¿Apenas las diez? Sentía como si llevara horas sentado allí.

—¿Mi lord?

James miró con esperanza cuando Bellingham le habló en voz baja desde detrás. Agradecería cualquier excusa para alejarse de tener que prestar atención a escenas crípticas representadas por participantes poco entusiastas, tratando de adivinar nombres de objetos sin interés.

—Pritchard ha enviado aviso, señor. La yegua está pariendo.

James asintió, y Bellingham se retiró tan discretamente como había llegado. Si había contado bien, esa era la última representación; podía quedarse hasta entonces.

Quizá estaba siendo injusto. Algunos invitados claramente disfrutaban, y Lucy tenía una sonrisa en el rostro. Había rogado participar, y mamá había cedido cuando Lucy sugirió que la señorita Bryant podría actuar como su acompañante. Lucy no debería necesitar chaperona en su propia casa, pero después del encuentro de esa mañana con Julius Chilton, James consideró prudente que alguien estuviera con ella.

Frunció el ceño al recordar la reacción de su madre, si tenía que entretener a alguien como la señora Jesson y su acompañante, al menos podrían ser útiles. Entonces, ¿por qué la había invitado?

Otro aplauso lo sacó de sus pensamientos, y se excusó antes de que alguien intentara entablar conversación. Una velada viendo charadas no le había servido para aprender nada más sobre las jóvenes que su madre había invitado, pero no podía quejarse. Tampoco se había ayudado a sí mismo pasando la mayor parte de la tarde en la sala de billar.

En las caballerizas, Pritchard estaba apoyado tranquilamente contra el lateral del establo de Athena, iluminado por varios faroles. La yegua se movía con inquietud, con los flancos húmedos de sudor.

—¿Cómo está?

—Sin problemas, mi señor, y no hay razón para esperar complicaciones, pero usted pidió que se le avisara.

—Sí, sí, muy bien hecho. —James encontró un cubo donde sentarse y se recostó contra la misma pared. Probablemente estaría allí un buen rato. Al menos hasta que los invitados se hubieran retirado a dormir.

Él y Pritchard entablaron con naturalidad una conversación sobre las posibilidades del nuevo potro, y si valdría la pena que Ventus fuera el padre del próximo potrillo de Athena, llegado el momento, o si sería mejor elegir otro semental.

***

—Es la única manera, Alice —dijo Maria—. Ahora que Harlford le ha dado acceso a la biblioteca a Lord Gearing, además de a la señorita Stockhart y posiblemente a otras personas que no conocemos, el riesgo de hacer esto durante el día es demasiado grande.

Alice suspiró.

—Lo sé.

—Yo iría, pero nunca aprendí a usar esas cosas tan bien como tú. —Maria señaló los trozos de metal dispuestos sobre el tocador de su habitación. Algunos parecían llaves; la mayoría eran tiras metálicas con diferentes formas limadas en los extremos.

Alice los extendió, y luego, de golpe, los enrolló de nuevo en su tira de tela y los metió en el bolsillo de su bata. Habían decidido que, por muy impropio que fuera que Alice fuera encontrada merodeando por la casa en plena madrugada en camisón y bata, ser descubierta

completamente vestida sería imposible de explicar. La bata había sido confeccionada para abrigar, no por su estilo, y era de un verde oscuro muy práctico. Un color muy útil dadas las circunstancias.

—Son las tres —añadió Maria—. No habrá nadie despierto.

Alice negó con la cabeza.

—Sabes que no es eso. Me cae bien Lord Harlford. Está mal espiarlo de esta forma.

—Estamos intentando limpiar su nombre, ¿recuerdas? Y tú estuviste de acuerdo.

—Lo he llegado a conocer un poco más desde entonces. El cuidado que tiene con su hermana, lo amable que es incluso con una simple acompañante…

—¿Por qué no le preguntamos directamente? No creerás que es un traidor, ¿verdad?

—No, pero no siempre acierto. Vamos, Alice, ¿tú crees que Marstone aceptaría nuestro veredicto de 'inocente' si solo se basa en preguntarle a Harlford si es espía?

—Supongo que no.

—Y en el muy poco probable caso de que *sí* sea algún tipo de espía, Marstone podrá manejarlo mejor si él, Harlford, quiero decir, no sabe que lo sabemos.

—Te estás divirtiendo con esto, ¿verdad?

—No mucho, la verdad. Llevo demasiados años sobreviviendo a base de cotilleos —Maria se encogió de hombros—. A veces es entretenido, unir las piezas que distintas personas dejan caer en las conversaciones, pero acaba cansando.

—Está bien. Me alegraré cuando esto haya terminado y recupere el apetito. —La sensación de vacío en su estómago no tenía nada que ver con el hambre, aunque no había podido comer mucho en la cena desde que decidieron que esa noche debía registrar el escritorio de Lord Harlford.

Tomando un solo candelabro, Alice cruzó el pasillo hasta la puerta del servicio, girando a la izquierda por el pasadizo que Lucy le había señalado como el que conducía a la biblioteca.

La puerta al final del pasillo cedió a su toque. La empujó con suavidad. No se filtraba luz por la rendija entre la puerta y la pared,

así que no había nadie dentro de la biblioteca. Se deslizó por la abertura y cerró la puerta tras de sí. No había parches pálidos donde deberían estar las ventanas, así que las cortinas debían de estar cerradas, y era seguro usar la vela. La biblioteca era tan larga que podría oír a cualquiera que entrara por la puerta principal con suficiente antelación para escapar por donde había venido.

Nadie estaría rondando a esas horas, se dijo con firmeza. Ni entrando en la biblioteca.

Se agachó junto al escritorio, colocó la vela en el suelo y desplegó las ganzúas junto a ella. Tras mucho manipular y forcejear con las pequeñas herramientas, la cerradura se abrió con un leve clic.

Un montón de carpetas de cartón estaba cuidadosamente ordenado en el centro del cajón. Las sacó y abrió una por una. Las cartas y notas de la primera carpeta estaban escritas con la misma letra que los marcadores de los libros sobre filosofía natural. Estas cartas trataban de la compra de caballos. Otras carpetas trataban sobre carruajes, consultas sobre enfermedades equinas y otros temas relacionados con la gestión del establo.

Volvió a colocar las carpetas en su sitio, asegurándose de que el cajón quedara como al principio, y volvió a cerrarlo con llave. Se alegró al comprobar que las mismas herramientas servían para el siguiente cajón.

El contenido del segundo cajón tenía que ver con inversiones. Revisó los documentos rápidamente, sintiéndose cada vez más incómoda por husmear en los asuntos de Lord Harlford. Estas cartas incluían muchos números… ¿Podrían ser mensajes codificados? Sintió un vuelco en el estómago al pensar que tal vez Lord Harlford sí fuera culpable de espionaje. No sería capaz de descifrar su significado, pero tal vez debería copiar uno o dos y enviárselos a Lord Marstone.

¿Qué fue ese ruido?

Contuvo la respiración, deseando que su corazón no latiera tan fuerte en sus oídos.

¿Pasos?

Los sonidos provenían del pasadizo del servicio detrás de la estantería, no de la puerta principal. Rápidamente guardó las ganzúas en el bolsillo, devolvió las carpetas al cajón y lo cerró. Luego se humedeció los dedos con la lengua y apagó la vela pellizcando la mecha. Con suerte, el aire no olería tanto a cera como si la hubiera soplado.

***

El potrillo se sostenía sobre patas tambaleantes, tambaleándose ligeramente mientras se acercaba a su madre. La olfateó y empezó a mamar. James se frotó los ojos, el cansancio lo golpeó de golpe, pero adoraba esos momentos de nueva vida. Se estiró y se despidió de Pritchard.

—Buenas noches… o más bien, buenos días.

A la cama... pero antes apuntaría la fecha de nacimiento del potrillo en su cuaderno de registros. Más tarde, Lucy disfrutaría eligiendo un nombre para él. En la entrada trasera, se sacudió de las botas toda la paja y el barro del establo que pudo, y tomó los pasillos del servicio para subir hasta la biblioteca.

Su vela titiló con una leve corriente de aire, y dedujo que alguien había dejado la puerta oculta entreabierta. Una vez en la biblioteca, sacó su cuaderno de cría del estante y lo abrió por la página actual. Anotó la fecha y la hora, soplando suavemente sobre la tinta para que secara, y luego lo devolvió a su sitio.

***

Alice estaba sentada en lo alto de la escalera portátil, en el pasillo contiguo al del escritorio, intentando respirar sin hacer ruido. La luz de una vela se movió, y entonces vio a Lord Harlford sentarse en su escritorio. La escalera estaba demasiado cerca del extremo abierto de aquel pasillo.

¿Había dejado los cajones cerrados con llave?

Si no lo había hecho, ¿lo notaría él?

¿Qué estaba haciendo?

Que no mire hacia aquí. Que no mire hacia arriba.

Su corazón, desbocado, se calmó un poco al ver que no hacía más que escribir en un libro sobre el escritorio frente a él.

Desapareció entre las estanterías, y ella soltó un breve suspiro de alivio.

Los sonidos de sus movimientos cesaron, y lo único que podía oír era la sangre latiendo en sus oídos.

¿Había hecho ruido?

Empezó a respirar de nuevo al ver que el resplandor de la vela se atenuaba, y luego todo quedó a oscuras. El clic de la puerta al cerrarse apenas fue audible. Lord Harlford se había marchado por el mismo camino por el que había llegado.

Alice tragó saliva, conteniendo un súbito impulso de reír. Ella no estaba hecha para ese tipo de cosas.

Tras esperar unos diez minutos, tiempo suficiente para que Lord Harlford hubiera regresado si pensaba hacerlo, bajó de la escalera. Le temblaban un poco las manos, pero debía revisar los cajones restantes, al menos.

Abrir las cortinas no proporcionaría suficiente luz para leer, ya que las nubes oscuras no habían mostrado señales de despejarse cuando se retiró a la habitación de Maria la noche anterior. Sin embargo, la poca luz que hubiera podría ayudarla a ver si había una caja de yesca sobre la repisa de la chimenea, sin tirar nada al suelo ni tropezar con los útiles del hogar.

Podía ver la línea más tenue si no miraba directamente hacia la ventana, y avanzó con cautela, tanteando con cada pie antes de dar un paso. Cuando su mano extendida tocó la tela, fue bordeando hacia un lado hasta que rozó el cordón de la cortina. Tiró de él muy lentamente, esperando que los aros no hicieran ruido. Poco a poco, la oscuridad fue cediendo, y pudo distinguir la sombra imponente del escritorio y un leve destello reflejado en el espejo sobre la chimenea.

Había una caja de yesca en uno de los extremos de la repisa. Alice golpeó el pedernal, estremeciéndose por el ruido, pero la yesca prendió y encendió su vela. Cerró las cortinas y se acercó al escritorio. Respiró hondo para calmarse, luego cerró con llave el segundo cajón y abrió el tercero.

Este solo contenía un par de libros grandes y delgados con tapas lisas. Eran cuadernos, con páginas llenas de la letra de Lord Harlford, intercaladas con tablas de cifras, anotaciones químicas y

algunos diagramas. Los devolvió a su sitio, preguntándose si aquello era parte de la información que se enviaba a Francia... pero fuera lo que fuese, no era la correspondencia que estaba buscando.

El cajón inferior sí la contenía: una carpeta con cartas escritas en francés.

La sensación de náusea en el estómago de Alice se intensificó. Ahí estaba la prueba de que su señoría se comunicaba con Francia. Pero no era una novedad: Marstone ya les había dicho que lo hacía. Lo que Marstone quería saber era el contenido de las cartas.

Diez minutos después, Alice aún no sabía con certeza qué estaba haciendo Harlford. Intentaba obtener algo, o comprar algo, eso era evidente tanto por las copias de cartas que debía de haber enviado, como por las respuestas. Se mencionaban varias sumas de dinero, algunas lo bastante grandes como para comprar una o dos granjas, y había referencias a "la mercancía" y "un mensajero", pero nada más explícito. Y no había ningún nombre: las cartas no llevaban encabezamiento, y estaban firmadas únicamente con la letra **L**.

Alice dejó todo como lo había encontrado, cerró con llave el cajón y volvió a salir por la puerta de servicio, cerrándola tras de sí. Y justo a tiempo, porque pronto las doncellas empezarían a limpiar las salas principales.

La sensación de vacío en su interior ya no se debía al miedo de ser descubierta. Era por la idea de que Lord Harlford realmente pudiera ser un espía.

Capítulo 12

—¿Qué decían las cartas? —preguntó Maria. Caminaban por los jardines bañados por el sol después del desayuno. Tess trotaba a su lado, bien ejercitada por Chatham más temprano.

—En su mayoría cosas como "estamos haciendo algunos progresos pero necesitamos más", o "alguien se pondrá en contacto en dos semanas". Sin nombres, sin firmas. —Le mostró a Maria la lista que había escrito al volver a su habitación de madrugada, esperando que lo que lograba recordar fuera suficiente.

Para alivio de Alice, Maria no sugirió que regresara a copiarlas. No era solo la vergüenza y la humillación si la atrapaban, también temía encontrar algo incriminatorio. Aun con las cartas, le costaba creer que Lord Harlford pudiera ser un traidor.

—Nada concluyente, entonces —dijo Maria, devolviéndole la lista.

—No, salvo el hecho de que está en correspondencia con alguien en Francia, y Lord Marstone ya lo sabía. No veo qué más podamos hacer.

—Contarle a Marstone lo que hemos descubierto y pedirle sugerencias —dijo Maria—. Escribiré más tarde y le daré la carta a Chatham. Sin embargo, puede que tardemos hasta una semana en recibir respuesta. Luego está el asunto de la información enviada a Francia. ¿Estás segura de que las cartas de Harlford no contenían nada de ese tipo?

—Solo parece estar tratando de comprar algo. Comprar, no vender.

Maria asintió.

—Sin embargo, la falta de pruebas de que esté vendiendo o transfiriendo información sobre armamento no prueba que *no* lo esté haciendo. Pero también es posible que otra persona sea la responsable. Según Chatham, los asistentes de Harlford viven en Woodley y Luncot. Me han dicho que son pueblitos muy bonitos, con una o dos tiendas, así que podríamos pedir prestado un coche y visitarlos esta tarde. Estoy segura de que a Cassandra le encantará

tenernos lejos. Invitaremos a Lucy, y posiblemente a la señorita Stockhart o a la señorita Gearing. Ustedes, las jovencitas, pasearán juntas mientras yo descanso mis piernas envejecidas…

—Hmpf.

—Piernas envejecidas —repitió Maria—. Me darán una excusa excelente para hablar con la gente. Pasando el tiempo mientras mis jóvenes amigas, de manera muy poco considerada, me han dejado sola.

Alice se rio.

—¡Eso ha sido demasiado exagerado!

—Así me gusta. No hay necesidad de parecer tan abatida, querida. Bien puede haber una explicación inocente para esas cartas. Ahora, ya tenemos un plan para esta tarde, así que lo arreglaré, y luego voy a caminar hasta la Casa de la Viuda. ¿Quieres acompañarme?

Alice negó con la cabeza.

—Si no te importa, prefiero volver a recorrer el huerto. —Y *no* someterse a otro interrogatorio de la viuda, pensó—. ¿Vas a presentar a Tess con Lady Harlford?

—Ja. No, si Tess molesta, pide a un lacayo que la lleve de vuelta a las caballerizas.

Se despidieron, y Alice pasó por la puerta hacia el huerto. Había disfrutado el recorrido con el anciano jardinero jefe un par de días atrás, escuchando cómo Fowler describía sus métodos de cultivo y propagación de flores. Sin embargo, Lord Harlford se había unido a ellos antes de que pudieran ver el huerto, y Fowler se había excusado.

El huerto estaba dispuesto en rectángulos ordenados, separados por senderos de grava compactada apenas lo suficientemente anchos para que pasara una carretilla. Había bancales con varas para guisantes y soportes para cañas de frambuesa, otros llenos de arbustos que debían ser grosellas y zarzamoras, e hileras e hileras de hojas jóvenes asomando sobre la tierra. Árboles frutales en espaldera florecían alineados contra los muros este y oeste, y un invernadero ocupaba la mayor parte del muro norte. El huerto era muchas veces más grande que el de su casa, pero también debía

alimentar a mucha más gente. Se preguntó si la forma en que se organizaba la siembra para asegurar una variedad de cultivos disponibles era igual a la de su hogar, o si había factores que nunca había considerado debido a la escala diferente.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Alice se sobresaltó; no había oído acercarse al hombre. Era joven, quizá de treinta años, con el mismo cabello oscuro y ojos del jardinero jefe. Por su ropa, también debía formar parte del equipo de jardinería. Tenía la expresión neutra de un sirviente que no debía mostrar emociones, y se tocó la frente con un dedo.

—Griffiths, señorita —dijo. Miró con cautela a Tess, pero después de olfatearle las piernas, la perra movió la cola y se tumbó en el camino.

—Señorita Bryant —se presentó ella con una inclinación de cabeza y una sonrisa—. Me interesa saber cómo se gestiona un huerto de este tamaño. ¿Es usted pariente del jardinero jefe?

—Es mi tío, señorita. Yo soy el jardinero auxiliar. ¿Qué quería saber?

—Solía encargarme del jardín en mi casa, pero era diminuto comparado con este. —Tenía tantas preguntas... ¿por dónde empezar?. Cuénteme sobre las variedades de árboles frutales que tienen. En casa nuestros suelos son calcáreos, creo que aquí son más arcillosos, ¿no?

Griffiths sonrió, y pasaron los siguientes veinte minutos caminando por el borde del huerto mientras Tess dormía bajo el sol. La pasión de Griffiths por su trabajo era evidente; Alice deseó haber traído papel y lápiz, pero esperaba poder recordar lo suficiente como para tomar notas al volver a su habitación. Su conciencia finalmente le permitió dejarlo volver a sus tareas, y ella volvió a pasear por los bancales mientras él se dirigía al invernadero.

Estaba examinando los cultivos de ensaladas, recordando la explicación de Griffiths sobre la sucesión de siembras, cuando notó que Tess estaba atenta a algo detrás de ella. Se volvió y vio a Julius Chilton entrando por la puerta del jardín formal. Se detuvo apenas cruzarla, mirando a su alrededor hasta que vio a Alice, y luego se

dirigió hacia ella. Su andar era rígido, su boca estaba fruncida en una mueca de disgusto.

—Tess, ven aquí —llamó Alice. Las orejas de la perra se agitaron y trotó hasta ponerse a su lado. Debía haber sentido la inquietud de Alice, porque empezó a emitir un gruñido bajo.

Chilton se detuvo, frunciendo aún más el ceño, y el corazón de Alice comenzó a latir con fuerza a pesar de la presencia de Tess.

—Mantén la nariz fuera de mis asuntos de ahora en adelante, ¿me oyes? —Estaba lo bastante cerca para que lo oyera sin levantar la voz, pero esa misma quietud en su tono lo hacía más aterrador.

—No sé a qué se refiere, señor Chilton. Discúlpeme, me esperan dentro.

Se colocó entre ella y la puerta, pero había otra salida junto al invernadero.

—Ven, Tess —dijo Alice, dándose la vuelta y alejándose, Tess a su lado, mientras intentaba controlar el leve temblor de sus manos.

¿Estaba Griffiths a la vista? Podía ayudarla... pero ¿cuántos sirvientes se atreverían a enfrentarse a un invitado de su patrón? Tess, que seguía gruñendo en voz baja, la protegería, pero ¿qué pasaría con la perra si atacaba a uno de los invitados de Lord Harlford?

Chilton soltó una maldición y la siguió.

—No te atrevas a alejarte de mí cuando te estoy hablando —su voz se volvía más fuerte—. Para ser una simple acompañante contratada, estás empezando a olvidarte de tu lugar.

Alice se volvió para encararlo.

—Yo no soy empleada suya, y no tiene ninguna autoridad sobre mí. ¿De qué asunto quiere que me mantenga alejada, señor Chilton? ¿De sus avances no deseados hacia la hermana de Lord Harlford?

Un rubor rojo le subió por el rostro.

—Tengo intención de casarme con Lucilla.

—Ella acaba de cumplir dieciséis años, señor Chilton.

—Suficiente. No volverás a interferir, o aprenderás lo que les pasa a las mujeres que se cruzan en mi camino —dio un paso atrás, recorriéndola con la mirada desde el rostro hasta el pecho, deteniéndose allí—. No siempre tendrás a ese animal contigo.

Se dio media vuelta y se alejó con paso airado.

Alice tragó con fuerza. La amenaza había sido clara. Se llevó una mano temblorosa al rostro, sintiendo que las rodillas estaban a punto de fallarle.

***

James se inclinó más hacia la ventana, como si eso fuera a ayudarlo a ver mejor. Solo había subido a la biblioteca para consultar algo en sus registros de cría, y por casualidad miró por la ventana. La señorita Bryant estaba junto a los bancales del huerto, con ese enorme perro alerta a su lado y Julius Chilton frente a ella.

Estaba a punto de volver a su libro cuando vio que la señorita Bryant se daba la vuelta para alejarse, pero Chilton la seguía. Estaban solos en el jardín, salvo por el perro.

James soltó una maldición. Había sido un necio por creerle a Chilton el día anterior. Un animal tan grande debería ser protección suficiente, pero no podía estar seguro. Maldiciendo el tamaño de la casa, salió corriendo. Aunque tomó el camino más corto, pasaron varios minutos antes de que llegara al patio de las caballerizas, haciendo que varios mozos se detuvieran a mirarlo, y luego rodeó hacia el huerto.

No había nadie a la vista. Avanzó unos pasos, mirando a su alrededor por si se ocultaban tras algún arbusto.

—¿Mi lord? —Era el ayudante de jardinero.

—¿Dónde está la señorita Bryant?

—Sentada allí dentro, mi lord —Griffiths indicó el invernadero, y James alcanzó a distinguir la forma pálida de su sombrero a través del cristal—. Estaba alterada, mi lord, así que la llevé a que se sentara. El caballero ya se ha ido.

Ningún caballero hacía que una joven terminara escondida en un invernadero.

—Gracias, Griffiths.

Abrió la puerta. La señorita Bryant estaba sentada en una vieja silla de madera, con el perro tendido a sus pies. Estaba encorvada, con los codos apoyados en las rodillas y la frente en las manos. El perro levantó la cabeza al verlo entrar, luego se incorporó, pero no hizo ningún otro movimiento.

—Estoy bien, Griffiths —dijo ella, sin alzar la vista.

James carraspeó.

—Eh… señorita Bryant.

—¡Oh! —se enderezó, los ojos muy abiertos en un rostro pálido.

James dio un paso atrás, y parte de la tensión en su cuerpo pareció disiparse.

—Perdón, no era mi intención asustarla. No pienso hacerle daño.

—Lo sé, mi lord —se frotó el rostro.

A James le alegró más de lo esperado oír esas palabras, una calidez inesperada se encendió en su pecho.

—Vi a Chilton hablándole desde la ventana de la biblioteca —intentó mantener la ira fuera de su voz; no iba dirigida a ella—. ¿Qué le dijo?

—Me… me dijo que me ocupara de mis propios asuntos.

—¿Lucy?

Ella asintió.

—La amenazó.

—Sí.

La calidez en su pecho se convirtió en una furia ardiente. Chilton tenía suerte de no seguir allí.

—Se irá hoy mismo, señorita Bryant, se lo aseguro.

—Lo siento, yo...

—No tiene por qué disculparse. Intervino para ayudar a mi hermana, y se lo agradezco. Debería haberlo echado ayer, pero acepté su palabra de que no había molestado a Lucy a propósito.

El color regresó a las mejillas de Alice, y se relajó aún más.

—¿Quiere volver a la casa? ¿Puedo acompañarla?

—El señor Chilton… quiero decir, preferiría no encontrarme con él —se apartó un mechón de cabello del rostro, y James creyó notar un leve temblor en su mano.

Necesitaba tiempo.

—Un momento.

Alice respiró hondo mientras Lord Harlford salía al exterior con Griffiths, intentando calmarse. ¿Por qué se sentía así? En realidad, no había pasado nada.

Nunca antes la habían amenazado de forma tan directa, y se había sentido conmocionada por la malevolencia en la expresión de Chilton. Pero la amenaza ya no existía. Chilton se iría, y ella se aseguraría de no estar sola hasta que eso ocurriera.

El olor húmedo de la tierra y las plantas en crecimiento le resultaba familiar y reconfortante. Se puso de pie, contenta de que sus piernas ya no temblaran tanto, y paseó lentamente por el invernadero, deteniéndose a observar las hileras de plántulas y plantas jóvenes.

Lord Harlford regresó cuando llegó al otro extremo.

—¿Sabe qué son estas? —preguntó, señalando los estantes de listones con hileras de macetas.

Alice caminó hacia él.

—Plantas de tomate.

Señaló las que iba pasando.

—Estas son judías verdes, calabacines y otras. Germinan mejor en tierra caliente y se plantarán fuera cuando ya no haya riesgo de heladas.

—¿Por qué algunas plantas están aquí dentro y otras en los marcos fríos del exterior?

—Los marcos fríos las protegen de las heladas, pero… —Alice se detuvo. Las preguntas suaves, fáciles de responder, la habían hecho sentir cómoda. ¿Había sido esa su intención? — Mi lord, ¿de verdad está interesado?

—Me interesan muchas cosas, señorita Bryant.

Eso no era un "sí".

—Estoy encantada de explicarlo, pero puede que sienta que he vuelto a ser una institutriz.

Él sonrió.

—Me arriesgaré. ¿Por qué esas…?

Un ruido en la puerta lo interrumpió. Dos lacayos entraron con una pequeña mesa de metal y dos sillas, moviéndose con cautela alrededor de Tess para colocarlas. Un tercer hombre entró con una bandeja cargada con tetera, tazas y un plato de pasteles.

—¿Tomaría el té conmigo?

Alice contempló las delicadas tazas de porcelana, la tetera humeante y los pasteles elegantes, y no pudo evitar reír. No solo por lo incongruente que resultaban esos objetos al lado de las gruesas macetas de barro y los rastros de barro en el suelo, sino porque Lord Harlford lo había pensado.

—Estaré encantada, mi lord. ¿Sirvo?

El brillo en sus ojos cuando ella le tendió la taza mostró que él también encontraba divertida la escena.

Él miró a lo largo del invernadero.

—Creo que no entraba aquí desde que era niño. En una época me interesaba ver crecer las cosas, antes de que mis intereses se inclinaran hacia otras áreas de la filosofía natural. Debes echar de menos tu propio jardín.

Recordaba lo que habían hablado durante la cena de su primera noche.

—Sí, mucho. Es una suerte poder pasear por terrenos como estos.

—Hyde Park no compensa del todo, ¿verdad?

Ella bajó la vista a su taza. ¿Estaba recordando haberla encontrado allí de rodillas, buscando escarabajos?

—Aún no le he agradecido como corresponde por haber rescatado a Lucy ayer —su rostro se volvió serio al cambiar de tema —. Se lo agradezco de verdad. No me había dado cuenta de lo incómoda que estaba, y puede que ella no hubiese tenido la confianza de decírmelo.

—No fue nada. Cualquiera lo habría hecho.

—No fue "nada", señorita Bryant, especialmente teniendo en cuenta las consecuencias de hoy. Lamento que haya tenido que verse en una situación así. Yo debería haber…

—Mi lord, no fue culpa suya. ¿Cómo podía saber que el señor Chilton iba a ser tan…?

—¿Vil? —suspiró—. No podía.

Estaba segura de que él nunca actuaría así. Bebió un sorbo de té mientras él hablaba; el líquido caliente era reconfortante y agradable.

—Como dije, me aseguraré de que Chilton se marche, pero ¿podría pedirle que no recorra la finca si no está acompañada por Chatham o alguno de mis hombres? Al menos por unos días, sobre todo si Lucy va con usted. Puedo hacer que Chilton tome un coche desde Hereford, pero no puedo impedir que vuelva si así lo desea. Si su acompañante no está disponible, pida a un mozo de cuadra o a uno de los lacayos.

—Lo haré, gracias.

Le pareció sensato.

—No es justo que tenga que restringir sus movimientos por culpa de…

—Está perfectamente bien, mi lord. Solo serán unos días.

—Gracias. Y… —vaciló y dejó a un lado su pastel a medio comer —. Por favor, avíseme si ves algo, cualquier cosa, que indique que alguno de los otros jóvenes pueda tener intenciones similares.

—Por supuesto. Lady Jesson tenía pensado hacer una excursión en coche esta tarde a algunos de los pueblos cercanos, y pensaba invitar a Lucy a acompañarnos.

—Excelente plan. Gracias.

Jugó con el pastel de su plato.

—Cuando Griffiths fue a ordenar el té, también le pedí que encargara a alguien que vigile dónde está Chilton. Cuando quiera volver a la casa, haga que Griffiths la acompañe hasta allí, hasta Bellingham. Se asegurará de que no se cruce con Chilton entre ahora y su excursión de esta tarde.

—Gracias.

El té y el pastel la habían reanimado, y aún faltaban un par de horas para que Maria la necesitara.

—Estaba disfrutando la conversación con Griffiths antes de que llegara el señor Chilton. Me quedaría encantada un rato más aquí, si me da permiso para distraerlo de su trabajo.

—Yo… bueno, sí, por supuesto, si lo desea. Ahora o cuando quiera.

Se puso de pie, sonriendo al ver las migas en su plato.

—Disfrute la excursión. Si va a Luncot, asegúrese de que Lucy le presente a la señora Anderson y sus pasteles.

Con una leve inclinación de cabeza, salió del invernadero. Alice se sirvió otra taza de té, aún no lista para retomar su recorrido.

¿Cómo podía ser Lord Harlford un traidor si había preparado té en un invernadero solo para hacer sentir mejor a su invitada más insignificante?

Capítulo 13

Bellingham se acercó a James cuando este entró en el castillo.

—El señor Chilton, el señor Julius Chilton, está en la sala de billar, mi lord.

—Gracias, Bellingham.

No hay mejor momento que el presente.

—Chilton se marchará en menos de una hora. Que alguien comience a empacar sus cosas, ordena un carruaje para llevarlo a Hereford y asegúrate de que esté escoltado hasta que suba a él.

Bellingham inclinó la cabeza y James se dirigió a la sala de billar. Su madre salió del salón justo cuando él pasaba por la puerta.

—¿Dónde has estado, James? Deberías estar atendiendo a tus invitados.

Maldita sea.

—Estaba en el jardín, mamá.

—Yo estaba allí con los Chilton. No te vi.

—En el huerto. La señorita Bryant… quería ver el invernadero.

Ella frunció el ceño.

—James, ¿por qué pierdes el tiempo con ella? El otro día la acompañaste a la Casa de la Viuda y luego la invitaste a la galería de retratos. Deberías centrarte en tus posibles prometidas, tú mismo dijiste que querías conocerlas mejor antes de tomar una decisión.

James apretó la mandíbula. Quería decirle que no se metiera, que lo estaba intentando… pero un lacayo estaba junto a la puerta del salón y Bellingham aún estaba al alcance del oído.

—Tu abuela ha invitado a la señorita Esham a visitarla esta tarde. Puedes acompañarla a la Casa de la Viuda a las dos.

—Muy bien, mamá. ¿Me disculpas?

No esperó respuesta.

Cuando entró en la sala de billar, Chilton observaba una partida entre Lord Gearing y el padre de la señorita Stockhart.

—¿Podemos hablar un momento, Chilton? —James se esforzó por mantener la voz amable—. En privado, por favor.

Chilton alzó las cejas, pero se encogió de hombros y siguió a James por el vestíbulo, alzándolas aún más cuando este lo condujo a la oficina de la propiedad. Un leve movimiento de cabeza de James hizo que Terring se apartara rápidamente, y James cerró la puerta tras ellos.

Chilton miró a su alrededor y luego a James.

—Por muy interesantes que puedan ser tus tierras, Harlford, no creo que…

—Te vas de aquí esta mañana. Di a tu familia la excusa que quieras, pero en media hora estarás en un carruaje rumbo a Hereford.

—¿Qué? ¿Por qué? —Chilton sonrió. Una sonrisa zalamera que le puso los nervios de punta a James—. He hecho lo que pediste. No he hablado con tu hermana desde ayer.

—Amenazaste a una de mis invitadas.

—Por el amor a la bondad, Harlford. Solo tuve una conversación discreta con la acompañante de una de tus invitadas. ¿Qué daño hay en eso?

Si Chilton de verdad creía que no había hecho nada malo, era irrelevante.

—He dado instrucciones para que empaquen tus cosas. El carruaje estará listo en media hora.

—No me vas a echar por lo que diga una empleada, ¿verdad? Esa mujer está histérica si…

—Media hora, Chilton. Si no estás listo para irte cuando llegue el carruaje, haré que te escolten fuera de la propiedad. Por la fuerza, si es necesario —abrió la puerta y esperó.

—Pero mis padres y…

—Veintinueve minutos.

Chilton lo fulminó con la mirada, y James sacó el reloj del bolsillo de su chaleco. Chilton salió hecho una furia, murmurando maldiciones por lo bajo.

James soltó el aire y se dirigió a las caballerizas para organizar una escolta que acompañara a Chilton hasta que subiera al coche de correo en Hereford.

***

La expedición a Luncot partió en un carruaje descubierto esa tarde. Lucy y la señorita Stockhart llevaban sus cuadernos de dibujo. Al principio, la señorita Stockhart se mostró cautelosa con la presencia de Tess, pero al ver que el animal se acomodaba felizmente a sus pies, se relajó. Uno de los mozos de Lord Harlford iba conduciendo, con Chatham a su lado.

Luncot estaba a unos cinco kilómetros del castillo en línea recta, pero a unos diez por carretera. No muy lejos de la cantera, calculó Alice, lo bastante cerca como para ir caminando por los campos.

No dijo mucho, escuchando a medias mientras Lucy y la señorita Stockhart conversaban. Era tan agradable estar en el campo en esta época del año, con los setos en flor y los manzanos en plena floración. Había disfrutado trabajando para el conde de Calvac en Londres, pero cuando terminara su tiempo con Maria, intentaría encontrar un empleo fuera de la ciudad.

—¡Oh, qué hermoso! —exclamó Maria cuando el carruaje entró en el pueblo. Casas y tiendas, en su mayoría blancas con vigas negras, se agrupaban alrededor de una plaza triangular con un estanque en una esquina. El paisaje era aún más encantador gracias al sol y los jardines frontales floreciendo.

—La señora Anderson vende cintas y esas cosas —dijo Lucy, señalando una de las tiendas—. También sirve té y pasteles. Jamie a veces me deja parar aquí si hemos estado cabalgando juntos, aunque ella habla mucho.

Alice cruzó una mirada con Maria, una tendera locuaz sería la persona ideal para ayudarlas a averiguar más sobre los asistentes de Lord Harlford.

Sirvieron el té en tres mesitas junto a la ventana, y Maria se sentó mientras las otras examinaban los productos, diciendo a la señora Anderson, cuando se acercó con entusiasmo, que esperaría a que sus compañeras decidieran qué comprar.

Para ser una tienda tan pequeña, tenía una excelente selección de telas, cintas y otros materiales de costura. La tendera era una mujer menuda y delgada, con el cabello encanecido, que explicaba con gran detalle las virtudes de cada cinta que Alice miraba. Alice eligió unas verdes para su sombrero, y la señora Anderson centró su

atención en ayudar a Lucy y a la señorita Stockhart a decidir qué color de flores de seda combinaba mejor con sus redingotes. Luego tomaron el té y probaron una selección de deliciosas galletas de Shrewsbury, pastelitos de reina y galletas de almendra.

Cuando terminaron, y como no había nadie más en la tienda, Maria miró a Alice e hizo un leve gesto con la cabeza hacia la ventana.

—Necesito moverme un poco después de tanta comida —dijo Alice—. Creo que daré un paseo por el pueblo. ¿Viene conmigo, señorita Stockhart? ¿Y tú, Lucy?

—Vayan ustedes tres —respondió Maria, haciendo un gesto con las manos para que se marcharan—. Me quedaré aquí un rato y tomaré otra taza de té.

Lucy vaciló, mirando el plato vacío.

—Es una tienda tan encantadora —añadió Maria—. Tengo que pedirle a la señora Anderson que me cuente todo sobre ella.

Alice se mordió el labio al ver que Lucy se levantaba, segura de que si cruzaba la mirada con Maria se echaría a reír.

—¿Es tan pesada la señora Anderson? —preguntó mientras salían a la calle.

—No del todo, supongo —admitió Lucy—. No la primera vez, al menos. Pero cuando ya lo has oído todo… varias veces… —Se encogió de hombros—. ¿Sacamos a pasear a Tess?

Chatham le tendió una correa mientras Tess saltaba del carruaje.

—Está bien entrenada con ciervos y esas cosas, pero no con patos.

Alice enganchó la correa al collar de Tess y se pusieron en marcha alrededor de la plaza. Tess ignoró a la mayoría de los niños que jugaban en el césped, pero su nariz se movió y emitió un gruñido bajo al pasar junto a un hombre corpulento con una cartera que iba de puerta en puerta. El hombre se giró al oírla, luego se volvió de espaldas y aceleró el paso.

Tess gruñó de nuevo, más suavemente, antes de fijar su atención en los patos. ¿Había reconocido el olor del hombre? Tal vez en la cantera, pero el abrigo de este era azul, no verde como el trozo de

tela que Chatham había encontrado. Alice se propuso mencionárselo más tarde, para ver si él lo consideraba importante.

Media hora después ya habían admirado los patitos y las vidrieras de la iglesia.

—Voy a hacer algunos bocetos de los patitos, si no les importa —dijo la señorita Stockhart—. Creo que hay una manta en el carruaje en la que puedo sentarme.

Alice tomó una segunda manta y se sentaron cerca de la señorita Stockhart, a la vista de Chatham y el cochero, que seguían descansando junto al carruaje.

—¿Has visto el nuevo potrillo? —preguntó Lucy.

—Todavía no.

—Es hijo de una de las yeguas favoritas de Jamie. Dijo que yo podía ponerle nombre. La madre se llama Atenea, y el semental es Ventus, el que montaba ayer. Ventus significa viento, veré si hay algún libro sobre los dioses antiguos en la biblioteca para encontrar otro nombre de viento para el potrillo.

—Seguro que sí, pero… —Alice miró el rostro entusiasta de Lucy —. Es decir, muchas de esas historias antiguas son algo… impropias.

—Mamá puede que no lo apruebe —dijo Lucy—. Pero nunca se enterará.

—Me alegra no ser tu institutriz —respondió Alice riendo. Lucy podía ser todo un torbellino cuando debutara en sociedad.

—Me gusta la señorita Sullivan —dijo Lucy—. Me enseña cosas que mamá no aprobaría.

—¿Ah, sí?

—Filosofía natural, sobre todo. Jamie pasa la mayor parte del tiempo haciendo experimentos, así que debe de ser interesante. Y me gusta aprender cómo elige qué caballos cruzar.

—¿Qué estudia tu hermano, además de la cría de caballos?

—De todo un poco; intentó explicármelo una vez, pero no entendí nada. A mí me interesan más las plantas y los animales, sobre todo los pequeños. Hay un libro en la biblioteca con dibujos ampliados de moscas y escarabajos. ¿Has visto cómo es el ojo de una mosca?

Lucy siguió charlando, Alice sospechaba que se refería a *Micrographia*, de Hooke. Descubrir más sobre lo que hacía Lord Harlford en su laboratorio podía ser útil, pero no le apenaba que Lucy no lo supiera. Sacar información de su joven hermana le parecía tan mal como rebuscar en su escritorio.

—¿Averiguaste algo? —preguntó Alice a María. Lucy se había unido a la señorita Stockhart en la manta cuando María salió de la tienda, y tenían unos minutos a solas.

—¡Querida, la mujer fue una mina de oro! —dijo María—. Me ha contado la historia de vida de todas las familias del pueblo, desde hace varias generaciones, y de algunas de más lejos también.

Alice soltó una carcajada.

—El chisme es tu especialidad. Pero, ¿algo que realmente nos sirva?

—Creo que sí, pero más para descartar a un posible sospechoso que otra cosa. Hay un herrero unas millas más al este, que se llama Norton. Uno de sus hijos trabaja con Lord Harlford. Le pregunté sobre ese "con Lord Harlford"…

—¿En lugar de "para Lord Harlford"?

—Exacto. Así que bien podría ser uno de sus asistentes. La señora Anderson no sabe exactamente qué hace el muchacho, para su pesar y el mío, pero dice que no tiene mucho aquí arriba… —se tocó la sien—. Pero es hábil con las manos, puede fabricar todo tipo de cosas una vez que entiende qué se quiere. Me mostró un pequeño estante para hilos que él le hizo.

—Ser… un poco lento de mente no impide aceptar sobornos —señaló Alice—. O ser víctima de amenazas.

—O tener simpatías revolucionarias —añadió Maria—. Todo eso es cierto, pero sospecho que haría falta más inteligencia de la que él tiene para saber qué información robar, y hacerlo sin que lo descubran.

—Así que sigue siendo una posibilidad, en realidad, pero muy poco probable. —Se alegraba de no haber encontrado nada que lo incriminara, pero los esfuerzos de ese día no habían servido para exculpar a Lord Harlford tampoco, y su investigación no había

terminado. Sintió un nudo en el pecho al pensar que aún podría resultar culpable.

***

La abuela no estaba sola cuando James y la señorita Esham fueron conducidos al salón. El hombre que se levantó para saludarles… Era como mirarse en el espejo, pero en versión mayor.

—¿Tío David? —La abuela le había dicho que su tío regresaba, pero no esperaba que fuera tan pronto.

—El mismo —dijo su tío, dándole una palmada en el hombro con una amplia sonrisa—. ¡Qué gusto verte, James! Estás bastante más grande que la última vez que te vi. ¿Quién es tu bonita acompañante?

James se había olvidado por completo de la señorita Esham, que ahora sonreía coquetamente junto a su tío.

—Tío, abuela, les presento a la señorita Esham. Señorita Esham, Lady Harlford y Lord David Broxwood.

La señorita Esham hizo una reverencia, dudando si dirigirla a la abuela o al tío.

—Siéntese, señorita Esham —ordenó la abuela—. David, llévate a James veinte minutos, luego puedes volver para acompañar a la señorita Esham de regreso al castillo. Yo también quiero hablar con James.

—Sí, mi señora —dijo David, haciendo una reverencia con exagerado humor, su sonrisa intacta—. Vamos, James, hemos sido expulsados.

Salieron por las puertas hacia la terraza y bajaron al jardín de nudos.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó James. Le resultaba extraño hablar de igual a igual con un hombre al que había conocido cuando aún estaba en la escuela.

—Hace unas horas. Mamá ya había arreglado para que la señorita Esher… o como se llame… viniera a visitarla.

—¿Te quedas aquí, en vez de en el castillo?

—Creo que es lo mejor, ¿no crees? Nunca hubo mucho cariño entre tu madre y yo. Y no me apetece mezclarme con una casa llena de invitados tuyos cuando acabo de llegar.

—De mamá.

—Eso me pareció. Cassandra quiere casarte, ¿eh?

—Había planeado todo antes de que yo siquiera supiera de esta reunión. No entiendo tanta prisa.

—No quiere que yo herede si te pasa algo.

Porque David no tenía herederos propios, había dicho su madre. ¿Pero sería esa la verdadera razón?

—No pongas esa cara, James. Todo lo que Cassandra diga sobre mí me entra por un oído y me sale por el otro. No dejes que te obligue a casarte con alguien que no te importe. No… con alguien a quien no ames.

—¿Ame?

—No es tan extraño. Supongo que mi madre nunca te lo habrá contado, pero ella y mi padre fueron muy felices juntos. Tus padres… —David se encogió de hombros.

—No recuerdo que discutieran. —No como había oído a su madre regañar a David. Pero tampoco recordaba que pasaran mucho tiempo juntos.

—No discutir no es lo mismo que ser felices juntos —dijo David con un aire melancólico, aunque su sonrisa volvió a aparecer—. Cuéntame de tus investigaciones, mamá dijo que has estado obsesionado con ellas estos últimos años. No habrás hecho volar el laboratorio otra vez, ¿verdad?

—Ja, no. Al menos no todavía.

—Tendrás que explicarme lo que haces algún día. Puede que hasta entienda una parte.

James se echó a reír. Guardaba buenos recuerdos de su tío, y le gustaba igual esta versión más mayor.

—También te enseñaré los establos. Me ha encantado criar mis propias parejas de caballos a juego.

—Cuéntame más.

***

—¿Bueno, James?

James cerró la puerta de la terraza tras David y la señorita Esham, y se volvió hacia su abuela. Parecía tener un brillo especial en el rostro.

—Me alegra que el tío David haya vuelto. Es una pena que haya estado tanto tiempo lejos.

—Estoy muy feliz de que haya regresado, pero no te preguntaba por él. ¿Qué opinas de la señorita Esham?

James se sentó.

—Atractiva, sin duda. Muy talentosa—o eso me asegura ella misma.

—¿Entonces no estás prendado?

—Más bien todo lo contrario.

La abuela asintió.

—¿Y las demás?

—La señorita Gearing no para de reírse, Lucy cree que está nerviosa, pero no da señales de superarlo. La señorita Stockhart es agradable; le gusta pintar. La señorita Chilton… no la conozco bien.

—¿Entonces no parece haber muchas candidatas prometedoras?

—Supongo que la señorita Stockhart podría ser.

—James, no le hagas una propuesta a alguien que "podría ser". Estás decidiendo sobre el resto de tu vida. Necesitas una esposa que pueda ser tu amiga además de darte un heredero.

—No tengo intención de proponérselo.

—Si la amaras, sería distinto. Pero creo que no prosperaría aquí. Mira a Arabella.

¿Qué tenía que ver la esposa de su difunto hermano con todo esto?

—Ella fue elección de Cassandra. La pobre muchacha, y el pobre Robert, quedaron atados de manos antes de saber siquiera qué pasaba. Ninguno de los dos fue feliz.

Robert había ignorado mayormente a Arabella, según recordaba James. No debía de haber sido un matrimonio agradable para ella, con una suegra que seguía mandando en la casa y un esposo que pasaba la mayor parte del tiempo en Londres. Cuando Robert estaba en Harlford, apenas le prestaba atención, y sus visitas a su amante en el pueblo eran de dominio público.

—Robert podría haberse esforzado más con ella —añadió la abuela—. Pero creo que Cassandra se ha equivocado con la señorita Esham, y posiblemente con la señorita Chilton.

—¿Porque no me agradan?

—No. Cassandra quiere que te cases con otra chica tímida como Arabella, por supuesto.

—¿Por qué querría eso?

—James, piensa. ¿Qué suele pasar cuando el heredero se casa? ¿Quién dirige la casa? Cassandra ha presionado a Arabella hasta hacerla recluirse en sus habitaciones con su bebé, o venir aquí conmigo, dejando que Cassandra haga y deshaga a su gusto. David echaría a tu madre de la casa en una semana si heredara, y ella lo sabe.

Así que por eso su madre tenía tanta urgencia en que tuviera un heredero.

—No necesitas casarte esta temporada, ni siquiera la siguiente, si no encuentras a alguien que realmente te convenga.

¿Había sido feliz Robert con Arabella? Probablemente no, o no habría tenido una amante. Él no quería un matrimonio así, quería a alguien con quien pudiera ser feliz y a quien quisiera ser fiel.

—Muy bien, abuela. Seré cuidadoso al elegir.

Capítulo 14

James pasó la página del diario, marcando los pasajes importantes con un lápiz y copiando algunos en su cuaderno. Gritos y risas llegaban por la ventana abierta, de los invitados que jugaban al croquet en el césped. Dentro de la biblioteca, los únicos sonidos eran las ocasionales carraspeadas desde el extremo más alejado, donde lord Gearing consultaba de nuevo las actas parlamentarias.

—Harlford, ¿tienes un momento?

James alzó la vista y vio a lord Chilton caminando por la biblioteca hacia él. Suspiró y secó la tinta de la página en su cuaderno antes de cerrarlo.

—¿En qué puedo ayudarte, Chilton?

Chilton jugueteaba con el nudo de su corbata.

—Yo… eh, quería transmitirte el agradecimiento de mi hijo por tu hospitalidad. Una pena que tuviera que marcharse tan de repente ayer, ¿no?

—Debía de ser algo urgente.

—Sí… eh, sí, lo era. —Chilton miró a su alrededor justo cuando Gearing volvió a carraspear, luego asintió a James y se alejó—. Gearing, ¿por qué te encierras aquí dentro en un día tan espléndido?

El suspiro de Gearing se oyó incluso desde esa distancia.

—¿Te apetece una partida de billar? ¿Un mano a mano de piquet?

—Oh, está bien —dijo Gearing, encontrando la mirada de James y encogiéndose de hombros antes de seguir a Chilton fuera de la sala.

¿Cómo se suponía que jugar al billar aprovechaba el buen tiempo? James negó con la cabeza y volvió a recorrer con la vista la página del diario, encontrando su lugar. Al menos ahora no había nadie en la biblioteca que lo interrumpiera.

Apenas había leído unos pocos párrafos cuando volvió a oír pasos, y soltó una maldición por lo bajo. Si no fuera porque había

invitado a varios de los huéspedes a usar la biblioteca, se habría encerrado con llave.

—Señorita Chilton. —La cortesía exigía que se pusiera de pie para saludarla, pero al diablo con la cortesía. No pensaba hacer nada que la animara a quedarse.

—Lord Harlford. —Ella ladeó la cabeza al mirarlo. Supuso que pretendía parecer atractiva.

—¿Y bien?

Su sonrisa vaciló ante su tono seco.

—Yo… me preguntaba si tenía algo que pudiera leer.

—Por supuesto. ¿Qué le interesa? ¿Historia? ¿Los clásicos? ¿Filosofía natural?

—¿Qué me recomendaría, mi lord?

Trató de recordar qué temas estaban en los estantes más alejados.

—Me parecen fascinantes los relatos de viajes.

Ella sonrió.

—Si busca en la penúltima estantería, encontrará una buena selección. Ahora, si me disculpa, señorita Chilton, estoy muy ocupado. —Volvió a sus diarios, pero la señorita Chilton se inclinó hacia adelante y apoyó una mano en su escritorio. No parecía que fuera a librarse de ella con facilidad.

Su sonrisa se ensanchó cuando él se puso de pie.

—Me gustaría que me llamara Laura, mi lord.

¡Desde luego que no!

—¿Le gustaría dar un paseo por los jardines, señorita Chilton? —Quizás pudiera deshacerse de ella sin ser demasiado descortés si se unían a los jugadores de croquet.

Su sonrisa se desvaneció, para su sorpresa. Ella aceptó el brazo que le ofrecía y caminó medio paso detrás mientras él se dirigía a la puerta. Apenas habían recorrido la mitad de la sala cuando ella se detuvo.

—Tienes tantos libros, mi lord —dijo con voz entrecortada—. ¿Me mostrará cuáles prefiere?

Una sensación de inquietud empezó a surgir. Chilton se había asegurado de saber dónde estaba, se había llevado a Gearing, y

ahora su hija intentaba retenerlo en la habitación…

—Vamos, señorita Chilton, estamos desperdiciando este buen clima. —La tomó del codo y la condujo con rapidez hacia la puerta.

* * *

Alice levantó la vista cuando lady Chilton entró en el salón. Un gran jarrón de peonías e iris la ocultaba parcialmente, y estaba a punto de volver a su lectura cuando lady Chilton se detuvo junto a Maria. Alice se enderezó en su asiento.

—Lady Jesson, he notado que disfruta leyendo novelas.

Qué extraño. Lady Chilton no había mostrado el menor interés en hacerse amiga de ninguna de ellas en los últimos días.

—Así es —respondió Maria, con voz clara—. Encuentro que las situaciones realistas que describen ofrecen un respiro frente a las invenciones del chisme social.

Una expresión de desconcierto cruzó el rostro de lady Chilton.

—Yo... eh... creo que la biblioteca de aquí contiene una buena cantidad de novelas.

Maria no respondió.

—Tengo entendido que ha estado en la biblioteca. ¿Querría acompañarme y mostrarme dónde están?

Lady Chilton debía querer algo para mostrarse tan insistente. Alice dejó el libro a un lado: María no podría resistirse a averiguar qué tramaba.

—Por supuesto.

Cuando Maria y lady Chilton llegaron a la puerta, Alice las siguió.

—¡Mamá! —Augustus Chilton estaba cerca del pie de la escalera, y miss Stockhart unos pasos detrás de él. Extendió una mano como para detenerlas, pero su madre lo ignoró y siguió adelante como si no lo hubiera visto.

—Digo, mamá... —Augustus subió tras ellas, protestando sin éxito, y se quedó boquiabierto cuando se dirigieron a la biblioteca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice a miss Stockhart, a unos pasos detrás de Augustus.

—Ellas... lord Harlford está en la biblioteca con la señorita... eh... Augustus oyó... miss Chilton quiere... quiere atraparlo...

—Ven conmigo —dijo Alice, y le tomó la mano, prácticamente arrastrándola escaleras arriba, ignorando su chillido de alarma. Si lady Chilton pensaba usar a Maria para respaldar sus planes, había cometido un grave error de cálculo. Pero tal vez hubiera otros testigos. Empujó la puerta que daba al pasillo del servicio.

—Rápido, miss Stockhart.

***

—Laura, querida, ¿estás aquí?

James soltó el brazo de miss Chilton justo cuando lady Chilton aparecía al fondo de la sala.

—¡Maldita sea! —Había sido superado.

¿Quién estaba con ella...? ¿Lady Jesson? Le había parecido una mujer sensata, pero también era una chismosa.

—Laura, ¿estás... Oh, ¿qué *has* estado haciendo, Laura?

James se volvió. El cabello de miss Chilton ahora caía a media espalda y su vestido parecía haber resbalado, dejando un hombro al descubierto.

—¡Oh, lord Harlford!

—Eso no es asunto m...

—Oh, ya veo cómo es. Amor joven, tan conmovedor —exclamó lady Chilton con efusividad—. Me alegra tanto. Laura, llevas una eternidad fuera. —Se volvió hacia lady Jesson—. Supongo que hay que permitir que los jóvenes enamorados pasen tiempo a solas.

—Lady Chilton —protestó James—. Miss Chilton llegó hace apenas...

—¡Los encontramos, lord Harlford!

James se dio vuelta. Esa voz venía de detrás de él, cerca de su escritorio.

¿Miss Bryant?

Surgió del ventanal con miss Stockhart, ambas con libros en las manos. Miss Bryant sonreía, pero él estaba demasiado aliviado para preguntarse qué le hacía gracia. Miss Stockhart parecía tan desconcertada como él.

—Alguien debió colocar los libros en el lugar equivocado, mi lord —dijo miss Bryant con una voz inusualmente entrecortada—. Oh, hola, lady Chilton. ¿Ha venido también a buscar algo? Tardamos una

eternidad en encontrar los que queríamos. Oímos a miss Chilton entrar y pedir un libro.

—No sabía que fueras una amante de los libros, Laura —dijo lady Jesson. Una ceja se alzó mientras inspeccionaba el cabello de miss Chilton, luego se volvió hacia lady Chilton—. Si yo fuera tú, buscaría una nueva doncella para tu hija. La que tiene claramente es incompetente, si su peinado se deshace con tanta facilidad. Ahora, me preguntaste dónde están las novelas.

—No quiero una novela —dijo lady Chilton con los labios tensos —. Vamos, Laura, necesito hablar contigo. —Tomó a su hija del brazo y se la llevó. Su hijo estaba en la puerta, boquiabierto, pero ella pasó a su lado sin mirarlo.

—Señor Chilton, ¿podría cerrar la puerta, por favor? —Lady Jesson se volvió hacia James mientras Augustus obedecía—. He presenciado varios intentos de trampa en mi vida, pero debo decir que ese fue particularmente torpe. Supongo que no deseaba que lo presionaran para pedir la mano de miss Chilton.

James pasó un dedo por el interior del cuello de su corbata.

—No, no lo deseaba. —Se volvió para fulminar a Augustus con la mirada—. ¿Tú estabas al tanto de esto, Chilton?

—¡Augustus trató de detenerlas, mi lord! —Miss Stockhart se tapó la boca tras su exclamación, visiblemente sorprendida por su atrevimiento.

—¿Nos sentamos? —propuso lady Jesson, dirigiéndose hacia las sillas junto al fuego.

James fue en dirección contraria, hacia su escritorio, y volvió con la bandeja que contenía un decantador y vasos. Lady Jesson y Augustus aceptaron una copa, pero las otras dos la rechazaron. James se sirvió una y la bebió de un trago.

—¿Puede alguien decirme qué está pasando? —le sorprendió el tono casi lastimero de su propia voz, así que carraspeó—. Una historia clara, por favor. Yo estaba solo aquí cuando llegó miss Chilton.

—Miss Stockhart dijo... insinuó que lady Chilton y su hija estaban planeando algo —explicó miss Bryant—. Pensé que agradecería una intervención.

—¡Y vaya que la agradezco! —Y no podía evitar admirar su rapidez de reflejos.

Se volvió hacia miss Stockhart.

—¿Cómo lo supo?

—Yo... eh...

Parecía aterrada. James se dio cuenta de que su ceño fruncido no ayudaba, y suavizó la expresión.

—Miss Stockhart, le estoy profundamente agradecido por su ayuda. Por favor, explíquese.

Miss Stockhart logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Augustus... quiero decir, el señor Chilton... me dijo que oyó a sus padres planeando algo, pero no sabía exactamente qué.

—¿Chilton? —preguntó James, tratando de sonar alentador.

—Nosotros... eh... bueno... —Augustus tosió—. Estamos sin dinero, toda la familia, ya sabe. Necesitamos casarnos por dinero. Julius... bueno, lo que intentó... con su hermana... quiero decir...

¡Continúa, hombre!

No mejoró su humor ver a Lady Jesson mirando por la ventana, con los labios apretados. Miss Bryant observaba la alfombra con la misma expresión. No les parecería tan gracioso si ellas hubieran sido el objetivo.

—Luego mamá mandó a papá a buscarte… él le dijo que estabas en la biblioteca, y entonces ella mandó a Laura y yo la seguí… Caroline, Miss Stockhart, estaba allí y se lo conté.

—Conocía la entrada desde el pasadizo de los sirvientes, mi lord —dijo Miss Bryant—. Eh… Lucy me habló de ella.

Ahora parecía incómoda, con las manos fuertemente entrelazadas en el regazo. ¿Por qué le preocupaba eso?

—Le agradezco, Miss Bryant. Pero juzgaron muy mal. No dejaría que una estratagema así me obligara a casarme con alguien como… con Miss Chilton.

Ser rechazado por la sociedad no sería una pérdida.

—Como también se equivocaron al suponer que yo apoyaría su plan difundiendo chismes —dijo Lady Jesson.

Chilton se puso de pie.

—Debo disculparme por… por el comportamiento de mi familia, mi lord. Julius, en particular. Procuraré convencer a mis padres de marcharse, y lo haremos en cuanto me sea posible.

Hizo una pequeña reverencia.

—¡Oh!

Fue un sonido tenue, James no estaba seguro de quién lo había hecho. Las cejas de Miss Stockhart estaban fruncidas y las lágrimas le brillaban en los ojos. Lady Jesson y Miss Bryant lo miraban expectantes.

¿Qué esperaban de él?

Observó a Miss Stockhart y luego a Chilton, recordando cuántas veces los había visto juntos. Hasta ahora, James había considerado al hombre levemente ridículo, con su ropa colorida y su exceso de dijes, pero su disculpa había sido digna, y la situación no era culpa suya.

—Chilton, puedes quedarte si lo deseas.

Una sonrisa entre lágrimas y dos asentimientos aprobatorios le indicaron que había dicho lo correcto.

—Solo tú, quiero decir —añadió James, para evitar malentendidos—. Tus padres y tu hermana…

—¡Oh, gracias, mi lord! —Miss Stockhart se puso de pie de un salto, y por un horrible instante James pensó que iba a abrazarlo. Lady Jesson se levantó y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sí. Gracias, mi lord —Chilton volvió a inclinarse y salió de la sala.

—Yo… creo que iré a buscar a mi familia —dijo Miss Stockhart sin esperar respuesta. Hizo una reverencia y salió tras Chilton.

James los siguió con la mirada.

—No es asunto mío, pero…

Aunque Miss Stockhart era una de sus invitadas, y...

—Nunca he dejado que eso *me* detenga —dijo Lady Jesson.

Miss Bryant hizo un sonido ahogado mientras James contenía la risa. Era refrescante encontrarse con una mujer tan honesta sobre su comportamiento.

—¿Estoy en lo cierto al recordar que Stockhart probablemente dará a su hija una dote considerable? Chilton…

—No se preocupe, mi lord —dijo Lady Jesson—. Sospecho que los dos realmente se gustan. Y se puede arreglar mucho con acuerdos matrimoniales para evitar que el resto de la familia se quede con todo. Tendré una charla discreta con Sir Aloysius o su esposa.

—Gracias.

—Un placer.

Lady Jesson se puso de pie.

—Ahora lo dejaremos en paz. Le sugiero que use la puerta de los sirvientes si vuelve a suceder algo así.

—Temía que me siguiera.

Lady Jesson sonrió.

—Estoy segura de que puede correr más rápido.

Miss Bryant le dedicó una sonrisa incierta y siguió a su patrona.

Así que otras dos de las candidatas de mamá habían quedado descartadas en una sola mañana. Descubrir que Miss Stockhart prefería a Augustus Chilton no le había provocado ni el más mínimo pesar. Solo quedaba Miss Gearing, y no pensaba proponerle matrimonio a una muchacha que aún se sentía incómoda en su presencia. No tenía mucho sentido continuar con esta reunión, pero no podía pedir a los invitados que se marcharan, así que tendría que sobrellevarlo. Al menos Lucy parecía disfrutar de la compañía de Miss Stockhart y Miss Bryant.

Pasándose una mano por el cabello, James miró por la ventana. Los intervalos soleados de la mañana habían dado paso a una delgada capa de nubes altas que cubrían el cielo. Un clima suficientemente bueno para salir a cabalgar. Había perdido la concentración y nadie podría tenderle una trampa mientras estuviera a caballo.

***

Alice terminó de tocar una suite de Händel entre unos pocos aplausos, y se volvió hacia la pila de partituras sobre el piano para elegir otra pieza. Lady Harlford le había pedido que entretuviera a los invitados después de la cena, y Alice estaba feliz de complacerla, aunque la mitad de los invitados estuvieran jugando a las cartas en la sala contigua y el resto conversando.

Había tocado solo unos compases de la nueva pieza cuando un chillido, ahogado con rapidez, detuvo el murmullo de las conversaciones. Alice giró en el banco y vio que todos miraban hacia la puerta. Un hombre estaba allí, una versión mayor de Lord Harlford, vestido con la misma sencillez. Lady Harlford tenía una mano sobre la boca, y Maria… Maria parecía una gata que acababa de comerse la nata. Alice se apresuró a sentarse a su lado.

—Lord David Broxwood —dijo Maria.

—¿El tío de Harlford?

—Espero que no pienses quedarte aquí, David —la voz estridente de Lady Harlford se oyó claramente mientras se apresuraba hacia la puerta.

Lejos de sentirse intimidado por esa fría bienvenida, Lord David sonrió.

—Querida Cassandra, no me impondría tu compañía.

Maria ahogó una risa cuando Lord David examinó su manga y sacudió algo invisible. Algunos de los invitados parecían escandalizados, otros divertidos.

—No, me he instalado en la Casa de la Viuda. Qué amable de tu parte preocuparte.

—¿La Casa de la Viuda? Pero…

—Ah, James, ¿me presentas a tus invitados? —Se alejó con su sobrino, dejando a Lady Harlford frunciendo el ceño tras él.

—Muy grosero —comentó Maria—. Pero, sinceramente, ¿qué más podía esperar Cassandra después de un recibimiento así?

—¿Ha estado fuera mucho tiempo?

—Unos quince años, creo. Disfrutando de la vida en Italia. Esto debería hacer que la reunión sea más interesante.

Capítulo 15

Tres días después del incidente en la biblioteca, Alice estaba de pie cerca de la entrada del Castillo, observando cómo Lady Harlford organizaba la subida de las invitadas a los carruajes descubiertos. Un carro cargado con cestas de comida, mantas y varios sirvientes ya se había marchado. Era un día encantador para un picnic, con una brisa suave y un sol cálido. Maria aún no había llegado, y Alice estaba conforme con esperar, no quería compartir el trayecto con la señorita Esham o su madre. Ni con Lady Harlford. Con los Chilton ya ausentes y la mayoría de los caballeros montando a caballo o conduciendo ellos mismos, los tres carruajes no estarían llenos.

El segundo carruaje ya estaba por partir cuando apareció Maria, explicando que una criada le había derramado café en el vestido y había tenido que cambiarse. Mientras hablaba, el carruaje se ponía en marcha y Alice creyó ver una fugaz expresión de satisfacción en el rostro de Lady Harlford. Lucy saludó con la mano, pero su madre dijo algo y ella apartó la mirada.

—Este debe ser para nosotras, entonces —dijo Alice, admirando el elegante landó, reluciente con pintura nueva, y sus asientos tapizados en suave cuero. Chatham subió al lado del cochero en cuanto el carruaje arrancó.

—Sospecho que Cassandra está tramando algo —dijo Maria mientras pasaban entre los pilares de piedra en la entrada de la finca y se dirigían hacia el oeste por Harlford Green—. Dejarnos el mejor carruaje a solas.

—¿Pero qué podría ser? ¿Acaso ha planeado algún percance?

—No creo que se arriesgue a dañar esto —Maria pasó una mano por la brillante pintura en la parte superior de la puerta baja. Las ruedas pasaron sobre un bache del camino, pero apenas lo notaron —. También tiene buena suspensión.

—Ya lo averiguaremos —dijo Alice—. ¿Qué vamos a hacer con respecto al señor Sumner? Una excursión agradable el día anterior a

Woodley, el pueblo donde vivía el otro asistente de Lord Harlford, solo había revelado que tenía esposa y un bebé.

—Si yo me sintiera indispuesta frente a su casa, su esposa podría soltar algo sin querer, o quizá los sirvientes.

A Alice no le gustaba cómo sonaba eso. Pedir ayuda para espiar a la familia de alguien le parecía mucho más deshonroso que escuchar los chismes del pueblo.

—No, a mí tampoco me convence, Alice. Pero no veo qué más podríamos hacer.

—¿Informar de lo que hemos averiguado hasta ahora y volver a casa?

—Marstone espera que nos quedemos las dos semanas completas, a menos que descubramos algo concluyente antes. Aún no ha respondido a mi primera nota, así que sus instrucciones iniciales siguen vigentes. Chatham tendría que quedarse, de todos modos.

—¿Para intentar atrapar al vigilante? —Chatham había estado merodeando por los bosques casi todos los días, pero no había visto a nadie dirigirse al lugar de observación sobre la cantera. Incluso había dispuesto cuidadosamente un pequeño patrón con ramitas cerca del borde, y este permanecía intacto. Al parecer, el vigilante solo acudía de forma esporádica.

Alice suspiró. Aún quedaba casi una semana. Disfrutaba de los jardines, y Lucy era entretenida, pero siempre estaba ese pensamiento molesto al fondo de su mente: su propia duplicidad.

Desvió la atención al paisaje, esta era la primera vez que exploraba hacia el oeste del Castillo, donde las colinas eran más empinadas que el campo suavemente ondulado que rodeaba Harlford. Las flores de mayo salpicaban de blanco los setos, y espigas púrpura de dedaleras alegraban los márgenes. Después de menos de una hora, entraron en un bosque y el carruaje se detuvo en un claro. El terreno ascendía bruscamente a su izquierda, y el camino continuaba en diagonal cuesta arriba.

No había rastro de los otros carruajes, pero un mozo los esperaba, quitándose el sombrero al acercarse. El cochero mantenía la vista fija al frente.

—Mi señora, Lady Harlford pide disculpas, pero… no habíamos previsto lo estrecho que es el camino a partir de aquí. Este carruaje es demasiado ancho para llegar al picnic… eh… sin… sin…

—¿Rayar la pintura? —sugirió Lady Jesson, lanzando una rápida mirada a Alice, con una ceja alzada.

El hombre miró al suelo.

—Eh, sí, mi señora. Mi señora… es decir, Lady Harlford… me dijo que dijera que enviaría uno de los otros carruajes de regreso por ustedes.

Su carruaje no era más ancho que los demás, y el mozo era un mal mentiroso.

—¿Cuánto se tarda en carruaje desde aquí hasta el lugar del picnic? —preguntó Maria.

El mozo la miró de reojo y luego apartó la vista.

—Eh, unos veinte minutos, mi señora. El camino para los carruajes rodea la colina, ¿ve? Es demasiado empinada para subir recto. Y es un camino malo.

Podría pasar más de una hora antes de que regresara un carruaje por ellas, y aún tendrían que llegar a la cima. Para entonces, el picnic estaría casi terminado.

Chatham se volvió hacia ellas.

—¿Desea regresar al Castillo de Harlford, mi señora?

El mozo señaló el camino por donde habían venido.

—Si me permite, mi señora, hay un lugar bonito por el bosque, por allí. Lady Harlford… a la antigua Lady Harlford, quiero decir… solía gustarle ese sitio.

—Vamos, Alice, demos un paseo —dijo Maria—. Sería una pena volver tan pronto. Chatham recogió una bolsa que tenía a sus pies y una manta, y Alice tomó sus dos sombrillas.

—Guíanos, Jenkins —dijo Chatham, y el mozo se internó entre los árboles. Caminaron durante diez minutos por un sendero estrecho iluminado por la luz del sol filtrada entre las hojas, subiendo suavemente hasta salir a un claro. A su derecha, la ladera cubierta de hierba se elevaba empinada, salpicada de algunos espinos dispersos. Al este, la vista se extendía por millas de campos y bosques.

—Se ve mejor desde arriba —explicó Jenkins, aún en tono de disculpa—. Pero aquí hay menos brisa.

—Parece un lugar agradable —dijo Maria—. Podemos sentarnos aquí un rato, sin duda.

Jenkins se removió, incómodo.

—Gracias por mostrárnoslo, Jenkins —dijo Alice—. ¿Esperarás con el carruaje?

—Gracias, señorita —dijo Jenkins, y prácticamente salió corriendo por el mismo camino por el que habían venido mientras Alice extendía la manta sobre la hierba.

* * *

James suspiró mientras Terring recogía sus notas y salía de la habitación. Ver al mayordomo esa mañana había sido una excusa para no acompañar a los carruajes, pero le había prometido a mamá que se uniría más tarde. Luego, el tío David le había preguntado si quería ir con él en su coche ligero, pero para entonces Terring ya lo estaba esperando. David llevaba dos días allí, pero había pasado la mayor parte del tiempo en la Casa de la Viuda con la abuela. El paseo habría sido un buen momento para hablar con él.

Al acercarse a la ventana, su ánimo mejoró. El día estaba hermoso, y disfrutaría del paseo, incluso si al final tenía que hacer conversación educada con las invitadas de su madre. Tal vez podría volver con David y dejar que uno de los mozos llevara de regreso a Ventus.

Una hora más tarde, cabalgaba entre los árboles cerca de la base de Hengoed Ridge, preguntándose si debía llevar a Ventus por la empinada ladera o seguir el sendero mucho más suave que habrían tomado los carruajes. Tiró de las riendas cuando vio el landó nuevo, y muy caro, de su madre detenido en el claro, con los caballos desenganchados. Dos hombres estaban sentados a unos metros, apoyados contra un árbol. Se pusieron de pie de inmediato al verlo.

—¿Por qué está aquí el carruaje? —preguntó James—. ¿Ha pasado algo?

Los dos hombres se miraron, luego lo miraron a él.

—Solo díganmelo.

Escuchó su explicación, vacilante.

—¿Así que dos de mis… de las invitadas de Lady Harlford han sido abandonadas aquí? —¿Qué estaba tramando su madre?

—Tienen a su criado con ellas, mi lord —dijo uno de ellos—. Fueron hacia el prado...

—Muy bien. No se muevan de aquí sin Lady Jesson y la señorita Bryant, sin importar lo que diga su señoría. ¿Ha quedado claro?

Asintieron, y James giró a Ventus hacia el sendero. Apenas había avanzado unos metros cuando unas ramas bajas lo obligaron a desmontar y guiar al animal. Hacía tiempo que no estaba allí, pero conocía bien el prado. En años pasados, él y Robert se habían desafiado a correr cuesta arriba a pie, llegando a la cima mucho antes que las carrozas. Aquellos habían sido días despreocupados.

Perdido en sus arrepentimientos, salió nuevamente a la luz del sol, el repentino aumento de temperatura y brillo lo trajo de vuelta al presente. Se detuvo y parpadeó. Lady Jesson estaba sentada en una manta, a medio camino del prado, tal como había esperado. Frente a ella danzaba una visión de luz resplandeciente.

Sacudiendo la cabeza, se frotó los ojos. No era un duendecillo del bosque, sino una mujer, con los brazos extendidos mientras giraba, las faldas y el cabello ondeando a su alrededor, riendo de alegría. Una Perséfone dando la bienvenida a la primavera, viva y vital, un ser de sol y aire que hacía que el día pareciera aún más hermoso, que la vida fuera más digna de ser vivida.

¿Miss Bryant?

Incluso cuando la reconoció, ella se detuvo, llevándose una mano a la boca. Se giró abruptamente y corrió hacia Lady Jesson, levantando las manos para recoger su cabello y recogerlo detrás de su cabeza. Cuando él llegó a donde estaban, su cabello ya estaba recogido en su habitual chignon ordenado, y el único rastro de su danza era el rubor rosado en sus mejillas.

Su llegada había matado la magia.

Alice se pasó los dedos por el cabello, con la cara ardiendo mientras trataba de recuperar algo de compostura antes de que Lord

Harlford se acercara demasiado. Pensaba que estaban solas, aparte de Chatham, que yacía dormido cerca.

Refugiada del viento, su lugar en la colina estaba cálido, y pronto se había quitado la pelisse y el sombrero. Aunque la vista era bastante diferente desde allí, la empinada pendiente de césped que subía hacia la cresta le recordaba la libertad de su niñez para vagar sola por los campos. El olor a césped cálido y el zumbido de los insectos evocaban días pasados jugando con su hermano, cuya única preocupación era si tendrían que terminar sus lecciones antes de la cena. Un impulso ahora lamentado la había llevado a sacar sus horquillas y girar, disfrutando de la sensación del sol en su piel y la brisa en su cabello.

Agachada sobre la manta, tomó el puñado de horquillas que Maria le ofreció, logrando recoger todos los cabellos sueltos cuando Lord Harlford se acercó. Su ceño fruncido era visible desde lejos.

—Actúa como si no hubiera nada fuera de lo común —dijo Maria con calma—. Después de todo, si no nos hubieran dejado aquí...

Se interrumpió; Lord Harlford estaba lo suficientemente cerca como para oírla.

—Lady Jesson, Miss Bryant —dijo él, mientras colocaba las riendas sobre la cabeza de su montura y se detenía frente a ellas, quitándose el sombrero y pasándose una mano por la frente. Ventus se apartó unos pasos y comenzó a pastar.

—Qué agradable verlo, Lord Harlford —dijo Maria, como si estuvieran en un salón—. ¿Se ha perdido? Creo que el picnic está en la cima de la colina.

—No. Quiero decir, sí, el picnic está... —Se interrumpió, todavía frunciendo el ceño—. Debo disculparme por el malentendido con la carreta. Si desean unirse al picnic, la carreta está, por supuesto, a su disposición.

¿El ceño no estaba dirigido a su comportamiento, entonces? Alice se relajó. No podía fingir que él no la había visto, pero estaba siendo lo suficientemente caballeroso como para no mencionarlo.

—El picnic ya habrá comenzado, ¿no? —preguntó Maria—. Ha pasado más de media hora desde que llegamos.

Lord Harlford miró hacia la colina y luego hacia ellas. El césped estaba empinado, pero no más que algunas partes de los campos por donde Alice solía caminar cuando estaba en casa. Y estaba seco, no resbaladizo.

—Será más rápido caminar desde aquí, ¿no? —sugirió ella.

Su rostro se despejó.

—Sí, mucho más rápido, si... —Miró a Maria, la duda volviendo a su expresión.

—Lady Harlford estará tan contenta de ver que su error con la carreta no nos ha causado demasiadas molestias —dijo Alice a Maria.

Un 'hmpf' amortiguado de Lord Harlford mostró que había notado la ironía, pero no dijo nada. Maria miró hacia la colina, levantando una ceja.

—Si lo permite, mi señora...

Alice dio un salto. Chatham se había despertado y estaba de pie detrás de ellas.

—Si su señoría lo permite, podría sujetarse a su caballo. Le ayudará a subir la colina.

—Oh, está bien.

Chatham, con dos sombrillas en la mano libre, guiaba a Ventus mientras Lady Jesson se sujetaba a una de las riendas. Estaba respirando con dificultad, claramente cada vez más calurosa, pero con el caballo a un lado y el apoyo del brazo de James al otro, avanzaba decididamente, poniendo un pie delante del otro. James estaba impresionado.

—No queda mucho, Maria —dijo Miss Bryant desde su otro lado, sin apenas quedarse sin aliento. Un resplandor agradable en sus mejillas parecía ser el único efecto de su esfuerzo.

—Parece que lo llevas con bastante calma.

—Esto no es tan diferente de las pendientes cerca de mi casa, mi lord —dijo ella, mirando hacia arriba mientras una alondra cantaba sobre sus cabezas, y su sonrisa reflejaba algo del disfrute que había visto en su danza.

—No solo disfruta los jardines, entonces.

—Me encanta todo tipo de campo, pero especialmente las colinas. Supongo que desde la cima podremos ver kilómetros a la redonda.

—Sí, bien adentro de Gales, cuando el aire está claro.

—Días como este me hacen desear ser mejor en acuarelas, pero ninguna pintura puede replicar la sensación de la brisa ni el olor del aire.

James, en ese momento, olía principalmente a caballo, pero sabía a lo que se refería. Miró hacia arriba, donde la pendiente se hacía menos empinada cerca de la cima de la colina. Una figura se recortó contra el cielo y luego comenzó a acercarse hacia ellos. Su tío.

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de David al acercarse.

—Me preguntaba si habrías subido por aquí, James, pero no esperaba que tuvieras compañía. —Miró a Lady Jesson—. Cassandra me dio todo un rollo sobre la carreta. Me alegra ver que no tuvo el efecto que ella esperaba. —Su sonrisa se convirtió en una sonrisa burlona—. ¿Puedo acompañarlas desde aquí? James, si das la vuelta por la ladera, evitarás que te vea el resto de la compañía.

—¿Por qué debería...?

—Una réplica más efectiva, querido muchacho, si Cassandra piensa que subieron sin ayuda.

—Oh. Sí, ya entiendo.

Lady Jesson soltó su brazo. Miss Bryant se acercó a su lado mientras Chatham alejaba al caballo unos pasos. Ella le tendió un pañuelo; Lady Jesson lo tomó y se secó la cara.

—Vete, James —dijo David—. Les daré a las damas un momento para que se enfríen, luego las acompañaré. Nos vemos allí arriba en un rato.

James partió a regañadientes; no le parecía correcto dejarlas allí, aunque tuvieran a su tío como escolta. Mamá había ido demasiado lejos esta vez. Con o sin invitados, tendría que enfrentarse a ella esa noche.

Más adelante, rodeando la colina, se reincorporó al camino y lo siguió hasta la cima de la ancha cresta. Desmontó cerca de las

carrozas que esperaban y entregó a Ventus a un mozo. Los invitados estaban sentados o de pie alrededor de un mantel extendido a la sombra de un grupo de árboles, donde los criados esperaban junto a una mesa cargada de alimentos.

El tío David se acercó a los comensales, con Miss Bryant de un brazo y Lady Jesson del otro. El rostro de su madre, al verlos acercarse, pasó de sorpresa a asombro y luego a molestia. James evitó su mirada uniéndose a un grupo de invitados varones, echando un vistazo por encima del hombro solo el tiempo suficiente para ver que Miss Bryant había encontrado un lugar junto a Miss Stockhart, y que David llevaba comida y bebida a Lady Jesson.

Los hombres discutían los méritos de las diferentes razas de caballos para caza y para carrozas. James trató de apartar la imagen de Miss Bryant de su mente y concentrarse en lo que decían.

—Oye, Harlford, ¿tienes un minuto? —Era Lord Gearing. James lo siguió unos pasos.

—¿En qué puedo ayudarte, Gearing? —¿Había venido a presionar para que aceptara a su hija?

—No lo tomes a mal, Harlford... —Se aclaró la garganta—. Mi esposa insistió en que aceptara la invitación de Lady Harlford, pensó que elegirías a una novia.

—Esa era la intención de mi madre, sí.

—Ella tenía los ojos puestos en el título, por supuesto...

Naturalmente.

—... y pensé que la conexión política podría ser útil si te gustaba mi chica. Pero veo que no se siente cómoda en tu compañía.

Esto no iba como James había anticipado.

—Lo siento por eso —intentó conversar con ella.

—No, no, no es culpa tuya. Eres un hombre de serios intereses, y mi Cecy todavía es joven. Un par de años más y tal vez lo habrías logrado. —Se encogió de hombros—. Pensé en aclararlo, ¿sabes? Quiero que sea feliz.

—Yo había llegado a la conclusión de que no encajábamos, pero aprecio tu sinceridad.

—Mejor tener todo claro, ¿eh?

James le tendió la mano y Gearing la estrechó.

—No he prestado mucha atención a la política hasta ahora, pero tendré que tomar mi asiento en algún momento. No sé cuán cercanas estarán nuestras opiniones, pero escucharé.

—Muy amable de tu parte...

Ambos hombres se voltearon al oír un fuerte grito femenino. Miss Esham estaba arrodillada en el suelo junto a la manta donde Miss Bryant había estado sentada. La gente se agolpó a su alrededor mientras James corría hacia ella.

—¡Esa mujer Bryant me hizo tropezar deliberadamente! —Dijo Miss Esham mientras se sujetaba del brazo de su madre para levantarse. Sostenía sus manos temblorosas frente a su rostro cuando James se acercó—. Mis manos —dijo con voz temblorosa. Miró hacia abajo, hacia su falda: un pequeño desgarro era visible donde su rodilla había debido golpear el suelo—. Oh, mi vestido...

Capítulo 16

—¿Miss Bryant? —La voz de Miss Stockhart sonaba ansiosa, apenas audible por encima del murmullo de voces y los gritos.

Alice aspiró hondo, aferrándose la mano. ¿Qué había pasado? Estaba recostada con las manos apoyadas en el suelo detrás de ella, mirando las nubes. Luego sintió un dolor agudo y punzante en los dedos, y cayó de costado.

—Estoy bien —dijo Alice, a medida que el dolor inmediato comenzaba a disminuir un poco. El brazo de Miss Stockhart rodeó sus hombros para ayudarla a incorporarse. Sus dedos palpitaban, y respiró hondo varias veces para disipar la sensación de mareo.

—Baje la cabeza, señorita. Meta la mano aquí —Chatham le tomó suavemente la muñeca y sumergió su mano herida en algo frío y húmedo.

—¿Qué es...?

—Limonada, señorita. El frío ayudará a evitar que se le hinche la mano.

Eso tenía poco sentido para Alice, pero el dolor pareció ceder un poco, así que dejó la mano allí y apoyó la frente en las rodillas. El mareo comenzó a disiparse.

Miss Esham se tambaleó peligrosamente mientras James se acercaba a toda prisa. Estaba a punto de avanzar para sostenerla cuando su tío lo sujetó del hombro y lo giró en otra dirección.

—No le creas —dijo David en voz baja, solo para que James lo oyera—. Miss Bryant necesita más ayuda.

James bajó la vista hacia las mujeres en la manta junto a sus pies. Miss Bryant estaba sentada con las rodillas recogidas, con una mano metida en una jarra de limonada. Su rostro estaba oculto por el ala de su sombrero. El sirviente de Lady Jesson y Miss Stockhart se encontraban arrodillados a cada lado de ella.

—¿Qué ha pasado? —No se la veía bien, y un pequeño nudo de preocupación se formó en su pecho. No quedaba nada de aquella

figura radiante que había disfrutado del sol momentos antes.

—La gritona le pisó la mano —dijo David en voz baja—. Deliberadamente. Justo estaba mirando en esa dirección.

—¿Qué? ¿Por qué? —La preocupación se mezcló con la ira.

—No he estado aquí el tiempo suficiente para saberlo —dijo David—. Pero estoy seguro de que no fue un accidente. Si está haciendo tanto escándalo, no puede estar tan mal.

—Miss Bryant, ¿qué tan grave es la herida? —James se arrodilló junto a ella justo cuando Lady Jesson llegaba a su lado.

—Estaré bien —dijo Miss Bryant al alzar la mirada. Su rostro estaba pálido como una hoja, lejos de su habitual color saludable—. La limonada de Chatham ayuda.

—Dedos rotos, creo yo —dijo Chatham—. O muy magullados.

—¿Sabes de estas cosas?

—Ex boxeador, mi lord.

James volvió su atención a Miss Bryant.

—¿Puedes ponerte de pie? Deberíamos llevarte de regreso al castillo y llamar a un médico. David, ¿puedes pedir que preparen una de las carrozas?

—James, ven a ayudar a Miss Esham... ¡James!

Su madre estaba junto a Miss Esham, fulminándolo con la mirada. Miss Esham se apoyaba en su padre, con una mano en la frente. A diferencia de Miss Bryant, su color parecía perfectamente normal.

—Tiene ayuda de sobra —James le dio la espalda a su madre, ignorando sus protestas.

—Cassandra armará un escándalo si te llevas una de estas carrozas —dijo David—. Usa mi *curricle* para bajarlas hasta el *landau* en el que vinieron; es el vehículo más cómodo, se sacude menos. Enviaré un mozo a caballo para avisarles que lo preparen —y se alejó rápidamente.

—Debemos llevarla de vuelta —repitió James a Miss Bryant, mirando a Lady Jesson en busca de confirmación—. Yo… eh… el *curricle* de mi tío no es un vehículo grande.

—Seguro que nos podemos apretar para un trayecto corto —dijo Lady Jesson.

Chatham rompió un pañuelo en tiras y vendó los dedos heridos de Miss Bryant. Luego él y Chatham la ayudaron a ponerse de pie, sujetándola por los codos. Ella se tambaleó al soltarse, y, con una maldición apenas audible, James la alzó en brazos, llevándola contra su pecho mientras avanzaba hacia el *curricle*, aspirando el tenue aroma a lavanda de su cabello. Un par de mozos estaban enganchando los caballos.

—Puedo caminar, mi lord.

—Disparates. Ya casi llegamos.

La depositó en el suelo, manteniendo un brazo alrededor de sus hombros hasta que se estabilizó, luego la tomó por la cintura para ayudarla a subir al vehículo. Chatham ayudó a Lady Jesson por el otro lado, y James subió también, quedando Miss Bryant bien protegida entre ambos. Era un espacio estrecho, pero Miss Bryant no se caería si se desmayaba.

Evitó los baches que pudo al bajar la ladera, y avanzó despacio por el camino irregular, lo bastante lento para que Chatham pudiera seguirlos a pie. Sentía el cuerpo tenso de Miss Bryant pegado a su costado, pero no pudo evitar todas las sacudidas.

—Lamento los saltos.

—Está bien, mi lord. Las sacudidas no empeoran el dolor —su voz sonaba un poco más firme.

James le echó una mirada, había recuperado algo de color.

—Miss Bryant, no puedo expresar cuánto lamento que la hayan tratado así siendo invitada en mi casa. Hacerla caminar… y ahora esto.

—No es su culpa.

—Pero sí es mi responsabilidad.

—Disparates —intervino Lady Jesson con firmeza—. No habría podido evitar ninguna de las dos cosas. Fue un acto deliberado de Miss Esham. Claro que lo negará.

—Se irán —declaró James, y no se dijo nada más hasta que divisaron el *landau*, enganchado y listo para partir. El mozo que había ido a avisar al cochero y a su ayudante los esperaba, sujetando las riendas de Ventus.

—Jenkins, lleva a Ventus y ve por el médico en Woodley, dile que probablemente se trate de dedos rotos. —Se volvió hacia los otros dos—. Uno de ustedes lleve el *curricle* de vuelta con Lord David.

Chatham ayudó a subir a ambas mujeres al *landau*, y luego se acomodó al lado del otro mozo. James ocupó el asiento trasero, y partieron.

Miss Bryant seguía más pálida de lo normal, con los rasgos tensos. La ira hacia Miss Esham lo consumía, por el cambio que había provocado. ¿Por qué habría hecho algo así?

No importaba mucho, de todos modos. Toda la familia se marcharía en un día.

Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente y desvió la vista, sin ver los bosques ni los setos que pasaban.

***

Alice despertó al sentir aliento sobre su cara. Aliento cálido y maloliente.

—¡Tess, ven aquí! —Esa era la voz de Maria.

Alice abrió los ojos justo cuando Tess dio un último olfateo y se apartó a regañadientes. Estaba en la habitación de Maria, aún vestida, y Maria estaba en la puerta con su doncella y un caballero regordete, que se presentó como el doctor Netherton.

El doctor avanzó hacia la cama dando traspiés, resoplando suavemente. Su nariz dejaba claro que tenía cierta afición por la botella, y Alice le tendió con desgana la mano izquierda para que la examinara. A pesar de su apariencia poco prometedora, su revisión fue minuciosa y se disculpó de antemano por el dolor adicional que pudiera causarle al palpar sus dedos.

—No están rotos, creo, pero sí muy magullados. Reposo en cama y comida ligera por hoy. Se sentirá más cómoda si mantiene la mano elevada. Intente mover los dedos cuando pueda, un poco más cada día.

—¿Puedo levantarme mañana? —En ese momento no quería otra cosa que quedarse allí dormitando, pero por experiencias anteriores, caídas del caballo o de árboles, sabía que probablemente se sentiría mucho mejor por la mañana.

El doctor Netherton la miró por encima de sus lentes.

—Parece una jovencita sensata —dijo—. El reposo ayuda a sanar; el aburrimiento, generalmente, no. Puede levantarse, por supuesto, pero procure no agotarse. Si en algún momento se siente mal, vuelva a la cama.

—Harlford ha hecho preparar una suite —dijo Maria cuando Simpson cerró la puerta tras el doctor—. La que ocuparon Lord y Lady Chilton antes del incidente en la biblioteca. Hay una habitación para cada una, y un vestidor donde Simpson podrá dormir. ¿Te sientes con fuerzas para moverte?

Alice aún se sentía débil y cansada, pero lo bastante bien para eso. Se levantó despacio, sin mareos. Dejaron a Simpson recogiendo las pertenencias de Maria y caminaron por el pasillo, con Tess siguiendo sus pasos. La nueva estancia era mucho más amplia que la que originalmente se le había dado a Lady Jesson; las cortinas eran más gruesas, los doseles de la cama menos descoloridos. En lugar de irse directamente a la cama, Alice se sentó en una silla cerca de la ventana, y Maria llamó para pedir té.

—Lady Harlford estará tan contenta de que tengamos la oportunidad de ocupar mejores habitaciones —dijo Alice, intentando sonar inocente.

—¡Ja! —Maria negó con la cabeza—. Ya van dos de sus candidatas fuera, aunque creo que se equivocó al escoger a Marianne Esham como una de ellas. La chica puede aparentar ser una damita sumisa a la que Cassandra podría manejar a su antojo, pero pronto se habría dado cuenta de su error.

—¿Los Esham se han ido?

—Todavía no, pero se irán por la mañana —dijo Maria con evidente satisfacción—. Te dejo tranquila para que tomes tu té. Simpson traerá tus cosas enseguida y te ayudará a ponerte el camisón. Pídele lo que necesites. Pasaré a ver cómo estás cuando sea hora de cenar. Dejaré a Tess contigo. No creo que Miss Esham vuelva a molestarte, pero más vale asegurarse.

Alice bebió su té y se metió en la cama en cuanto Simpson la ayudó a desvestirse. Cuando la doncella se hubo marchado, Tess se acomodó y comenzó a roncar suavemente.

Qué considerado Lord Harlford, pensó Alice mientras volvía a quedarse dormida. Las había escoltado personalmente de regreso, les había dado mejores habitaciones y expulsado a unos invitados, todo en nombre de una dama de compañía asalariada. No sabía por qué lo había hecho, pero le agradaba mucho que lo hubiera hecho.

¿Cómo sería ser cortejada por él? ¿Tener a alguien que se preocupara por ella todo el tiempo? ¿Que la abrazara cuando se sintiera herida y le hiciera sentir a salvo?

Alguien a quien no había venido a espiar.

***

James observaba a su tío apuntar con cuidado, con el brazo moviéndose con fluidez hacia adelante justo cuando se abrió la puerta tras él.

—¡James!

La bola blanca rebotó en tres bandas, pero en ninguna bola, antes de detenerse. David soltó una maldición.

—Maldita sea, Cassandra, ¿no sabes entrar en una habitación en silencio? —le lanzó una mirada furiosa a su cuñada.

Mamá le devolvió la mirada con igual intensidad, luego se volvió hacia James.

—James, ¿qué es eso que he oído sobre los Esham?

James dejó su taco sobre la mesa y fue a cerrar la puerta.

—Mamá, me alegra que hayas venido a buscarme —Había informado a los Esham de que debían marcharse en cuanto regresaron del picnic, y se marchó mientras Lady Esham aún protestaba la inocencia de su hija. Su madre estaba con otros invitados en ese momento—. Quiero saber por qué abandonaste a Lady Jesson y a Miss Bryant al pie de la colina esta tarde.

Ella lo miró, perpleja.

—¿Lady Jesson? James, yo vine para hablar de...

—Si tu nuevo landó es demasiado ancho para circular por los caminos de la zona, no tiene sentido tenerlo. Le diré a Pritchard que lo venda.

—¿Venderlo? ¿Por culpa de unos mozos que malinterpretaron una orden?

James sintió la rabia crecer al ver que evitaba mirarlo a los ojos.

—No voy a discutir contigo, mamá. Te asegurarás de que no vuelva a haber *malentendidos*. ¿Está claro?

—Pero James, yo soy tu...

—¿Está claro?

Frunció los labios, pero al final bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Lady Esham dijo que les pediste que se fueran. ¿Cómo puedes ser tan grosero con tus invitados?

—Tus invitados, mamá, no míos.

—Es tu casa...

—¿Ah, sí? Me alegra que reconozcas ese hecho —dijo. Ignoró la carcajada de su tío y disfrutó al ver a su madre quedarse sin palabras. La paz no duró lo suficiente.

—¡La pobre muchacha fue empujada a propósito por esa descarada entrometida que trajo Lady Jesson! ¡Merece compasión, no que la destierren! Esa compañera es tan mala como su empleadora.

—Mamá, si Lady Jesson no te agrada, ¿por qué la invitaste?

Para asombro de James, el rostro de su madre se puso rojo y desvió la mirada.

—Eso no viene al caso. Esa compañera...

—Cassandra —interrumpió David—. Miss Esham pisó deliberadamente la mano de Miss Bryant.

—Eso no tiene nada que ver contigo, David —replicó, volviéndose de nuevo hacia James, con los labios apretados—. ¿No me digas que vas a darle más crédito a una don nadie como esa mujer Bryant que a Miss Esham?

—Yo lo vi —dijo David.

Mamá continuó como si David no hubiera dicho nada.

—*Exijo* que te disculpes, James, y les digas que pueden quedarse.

—No, mamá, no lo haré. Como acabas de señalar, esta es mi casa, y yo decido quién es bienvenido. Se marcharán por la mañana, como ya se había dispuesto. Y ahora, si nos disculpas...

—James, esto no ha terminado. ¿*Por qué* le dijiste a los Esham que se vayan?

—David te lo ha dicho. *No* voy a casarme con una mujer capaz de hacer algo así, así que no tiene sentido que ningún miembro de su familia se quede.

—Pero Miss Esham es una chica encantadora, ella no haría...

David dejó su taco sobre la mesa.

—Cassandra, Miss Esham es una arpía astuta. Te ha engañado haciéndote creer que sería la esposa dócil que permitiría que tú siguieras al mando. Está muy lejos de eso. Me bastaron cinco minutos con ella para darme cuenta.

Le tomó el brazo, pero ella se lo sacudió con fuerza.

—David, yo dirijo esta casa, y tú no eres bienvenido...

—*¡Mamá!*

Se quedó inmóvil ante el tono elevado de James, la boca abierta por la sorpresa.

—Mamá, David siempre será bienvenido aquí. Los Esham no. El asunto está cerrado, y queremos terminar nuestra partida en paz —le dio la espalda—. Deberías repetir ese último tiro, tío.

Hubo un momento de silencio tras él, luego escuchó el crujido de las telas y la puerta cerrándose con más fuerza de la necesaria.

—Parecía bastante sorprendida —observó David—. ¿Es la primera vez que la enfrentas?

James suspiró.

—Me temo que sí, pero hasta ahora no había sido necesario. Apenas me prestaba atención... hasta que el hijo de Robert resultó ser hija.

—Pensando en gobernar en nombre de la heredera, supongo.

James habría sido el tutor oficial, pero su madre seguramente asumía que él seguiría encerrado en su laboratorio. Aún debía confrontarla por sus gastos, pero eso podía esperar hasta que los últimos invitados se hubieran ido.

—No quedan muchas mujeres entre las cuales elegir —comentó David, caminando alrededor de la mesa para colocar la bola blanca y repetir el tiro interrumpido.

—Ninguna —dijo James—. Miss Stockhart prefiere a Augustus Chilton, y Gearing cree que su hija es demasiado joven. Pero sigo sin entender por qué Miss Esham sería tan cruel.

—Ahora yo sí lo entiendo —dijo David, inclinándose para alinear el taco—. Tuve una conversación interesante con Lady Jesson. Pero es algo que *tú* mismo deberías poder deducir.

—No tengo ni idea.

David se enderezó.

—James, ¿cómo has conseguido mantenerte soltero tanto tiempo, prestando tan poca atención a lo que ocurre a tu alrededor?

—No sé a qué te refieres —dijo, consciente de que su tono era defensivo—. Observo lo que me rodea…

—Personas, James, personas. ¿Por qué están aquí los Esham? ¿Y las demás jóvenes? Para casarse contigo: eres un premio matrimonial de primera categoría.

—Como un toro de exposición en una feria —murmuró James.

—O una presa siendo cazada… en cuyo caso, convendría estudiar a los depredadores. En este caso, la mocosa de los Esham estaba deshaciéndose de una rival. —David se inclinó sobre la mesa, apuntando con el taco. La bola roja rodó limpiamente hasta una tronera—. Tres puntos.

—¿Rival? Es la acompañante de Lady Jesson.

—Podría ser peor —David movió su marcador en el tablero de puntuación.

—¿Qué…? —James volvió a ver a la pequeña ninfa bailarina, con el cabello suelto y libre. ¿Se deleitaría así también con otros placeres físicos…?

No, debía apartar esa imagen de su mente.

—Er… ¿me toca?

—Acabo de anotar tres puntos, ¿recuerdas?

—Ah, sí —James observó mientras David hacía su siguiente tiro. Su tío no hablaba en serio.

¿O sí?

—Ella no es de una familia con título. Mamá no lo aprobaría, aunque eso no lo detendría, si realmente quisiera casarse con alguien como ella. Alguien con quien pudiera hablar con facilidad, reír, compartir su vida.

—Cassandra no va a aprobar a nadie que no haya escogido ella misma para ti. —David anotó dos puntos y movió su marcador—. De

todos modos, no quiere a nadie de alto rango. ¿No te has dado cuenta de que los padres de las jóvenes que ha invitado son todos simples barones o baronets?

No, no se había dado cuenta.

—¿Por qué?

—Ella es hija de un vizconde. Como marquesa actual, la futura esposa de su hijo tendrá un rango superior al suyo. No querrá que también provenga de una familia más importante. —David chasqueó la lengua cuando su siguiente tiro falló.

Ay… ¿de verdad su madre pensaba así?

—Te toca, James.

—¿Qué? Ah, sí —miró la mesa, intentando concentrarse en la posición de las bolas.

¿*Hablaba* en serio David? No se acostumbraba que alguien de su rango se casara fuera de la aristocracia. Había buenas razones para eso, por supuesto. Bueno… se suponía que debía haberlas, pero no se le ocurría ninguna en ese momento.

No era el momento de pensar en eso, no con David observándolo y la cena por comenzar.

Concéntrate.

Apuntó y miró con satisfacción cómo su bola blanca rebotaba en la roja y caía en la tronera del fondo.

—Tres puntos.

Capítulo 17

James tiró de las riendas en lo alto de la colina y desmontó, dejando que Ventus se alejara para encontrar algún lugar donde pastar. Aquel sitio no era tan pintoresco como la colina del picnic, cubierto solo por matas de tojo espinoso y parches de brezo, pero quedaba lo bastante cerca para llegar durante su cabalgata matutina. El aire aún tenía el frescor del amanecer, y jirones de niebla flotaban en los valles.

No había dormido bien; las palabras de David seguían resonando en su mente. *Podría ser peor.*

Y era cierto, basta ver a las señoritas Esham y Chilton. Luego, su mente convirtió esa afirmación en una pregunta.

¿Podía ser mejor que la señorita Bryant?

Pros y contras habían girado sin cesar en su cabeza. Pensamientos medio dormidos no eran la forma adecuada de tomar una decisión de tal magnitud, así que se había levantado al amanecer y había hecho ensillar a Ventus.

Galopar por los campos cubiertos de rocío le había despejado la cabeza. Caminó con cuidado entre los tojos hasta un afloramiento rocoso que sobresalía entre la vegetación y encontró una piedra plana donde sentarse. Había tantas cosas que considerar…

Una lista. Eso necesitaba. Sacó su cuaderno de un bolsillo y lo abrió por una página en blanco.

Requisitos

Una heredera, eso ni se discutía. Pero quería una esposa a la que deseara serle fiel, y eso significaba una compañera dispuesta en la cama. Alguien a quien quisiera en su cama.

No había pensado en la señorita Bryant de ese modo hasta ayer, pero verla bailar había sido una revelación. El modo en que su cabello giraba a su alrededor, sus tobillos bien formados asomando al moverse su falda, y el placer que parecía encontrar en ello.

Ayer había encajado perfectamente en sus brazos, su cuerpo lo había notado, incluso cuando su mente estaba centrada en su lesión.

Heredera, escribió, y puso una pequeña marca de verificación al lado.

*Inteligente***.** Otro requisito cumplido. Disfrutaría contándole sobre sus investigaciones, y creía que a ella le interesaría escucharlo.

Qué fuera fácil conversar con ella. No era aburrida ni irritante, pero era más que eso. Había disfrutado hablando con ella entre las plantas del invernadero. Nunca le hacía dudar de si había dicho lo correcto, ni parecía esconder dobles intenciones en sus palabras. Y cuando hacían pausas, el silencio no resultaba incómodo. Otro requisito cumplido.

Que disfrute la vida en el campo. Pensó de nuevo en aquella pequeña ninfa bailarina, y en su caminata cuesta arriba. A ella le gustaba estar al aire libre, como a él. Cumplido.

Lucy. No iba a escoger esposa por su hermana, pero sí quería a alguien que se hiciera amiga de ella. La señorita Bryant cumplía con ese requisito. Cumplido.

La señorita Bryant*. Alice.* Probó el sonido de su nombre un par de veces, le gustaba.

Pero debía considerar ambos lados de la cuestión.

En contra

Su diferencia de estatus: ese era el principal obstáculo, el que la mayoría notaría. ¿Qué implicaba en la práctica?

La sociedad, el chisme. No sobre él; no le importaba lo que dijeran. Pero los chismes sobre ella, y cómo la trataría la sociedad.

¿Qué más?

La gestión del hogar. Aunque hubiera ayudado a llevar su casa antes de ser institutriz, Harlford Castle debía ser mucho más grande que la granja de su familia.

Educación.

Modales en sociedad.

Luego tachó las dos últimas, no eran obstáculos para Alice. Y aunque no hubiera sido entrenada para manejar una casa tan grande, era inteligente y aprendería pronto. Más tachones.

No, el problema era lo que harían o dirían los demás. A él no le afectaba, pero ¿y a ella? Prefería el campo, pero no querer participar

en eventos en la ciudad no era lo mismo que no poder hacerlo porque los miembros de la sociedad no la aceptarían.

Entonces le vinieron a la mente las palabras de su madre. *Eres un marqués*, le había dicho, cuando le contó que lo habían rechazado el año anterior.

Habría suficientes personas que no se arriesgarían a disgustarlo ignorando a su esposa. Y en cuanto a los chismes… Lady Jesson era amiga de Alice. Mientras ella aprobara, sería una aliada poderosa.

Varias razones a favor, y ninguna en contra, ninguna que no pudiera superar. La lógica decía que sí, y su corazón también.

Su estómago gruñó, recordándole que no había tomado más que unos sorbos de café antes de salir. Hora de volver a desayunar.

Mientras Ventus trotaba por los caminos embarrados, se imaginó a Alice a su lado, galopando por campos invernales o prados veraniegos. Cómo podrían entrar en calor juntos después de salir en mañanas heladas.

Esperaría hasta que terminara la reunión en la casa. Entonces le pediría que fuera su marquesa.

***

Alice se sentía mejor a la mañana siguiente, tras haber dormido varias horas más de lo habitual. El té y las tostadas en la cama mejoraron aún más su ánimo, y salió al jardín, donde encontró a Maria sentada en un banco del jardín formal. Algunos de los invitados que quedaban paseaban entre los parterres, pero todos estaban a cierta distancia.

Maria alzó la vista con una sonrisa.

—Supongo que te sientes mejor.

—Sí, gracias —se sentó, sujetándose la mano izquierda a la altura del hombro para aliviar la molestia en los dedos hinchados.

—Bien. Ha habido un… acontecimiento. —Maria le entregó un periódico doblado en una de sus páginas interiores. Estaba arrugado en todos los sentidos, como si lo hubieran hecho una bola y luego vuelto a alisar—. Lord Harlford lo estaba leyendo en el desayuno. Maldijo, bastante alto, lo tiró al suelo y se marchó. Salió hecho una furia, sería más exacto.

—¿Malas noticias?

—Supongo que sí. Ese comportamiento no le va en lo más mínimo.

Era un ejemplar del *Morning Herald*, fechado dos días atrás, debía de haber llegado de Londres hacía poco.

—No vi nada relevante —continuó Maria—, pero pensé que tú tal vez sí. Claro que puede no tener nada que ver con nuestro… con el asunto de Marstone.

Alice repasó los artículos, apoyando el periódico torpemente sobre su regazo. La página incluía fragmentos de noticias de sociedad, una lista de personas recientemente ejecutadas en París y varios anuncios de servicios legales.

—¿Viste algo interesante en las noticias de sociedad? —preguntó Alice.

—No, y es poco probable que Harlford se moleste en leerlas de todos modos. Pero como se está comunicando con Francia, ¿podrían tener relevancia estos? —Maria señaló la lista de las últimas víctimas de la guillotina.

Mientras Alice escaneaba la lista, un nombre llamó su atención: Lavoisier. Le sonaba, pero no podía recordar por qué. Cerró los ojos y dejó que su mente divagara, esforzarse demasiado por recordar nunca daba resultado.

—¿Alice? ¿Estás bien?

Abrió los ojos.

—Estoy pensando. He visto ese nombre hace poco. ¿Habrá sido en algo que leí en la biblioteca de aquí? Artículos agrícolas... revistas científicas... experimentos químicos...

Eso era. Lavoisier tenía algo que ver con los libros y artículos que consultaba Lord Harlford.

—Necesito ir a la biblioteca.

—¿Has visto algo? ¿Qué es?

—Es solo una idea —dijo Alice—. Necesito revisar algunos artículos y probablemente mirar esas cartas otra vez.

—Vi que Harlford se alejaba hacia la cantera. Puedes ir ahora. ¿Podría eso exonerarlo?

—Si tengo razón, puede significar que la correspondencia no es nada traicionera. De verdad espero que así sea. Esa sensación de

que no podía ser un traidor se había hecho más fuerte a medida que se conocían.

—Yo también lo espero, querida.

—Puede que no signifique nada —advirtió Alice—. Pero si confirmo mi sospecha, podemos informar a Marstone y él podrá investigar más a fondo.

—Muy bien. Trataré de asegurarme de que no te interrumpan —Maria se puso de pie, se alisó la falda y luego metió la mano en su bolsillo—. Traje tus ganzúas.

En la biblioteca, Alice fue directamente a la sección de estanterías que contenía los libros de texto de química. Pasando el dedo por los lomos, llegó a un ejemplar de *Reflexiones sobre el flogisto*, con el nombre de Lavoisier en el lomo, antes de que un papel que sobresalía de una copia desgastada del *Método de nomenclatura química* llamara su atención.

El papel no era solo un marcador: era una carta del propio Lavoisier, dirigida a Lord James Broxwood y fechada antes de que heredara el título. Parecía un comentario sobre algunos experimentos y claramente era una respuesta a una carta de Lord Harlford.

La noticia de la ejecución de Lavoisier podía explicar la reacción de Lord Harlford durante el desayuno, pero ¿tenía alguna relación con la correspondencia que estaba actualmente encerrada en el cajón del escritorio? ¿Podía estar intentando sobornar a alguien para lograr la liberación de Lavoisier?

No había más remedio, tenía que volver a revisar las cartas. Se sentó en el escritorio, sacó las ganzúas y eligió la que recordaba que le había servido. Sus dedos doloridos dificultaban abrir el cajón inferior, pero lo consiguió y sacó la carpeta. Colocando las cartas por orden de fecha, se apoyó en el codo izquierdo, con la mano lesionada en alto, y comenzó a leer.

Eran tan vagas como recordaba. Todas podían interpretarse como intentos de sobornar a carceleros y funcionarios. Por otro lado, también podían referirse a la obtención de algún tipo de mercancía. Pero Lord Harlford no parecía el tipo de persona que se dedicaría al

contrabando de brandy u otras cosas comúnmente traficadas en secreto. No podía creerlo de él.

Se oyeron voces al fondo de la biblioteca, apagadas por la puerta cerrada. Luego la puerta se abrió y la voz de Lady Harlford se hizo repentinamente más fuerte.

—…los Esham. James, necesitas...

—Basta, mamá. Tengo trabajo que hacer. Podemos hablar de esto en otro momento.

—Pero James, debo...

La voz de Lady Harlford se interrumpió de golpe cuando la puerta se cerró con un clic. Oyó pasos, Lord Harlford debía haber entrado.

Alice miró las cartas desplegadas frente a ella. No tenía tiempo de recogerlas y devolverlas a su lugar antes de que la descubrieran, pero tampoco sentía el menor deseo de intentarlo. Fuera lo que pensara Marstone, su engaño terminaba ahora.

Se puso de pie cuando Lord Harlford se acercó.

—¿Qué demonios está haciendo?

Alice tragó saliva, alzando la vista hacia su rostro. Parecía… no estaba segura de lo que mostraba su expresión. La perplejidad dio paso a la ira, pero también había sorpresa y… ¿dolor?

James sintió un peso helado en el estómago. Alice estaba sentada en su escritorio, con papeles esparcidos delante de ella. Sus cartas a Laurent, estaba lo bastante cerca como para reconocerlas.

Cartas que él guardaba bajo llave en un cajón.

Después de lo que había estado pensando esa mañana, encontrarla allí… ¿robando? ¿espiando? ¿Cómo había podido juzgar tan mal su carácter?

Ese anuncio en el periódico, y ahora esto. Era demasiado.

—Puedo explicarlo, mi lord.

No quería escucharla.

—Salga de aquí ahora mismo —ordenó, con los dientes casi apretados—. Esto no es...

—Por favor, mi lord, necesito que...

—No se moleste, señorita Bryant —hizo un esfuerzo por controlar la voz—. No puedo imaginar una explicación aceptable para que

revise mi correspondencia personal. Enviaré a alguien para que la ayude a empacar.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo bruscamente a unos pasos. Lady Jesson había entrado silenciosamente y ahora se interponía en su camino, sin moverse a medida que se acercaba.

—Creo que debería quedarse y escuchar, mi lord. Es un asunto de seguridad nacional.

—Tonterías, es una intrusión malintencionada. —La señorita Bryant era tan engañosa como la mujer Esham, o los Chilton, aunque lo que esperaba conseguir con esas cartas escapaba a su comprensión. ¿Chantaje?

—Por favor, mi lord, debe permitirme explicarlo antes de que me vaya —dijo la señorita Bryant.

Dio unos pasos hacia ella, sin saber bien con qué propósito.

—¿Debo? ¿Me está dando órdenes en mi propia casa?

Un susurro de faldas a su espalda le indicó que Lady Jesson lo había seguido.

—¿Todo bien, Maria? —David entró en la sala, mirando de uno a otro mientras se acercaba—. Te fuiste muy deprisa.

—¿Podrías convencer a tu sobrino de que escuche lo que tenemos que decir antes de que nos marchemos? —dijo Lady Jesson —. Realmente es por su propio bien.

—¿Marcharse?

—Sí, tío. Marcharse. La señorita Bryant ha estado revisando mi correspondencia personal.

David miró a Lady Jesson, que simplemente asintió.

—Eso parece algo... inusual. Si tú no tienes curiosidad por la razón, yo sí.

¿*Podría* haber una explicación aceptable?

La mirada de la señorita Bryant era firme, y no apartó los ojos. No tenía ese aire de autosuficiencia que había visto en la joven Chilton cuando creyó haberlo atrapado.

—Oh, está bien —dijo él, señalando una silla cerca del escritorio. Lady Jesson se sentó. David acercó dos sillas más.

—Gracias, milord —dijo la señorita Bryant, empujando un periódico por el escritorio y señalando una sección a mitad de la

página—. ¿Este es el artículo que lo enfureció esta mañana?

James lo miró de nuevo, sintiendo cómo la ira y el pesar regresaban.

—Sí, pero ¿qué asunto...?

—Déjalas explicar, James —dijo su tío.

Alice dejó que Maria hablara. Aunque había logrado mantener la calma al hablar, por dentro se sentía rara, temblorosa. Había sido necesario aclararlo todo, pero ojalá hubiese podido hacerse sin espiar a Lord Harlford.

María llegó al punto de la historia en el que fueron invitadas a la reunión en la casa.

—¿Así que vinieron para revisar mi correspondencia personal? —Las palabras de Lord Harlford eran secas, como si hablara conteniendo la ira.

—Esa era una de las actividades que podían estar involucradas, ciertamente.

Lord David se inclinó hacia adelante y tomó un par de las cartas que seguían extendidas sobre el escritorio.

—Ha *estado* en correspondencia con alguien en Francia, James. Supongo que hay una explicación aceptable para eso.

—No soy un traidor, si es eso lo que estás insinuando, tío.

Miró directamente a Alice, como si fuera a ella a quien se dirigiera, y no a Lord David. En su rostro había ese mismo rastro de dolor que ella había visto cuando lo sorprendió con sus cartas privadas.

—Lord Marstone nos pidió que confirmáramos que la correspondencia era inocente —dijo Alice—. No creía que estuviera involucrado en actividades traicioneras, pero tenía que asegurarse.

El ceño fruncido de Lord Harlford se suavizó un poco al escucharla.

Ella señaló el periódico.

—¿Esto explica la correspondencia? ¿Intentaba conseguir la liberación del señor Lavoisier?

—Sí. —Se dejó caer en la silla—. Como ve, fracasé. De hecho, probablemente me tomaron por un completo idiota, gastando dinero en algo que nunca iba a suceder.

Lord David se levantó y puso una mano sobre el hombro de su sobrino, luego fue al mueble de bebidas y volvió con un decantador y vasos. Alice negó con la cabeza cuando él la miró, pero los demás aceptaron una copa de brandy.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lord David, una vez que volvió a sentarse.

—Escribiré a Lord Marstone para informarle de lo que hemos encontrado —dijo Maria—. Chatham se encargará de mandar un mensajero.

—Una conclusión satisfactoria, entonces —dijo Lord David, levantando su copa.

—Me temo que hay más —dijo Maria.

Lord Harlford frunció el ceño.

—¿En qué más has estado metido, James? —preguntó Lord David.

—¡Nada! —se puso de pie de golpe—. No tengo idea de qué están hablando. ¿Ahora me están acusando?

—No, no. Mis disculpas; lo dije mal.

—¿Podemos explicarlo? —dijo Maria con voz tranquila.

Lord Harlford miró a Maria, luego a Alice, y volvió a sentarse, masajeándose la sien con una mano.

—Marstone también tiene información de que los franceses poseen ciertos datos que pocas personas en este país conocen —continuó Maria—. Una de esas personas es usted, milord. Dijo que está relacionado con armamento, pero no dio más detalles.

—Muy prudente —murmuró Lord Harlford.

Maria lo ignoró.

—Sin embargo, tenemos nuestras sospechas. Alice...

Los labios de Lord Harlford se apretaron en una línea recta. Ella no debería sentirse tan desolada: esta situación nunca iba a terminar bien, y no podía esperar nada más que enojo o desprecio ahora que él sabía por qué estaban allí. El punzante dolor en los dedos le recordó lo preocupado que él había estado ayer, pero eso ya parecía algo de otra vida.

Alice vaciló. Su labor era averiguar si Lord Harlford había tenido tratos con los franceses, no revelarle lo que sabía Lord Marstone.

Pero Maria ya había mencionado el segundo asunto.

No… no lo había mencionado por descuido. Maria debía creer, al igual que Alice, que Lord Harlford no tenía conocimiento de la información robada. Inspiró hondo, dándose cuenta de que los demás esperaban a que hablara.

—Suponemos que se refiere a sus experimentos con explosivos.

James la miró boquiabierto.

—¿Qué? ¿Cómo…? —Su voz se apagó, y se frotó la cara con una mano. Estas mujeres entrometidas parecían saberlo todo.

—Sus experimentos no son un secreto, ¿verdad? —dijo Lady Jesson—. Que trabaja con explosivos es algo que saben bien los mozos de cuadra.

—¿Su hombre ha estado interrogando a mi personal? —Como si no bastara con que la señorita Bryant hubiera traicionado su confianza.

—Solo escuchando, según me dice.

—¿Dándoles cerveza? —preguntó David.

Lady Jesson sonrió.

—Creo que lo intentó, pero con poco éxito. Al parecer, no hablan de asuntos de Harlford en la taberna del pueblo, solo entre ellos en las caballerizas.

—Algo es algo, supongo. Yo… esto es demasiado para procesar. Mis invitados… mi personal… —James se pasó una mano por el cabello—. ¿Está diciendo que hay un espía entre mis empleados?

—Esa es una posibilidad —dijo Lady Jesson—. Chatham encontró un lugar desde donde cree que alguien está vigilando la cantera.

—¿Qué le hace pensar eso?

Respondió la señorita Bryant:

—Vegetación aplastada, una lona escondida. Podría ser para observar cualquier prueba que haga al aire libre, o para determinar cuándo usted y su personal se han ido y así colarse en tu laboratorio.

—¿Supongo que no ha visto a nadie allí? —preguntó David. James agradeció la intervención de su tío; con todo este asunto de espías, encima del shock de encontrar a su prometida hurgando en su escritorio, sentía que el cerebro se le había paralizado.

—No —respondió la señorita Bryant—. Pero no ha podido vigilar de forma continua.

James se levantó. Todo esto era demasiado para asimilar de una vez.

—Gracias por informarme de las sospechas en mi contra, Lady Jesson, señorita Bryant. Ahora pueden dejar el asunto en mis manos. Con permiso.

Se dirigió a la puerta con paso firme, sin esperar respuesta ni volver la vista atrás.

Capítulo 18

James salió de la casa a grandes zancadas y cruzó el parque. Pensar era imposible con gente alrededor interrumpiéndolo constantemente. Y había mucho en lo que pensar.

Había llegado a considerar a la señorita Bryant y a lady Jesson como amigas, incluso antes de decidir que le pediría matrimonio a la señorita Bryant.

¿Una amiga me espiaría?

Intentó repasar los hechos que acababan de desarrollarse. Su madre lo había interceptado cuando se dirigía a la biblioteca, llamando a la señorita Bryant una descarada oportunista.

No una oportunista. Deshonesta y engañosa.

Trató de retomar el hilo de sus pensamientos. Su madre lo había estado regañando, con la voz estridente, y él había intentado simplemente alejarse, empujando la puerta de la biblioteca. Luego la interrumpió, cerrándole la puerta en medio de sus quejas.

La señorita Bryant debió de darse cuenta de que estaba a punto de ser descubierta. Sabía de la puerta de servicio en ese extremo de la biblioteca, y no hizo ningún intento de escapar.

¿Qué decía eso de ella?

No lo sabía.

Maldita sea la mujer. Malditas *todas* las mujeres, incluida su madre. Todo lo que quería era que lo dejaran en paz con su investigación.

Lavoisier… qué desperdicio de una mente brillante fue aquella ejecución. Él lo había intentado, pero ¿podría haber hecho más? ¿Habría podido ayudar Marstone? Después de los hechos del año anterior, *sabía* que Marstone tenía vínculos con… bueno, espías era la única palabra. ¿Por qué no pensó en preguntarle si podía sobornar o coaccionar a alguien para que liberaran al hombre?

¿Habría funcionado, sin embargo? *Él* pensaba que una mente tan brillante valía la pena arriesgarse, pero no todos estarían de acuerdo. El resultado más probable de recurrir a Marstone habría

sido que el hombre se negara a poner en peligro su red de contactos por un asunto así. Aun así, debió haberlo intentado.

Y un traidor entre su personal. Un *posible* traidor, se recordó. Podría ser alguien que aún no conocía. No podía dar por hecho que Norton o Sumner fueran culpables.

La señorita Bryant *había* dicho que los habían enviado a limpiar su nombre. Así que Marstone tampoco había asumido que él fuera culpable.

Eso aligeró un poco su pesadumbre, y decidió que era hora de regresar. Había caminado un par de millas mientras sus pensamientos divagaban. Debería consultar sus cuadernos para verificar qué información podría haber sido pasada a los franceses.

Su madre salió del salón justo cuando James regresaba al castillo, con la mente igual de confusa que cuando se había ido. Debía de estar esperándolo. Maldijo en voz baja; debería haber entrado por las dependencias del servicio.

—James, me alegra que por fin hayas entrado en razón respecto a esas mujeres. Aunque es una lástima que los Esham ya se hayan marchado. Te estás quedando bastante escaso de señoritas…

—¿Qué quieres decir con "entrar en razón"? —Consciente de la atención del lacayo de guardia en la puerta, bajó la voz.

—Sobre Maria Jesson y su acompañante, por supuesto.

Otra discusión.

—Ven conmigo, mamá —. No se oía nada desde la sala de billar, así que se dirigió allí y cerró la puerta tras ellos—. Explícate.

Ella alzó las cejas ante su tono brusco.

—¿Quieres decir que no las echaste? Pensé que por fin te habías dado cuenta de lo… lo inadecuadas que son.

—¿Se han ido? ¿Cuándo? —La desazón que sintió aclaró algunos de sus sentimientos confusos. No *quería* que se marcharan. Al menos no aún. No hasta que hubiera resuelto por qué la señorita Bryant se dejó descubrir.

—Tenían sus cosas empacadas hace media hora. No las vi irse, pero para ahora ya deben de haberse marchado.

Media hora… no podían haber llegado muy lejos todavía, y sería demasiado tarde para conseguir un sitio en el correo al llegar a Hereford. Con algo de suerte, estarían alojándose en alguno de los pueblos cercanos.

—¿James? —Su madre debía de haber visto alguna expresión fugaz en su rostro.

—Gracias por avisarme, mamá —. ¿Tendrían siquiera un carruaje? Su madre no había mencionado prestarles uno para llegar hasta la casa de postas más cercana.

—¿Aún no has hecho tu elección? Acordaste que elegirías una esposa entre las jóvenes invitadas a esta reunión.

—No estuve de acuerdo con esta reunión, mamá, como bien sabes —. Ella abrió la boca, pero él siguió hablando—. Y desde luego no accedí a elegir esposa entre las mujeres que tú invitaste.

—Pero necesitas…

—No, mamá. Si me rompiera el cuello mañana, el tío David sería el siguiente marqués. No tiene más de cuarenta— le sobra tiempo para tener herederos.

—Pero, James…

—Basta, mamá. *Tú* no eres la cabeza de la familia; lo soy yo.

Ella frunció los labios, con las aletas de la nariz hinchadas. La había hecho callar por el momento, pero volvería a sacar el tema.

—Mamá, ¿te sentirías satisfecha si eligiera a alguna de las jóvenes presentes en la reunión?

—Claro, eso es lo que siempre he dicho. Aunque ya no quedan muchas. Está…

—Mamá, quiero que quede claro. ¿Aceptarías como mi esposa a cualquiera de las jóvenes invitadas a esta reunión? ¿A *cualquiera*?

—Pues claro, James. ¿No es eso lo que acabo de decir?

—Y si elijo a una y ella me rechaza, el asunto se dará por concluido este año.

—Pero…

—Insisto. Quiero tu palabra.

Ella lo fulminó con la mirada, pero luego su postura se relajó.

—Muy bien. Pero no te rechazará. Tu título, tus tierras…

—Gracias por el cumplido, mamá —. James sabía que el sarcasmo le pasaría completamente por encima—. Tengo trabajo que hacer —. Caminó hacia la puerta y la abrió para ella.

—¿Decidirás pronto, James?

—Sí, mamá —. Decidiría si le propondría matrimonio a la señorita Bryant.

Ahora solo tenía que averiguar adónde se habían ido.

***

Alice y Maria siguieron a Lord David a través de la Casa de la Viuda y salieron al jardín. La tarde estaba cálida, y la viuda se encontraba sentada en una mesa pequeña bajo un toldo en el centro del patrón de bajos setos.

—Entonces, ¿se han invitado ustedes mismas a quedarse? —La viuda levantó una ceja mientras Maria y Alice se sentaban.

La boca de Alice se abrió un momento, y la viuda sonrió.

—¿Por qué habría de seguirlas un carro, si no es para traer su equipaje?

—Las invité yo, mamá —dijo Lord David—. Espero que no te importe.

—¿Y si me importa, me convencerás de cambiar de opinión? —La viuda intentó poner cara seria, pero sus labios se curvaron—. Oh, consigue más sillas, David, luego podrás explicarme por qué era necesaria la invitación.

Maria fue quien habló. Alice se preguntó si debería haber guardado algunos detalles sobre Marstone y lo que él había dicho para sí misma, pero debía confiar en el juicio de Maria de que ni la viuda ni su hijo traicionarían a su país. El rostro de la viuda no ofrecía ninguna pista sobre sus pensamientos.

—¿Y cómo ha sido su carrera como espía hasta ahora, señorita Bryant? —preguntó la viuda.

—Nada en absoluto, mi señora.

—¿Oh?

Alice miró a los demás con incomodidad. Había hablado sobre sus dudas con Maria, pero la viuda y Lord David eran casi unos desconocidos.

—¿Tiene miedo de lo que pasaría si la atraparan? —Los labios de la viuda se apretaron en una línea fina.

Ella había espiado al nieto de la viuda, lo mínimo que podía hacer era ser franca ahora.

—No. No tengo miedo en un sentido físico, ciertamente.

¿Había suavizado un poco la expresión de la viuda?

—¿Por qué, entonces?

—Lord Harlford ha sido un perfecto caballero, y se lo agradecí actuando de manera traicionera.

—*Nosotras* —dijo Maria—. La culpa es más mía, yo involucré a Alice en esto. Ella podría haber sido la que realmente pasó por los papeles de Lord Harlford, pero eso solo fue porque era más hábil en… en abrir cerraduras.

La viuda se giró hacia su hijo.

—David, no habrías hecho la invitación si no pensabas que había alguna justificación.

—James parece haber sido… poco prudente, digamos, en su correspondencia sobre Lavoisier. Una vez que fue interceptada, la investigación de Marstone era de esperar —esperó hasta que la viuda asintió antes de continuar—. Creo que la intención de todos era tratar de encontrar la verdad.

La viuda se volvió hacia Alice.

—¿*Has* demostrado su inocencia?

—No he demostrado su inocencia, exactamente, mi señora, pero ahora hay una explicación plausible para la correspondencia que no implica traición. Y no creo que sea capaz de traición.

—Y a menos que Lord Harlford sea un actor mejor de lo que le doy crédito —añadió Maria—, su reacción al descubrimiento me ha satisfecho y creo que su explicación es la verdad.

—Estoy de acuerdo —dijo David.

—Muy bien. Y tú, Maria Jesson. ¿Cómo conseguiste, *exactamente,* una invitación a esta fiesta?

—Solo sugerí a Cassandra que sería una lástima si Lord Harlford se enterara de lo sucedido antes de que Lord David se fuera a Europa.

—¿Cómo *sabes* lo que ocurrió?

—No lo sé, pero…

Alice había oído esa historia antes, en la carreta camino hacia allí, y se movió incómoda en su silla. Al menos la viuda y Lord David parecían divertidos en lugar de disgustados.

—¿Qué *ocurrió*? —preguntó Maria—. No estás obligada a contarme nada, por supuesto.

Lord David sonrió.

—Cassandra pensó que sus… encantos físicos podrían convencerme para que persuadiera a su esposo de… ¿Sabes?, he olvidado exactamente qué quería. Probablemente algo tan banal como pasar más tiempo en Londres. Me fui para evitar que ella provocara problemas entre Andrew y yo, y me quedé fuera porque encontré que la vida en el Continente me sentaba muy bien.

¿Eso era todo? Alice supuso que ningún hijo querría enterarse de eso sobre su madre. Pero bueno, dos invitadas no deseadas en una fiesta no era un precio muy alto. Realmente una sola, ya que Lady Harlford la consideraba poco más que una sirvienta.

—Señorita Bryant, ¿sería tan amable de ir a pedir que traigan refrescos? —dijo la viuda—. Limonada, creo, ya que hace tanto calor.

Alice se levantó.

—Sí, mi señora.

Al salir, Maria tocó el tema de que alguien podría estar espiando las actividades de investigación de Lord Harlford. Feliz de escapar, Alice caminó sobre la grava y, una vez que le pasó la solicitud de los refrescos al mayordomo, se sentó en una de las sillas en la terraza. Las tres personas abajo estaban manteniendo una animada conversación, pero no podía quitarse de la mente los eventos de la mañana tan fácilmente.

Lord Harlford había sido amable con ella, y amistoso, y ella había traicionado su confianza. A pesar de las razones patrióticas detrás de sus acciones, se sentía avergonzada. Más que avergonzada.

Alice se sacudió. No lo volvería a ver después de esta fiesta, así que debía intentar olvidarlo.

Si podía.

***

Lucy salió del salón cuando James seguía a su madre desde la sala de billar. Podía notar por su rostro que le esperaba otra reprimenda.

—Espera hasta que estemos en la biblioteca, Lucy. —¿Cómo había llegado a una situación en la que su hermanita estaba a punto de reprenderlo?

—¿Por qué, Jamie? —preguntó, en cuanto se cerró la puerta—. ¿Por qué las echaste?

Parecía realmente desconcertada.

—Me *gustaban*. También me gusta la señorita Stockhart, pero no es tan divertida como Alice y Lady Jesson. ¿Qué hicieron?

—Ven y siéntate, Lucy. —Se sentó en su escritorio, y ella tomó una de las sillas cercanas. No habló de inmediato, preguntándose cuánto decirle.

—¿Jamie?

—Lucy, no repetirás lo que te diga a nadie, ¿está claro? Las cartas sobre Lavoisier no tienen que ser un secreto, pero el hecho de que todavía esté siendo investigado no debe salir de aquí. Cualquier charla podría advertir al culpable antes de que pudiera ser atrapado.

Los ojos de Lucy se abrieron sorprendidos.

—Confío en ti, Lucy. No me hagas arrepentirme de haberte contado esto.

—Lo prometo.

James la miró detenidamente: parecía estar tomando sus palabras en serio.

—Muy bien. En mis investigaciones, estuve en correspondencia con un conocido experimentalista francés, Monsieur Lavoisier. Fue arrestado y…

—¿Por hacer experimentos?

—No. Aunque los filósofos naturales no son particularmente populares en Francia en este momento, su crimen, a ojos de ellos, fue ser inversor en una empresa de recaudación de impuestos.

Lucy asintió.

—La señorita Sullivan me enseña sobre lo que está pasando en Francia.

—¿Lo hace?

—Oh, sí. Ella dice que una joven bien educada debería saber lo que está pasando en el mundo, incluso si muchos hombres creen que son los únicos capaces de… —Se tapó la boca con la mano.

James esperó, pero Lucy no dijo nada más.

—El caso es —continuó—, que traté de encontrar una manera de sacar a Lavoisier de prisión. Envié dinero, sobornos, a Francia, pero no salió nada de eso. Algunas de mis cartas fueron interceptadas, y… —Comenzó a desear no haber comenzado esta historia; el nombre de Marstone no debía mencionarse en este contexto.

—Alguien pensó que eras un espía.

—Sí. Bueno, no exactamente. Pensaron que *podría* serlo.

Ese "podría" era importante para él.

—Mandaron a Lady Jesson y a la señorita Bryant para tratar de averiguar qué estaba escribiendo.

Los ojos de Lucy se abrieron de nuevo.

—¿Son espías? ¡Por eso son tan divertidas!

¿Divertidas?

—No creo que sean realmente espías.

Cuando se encontró con la señorita Bryant el año pasado en Kent, no parecía conocer a Marstone, y no había participado en ninguna de las discusiones sobre el traidor dentro de las filas de Marstone.

—¿Entonces por qué las echaste?

—¿No estarías molesta si encontrases a alguien… eh, alguien revisando tu correspondencia privada?

Lucy se encogió de hombros.

—Si la dejas tirada…

—¡Estaba cerrada con llave!

—¡Ellas saben cómo abrir cerraduras! Oh, ojalá no se hubieran ido, me encantaría…

—¡Lucy!

Se encogió de hombros.

—Supongo que no es algo que una joven debería aprender. Pero sería interesante. Ahora solo quedan unas pocas de las que elegir.

Solo la señorita Bryant, posiblemente, pero aún no había decidido qué hacer, y no iba a discutirlo con Lucy.

—No *tengo* que casarme con ninguna de ellas, y ¿me dejarías en paz, por favor?

Ella hizo un puchero, pero luego se levantó y caminó hacia la puerta. Se giró antes de llegar a ella.

—Me gustaron, Jamie. Es una lástima que no puedas casarte con la señorita Bryant.

La puerta se cerró con un clic detrás de ella, y James descansó la cabeza en las manos. Ahora Lucy le decía con quién debería casarse.

Abrió un cajón y contempló sus cuadernos, luego los cerró de nuevo. Su mente estaba demasiado ocupada para concentrarse en el trabajo científico. Leer... podría ver si había algo significativo en las últimas revistas. O, al menos, marcar los artículos interesantes para cuando tuviera la concentración.

La puerta se cerró de nuevo cuando abrió la última copia de las *Philosophical Transactions*. ¿Acaso no tendría paz?

—¡Jamie! —Era Lucy otra vez—. No se han ido. Bellingham dijo que fueron a la Casa de la Viuda. —Miró su rostro, y sus labios se curvaron—. ¡Puedo ver que estás contento!

Se fue antes de que pudiera decir algo.

¿Había sonreído sin darse cuenta? Pero, al darse cuenta, sí estaba contento.

No servía de nada intentar concentrarse en algo que no fuera lo que debería hacer con la señorita Bryant. Necesitaba tiempo para pensar. Solo.

El huerto de la cocina serviría: allí nadie lo buscaría.

Una caja volcada a la sombra de la pared sur servía como asiento. La última vez que había estado allí fue después del encuentro de la señorita Bryant con Julius Chilton. Unos días después de eso, uno de los invitados de su madre había pisado deliberadamente su mano. Ninguna de estas cosas había sido su culpa, pero ambas eran su responsabilidad, de alguna manera. ¿Eso compensaba que ella lo hubiera espiado?

Todavía se sentía triste por el hecho de que lo hubiera hecho, pero su explicación tenía algo de sentido. ¿Qué habría hecho él si le hubieran pedido espiar a un amigo? Y no eran amigos cuando ella… ellas… aceptaron la tarea.

Ella se veía angustiada en la biblioteca, incluso preocupada.

El pensamiento de que tal vez nunca la vería de nuevo le dolía tanto como su traición. Más. Los eventos de hoy no debían cambiar su opinión, aunque dormiría sobre ello antes de tomar una decisión.

Su futuro no era el único problema. También estaba el asunto de la información enviada a Francia. Tal vez pensar en eso le quitaría la mente de la señorita Bryant por un rato.

Capítulo 19

James pidió que le llevaran el desayuno a su habitación a la mañana siguiente. Necesitaba tiempo a solas para repasar sus pensamientos del día anterior; evitar a su madre y a las invitadas que quedaban era un beneficio adicional.

Primero, el problema más fácil: debía hablar con Marstone antes de intentar hacer algo respecto a la información robada. La fiesta en casa y los preparativos lo habían distraído de su trabajo durante las últimas semanas, y ya hacía un par de meses que no lograba avances significativos. Si alguien estaba copiando sus notas, ya tendría detalles de sus resultados más recientes con diferentes mezclas de propelente y envoltorios. Guardar sus cuadernos en un lugar más seguro solo serviría para alertar al espía de que habían descubierto sus actividades. No bastaba con detener la filtración de información; si no descubrían quién era el responsable, el espía podría intentarlo de nuevo.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de un par de lacayos con bandejas cargadas. Un viaje a Londres sería útil por otras razones, pensó James mientras los hombres colocaban los platos y servían una taza de café antes de dejar la cafetera sobre la mesa. Tenía un nuevo par de botas de montar listas para recoger, y quería visitar al fabricante de instrumentos al que patrocinaba para ver el nuevo dispositivo de medición de presión que había desarrollado. Y siempre valía la pena pasar por Tattersalls por si había algún potro o potranca prometedor en oferta.

Los lacayos se retiraron y él se sirvió huevos con mantequilla. No podía marcharse ese mismo día, ya que una salida tan abrupta levantaría preguntas incómodas y sería una grosería hacia sus invitados. Las jóvenes restantes y sus padres no habían hecho nada malo, Lucy apreciaba a la señorita Stockhart, y él sospechaba que podría llegar a caerle bien lord Gearing. Les diría ese día que había recibido un mensaje urgente, y partiría a la mañana siguiente.

Con una cosa decidida a su satisfacción, volvió su atención al asunto que lo tenía más distraído desde el día anterior. Mientras estaba sentado en el huerto, había pensado que debía mantener su inclinación inicial de hacer de Alice Bryant su marquesa. Esa mañana, con la mente aún a la deriva y medio dormido, se había sentido feliz, con ganas de que comenzara el día. Y ese sentimiento se debía a la idea de que Alice sería su esposa. No esperaría hasta que la fiesta terminara, como había planeado al principio, por si se iban antes. Le propondría matrimonio esa misma mañana.

Alice y lady Jesson estaban en el jardín de nudos cuando James se acercó a la casa solariega. Se pasó una mano por el cabello y tiró del borde de su chaqueta para alisarla. El encuentro de ayer en la biblioteca parecía haber ocurrido hacía mucho más tiempo.

Alice señalaba aquí y allá entre los setos recortados, explicándole algo a lady Jesson. Él se detuvo a admirar el entusiasmo evidente en sus gestos, no era una señorita pasiva, su futura esposa.

Ambas se volvieron al oír sus botas crujir sobre el sendero de grava. La expresión de lady Jesson se mantuvo levemente inquisitiva; Alice bajó la mirada.

—Buenos días, lady Jesson, señorita Bryant.

—Mi lord —respondió Alice con un tono apagado, los ojos aún bajos. Eso no era nada propio de ella.

—¿Cómo está su mano, señorita Bryant?

—Mejorando, gracias.

—Me alegra oírlo. Eh… me alegró descubrir que no se habían marchado del todo de Harlford, a pesar de mi reacción algo desmedida en la biblioteca.

Alice alzó la vista, los ojos muy abiertos.

—Oh. Estaba perfectamente justificada—fue una forma pésima de retribuir su hospitalidad.

—¿Caminamos un poco? —James señaló uno de los senderos. Tal vez sería más fácil hablar mientras caminaban.

Ella se colocó a su lado, con lady Jesson del otro. La desventaja de esa disposición, se dio cuenta demasiado tarde, era que el ala del sombrero de Alice ocultaba su rostro de su vista.

—Puedo ver —continuó— que ahora que he tenido tiempo de pensarlo, preguntar a un posible espía si es culpable tal vez no sea el mejor enfoque.

Una risa contenida de lady Jesson hizo que sus labios se curvaran levemente. Pensó que algo de la tensión se había desvanecido de los hombros de Alice.

—Sigue pareciendo incorrecto —dijo ella, tan bajo que él tuvo que inclinarse para oírla bien.

—Bueno, ya está hecho, y espero que pronto quede en el olvido —dijo James. Avanzaron unos pasos más—. También está el asunto de la información que está donde no debería, a la que hizo referencia.

—Sí —dijo lady Jesson—. Solo hemos completado la mitad de nuestra tarea. Lady Harlford, su abuela, quiero decir, tuvo la amabilidad de invitarnos a quedarnos un poco más.

—¿Hay algo más que no me dijeran ayer sobre el asunto?

—Solo que no creo que su asistente Norton esté implicado.

James coincidía, el hombre era hábil con las manos, pero no podía imaginar a Norton tomando y pasando información sin que lo descubrieran.

—No hemos logrado descubrir mucho sobre su otro asistente.

—¿Sumner? —frunció el ceño—. No puedo creerlo de él, pero supongo que debería investigarse la posibilidad. Muy bien. Hablaré con Marstone sobre este asunto, así que no tienen por qué seguir preocupándose. Estoy seguro de que él tendrá ideas sobre cómo proceder.

Ninguna de las dos mujeres respondió. James se sintió incómodo con el silencio, ¿había dicho algo mal?

—Eh… confío en que el alojamiento aquí sea de su agrado —dijo por fin, sin saber qué más decir.

—Sí, por supuesto —dijo lady Jesson.

—Sí, gracias —respondió Alice al mismo tiempo.

Habían llegado al borde de los jardines formales. Desde allí, el sendero continuaba por la orilla del lago hacia la casa principal.

—¿Les gustaría seguir caminando?

—Gracias, pero no —dijo lady Jesson—. Alice, tú ve. El paseo te hará bien.

Alice miró a Maria, sin tener muchas ganas de quedarse a solas con lord Harlford. No después de lo de ayer.

—Ve, Alice, anda —repitió Maria—. Hace un día precioso y solo te vas a angustiar si te quedas todo el día sentada con nosotras, las mujeres mayores.

Alice esbozó una sonrisa al imaginar a Maria poniéndose en la misma categoría que la viuda, pero tenía razón.

—Muy bien. Gracias.

Lord Harlford sonrió, pero su sonrisa parecía algo forzada, no le llegaba a los ojos. ¿De verdad los había perdonado, o tenía algo más que decir al respecto?

Le sostuvo la puerta del jardín y siguieron caminando en silencio alrededor del lago, un silencio incómodo, hasta que él se detuvo. La cortesía exigía que ella también se detuviera y lo mirara de frente.

—Señorita Bryant, le aseguro que comprendo por qué se vio persuadida a… eh… investigarme. Y le pido disculpas por mi lenguaje de ayer.

—No tiene importancia. —Había oído cosas mucho peores de los peones en la granja—. Supongo que nuestras acciones *resolvieron* una duda, pero sigue pareciéndome algo deshonroso. —Desvió la mirada hacia el lago—. Espiar al enemigo es muy distinto a que le pidan espiar a sus compatriotas.

—Pero si yo *hubiese* estado enviando información a Francia, habría sido el enemigo, ¿no cree? No le dé más vueltas. Ya está hecho. Quizá no fue muy sensata la forma en que intenté sacar a Lavoisier de su situación. —Examinó un grupo de juncos al borde del agua, visiblemente incómodo, igual que ella.

—Supongo que los métodos para liberar a un condenado de una prisión extranjera no suelen formar parte de la educación de un caballero.

Él alzó la vista ante ese comentario, y una sonrisa suavizó su rostro. El calor en sus ojos la dejó un poco sin aliento.

—No de la mía, desde luego. —Se irguió y carraspeó—. Usted… eh… por supuesto sabe cuál es el propósito de mi madre al organizar esta reunión en Harlford.

Alice asintió.

—¿Quisiera hacerme el honor de convertirse en mi esposa?

Sus ojos volaron a su rostro. ¿Iba en serio? ¿De verdad podía haberlo dicho en serio?

Le parecía atractivo, era fácil hablar con él, e incluso se había preguntado cómo sería que él la cortejara. Pero no esperaba esto… ni esa emoción creciente que sentía ahora. ¿Hablaba en serio?

Su expresión era tranquila, y al mirarla, alzó una ceja.

La emoción se transformó en confusión. Aunque no tenía experiencia sobre cómo debía verse un amante apasionado al pedir la mano de su dama, estaba segura de que no era con esa media sonrisa segura que él tenía ahora.

Se estaba burlando de ella… tenía que ser eso. Esperaba que cayera en la trampa para luego reírse de su ingenuidad al creer que un marqués podría ofrecer matrimonio a una acompañante pagada.

Una punzada de dolor la atravesó, y dio media vuelta para alejarse bordeando el lago otra vez.

—¡Señorita Bryant! —Su voz sonó muy cerca detrás de ella.

—No hay necesidad de burlarse de mí, mi lord. —Su voz tembló un poco, y respiró hondo para recobrarse—. Ya me disculpé, y poco más puedo hacer para enmendar la situación. Puedo organizar mi partida de Harlford, incluso si Lady Jesson desea quedarse.

—¡Señorita Bryant! —Él le sujetó el brazo, y ella se detuvo a regañadientes para enfrentarlo.

—Señorita Bryant, le aseguro que hice mi propuesta con total seriedad. —Esa sonrisa confiada había desaparecido; su ceño estaba fruncido.

—¿Por qué?

—Yo… bueno… creo que podríamos… es decir, usted sabe mantener una conversación inteligente. Incluso se interesa por la filosofía natural, o no habría reconocido el nombre de Lavoisier como algo significativo. Podría ayudarme en mis investigaciones, si quisiera, como hizo la esposa del pobre Lavoisier.

Parecía sincero.

Alice tragó saliva, de repente sintiendo que todo a su alrededor se volvía irreal, como un sueño. Cuando él la había llevado en brazos después del picnic, se había sentido segura, protegida. Ahora se preguntaba cómo sería ser sostenida por él de otra manera muy distinta.

Se volvió, temerosa de que el calor repentino en su interior se notara en su rostro.

—Señorita Bryant, ¿le he causado algún malestar?

—Eh… no.

¿La amaba? Lo dudaba, aunque debía al menos gustarle. Siempre que había pensado en su futuro, en su futuro como *esposa*, había imaginado un tipo de afecto más cálido que un simple "me agradas". No a alguien que la eligiera porque podía mantener una conversación.

Era todo demasiado repentino. No podía pensar con claridad mientras él estuviera allí, esperando una respuesta. Mucho menos con ese extraño torbellino de emociones que la desestabilizaba.

—Yo… eh, le agradezco su propuesta, mi lord. Yo… Es decir, ¿podría tener algo de tiempo para pensarlo?

Él se tensó, pero su voz fue lo bastante cortés al responder.

—Por supuesto. Naturalmente, debe considerarlo con calma. Yo… ¿Prefiere que la deje para que piense en paz?

—Si no le importa, regresaré a los jardines. —Le sonrió con inseguridad y tomó el camino de vuelta. Al abrir la verja, se volvió y lo vio aún allí, donde lo había dejado. Estaba con las manos entrelazadas a la espalda, examinando otra vez los juncos.

¿Tal vez su respuesta *sí* le importaba?

James se sentía clavado al suelo. Ella no había dicho que sí.

No lo había rechazado abiertamente, se recordó a sí mismo, solo había pedido tiempo para considerar su respuesta. Pero eso no aliviaba la sensación de pérdida. En todas sus deliberaciones sobre si debía o no proponerle matrimonio, nunca se le había ocurrido que ella pudiera decirle que no.

Debió haberlo previsto. Después del cortejo fallido con Miss Deane el año anterior, y de descubrir que Miss Stockhart prefería al joven Augustus Chilton antes que a él, ya debería haber aprendido que las mujeres a las que él consideraba como posibles esposas querían algo más que su título y su fortuna.

Y él quería a Alice, no solo a cualquier mujer atractiva e inteligente que pudiera llevarse bien con Lucy.

La había sorprendido, eso era. Necesitaba tiempo para pensarlo… presionarla por una respuesta rápida solo podría llevarla a rechazarlo de inmediato. El viaje de mañana tendría que aplazarse hasta la tarde.

* * *

Alice se dirigió hacia uno de los bancos en el jardín de nudos. Sus manos temblaban, como si hubiera recibido un shock.

—¿Alice? ¿Por qué estás aquí? ¿Te encuentras bien? —Maria se plantó frente a ella.

Alice se enderezó.

—Estoy bien, gracias.

—Mmm. —Maria se sentó—. Harlford dijo algo que te preocupó. Es injusto que te eche toda la culpa a ti, cuando nosotras también...

—Me pidió que me casara con él.

—Me preguntaba si lo haría. —No había sorpresa en la voz de Maria.

—¿Qué? —Alice saltó de su asiento y se enfrentó a Maria—. ¿Por qué haría eso?

—¿Porque le gustas? —Maria se reclinó ligeramente hacia atrás para mirarla a la cara—. Vamos, querida, puede que no tengas los rizos ni las pestañas al viento de las otras jóvenes aquí, pero eso es probablemente parte del atractivo.

—El atractivo no es suficiente para toda una vida.

—¿No te atrae él?

El rostro de Alice se calentó.

—No he dicho eso. —Se sentó de nuevo; así podría esconder mejor su expresión. Maria era demasiado buena para descubrir lo que realmente pensaban las personas.

—Nunca te faltaría dinero. Tendrías un marido que respetaría tu inteligencia, y...

—Cree que soy lo suficientemente inteligente como para poder ayudarle con sus experimentos. —¿Por qué había esperado algo más, después de todo? Si el interés de las mujeres por la ciencia estuviera generalmente aceptado, no necesitaría usar un nombre falso para su correspondencia agrícola.

—Mmm. Pero sé justa, querida, él no sabe nada sobre tus intereses, ¿verdad?

Alice se relajó un poco.

—Supongo que no.

—Si quieres continuar con tu propia investigación, deberías decírselo. ¿Crees que se opondría?

—No lo sé, tal vez.

—Cualquiera de las otras mujeres a las que él se hubiera ofrecido habría dicho que sí por su dinero y título —señaló Maria.

—¿Crees que debería haber aceptado?

—Deberías pensar cuidadosamente antes de dar una respuesta —respondió Maria—. Dejando de lado la atracción, o la falta de ella, hay otros factores a considerar. Su madre, por ejemplo.

—Ella... ella no me consideraría adecuada, en absoluto.

—No, en efecto, pero las exigencias de Lady Harlford probablemente no tienen mucho que ver con lo que Harlford realmente quiere. —Maria miró al horizonte con una sonrisa en su rostro—. Daría mucho por ser una observadora cuando se lo diga.

—*Si* digo que sí. —Alice no encontró la idea divertida—. Tendré que aguantarla durante los próximos... —Hizo un gesto con la mano —. Décadas. Al menos otro cuarto de siglo.

—Te dejo a solas con esto, Alice. Ven a hablar conmigo si lo deseas, pero piénsalo bien. —Maria le dio una palmada en el hombro y la dejó sola.

¿Podría funcionar un matrimonio tan desigual? ¿Llegaría Lord Harlford a pensar que se había casado con él solo por su dinero? ¿O por su título? ¿Qué haría eso con su relación?

¿La aceptaría la sociedad? A ella le importaba poco, pero sus hijos... se sonrojó al pensarlo y se levantó abruptamente. Tal vez el

ejercicio la ayudaría a pensar con más claridad.

Cuando llegó a la verja cerca del lago, la observó con cautela. Al ver que Lord Harlford se había ido, se dejó salir y caminó por el sendero hacia los establos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Chatham, cuando ella anunció que venía por el perro.

—No, nada. —Su voz salió más cortante de lo que había planeado.

—Es solo que se veía preocupada. ¿Su señoría no ha…?

Ah, el asunto del espionaje.

—Dijo que entiende por qué accedimos a la petición de Lord Marstone —dijo ella—. No dijo nada sobre lo que ocurrirá ahora.

—Entonces, mantendré los ojos abiertos, señorita. Y usted también. Aún hay pruebas de que alguien está observando.

Asintió, luego llamó a Tess y se dirigió al otro lado del parque hacia una sección del bosque que aún no había explorado.

Esto podría ser suyo, de alguna manera, si aceptaba. Había suficiente tierra aquí para que fuera posible un gran jardín experimental, o incluso huertos. Sacudió la cabeza: no debía dejar que eso pesara en su decisión. Ninguna cantidad de tierra para experimentar valía la pena atarse, de por vida, a un hombre que no conocía bien. Le gustaba lo que había visto de él, ciertamente, y más que cualquier otro hombre que había conocido. Pero no había conocido a muchos hombres solteros.

Siguió caminando, con Tess a su lado o alejándose para investigar nuevos olores interesantes, tratando de hacer una lista de los pros y los contras, pero una hora y varios kilómetros después no había llegado a ninguna conclusión.

Capítulo 20

La decisión que debía tomar distrajo a Alice durante el resto del día. Había planeado ponerse al día con su correspondencia, y lo intentó, pero primero no encontraba la carta que había comenzado hacía unos días sobre el aumento de los rendimientos de trigo, y tuvo que empezar de nuevo. Luego, llegó hasta agradecer al hombre por las muestras que había enviado, antes de que su mente volviera a la propuesta de Lord Harlford.

Había soñado muchas veces con tener a alguien que cuidara de ella, alguien con una mente científica que aceptara sus intereses y con quien pudiera discutir sus planes. ¿Podría Lord Harlford ser esa persona? No estaba segura. Él *había* mencionado sus propios intereses científicos, pero solo que ella podría ayudarlo.

Pero si aceptaba su propuesta y no era feliz, o si *él* no lo era, no habría vuelta atrás. La manera en que la había pedido parecía poco diferente de obtener un nuevo puesto, pero uno en el que no podría dar un aviso y marcharse si no le gustaba.

Debía rechazarlo; era la única decisión sensata.

Aunque había llegado a una conclusión, la pregunta aún la mantuvo despierta la mayor parte de la noche, y se levantó a la mañana siguiente mucho antes de la hora del desayuno. Pidió una taza rápida de té y un bollo en la cocina, y caminó hacia los establos.

El cielo estaba gris con una ligera niebla que cubría la vista, pero Tess estaría feliz sin importar el clima. La niebla se aclaró a blanco sobre ella, prometiendo un día agradable una vez que el sol hubiera secado la humedad.

Tess se alegró al verla, y Alice tomó su ruta habitual alrededor de la parte trasera de la casa y a través del parque. La niebla humedeció su cabello, y el rocío en la hierba rápidamente empapó el dobladillo de su vestido, pero no le importó: la falta de visibilidad la hizo sentir como si estuviera caminando en una burbuja privada,

sola en el mundo. Aparte del perro husmeando alrededor y los cascos a lo lejos detrás de ella.

Maldita sea, debía ser Lord Harlford en uno de sus paseos matutinos. Ella había pensado en preparar un buen discurso de rechazo, pero ya era demasiado tarde, a menos que pasara de largo sin notarles.

El ladrido de Tess lo impidió. Los cascos se acercaron, y luego Lord Harlford apareció como una sombra que se alzaba a través de la niebla. Giró hacia ella y desmontó.

—¿Señorita Bryant? —Pequeñas gotas de agua se formaban en su abrigo y sombrero.

—Mi lord. —Hizo una pequeña reverencia.

—¿Puedo acompañarla de regreso a la casa? Podría perderse. —Había preocupación en su voz, más que censura.

Seguir las huellas que sus pies habían dejado en el rocío habría sido una forma infalible de regresar, pero no lo dijo. Se dio la vuelta, y él se puso a su lado, conduciendo su caballo. Se preguntaba si debía abordar el tema de su propuesta, y aclaró su garganta.

—Mi lord, yo...

—¿Señorita Bryant, ha...?

Hubiera sido gracioso en otro momento, pero no ahora. Su estómago se tensó. Aunque había decidido, por razones perfectamente racionales, que debía rechazar su oferta, una parte de ella quería tirar la prudencia al viento y arriesgarse. Pero no debía repensar su respuesta ahora.

—Mis disculpas, señorita Bryant. Quería preguntarle si ha considerado mi propuesta.

—Lo he hecho, mi lord. —Sus manos se apretaron hasta que sus uñas se clavaron en sus palmas—. Me temo que debo rechazarla. No nos conocemos lo suficiente como para dar un paso tan grande.

James caminó en silencio. Ella le había dicho que no.

Le había rechazado.

Él se sintió... ¿Qué sentía? ¿Vacío? A pesar de sus dudas de ayer, nunca había pensado realmente que ella lo rechazaría. Vio un

destello de movimiento cuando su cabeza se giró hacia él, luego se volvió de nuevo.

—Lo siento, señorita Bryant. Creo que habríamos funcionado bien juntos. —Dejó de hablar y se frotó la frente con la mano libre. Si esa era la extensión de su elocuencia, ¿era tan extraño que ella lo hubiera rechazado?

Aclaró su garganta.

—¿Hay algo que pueda hacer para cambiar su opinión?

—Me halaga que lo desee, mi lord. Pero es una decisión que afectará el resto de nuestras vidas. No lo conozco lo suficiente para estar segura de que seríamos felices juntos.

—Ya veo. —Lo había dicho dos veces ya.

¿Había alguien más? No había oído hablar de un pretendiente, y pensó que ella habría dicho algo si alguien más la estuviera cortejando.

—Señorita Bryant, me voy a Londres más tarde hoy, para ver al Conde de Marstone sobre la información que se enviará a Francia. Naturalmente, es bienvenida a quedarse con mi abuela todo el tiempo que desee. De hecho, espero que se *quede*.

Una vez que hubiera visto a Marstone, regresaría y trataría de cortejarla adecuadamente.

Caminaron varios pasos más antes de que ella respondiera.

—Es muy amable de su parte, mi lord. —Su voz sonó decepcionantemente plana, como si no tuviera interés en sus planes. Miró a su alrededor, señalando hacia el borde norte del huerto—. Creo que su camino está allí. Yo me regresaré por el otro lado. Le deseo buen viaje.

Se detuvo e hizo una reverencia. Él hizo una inclinación en respuesta, y ella se alejó con el enorme perro, ambos convirtiéndose en sombras oscuras contra la niebla gris y luego desvaneciéndose.

—Lady Harlford desea verlo en la sala de la mañana —le dijo Bellingham a James cuando regresó a la casa. James reprimió una maldición: lo último que quería en ese momento era otra serie de demandas de su madre, pero al menos ya podría terminar con ello.

—Madre. ¿Qué puedo hacer por ti? —Cerró la puerta detrás de él y se fue a parar junto a la ventana. No iba a estar allí mucho tiempo.

—James, nuestros invitados han estado aquí diez días, y aún no has elegido a tu esposa.

Había cumplido con la insistencia de su madre de que tomara una decisión. Tal vez ahora podría obtener algo de paz durante el resto del año. Se dio vuelta para mirarla.

—Mamá, ¿recuerdas que dijiste que cualquiera de las jóvenes aquí presentes sería aceptable como mi esposa?

—Sí, James, pero…

—¿Y qué prometí que le haría una propuesta a una de ellas?

—Sí, pero…

—¿Y que, tanto si aceptaba como si me rechazaba, ese sería el fin de este asunto hasta el próximo año?

—No digas tonterías, James, no te rechazará. ¿Rechazar un título y…?

—Mamá. —Su voz fue lo bastante firme como para interrumpirla a mitad de frase—. Ayer le pedí a la señorita Bryant que se casara conmigo. Por desgracia, esta mañana me ha dicho que no.

—¿Le pediste… a Bryant? ¿A la *acompañante*? —La voz de su madre sonó apenas un susurro.

—Sí, mamá.

—¿La señorita Bryant?

—Sí, mamá. La señorita Bryant.

—James, *sabes* que me refería a una de las jóvenes a las que invité, ¡no al personal contratado! ¿Quiénes son sus padres? ¿De dónde viene?

—Creo que son propietarios de tierras en Wiltshire. —Eso describía con precisión a su familia, aunque mamá asumiría que se trataba de una finca campestre con ciervos y tierras arrendadas.

—Pero… ¿qué título ostenta su padre?

—Que yo sepa, ninguno.

—¿Que sepas? ¿No preguntaste? ¿Y qué hay de la dote? Si trabaja como acompañante asalariada, no puede aportar nada al matrimonio.

—No lo pregunté, mamá. No considero que ninguna de esas cosas sea importante.

—¿Que no es importante? James, has cancelado varios de mis planes para mantener esta casa en el estilo de moda, ¿por qué…?

Se dirigió hacia la puerta.

—*Yo* no considero importante la dote. Si me disculpas, tengo asuntos que atender. Saldré hacia Londres esta tarde por un asunto urgente.

Su madre se puso en pie, abriendo la boca para hablar, pero James la interrumpió.

—Un asunto *urgente* que no puede retrasarse. Espero estar de vuelta en el plazo de una semana.

—Pero tus invitados…

—*Tus* invitados. Los invitaste sin consultarme. Ayer por la noche te expliqué que debía irme.

—¡No pensé que te referías a tan pronto, James! Prometiste elegir…

—Ya he elegido. Recuerda, mamá, acordaste que no habría más intentos de buscarme esposa una vez que hiciera una oferta.

—Pero yo no…

—Sin peros. Lo acordaste. No discutiré más sobre este asunto.

Ella parecía a punto de seguir discutiendo, pero él no pensaba quedarse a escuchar. Se marchó, dirigiéndose a su biblioteca en lugar del salón de desayunos, pero su madre no lo siguió. Se alegraría de estar lejos de ella unos días.

Ya a salvo en su santuario, se quedó de pie junto a la ventana, como solía hacer cuando necesitaba pensar. ¿Cómo disfrutaría su futura esposa, fuera quien fuera, de vivir en Harlford con mamá bajo el mismo techo?

¿Podría ser esa una de las razones por las cuales la señorita Bryant lo había rechazado? Probablemente no era la única, pero debía haber influido. Cualquier otra posible candidata seguramente sentiría lo mismo.

La Casa de la Viuda estaba descartada: la abuela no aceptaría compartir su hogar con su nuera. Y no podía culparla por ello.

¡Bourton Manor!

Asintió, satisfecho. Mamá había querido esa mansión cerca de Brighton y había insistido en su renovación. Debería aprovecharla.

Claro que protestaría, pero él tenía el control del dinero.

Tomada esa decisión, se sentó en su escritorio. Ahora solo le quedaba ayudar a capturar a un espía y decidir si debía intentar convencer a la señorita Bryant de cambiar de opinión.

Y si era posible.

***

Alice redujo el paso al rodear el extremo del huerto y dirigirse hacia la Casa de la Viuda. La niebla comenzaba a disiparse, pero de todas formas aquí estaría fuera de la vista de lord Harlford. Mientras caminaba, el cielo se volvió azul y el sol le calentó el rostro. Por muy tentador que fuera quedarse afuera, en algún momento tendría que contarle a Maria lo que había hecho. Quizá ella pudiera convencerla de que había tomado la decisión correcta.

Maria estaba en el salón de desayunos, con una taza de té en una mano y varias rebanadas de pan con mantequilla en el plato frente a ella. Levantó la vista al ver a Alice entrar.

—¿Ocurre algo, querida?

—No, estoy bien, gracias. —Alice se sentó a su lado.

—Hmm. ¿Te encontraste con Harlford en su paseo matutino?

Alice asintió.

—¿Lo rechazaste?

—Sí. —¿Qué más podía decir?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la anciana, desde su asiento al otro extremo de la mesa.

Maria hizo un gesto a un lacayo para que sirviera otra taza de té, y luego lo despidió.

—Alice acaba de rechazar una propuesta de matrimonio. —Se volvió hacia ella—. No tiene sentido intentar mantenerlo en secreto. Harlford se lo contará a Cassandra para intentar que deje de fastidiarlo, y luego toda la casa se enterará.

—Ah, sí —dijo la anciana—. Cassandra nunca fue precisamente discreta. Una lástima, sin embargo.

Alice estuvo a punto de abrir la boca de la sorpresa. Había esperado que la anciana comentara su falta de idoneidad y se

alegrara de que hubiera rechazado un matrimonio desigual.

—No hay nadie más, ¿verdad, señorita Bryant?

Alice suspiró. Quizá debería haberse quedado afuera un rato más, hasta asegurarse de encontrar a Maria sola. Pero era una invitada en la casa de la anciana, y sería descortés no responder.

—No, mi señora.

La anciana le sonrió.

—Será mejor que nos cuentes los detalles, querida. Maria te los sacará tarde o temprano.

Era cierto, pero Maria no le contaría *todos* los detalles a la dama viuda. Los hechos básicos serían suficientes.

—Buscamos lo mejor para ti —continuó la dama viuda—. También debo considerar el futuro de mi nieto.

—¿Pero su rango, mi lady? Mi familia son agricultores.

—¿Propietarios de tierras, no dijiste eso? Es una gran disparidad, sin duda, pero no insuperable. Tienes los modales y la soltura necesarios para relacionarte con los invitados de aquí, y aportarías inteligencia e integridad a la familia.

—Debe de haber muchas jóvenes en la alta sociedad que reúnan esas cualidades —señaló Alice.

La dama viuda negó con la cabeza.

—Me interesa más la felicidad de mi nieto que el estatus o la riqueza. —Echó la cabeza hacia atrás y examinó a Alice—. ¿Te preocupa no ser aceptada en sociedad? No deberías. La mayoría de la gente lo pensará dos veces antes de despreciar a una marquesa, especialmente si hago saber que cuento con *mi* aprobación.

—Pero aun así, yo…

—Señorita Bryant, empiezo a pensar que no desea casarse con mi nieto.

No estaba segura de lo que quería, pero la parte lógica de su mente le decía que debía ser cauta.

—Por lo que he visto de ti, y por lo que Maria y David me han contado, creo que se llevarían muy bien.

—Eso mismo me dijo él, mi lady.

—¿Eso fue *todo* lo que dijo? —preguntó Maria.

—Bueno, me pidió que me casara con él, y dijo que sé mantener una conversación inteligente y que podría ayudarlo con sus experimentos.

—¡Santo cielo, el muchacho es un necio! —exclamó la dama viuda.

A pesar de su confusión interna, Alice estuvo a punto de reír al ver la expresión de disgusto de la dama viuda.

—Eso fue ayer —explicó Alice—. Le pedí algo de tiempo para pensarlo, pero esta mañana me lo encontré mientras paseaba.

—¿Y lo rechazaste? —la animó Maria.

—Le dije que no nos conocíamos lo suficiente. Es decir, no *siento* que conozca bien a lord Harlford como para tomar una decisión tan importante.

—Qué lástima —murmuró la dama viuda, tamborileando un dedo en el brazo de su sillón—. ¿Y qué dijo Harlford?

—Me preguntó si podría convencerme de cambiar de opinión.

—Bien, bien.

—Hoy mismo viaja a Londres —añadió Alice, echando una mirada a Maria—. También dijo que podíamos quedarnos aquí todo el tiempo que quisiéramos, pero no creo que pueda… no sería correcto quedarme cuando...

—¡Tonterías, por supuesto que debes quedarte! —exclamó la dama viuda—. Son mis invitadas, no de mi nieto. Disfrutaré de su compañía, especialmente ahora que David se ha marchado unos días por asuntos de negocios. Lucy también agradecerá que se queden.

Alice no quería volver a encontrarse con el marqués. Sería muy incómodo. Aunque él estaría ausente varios días, seguir aceptando su hospitalidad no le parecía correcto.

—Creo que debemos marcharnos —dijo Maria, para alivio de Alice—. Tenía intención de escribir a Marstone con nuestros hallazgos, pero podremos hacer un mejor informe en persona. Dejaremos a Chatham para que continúe las investigaciones, con Tess acompañándolo. De hecho, creo que deberíamos partir esta misma tarde. Mi lady, ¿podríamos abusar de su amabilidad y pedirle que nos consiga un carruaje hasta Hereford? Allí podríamos tomar el correo o una diligencia.

—Tonterías. Hay un carruaje perfectamente bueno en el establo... llévense ese a Londres.

—¿No necesitará lord Harlford el carruaje para su viaje? —preguntó Maria. Tomar su carruaje, encima de rechazarlo —sin mencionar que lo estaban espiando—, le parecía demasiado.

—Probablemente conducirá su faetón —dijo la dama viuda—. Y si no, hay otro carruaje de sobra. —Miró de Maria a Alice y de regreso —. Pero insisto en una condición: quiero que acepten mi invitación para volver aquí una vez que hayan entregado su informe.

—Con mucho gusto —dijo Maria, antes de que Alice pudiera abrir la boca.

A punto de protestar, Alice se contuvo al ver el leve movimiento de cabeza de Maria. Habría tiempo suficiente para discutirlo durante el viaje.

—Si me disculpan, mi lady, Maria, iré a hacer mi equipaje.

Capítulo 21

James dejó la pluma sobre la mesa cuando su madre entró en la biblioteca y dirigió una mirada a la puerta del pasillo de servicio. Vio un destello de blanco mientras alguien cruzaba de puntillas la habitación y se escondía en uno de los recovecos.

¿Lucy? No importaba. De todos modos, se enteraría de todo tarde o temprano, así que bien podía escuchar ahora.

—James, esas… esas mujeres están alojadas en la Casa de la Viuda. ¿Sabe tu abuela el tipo de personas que se está aprovechando de ella?

—¿Perdón?

Ella le tendió un papel, una carta.

—Esta es la letra de… esta es la señorita Bryant —reconoció—. La identifico por los papeles que me ayudó a escribir para las adivinanzas. A tu abuela no le agradaría saber que su invitada soltera se corresponde con hombres. ¿Ves ahora por qué debes confiar en mi juicio? Eres afortunado de que haya sido lo bastante estúpida para rechazarte.

James tomó el papel y le echó un vistazo. Estaba fechado varios días atrás.

—«Querido señor Cromhall» —leyó en voz alta—. «Gracias por los artículos que envió. No he tenido tiempo de examinarlos en detalle, pero espero poder…» —La escritura terminaba ahí.

—¿Y bien, James?

—¿De dónde has sacado esto?

—La dejaron en la habitación que ocupaba esa… la señorita Bryant.

¿Usurpadora descarada? La expresión preocupada de mamá era pura actuación, y ni siquiera una muy buena. Tal vez sospechaba que pensaba pedirle matrimonio a Alice otra vez.

Pero sus protestas no tenían sentido. ¿Acaso su obsesión con su matrimonio le había afectado el juicio?

—Mamá, esta carta podría haber sido dirigida a un pariente, a un agente de negocios o incluso a un comerciante al que encargaron algún pedido. ¿Por qué asumir de inmediato la peor interpretación posible?

—¿Qué necesidad tendría una dama de compañía de tratar con un agente de negocios? Debes ver que no es...

—¡Mamá! —James esperó a asegurarse de que no lo interrumpiría de nuevo—. Agradezco tu preocupación por la abuela, pero ella es perfectamente capaz de juzgar a sus propios invitadas.

—James, tú...

—Basta, mamá. Pero ya que hablamos de mi matrimonio, hay algo que quiero discutir contigo.

—Estoy haciendo todo lo posible por encontrarte...

—Siéntate, mamá —dijo con suficiente firmeza para que ella obedeciera y tomara la silla que él le indicó—. ¿Te das cuenta de que quienquiera que me case se convertirá en la nueva marquesa y en la persona que estará a cargo del Castillo?

—Sí, por supuesto, pero necesitará mi guía y...

—No, mamá. Ya has intentado desviar fondos de la finca para tus propios propósitos y...

—¡Era para mejorar Harlford!

—No importa la razón, no tenías derecho a presionar a Terring para gastar dinero en un proyecto que él, y tú, sabían que yo no aprobaría.

—Pero James, yo...

James ignoró su interrupción.

—Papá compró Bourton Manor a tu insistencia, y también gastó una gran suma de dinero en reformas, también a tu insistencia. Es hora de que aproveches esa inversión. De hecho, tengo entendido que Brighton es particularmente popular en los meses de verano, así que deberías empezar a planear tu traslado allí.

Ella abrió la boca, atónita, y luego frunció el ceño.

—Deberías atender el bienestar de tus invitados —añadió James, poniéndose de pie y rodeando el escritorio para tomarla del brazo—. No discutiré más este asunto.

Ella protestó al levantarse:

—James, yo...

Ya había tenido suficientes discusiones.

—Si insistes en esto, suspenderé tu asignación y les informaré a los comerciantes que no respaldaré tus cuentas —dijo, acompañándola hacia la puerta.

—¡Tú… tú no puedes hacer eso!

—Sí puedo —respondió, abriéndole la puerta—. Y esta vez, Terring no te ayudará tampoco. ¿Tus invitados, mamá?

Se quedó junto a la puerta, ignorando sus protestas, hasta que ella se dio la vuelta con brusquedad y salió del salón. Cerrándola tras ella, regresó a su escritorio.

Lucy ya había arrastrado una silla hasta allí.

Se había olvidado de que estaba en la biblioteca, y debía de haber oído cada palabra. ¿Debería mudarse a Brighton con mamá? No había pensado en el efecto que esto tendría en ella, y debió hacerlo.

—Lucy. Lamento no haberte advertido de lo que planeaba —dijo, sentándose.

—¿Tengo que irme con ella? —preguntó ella, frunciendo el ceño, dejando claro que no le entusiasmaba la idea.

—¿No quieres?

—¡No, en absoluto! Mamá… apenas la veo. Solo me llama cuando quiere saber si he mejorado en bordado o en música. Y no me deja visitar a las otras familias de la zona. Podría hacer amigas de mi edad si ella no estuviera aquí.

La culpa lo golpeó: debió haberse ocupado más de ella en lugar de confiar en mamá.

—Lamento no haberme dado cuenta. Por supuesto que no tendrás que irte si no quieres.

—¡Oh, qué bien! Y Arabella también estará más contenta sin mamá en el Castillo —añadió Lucy, pensativa—. ¿No vas a enviarla a ella también, verdad?

—No, claro que no. Esta es su casa.

El rostro de Lucy se iluminó.

—Me alegro. Me cae bien, Jamie, y me gusta jugar con la pequeña Mary —se inclinó un poco hacia él—. ¿De verdad le pediste

matrimonio a Alice?

—Sí —admitió—. Pensé que ya lo sabías. ¿También has venido a decirme qué debería hacer?

—Supongo que sí.

Estuvo a punto de reírse: confiaba en Lucy para ser así de sincera.

—No seas tan gruñón, Jamie.

Su expresión mostraba una mezcla entrañable de simpatía y diversión, y James no pudo ofenderse.

—Tú también estarías gruñón si la persona a la que quieres pedir matrimonio te rechazara.

Lucy asintió.

—No me sorprende.

—Gracias por tus amables palabras —dijo él, dolido, esperando que no hablara en serio.

—Oh, no es por ti. Bueno, no del todo. Probablemente mamá la desanimó un poco. Es una lástima —añadió—. Me cae bien.

—Sí, ya lo dijiste ayer. No voy a escoger una esposa solo porque te caiga bien.

—¿Sabías que también es una filósofa natural?

—Sé que muestra cierto interés.

—Creo que es más que leer un par de libros —dijo Lucy, ladeando la cabeza—. ¿La idea de tener una esposa inteligente te incomoda, Jamie?

—Claro que no —respondió él, y esa era una de las razones por las que se sentía atraído por Alice: ella podía interesarse de forma inteligente en su trabajo—. Pero ¿por qué lo dices?

Ella saltó de su silla y fue hacia las estanterías en la bahía del fondo.

—La señorita Sullivan me mostró el libro de dibujos de Hooke —dijo—. A veces vengo aquí a ver los dibujos de pulgas y moscas. Alice también estuvo leyendo aquí. Ven, Jamie —tiró de unos volúmenes encuadernados—. ¿Lees estos?

Él miró los lomos. Agricultura.

—No.

Algunas hojas de papel asomaban en varios lugares, marcando el inicio de distintos artículos. En algunas había breves notas crípticas escritas con la misma letra que la del papel que su madre había blandido. Rendimientos de cosechas, métodos agrícolas, gestión de huertos...

—¿Ves? —dijo Lucy—. He visto a Alice estudiar esto.

Eso no significaba necesariamente que fuera una entusiasta como él, pero tomar notas indicaba algo más que un interés pasajero.

—Todo esto está muy bien, Lucy, pero ¿cómo se supone que ayuda?

—¿Vas a intentar que cambie de opinión?

—Sí —la palabra salió de sus labios sin pensar, y se sintió bien. Lo intentaría, si lograba encontrar la manera.

—Bien. Si sabes qué cosas le interesan, tendrás más temas de conversación.

Ese era el problema, por supuesto.

—Dijo que no nos conocíamos lo suficiente.

—¿Qué hiciste para que le gustaras?

Podía haber sido una pregunta inocente, pero tratándose de Lucy, probablemente ya sabía la respuesta: no mucho.

Desde luego, no lo suficiente.

***

—¿Se han ido, abuela? ¿Estás segura? —Era como aquella mañana en la que había encontrado a Alice revolviendo su escritorio, salvo que esta vez no los encontraría a menos de un kilómetro.

—Claro que estoy segura. Yo misma las vi marcharse.

James respiró hondo.

—¿Por qué? Les dije que podían quedarse todo el tiempo que quisieran.

—¿Después de que la señorita Bryant te rechazara? Debes entender lo incómodo que sería para ella.

—Yo... sí, supongo que sí.

—¿Por qué le propusiste matrimonio a una don nadie, James? No tiene la preparación necesaria para llevar una casa del tamaño del Castillo.

No esperaba un ataque desde ese frente. Aunque, al menos, la abuela había preguntado en lugar de regañarlo como había hecho su madre.

—Aprenderá pronto. Tiene modales amables, conversación inteligente... —*No* iba a hablar de cuánto la deseaba en su cama.

—Muchas jovencitas tienen esas cualidades.

—No las que mamá invitó.

—¿Es esa la única razón, James? ¿Qué es lo mejor que había disponible? ¿Que "servirá"?

—No. —No encontraba las palabras para describir lo que sentía, y tampoco estaba seguro de querer exponerse al escrutinio de su abuela.

Ella lo observó, pensativa.

—¿La amas?

¿Qué era el amor?

—No lo sé. Tal vez.

—Entonces deberías conocerla mejor antes de decidir si renovarás tu propuesta.

Ella esperaba una respuesta, así que él asintió.

—En ese caso, que se hayan marchado a Londres es algo positivo. Podrás verla allí sin que Cassandra interfiera.

—¿Por qué *apruebas* a la señorita Bryant, abuela?

—No estoy segura de aprobar que te cases con ella. No todavía, al menos, pero eso tiene más que ver contigo que con ella.

—¿Conmigo?

—Querido, desde mucho antes de que Robert muriera, has estado tan centrado en tus experimentos y en tus caballos que temí que nunca te interesarías en otra cosa. Si descubres que realmente te importa, y el sentimiento es mutuo, creo que ella te hará feliz. Y aunque al final no te acepte, al menos algo bueno habrá salido de todo esto. Te ha hecho prestar más atención a las personas que te rodean.

No estaba tan seguro, pero no iba a discutir con ella.

—Le ofrecí a Maria el coche de viaje, James. Tendrás que pedir que preparen otro vehículo.

La elección del carruaje era lo que menos le preocupaba, pensó mientras regresaba al Castillo. Si había posibilidad de ver a Alice en Londres, debía llevar a su ayuda de cámara y una selección decente de ropa. Tendría que posponer su viaje hasta la mañana.

No importaba. Primero debía pensar qué haría en Londres. Visitar a Lady Jesson para sentarse a tomar té y mantener una conversación forzada no le serviría de mucho. Era una pena que David se hubiera marchado por negocios; podría haberle dado algún consejo útil.

De vuelta en la biblioteca, James fue a las estanterías donde estaban los diarios agrícolas y sacó todos los que tenían marcadores. Averiguar qué había estado leyendo Alice era un buen lugar para empezar.

Los artículos e informes trataban sobre investigaciones acerca de las mejores condiciones de cultivo para distintos tipos de plantas, y sobre intentos de criar nuevas variedades de frutas, verduras e incluso animales de granja. Todo era mucho más desordenado que los experimentos químicos: había tantos factores que controlar para llegar a una conclusión válida. Tenía que admirar a cualquiera capaz de lidiar con esa complejidad.

¿En qué más estaba interesada? Había pasado mucho tiempo hablando con el jardinero ayudante. ¿De qué habrían hablado? Más tarde iría a los huertos a preguntarle.

Pero conocer a alguien implicaba más que compartir intereses. ¿Seguía preocupada por su reacción al descubrir que ella había estado espiando? Él la había perdonado, y creía que ella había aceptado que todo eso quedaba atrás. Sería fácil tranquilizarla respecto a ese asunto. Sin embargo, algunas conversaciones que habían tenido sobre el espionaje seguían rondándole en la mente. Hubo un par de ocasiones en que el silencio que siguió había sido incómodo, como cuando les dijo a ella y a Lady Jesson que ya no era necesario seguir con la investigación.

Se frotó la frente; una de las cosas que más lo atraían de Alice era su inteligencia, y él había sido despectivo. Tanto con ella como con Lady Jesson. Bueno, no podía cambiar el pasado, pero haría el esfuerzo de no repetir ese error.

Miró su cuaderno, que yacía a un lado de su escritorio, y lo abrió en la página donde había hecho su lista de razones para no proponer matrimonio. Ya las había descartado, pero ella podría seguir preocupada por algunas de ellas.

La sociedad y la diferencia de estatus entre ambos probablemente serían los principales obstáculos. ¿Quién habría pensado que un título podría ser un impedimento para cortejar a alguien?

Aunque, dejando de lado el hecho de que implicaba la muerte de su hermano, no le había entusiasmado convertirse en marqués. Venía acompañado de responsabilidades y obligaciones, aunque también tenía algunas ventajas…

Buscó entre los estantes hasta encontrar un London Gazetteer y lo consultó. Luego escribió una carta dirigida a Sir Joseph Banks, lista para ser enviada en cuanto llegara a Londres. No conocía bien al hombre, ya que sus intereses dentro de la filosofía natural eran diferentes, pero lo que pedía no era un favor grande.

Sería un buen comienzo, si su plan tenía éxito. Debería aún hablar con Griffiths y esperar encontrar más inspiración.

El jardinero ayudante estaba en el invernadero, haciendo algo con unas plantas en macetas.

—¿Mi lord? —Griffiths dejó las tijeras de podar—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Yo… —Resultaba demasiado directo preguntarle en qué había estado interesada Alice, pero probablemente la mayoría del personal ya sabía que deseaba casarse con ella—. ¿De qué hablaba la señorita Bryant contigo cuando estuvo aquí hace unos días?

—Bueno, de muchas cosas. Habló del jardín de su casa, y discutimos las diferencias entre cultivar para un solo hogar y hacerlo para una propiedad grande como esta. También se interesó por mis ensayos de cría.

—¿Cría?

—Estoy intentando producir coles con hojas más dulces y papas tardías menos susceptibles al tizón. Le aseguro, mi lord, que no descuido mis demás obligaciones.

—No estoy cuestionándote, Griffiths. Continúa.

—Bueno, mi lord, además de mejorar lo que el huerto puede proporcionar a las cocinas, podría haber oportunidades comerciales si logramos desarrollar nuevas variedades.

—¿La señorita Bryant se interesó en eso?

—Sí, mi lord, y además muy conocedora del tema; fue un placer hablar con ella. Ella… yo…

—¿Qué pasa, Griffiths?

—Me pidió que escribiera algunas informaciones, pero no ha vuelto a buscarlas.

—La señorita Bryant y Lady Jesson tuvieron que irse repentinamente. Sin embargo, si envías esas notas a la casa en algún momento del día, me aseguraré de que le lleguen.

—Gracias, mi lord.

James miró a su alrededor. A Alice le interesaba este lugar, así que debía aprender más sobre él.

—¿Por qué hay flores creciendo entre las hortalizas en este bancal?

—Las caléndulas ayudan a mantener alejadas a las moscas de la zanahoria, mi lord. Aumenta considerablemente el rendimiento…

James intentó concentrarse en lo que Griffiths decía, pero todo en lo que podía pensar era en cuánto deseaba que fuera Alice quien estuviera allí, explicándole los detalles del cultivo de hortalizas.

Capítulo 22

James llamó a la puerta de Marstone House y se volvió para observar los jardines de Grosvenor Square mientras esperaba. Quería quitarse de encima aquella reunión para poder concentrarse en cortejar a Alice.

—Vengo a ver a Lord Marstone —le dijo al mayordomo, entregándole su tarjeta—. No tengo cita, ya que llegué a Londres anoche, pero estoy seguro de que Lord Marstone deseará recibirme.

El mayordomo hizo una reverencia, con una leve sonrisa en el rostro.

—Lord Marstone lo está esperando, mi lord. ¿Quiere seguirme?

¿Esperándolo? James se frotó la frente mientras seguía al mayordomo a través del vestíbulo.

Se detuvo en la puerta de la biblioteca, con la atención clavada en Alice, sentada en un sofá al otro lado de la habitación. Ella le sostuvo la mirada por un instante antes de bajarla hacia la taza de té que sostenía. No debería sorprenderse: sabía que ellas estarían en Londres y que, naturalmente, reportarían a Marstone.

Hizo una reverencia de saludo, sin saber bien qué decir. La última vez que había visto a Alice, ella lo había despedido y había desaparecido en la niebla matinal, pero desde entonces él había pasado mucho tiempo pensando en ella: en tenerla en su vida, en su cama, y en cómo podría lograr que cambiara de opinión.

—Espero que hayas tenido un buen viaje, Harlford —dijo Marstone, acercándose a él. James ni siquiera había notado su presencia—. ¿Un brandy?

James asintió en señal de aceptación y Marstone le tendió un vaso.

—Lady Jesson me ha explicado lo sucedido en el castillo de Harlford —continuó Marstone—. Incluida la explicación de tu correspondencia sobre Lavoisier.

—Ya es demasiado tarde —dijo James, sintiendo de nuevo el peso de su fracaso—, pero ¿me habría ayudado si te lo hubiera

pedido?

—No. No habría arriesgado a mis contactos en Francia por un solo hombre, por muy buen filósofo natural que fuera.

Eso hizo que James se sintiera un poco mejor.

—Todavía queda el asunto del robo de información.

—Lady Jesson me ha convencido de que no tienes la culpa de eso. Sin embargo, no han podido investigar del todo a tus asistentes de laboratorio. También existe la posibilidad de que uno o varios miembros de tu personal doméstico estén implicados. ¿Podrías explicarme cómo y dónde registras la información relevante?

—Sería más fácil si supiera qué información se ha filtrado —dijo James. Al hablar, Lady Jesson y Alice se enderezaron un poco en sus asientos.

—No conozco muchos detalles —respondió Marstone—. Solo he oído informes de experimentos que han tenido problemas similares a los tuyos.

—¿Cómo lo sabe…? —James volvió a frotarse la frente—. Supongo que ha hablado con la gente de Woolwich.

—Sí, en cuanto sospeché que podría haber un problema.

—¿Está seguro de que la información no se está filtrando desde allí? —preguntó Lady Jesson.

Marstone negó con la cabeza.

—No, no estoy seguro. Pero dado que Chatham y la señorita Bryant encontraron indicios de que alguien ha estado observando la cantera donde Harlford realiza sus pruebas, de momento parece la fuente más probable.

—Mis conversaciones en Woolwich tratan principalmente sobre los resultados —añadió James—, no sobre los detalles de los cambios en el diseño de los cohetes ni en el propelente. Si están replicando mi trabajo, parece que la información debe salir de Harlford.

—¿Cohetes? —preguntó Alice.

—Estoy seguro de que Harlford te lo explicará en otra ocasión si te interesa —dijo Marstone—. La naturaleza exacta de la información no es especialmente relevante para nuestra investigación.

—Será un placer —dijo James, y vio con satisfacción cómo un leve rubor coloreaba las mejillas de Alice.

—Harlford —prosiguió Marstone—, ¿podrías describir cómo registras tus experimentos?

—Llevo un cuaderno de notas diario en el laboratorio, donde anoto los detalles de los experimentos realizados y sus resultados.

—El laboratorio está cerrado con llave, ¿verdad? —preguntó Marstone.

—Sí. Allí se guardan sustancias peligrosas. Solo mis dos asistentes y yo tenemos llaves.

—Alguien podría haber robado o copiado una de esas llaves —sugirió Alice—. O forzado la cerradura.

—También transcribo mis notas de forma más formal —continuó James—. Esos cuadernos los guardo en la biblioteca, bajo llave, en mi escritorio.

—Una situación que, supongo, corregirás —comentó Marstone.

James lo ignoró, concentrado en la forma en que Alice mantenía la mirada fija en el suelo.

—Señorita Bryant, lo decía en serio cuando dije que deberíamos dejar eso atrás.

Ella levantó la vista hacia él, y James se alegró de ver una ligera sonrisa curvando sus labios.

—Gracias, mi lord.

—Su ayuda de cámara podría haber copiado las llaves de su taller y de su escritorio con facilidad —dijo Lady Jesson con firmeza—. O alguna de las doncellas que suelen entrar en sus habitaciones.

O haber aprendido a forzar cerraduras, pero mejor no repetirlo.

—Nada de esto nos acerca más al culpable —dijo Marstone—. Hay que encontrar al hombre que observaba la cantera, suponiendo que regrese y no se haya asustado con las actividades de Chatham. Parece que solo vigila ocasionalmente, ya sea para observar tus pruebas o para comprobar que el laboratorio esté desocupado antes de entrar. Con más hombres en Harlford, se podría montar una vigilancia continua para atraparlo la próxima vez que aparezca.

Marstone miró a James, como pidiéndole permiso. James asintió: ya era hora de poner fin a la fuga de información.

Marstone juntó las yemas de los dedos bajo la barbilla.

—Bien. Puede que intente acelerar las cosas dejando correr el rumor en Woolwich de que has logrado un avance importante. Quizá también en la Oficina de Guerra. Si hay personas en alguno de esos lugares pasando información, eso podría ayudar a sacarlas a la luz.

—No permitiré que mi familia o mi personal corran peligro.

—No estarían más en peligro del que han estado en los últimos meses —señaló Marstone—. Estas personas solo buscan información. Si alguien corre riesgo, ese eres tú... aunque dudo que se atrevan a dañar a un miembro de la aristocracia. Eso llamaría demasiado la atención.

—¿Los ayudantes de laboratorio? —sugirió Alice.

—Supongo que podrían ser secuestrados y obligados a revelar lo que saben —dijo Marstone—. Pero hacer eso alertaría a Harlford de que alguien está robando información. Si te preocupa, Harlford, busca un pretexto para enviar a tus ayudantes lejos por un tiempo. Te dejo eso a ti. Chatham puede informar a los hombres adicionales. No necesitas involucrarte en el asunto, aparte de continuar con tu trabajo.

—O fingir que lo hace —dijo Alice—. Por si logran obtener algo más de importancia antes de ser capturados.

—Un buen punto. ¿Estás segura de que no le gustaría seguir trabajando para mí, señorita Bryant? —preguntó Marstone.

—Completamente segura, mi lord —respondió ella, antes de que James pudiera protestar. Pero, en cualquier caso, no le correspondía a él decirle lo que debía o no debía hacer.

—Me alegra que haya terminado —dijo Alice mientras caminaban hacia Henrietta Place. Le había alegrado ver a lord Harlford, pero esa sensación se había visto eclipsada por la incertidumbre de lo que él pensaría de ella ahora. Le había parecido ver una breve sonrisa cuando entró, pero después de eso, él había estado casi tan rígido y formal como cuando lo conoció el año anterior. ¿Estaría ofendido por su rechazo a su propuesta, o tan indiferente que ya la había borrado de su mente? En cualquier caso, parecía que había hecho bien en decir que no.

Entonces, ¿por qué no se sentía feliz al respecto? ¿Había esperado que él la quisiera lo suficiente como para desear conocerla mejor?

—¿Te refieres a nuestros tratos con Marstone? —dijo Maria—. Sí, sin duda. Como dijiste acertadamente al principio de todo esto, espiar al anfitrión es muy distinto a simplemente recoger chismes.

—Eso no fue lo que… —Alice se detuvo—. Quiero decir, sí, por supuesto.

—¿No estuviste ni un poquito tentada a volver a trabajar para Marstone? —preguntó Maria—. No tenías que aceptar ninguna tarea potencialmente peligrosa. Esta vez no había peligro.

—Excepto para mis dedos —murmuró ella, aunque eso no tenía nada que ver con el espionaje. Era la idea de husmear en la vida privada de otras personas lo que no le gustaba—. Muchas de esas personas podrían resultar ser completamente inocentes. ¿Y si el escritorio de lord Harlford hubiera contenido cartas de un amante o una amante? Habría tenido que leer al menos un poco para saber si eran relevantes o no para la investigación. Leer ese tipo de carta de cualquier persona sería intrusivo y embarazoso… mucho más si estaban dirigidas a lord Harlford.

—Bueno, Marstone cumplió su palabra de pagarte el salario por el resto del año, así que tienes tiempo de sobra para buscar otro trabajo —dijo Maria, dándole una palmadita en el brazo mientras caminaban—. Estoy disfrutando mucho de tu compañía, querida.

—Y yo de la tuya —respondió Alice. Volver a ser institutriz sería difícil.

—Ahora, Alice, tenemos que echar un vistazo a tu vestuario, y ver si Simpson puede añadir algunos adornos a tus vestidos de paseo para renovar su aspecto. Quieres lucir lo mejor posible cuando Harlford venga a visitarnos.

Alice se detuvo en seco, haciendo que un hombre detrás de ellas maldijera al tener que esquivarla para no chocar.

—¿Por qué vendría?

—Para repetir la invitación de su abuela para que volvamos al castillo de Harlford —sugirió Maria—. Vamos, la calle no es el lugar adecuado para hablar de esto.

Siguieron caminando, y los pensamientos de Alice oscilaron entre la esperanza de no haber desanimado por completo a lord Harlford y el temor de que Maria estuviera equivocada. Todas las razones lógicas por las que lo había rechazado seguían siendo válidas, pero no se había sentido feliz con su decisión desde que él desapareció entre la niebla.

¿Debería haberle pedido más tiempo?

—Creo que esta tarde no estaremos en casa para recibir visitas —dijo Maria mientras subían los escalones—. A excepción de Harlford, por supuesto.

***

Por supuesto, Maria tenía razón. Lord Harlford fue recibido en el salón a las cuatro en punto, tan distante como había estado esa misma mañana. Alice logró saludarlo con cortesía, a pesar de sus sentimientos encontrados, y luego Maria tomó el control de la conversación. Describió su viaje y dijo que esperaba que lord Harlford no hubiera estado demasiado incómodo en el segundo carruaje.

—En absoluto, mi lady —respondió él, relajándose lo suficiente como para esbozar una sonrisa genuina—. Me complace haber sido de ayuda, aunque sin quererlo.

Se volvió hacia Alice.

—Señorita Bryant, me dijo que no nos conocemos lo suficiente. Me gustaría remediar eso, si me lo permite.

No esperaba que fuera tan directo, y una calidez se extendió por su pecho. Su sonrisa estaba muy lejos de la confiada con la que le había hecho su propuesta apenas unos días antes; no daba por sentado que ella aceptaría.

—¿Me acompañarían ambas en un paseo mañana? —dijo, mirando hacia la ventana—. Si el clima lo permite, claro.

—Yo… no estoy segura de… —¿Ser vista en público con él? ¿Una dama de compañía escoltada por un marqués? — ¿No provocaría eso especulaciones y chismes?

—No me importa lo que otros… —Lord Harlford se aclaró la garganta—. Disculpe. Veo que la especulación podría causarle

problemas si usted… es decir, no tenía en mente los parques públicos.

Alice miró a Maria, quien asintió animándola.

—En ese caso, acepto su invitación. ¿A qué hora debemos estar listas?

—¿Las once estaría bien?

—Sí. Gracias.

Él pareció aliviado.

—Será un placer. Me temo que no podré quedarme mucho tiempo en Londres. Como Marstone está decidido a atraer al espía para que se descubra, debería regresar a Harlford pronto.

Metió la mano en un bolsillo y sacó unas hojas de papel dobladas.

—Griffiths me dio esto para usted, señorita Bryant. Por lo que entendí, tiene que ver con el cultivo de plantas. No comprendí del todo lo que me explicó. ¿Podría explicármelo más tarde? Tiene una habilidad especial para hacer que las plantas parezcan más interesantes de lo que yo las considero.

—Por supuesto.

Sus dedos se rozaron cuando ella tomó los papeles, y se sonrojó al sentir el cálido cosquilleo.

—Gracias. ¿Tiene… tienes tiempo para contarnos… sobre sus cohetes?

—Sí, claro.

Lanzó una mirada a Maria, con cierta duda en su expresión.

—Por favor, explíquelo, Harlford —dijo Maria—. Probablemente no entienda mucho, pero al menos es relevante para la investigación actual de Marstone.

—¿Son similares a los fuegos artificiales? —preguntó Alice.

—Sí, pero más grandes. Se han usado cohetes contra nuestros ejércitos en la India, con buenos resultados.

Se detuvo.

—Bueno, malos resultados, desde el punto de vista británico. Los únicos cohetes que pude comprar para investigar tenían un alcance mucho más corto que los indios, y eran mucho peores que una bala

de cañón normal. Cuando la conocí en el Museo Británico, señorita Bryant, iba camino a ver unos antiguos cohetes chinos que tienen almacenados allí.

Aquel día había sido amable, no desdeñoso como cuando habló de su posible participación en la investigación de Marstone. Como había sugerido Maria, quizás solo mencionó que podía ayudar en su investigación porque no sabía de su interés por la agricultura.

Los ojos de Maria se perdieron mientras lord Harlford hablaba de estructuras de cartón y metal, de diferentes composiciones de pólvora usadas como propulsor, y de las posibles aplicaciones. Alice no entendió todo, pero quedó impresionada por la profundidad de su conocimiento… aunque no debería haberse sorprendido. Los franceses, al parecer, pensaban que lo que él investigaba valía la pena ser robado.

—¿No es peligroso experimentar con explosivos? —preguntó Alice cuando terminó la explicación.

Sus dedos se dirigieron a unas pequeñas cicatrices junto a su ojo, y entonces pareció darse cuenta de lo que hacía y apartó la mano.

—Puede serlo —admitió.

Aunque sentía curiosidad por saber qué había causado esas marcas, debió de tener suerte de no haberse dañado el ojo, Alice no creyó apropiado preguntarlo.

—Gracias por explicarlo. Lord Marstone dijo que era información vital la que podría perderse, y ahora entiendo por qué le preocupa tanto.

Él carraspeó y se puso de pie.

—No quisiera aburrir más a lady Jesson, así que me retiro por ahora.

—Nos veremos mañana —confirmó Maria, y él se despidió con una inclinación y besó sus manos.

—Se expresó bastante bien sobre el tema de los cohetes —dijo Alice cuando la puerta se cerró tras él—. Me pareció fascinante, pero me impresiona que no te quedaras dormida.

Maria se echó a reír.

—No debería quejarme. Muchos hombres que conozco solo saben hablar de carreras de caballos o peleas de boxeo. Pero esperemos que mañana haga buen tiempo.

Alice también lo esperaba. Sentía un cosquilleo en el pecho al pensar que a lord Harlford aún le gustaba lo suficiente como para querer cortejarla.

Capítulo 23

El día, en efecto, amaneció espléndido, y lord Harlford llegó puntual a las once en punto. Las ayudó a subir a un landó descapotado antes de tomar asiento frente a ellas. Alice vio unas cestas de mimbre sobre la repisa del equipaje y se preguntó si irían a hacer un picnic en algún lugar.

—Esperemos que el clima se mantenga seco —comentó Maria, mirando con recelo unas nubes esponjosas.

—He traído paraguas, por si acaso.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alice.

—Es una sorpresa —respondió él, mirándola directamente, con expresión incierta—. Espero que le guste.

—Estoy segura de que sí.

Fuera cual fuera el destino, el hecho de que él hubiera planeado algo pensando en lo que podría agradarle ya era suficiente. No esperaba que se tomara tantas molestias.

Parecía que se dirigían a Hyde Park después de todo, pero en lugar de entrar por la puerta de Stanhope, pasaron por el peaje y continuaron por Knightsbridge.

—Creo que el año pasado, cuando estuvo en Londres, solía conducir su propia pareja —dijo Alice, tratando de buscar un tema de conversación que no resultara ajeno al interés de Maria.

—Así es. Mi principal pasatiempo es la cría de caballos, pero la pareja que tengo ahora está en Harlford. Habría hecho que los trajeran si hubiera planeado quedarme más tiempo. Es un proceso gratificante, aunque requiere paciencia. Pasan varios años antes de saber si la elección del semental y la yegua fue acertada —sonrió—. Con las flores, debe de ser más rápido.

—Si se trata de criar por el color o la forma, sí. Pero si es para saber si una nueva variedad de grano resiste mejor al moho, o si un cruce entre manzanos da una fruta de mejor sabor… eso lleva mucho más tiempo.

Lord Harlford se mostró interesado, pero Maria no tanto, así que Alice desvió su atención al paisaje.

—¿Dónde estamos ahora? Nunca había ido más allá de Hyde Park en esta dirección. Kensington Palace está cerca, ¿no?

—Todavía nos queda un buen trecho —respondió lord Harlford.

—Háble me más de sus caballos, mi lord —dijo Maria—. Mi difunto esposo tenía gran interés en ellos, aunque no se dedicaba a criarlos.

James se sintió aliviado de tener un tema de conversación que pudiera interesar a ambas damas, y agradeció la presencia de lady Jesson. La había invitado como acompañante de Alice, pero su trato afable mantenía la charla fluida. No estaban lejos de su destino cuando notó que Alice se quedaba mirando algo por encima de su hombro derecho.

—¿Esa es la pagoda del Palacio de Kew? —preguntó—. He visto una estampa de ella.

Él se volvió a mirar.

—Sí, lo es.

Su rostro mostraba interés, pero también un dejo de anhelo, y James sintió una punzada de decepción hasta que se dio cuenta de que aún no había adivinado adónde se dirigían.

—Me encantaría visitar los jardines —dijo ella—. Pero tengo entendido que no están abiertos al público hasta junio.

—Le pedí a sir Joseph Banks que organizara una visita privada para usted —dijo él, justo cuando el carruaje cruzaba un puente sobre el Támesis.

Los ojos de Alice se abrieron de sorpresa y luego una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—¿De verdad? Oh, gracias, mi lord.

Esa sonrisa tuvo un efecto extraño en su interior, más allá del alivio por haber acertado con la elección de la excursión. Una sensación cálida y feliz.

—Me gustaría que me llamara James —dijo, antes de poder detenerse.

—No veo ningún problema en ello mientras estemos a solas —dijo lady Jesson—. Yo, sin embargo, preferiría seguir usando su título.

Su tono seco eliminó cualquier atisbo de incomodidad justo cuando el carruaje se detuvo frente a un par de portones cerrados.

—Esperaba que disfrutara de la visita. ¿Había venido antes?

—No.

Alice desvió la atención hacia un hombre que abría las puertas, luego volvió a sonreírle.

—Solo he trabajado en Londres un par de años, y mis días libres nunca coincidían con los días en que se admitía al público.

Un hombre salió de un edificio más allá de los portones, vestido con un abrigo sobrio, pero bien confeccionado, de color azul oscuro. Esperó hasta que el carruaje se detuvo junto a él y saludó con una inclinación.

—Lord Harlford, mi nombre es Fullerton. El señor Aiton me ha indicado que dirija a su cochero en un recorrido por los jardines, para visitar la pagoda y los distintos templos.

—Aiton es el superintendente —le dijo James a Alice mientras Fullerton subía junto al cochero—. Jardinero de Su Majestad. Más tarde nos dará un recorrido por las plantas exóticas. ¿Es así, Fullerton?

—Sí, mi lord.

Fullerton tenía una vastísima colección de datos sobre cada templo ornamental, gruta artificial o ruina decorativa. Su tono era algo monótono, pero Alice parecía interesada. Ver su rostro mientras lo absorbía todo era más que suficiente para compensar la voz apagada del guía.

Cuando terminó el recorrido por los jardines, se dirigieron al Templo de Bellona, donde el cochero y el lacayo habían dispuesto la comida que había preparado la ama de llaves de la casa londinense de James. Aiton se unió a ellos cuando ya estaban terminando. Era más joven que Fullerton, quizá de unos treinta años, y tenía un carácter más ameno mientras los guiaba por los distintos arriates e invernaderos.

Mientras Aiton hablaba sobre las plantas "cepillo de botella" traídas recientemente de Nueva Holanda, James observó divertido cómo su actitud cambiaba. Al principio respondía de manera sencilla a las preguntas de Alice, pero sus respuestas se volvieron más

técnicas y detalladas al darse cuenta de que ella sabía mucho sobre botánica y cultivo.

—Ha sido una excelente idea, Harlford —dijo lady Jesson, mientras Alice y Aiton se adelantaban—. Aunque animar al objeto de su af… de su aprecio a pasear con otro hombre no es precisamente un método común de cortejo.

Él apartó la vista, avergonzado. ¿Acaso lady Jesson sabía cuán torpe había sido su propuesta original? La relación entre ambas mujeres era claramente más de amistad que de empleadora y acompañante.

Lady Jesson sonrió.

—Dígame, Harlford, ¿todavía piensa que Alice disfrutaría siendo su asistente en trabajos científicos?

Alice se lo *había* contado.

—Lo dije como un cumplido a su inteligencia.

Lady Jesson negó con fingida tristeza, pero James notó una leve sonrisa en sus labios.

—No soy hábil para observar a las personas, como lo es usted, mi lady, pero ¿debe echarme en cara todas mis idioteces?

Ella rio y le dio una palmada en el brazo.

—Para ser un hombre, Harlford, lo está haciendo muy bien. ¿Qué le parecería construir un invernadero en el castillo? Su madre hablaba de remodelar los jardines.

James hizo una mueca al recordarlo.

—El plan de mamá consistiría en algo diseñado para impresionar a los invitados, más que para cultivar plantas. A la señorita Bryant no le gustó el que nos mostró Fullerton —demasiado oscuro, había dicho ella, y Fullerton estuvo de acuerdo—. Sospecho que preferiría otro invernadero común. —Si tuviera la suerte de convertirla en mi marquesa, le preguntaría qué tipo de invernadero desea. Seguramente sería capaz de diseñarlo todo ella misma.

—No quiero sobornarla —añadió, y luego cerró la boca de golpe. Había algo en Lady Jesson que invitaba a las confidencias... con razón parecía enterarse de los asuntos de todo el mundo.

—Esta visita es una especie de soborno —señaló Lady Jesson—. Pero uno excelente.

—Hay... hay algo con lo que quizás usted pueda ayudarme.

—Por supuesto.

James dudó un momento antes de seguir confiando en ella, pero se decidió.

—Mi madre... quiero decir, tengo una propiedad cerca de Brighton, y he informado a mamá que deberá mudarse allí este verano.

Lady Jesson asintió, con una expresión educadamente inquisitiva.

—Yo... esperaba que pudiera ayudarme a convencerla de algún modo... es decir...

—¿Que Brighton le conviene más que vivir en Harlford? Creo que eso podría arreglarse —inclinó la cabeza hacia el lugar donde Alice y Aiton habían salido del invernadero y habían doblado por un sendero —. Deberíamos alcanzar a los demás.

La cabeza de Alice daba vueltas cuando Maria anunció que era hora de regresar. Había tantas plantas nuevas en las que pensar: frutas, hortalizas y especies ornamentales.

—Gracias por su tiempo, señor Aiton —dijo Lord Harlford—. Ha sido fascinante escuchar a alguien con tantos conocimientos.

Lo decía en serio, pensó Alice. Aiton también, porque se irguió un poco más.

—Ha sido un placer, mi lord.

Una vez que el carruaje estuvo en camino de regreso a Londres, Alice intentó darle las gracias a Lord Harlford.

—No, señorita Bryant. Gracias a usted por su compañía —se aclaró la garganta—. Ojalá pudiera quedarme más tiempo en la ciudad para verla, pero necesito asegurarme de que mis asistentes no estorben. Tengo algunos asuntos que atender antes de marcharme, pero espero poder salir mañana por la tarde.

—¿Tan pronto? Siento que no he tenido oportunidad de hablar con usted. Fue una descortesía de mi parte ignorarlo después de que organizó todo tan bien.

—En absoluto. Me basta con que la sorpresa no le haya parecido decepcionante.

—¡Oh, no! He pasado un día maravilloso —le conmovió que hubiera planeado algo tan afín a sus intereses.

—Voy a dejarle el carruaje de viaje que utilizó —continuó—. Junto con el cochero y el mozo de cuadra. Ellos cuidarán de usted si acepta la invitación de mi abuela para regresar, y con unas horas de aviso mi mayordomo tendrá el carruaje listo. ¿Puedo esperar que vendrá? —La miró directamente al decirlo.

—Yo...

—Serán invitadas de su señoría —añadió—. Y los demás huéspedes ya se habrán marchado para cuando regresen.

Alice vaciló. Sentía que aceptar sería comprometerse a algo más que una simple visita.

—Yo... no estoy segura.

—Pronto informaremos a su abuela de nuestras intenciones —dijo Maria cuando Alice la miró en busca de ayuda.

Lord Harlford frunció los labios un instante.

—Por supuesto.

—Yo... estaríamos encantadas de aceptar la invitación de su señora —dijo Alice, las palabras saliéndole de golpe. No le gustaba verlo decepcionado. Todavía podría negarse si él renovaba su propuesta, pero empezaba a pensar que no lo haría. Su sonrisa en respuesta le quitó el aliento.

—Probablemente lleguemos solo uno o dos días después que usted, Harlford —añadió Maria.

—Me alegrará verlas a ambas allí —dicho eso, pareció no saber bien qué decir a continuación, y Alice se sintió igualmente sin palabras.

—¿Hizo el Grand Tour, Harlford? —preguntó Maria—. He oído hablar mucho de las bellezas de Venecia y Florencia.

—Sí. Conocí a los señores Volta y Galvani. Este último me permitió observar algunos de sus experimentos.

—¿Sobre electricidad animal? —preguntó Alice.

—Exactamente, aunque tengo entendido que el señor Volta ahora cree que... —lanzó una mirada dudosa a Maria y dejó la frase inconclusa—. Le ruego me perdone, Lady Jesson. No debe interesarle.

—Continúe, Harlford —dijo Maria débilmente.

—Me gustaría saber más —dijo Alice—. De verdad, mi lord.

Mientras lo escuchaba, Alice disfrutaba tanto del entusiasmo que mostraba por sus experiencias como del conocimiento científico que compartía, y lamentó que llegaran a la casa de Lady Jesson y tuvieran que despedirse.

* * *

James llegó al local del fabricante de instrumentos a la mañana siguiente, justo cuando el empleado abría la puerta. Stonecroft le había escrito apenas un par de semanas antes con la noticia de un nuevo dispositivo para medir la presión de los gases; un instrumento que sería de gran utilidad si James llegaba a tener tiempo para investigar la eficiencia de las máquinas de vapor.

Examinó los productos expuestos en las vitrinas mientras el empleado iba en busca de su patrón. Además de aparatos de medición de toda clase, las vitrinas de Stonecroft contenían todo tipo de instrumentos ópticos: telescopios, sextantes, microscopios…

Microscopios. Él nunca había necesitado uno, pero tal vez Alice apreciaría tener un instrumento así para examinar flores y semillas. ¿Cuál elegir, sin embargo?

—¡Bienvenido, mi lord! —Stonecroft apareció por la puerta trasera, con el delantal de cuero manchado y las lentes de aumento empujadas hacia la frente—. ¿Ha venido por el nuevo dispositivo de presión?

—Sí, así es, pero también podría estar interesado en uno de sus microscopios. Tiene usted muchos tipos... ¿podría explicarme las diferencias entre ellos?

—¡Por supuesto! —Stonecroft sacó una llave del bolsillo y abrió la vitrina de los microscopios—. La elección del instrumento depende del uso que se le quiera dar.

—Tengo... una amiga que está interesada en la botánica.

—¿Una dama o un caballero?

—Es para... mi hermana —todavía no había logrado convencer a Alice de que se casara con él—. ¿Por qué es eso relevante?

—Las damas disfrutan coleccionando y pintando flores, y no necesitan nada más que una lupa. Si su hermana desea observar sus

muestras con más detalle, un instrumento sencillo como este sería adecuado —sacó un microscopio de la vitrina y lo colocó sobre una mesa. Consistía en un par de tubos verticales gruesos, uno dentro del otro, montados sobre un par de plataformas de tres patas—. Este es un diseño de Culpeper y es muy fácil de usar —Stonecroft le mostró cómo enfocar ajustando el tubo interior.

A Lucy podría gustarle ese modelo, si de verdad disfrutaba mirando objetos aumentados. No estaba seguro de que tuviera la concentración necesaria para aprender a usar los instrumentos más complejos de las vitrinas.

Pero el interés de Alice iba mucho más allá de simplemente pintar flores.

—Ella es una estudiante seria de botánica. ¿Y este otro? —señaló un aparato de latón con tubos, espejos y plataformas montados de forma que todas sus posiciones podían ajustarse. Una cajita que parecía contener lentes diminutas reposaba en la repisa junto a él.

—Ah, ese está basado en un diseño de Simons. No es apropiado para una dama, en absoluto.

Mientras el fabricante hablaba de lentes intercambiables, plataformas móviles, portaobjetos y cubreobjetos, James se preguntó cómo se sentiría una mujer inteligente como Alice al oír que era incapaz de usar lo que, a su juicio, parecía un instrumento relativamente sencillo.

—...y como puede ver, es demasiado complejo para que una dama lo utilice —concluyó Stonecroft.

—Gracias por la explicación —dijo James—. Ahora me gustaría ver el nuevo dispositivo de presión, y luego me llevaré ambos microscopios. Creo que el modelo Simons le sentará muy bien a mi... hermana.

Capítulo 24

James rodeó hacia las caballerizas mientras descargaban su equipaje en la entrada principal del castillo. Iría a ver cómo se encontraba el nuevo potro y luego se cambiaría la ropa de viaje antes de visitar a su abuela.

—El maestro de caballerizas está con Lord David, mi lord —le informó uno de los mozos, señalando un establo más al fondo del edificio.

—¿El potro?

—Está en el potrero con su madre. Le va bien. Lady Lucy quiere llamarlo Zephyr.

Otro nombre de viento. Una buena elección. James asintió en señal de agradecimiento, y el mozo volvió a su labor de repartir heno con la horquilla.

Encontró a su tío inspeccionando una de sus propias yeguas junto al maestro de caballerizas. David levantó la mano a modo de saludo, pero continuó su conversación en voz baja con Pritchard.

—Disculpa —dijo David, cuando se reunió con James unos minutos después—. Me preocupaba que estuviera cargando demasiado la pata delantera derecha. ¿Cómo fue todo en Londres?

—Ven, caminemos —James no pensaba hablar del asunto mientras los mozos pudieran oír.

David recogió su abrigo de una percha junto a la puerta y se lo puso mientras cruzaban el patio de las caballerizas.

—¿Las damas volverán?

¿Todo el mundo sabía sus asuntos?

—Vamos, James. Regresé a la casa solariega hace un par de días... no puedes esperar que no le preguntara a mi madre qué ocurría —sonrió—. Ni que ella no me lo contara.

—Lady Jesson y la señorita Bryant volverán en un día o dos.

—Excelente —David sí parecía complacido—. ¿Y el otro asunto?

Ya habían pasado el bloque de las caballerizas.

—Marstone enviará a media docena de hombres para intentar capturar a quien sea que esté vigilando la cantera. Chatham los organizará, y se harán pasar por mozos de cuadra aquí.

—Buena idea. Sería difícil ocultar a tantos recién llegados a la zona de otra manera.

—Así que, si pudieras mencionar —sutilmente— que te quedarás una temporada y que estás buscando cazadores para comprar…

—Por supuesto.

—¿*Piensas* quedarte? En Inglaterra, quiero decir.

—Sí. Disfruté Italia, pero este país es mi hogar.

—Me alegra —David era alguien en quien podía confiar, si llegaba a necesitarlo. También tenía a su abuela, pero había cosas que solo podían hablarse entre hombres.

—Buscaré una propiedad para comprar —dijo David—. Pero por ahora, mamá está encantada de que viva con ella en la casa solariega. Bien podría encontrarme caballos nuevos de verdad.

—Hay varias propiedades de Harlford desocupadas. ¿Por qué no usas una de esas?

—Eres muy amable, pero me apetece tener un lugar propio. Tengo los fondos —añadió—. Inversiones y esas cosas.

—Avísame si cambias de opinión. Te veré en la cena, tío.

***

James se detuvo en la puerta de su laboratorio, observando a sus asistentes alejarse. Norton había aceptado la inesperada semana de vacaciones sin cuestionarlo, limitándose a sonreír y darle las gracias. Sumner, en cambio, no parecía del todo convencido con la explicación de James de que quería realizar unos experimentos que podrían ser peligrosos.

—Una idea que se me ocurrió en Woolwich —le había dicho James. Sumner no sabía que no había pisado el laboratorio de explosivos desde marzo—. Si no tienes suficiente trabajo, puedes revisar los antiguos ejemplares de los *Mémoires de l'Académie des Sciences* a ver si encuentras alguna línea prometedora de investigación.

—Creo que mi francés no da para tanto, mi lord —admitió Sumner. Distraído con éxito, no volvió a hacer más preguntas.

¿Podía estar implicado Sumner? Tenía una mente aguda, por eso mismo James lo había contratado.

El laboratorio estaba en orden: el banco limpio, el suelo barrido, todos los productos químicos e instrumentos guardados en sus armarios. Tal como debía quedar. Y justo como el espía esperaría encontrarlo, si tenía la costumbre de colarse por las noches.

Pero si la historia de Marstone sobre un gran descubrimiento se había transmitido desde Londres, el espía esperaría encontrar al menos alguna información nueva, aunque no hubiese experimentos en curso. Por otro lado, si realmente se trataba de un descubrimiento importante, ¿esperaría un espía que él dejara sus anotaciones en el taller, con solo un candado en la puerta?

James se frotó una sien. Tratar de adivinar lo que otro podría pensar le estaba causando dolor de cabeza.

Un espía buscaría información nueva aquí primero. Si lograba evadir a los hombres de Chatham y no encontraba nada, asumiría que la información estaba en la casa.

¿Intentaría un espía entrar allí? Era posible, pero él pondría lacayos de guardia durante la noche. Nadie vería extraño que lo hiciera si mencionaba que había rumores de ladrones en la zona.

Decidido, James tomó su cuaderno actual y se marchó, inspeccionando el candado antes de girar la llave. No tenía marcas sospechosas ni rayones, pero eso no significaba nada. Un ladrón hábil podría abrirlo sin dejar rastro.

***

—Parece que hará buen tiempo para nuestras visitas a los pueblos —dijo Maria.

Estaban a menos de una hora en coche del castillo de Harlford; Alice había estado contemplando el paisaje y las vetas de nubes blancas sobre el cielo azul. Volvió su atención a su compañera.

—¿Visitas a los pueblos?

—Marstone envió una nota pidiéndonos que continuáramos investigando a los asistentes de Harlford.

—Oh —la agradable anticipación de Alice por la visita se desvaneció. Había pensado que todo ese asunto del espionaje ya había terminado.

—Los hombres adicionales de Chatham se encargarán de parte de eso —dijo Maria, claramente sin preocuparse de que Simpson pudiera oírla—. Ellos se encargarán de seguir y vigilar, naturalmente. Pero averiguar más sobre los antecedentes de los asistentes es otra línea de investigación. En particular Sumner.

Aunque le desagradaba reanudar sus actividades de espionaje, Alice admitía que la situación debía resolverse, y al menos esta vez no estaría espiando al lord Harlford.

—¿No se pondrá la gente suspicaz si seguimos visitando esas dos aldeas y hablando con los vecinos?

—Visitaremos otras también. Pero los pasteles de la señora Anderson deberían ser excusa suficiente para volver a Luncot.

—Lord Harlford dijo que podíamos dejarle todo a él —recordó Alice. Esa actitud autoritaria la había irritado en su momento, pero no quería ignorar sus palabras. No ahora que empezaba a replantearse si aceptar su propuesta de matrimonio.

—¿Cuánto crees que lograría Harlford si intentara descubrir posibles motivos de traición en su asistente?

Alice no pudo evitar reírse.

—Probablemente se lo preguntaría directamente.

Maria sonrió.

—Cada quien a su manera. Yo no sabría distinguir una punta de un cohete de la otra.

—Él… ¿crees que le molestará si seguimos? Él dijo… —¿Qué había dicho exactamente? Solo que no era necesario que ellas continuaran—. No nos prohibió seguir.

—Espero que no. No tiene derecho a darnos órdenes a ninguna de las dos.

Tendría derecho a darle órdenes si ella aceptaba su propuesta. ¿Pero realmente lo haría?

—Maria, deberíamos decirle que Marstone nos pidió continuar.

—Sería descortés no hacerlo —admitió Maria, aunque el brillo en sus ojos sugería que a lord Harlford no le resultaría nada fácil si intentaba detenerla.

Alice volvió a mirar por la ventanilla del carruaje, reconociendo la aldea de Harlford Green cuando pasaron por ella, justo antes de

atravesar las rejas de piedra custodiadas por los leones que marcaban la entrada a la propiedad.

El mayordomo las condujo al salón, donde la viuda se hallaba sentada en su sillón de siempre, contemplando su jardín y el lago.

—Bienvenidas de nuevo —dijo al anunciar la llegada de Alice y Maria, y pidió té y pasteles.

Alice observó los jardines con pesar: llevaba horas en el carruaje y no tenía ningún deseo de sentarse a tomar el té.

—¿Por qué no vas a saludar a Tess? —sugirió Maria—. Llévala a pasear. Yo puedo ponerla al tanto de todas las novedades.

—Sí, ve, querida, si quieres estirar las piernas —añadió la viuda —. Ahora cuéntame, Maria…

***

James hizo que Ventus bajara el paso mientras atravesaba los portones de la finca. Al avanzar por el camino principal, vio a una mujer saliendo del bloque de los establos a pie.

Detuvo a Ventus, una oleada de alivio inesperado recorriéndole el cuerpo. Alice, la habría reconocido incluso sin el enorme perro a su lado. Aunque ella había aceptado su invitación, él aún albergaba dudas sobre si realmente volvería.

Alice desapareció de su vista al rodear la Casa de la Viuda, así que James desvió a Ventus hacia el césped para rodear el edificio y salir a su encuentro.

Ella lo vio y se detuvo, llevándose una mano al sombrero y luego alisándose las faldas. Su incertidumbre aumentó mientras desmontaba; el placer de verla allí se mezclaba con el temor de decir algo incorrecto.

—Bienvenida de nuevo —dijo, mientras ella hacía una reverencia —. Espero que haya tenido un buen viaje. —El perro olfateó sus botas y luego se alejó.

—Gracias, sí. Fue muy amable de su parte dejarnos su carruaje, mi lord —dijo ella, con una sonrisa algo vacilante.

—James. Por favor.

—Yo… está bien. Entonces usted… usted debe llamarme Alice.

—Gracias.

Se sentía torpe, parado frente a ella, ambos tan callados como si se hubieran quedado sin palabras.

—¿Caminamos un poco? —propuso, conduciendo a Ventus con una mano, mientras ella se tomaba de su otro brazo—. ¿Hace mucho que llegó?

—No, acabamos de llegar. Siempre quiero salir a caminar después de un viaje largo.

Él sonrió.

—Yo también.

Ella le devolvió una sonrisa fugaz.

—¿Ocurre algo? —preguntó James, cuando ella no dijo nada más.

—Eh… —Ella se detuvo y lo miró de frente—. Lord Marstone escribió a Maria y le pidió que continuáramos investigando a sus dos asistentes, mi… James.

¿Era por eso que estaba allí? Desechó esa duda repentina, si Marstone había escrito, debía de haberlo hecho después de que Alice aceptara regresar.

—¿Qué es lo que le preocupa? —No pensaba permitir que se pusieran en peligro, pero algo le hacía guardar ese pensamiento para sí.

—Esperaba no tener que engañar… —Hizo un gesto vago con la mano—. Y usted dijo que no debíamos investigar más.

—Sin duda dije muchas cosas que no debí decir, y por eso le pido disculpas. Fui bastante desdeñoso, lo admito, pero intentaré hacerlo mejor de ahora en adelante —Su sonrisa tímida lo animó—. ¿Cómo planean investigar usted y Lady Jesson?

—Visitaremos las aldeas cercanas y Maria hablará con la gente. Tiene un talento increíble para obtener información sin que a nadie le moleste, e incluso sin que se den cuenta a veces. —Sus ojos brillaban con diversión mientras lo miraba de reojo—. Creo que usted has logrado evitar esa experiencia hasta ahora.

—Y estoy profundamente agradecido por ello, créame.

Alice rio suavemente.

—Lo hace con buena intención.

—Y necesita mantenerse a salvo. Igual que usted—añadió, esperando que sus siguientes palabras no le sentaran mal—. No me gusta la idea de que se expongan a ningún riesgo… —Sintió que la mano sobre su brazo se tensaba—. …pero no intentaré detenerlas. —La mano se relajó—. Me gustaría que considerara llevar con usted a su sirviente si va a hacer algo que pueda ponerla en peligro.

—Eso sería sensato, sí. Y también Tess —Alice miró alrededor al hablar—. ¡Tess! —El animal salió corriendo de un pequeño bosque cercano y se acercó a ellos—. En realidad, no pertenece a Lady Jesson. Lord Marstone la envió para darme a mí o a Chatham una excusa para explorar los terrenos.

Ella miraba al frente, como si no quisiera encontrarse con su mirada.

—Sí que parece un legado poco probable —dijo, deteniéndose frente a ella para poder verle el rostro—. ¿De verdad es usted su acompañante?

—Lo soy, aunque Lord Marstone pagó mi salario durante un año. Monsieur le Comte decidió que Georges necesitaba un tutor para prepararse para la escuela. Podría haber regresado a mi casa mientras buscaba un nuevo empleo, pero Lord Marstone presentó esta tarea como un deber patriótico… y también como una forma de exonerarlo a usted de toda sospecha —apartó la mirada.

—Alice, hablaba en serio cuando dije que debíamos dejar eso atrás. Aunque, si guarda algún otro secreto…

—No.

—¿Nada de tinta invisible escondida por ahí?

Sus labios se curvaron apenas.

—¿Ni cuerpos enterrados en el jardín?

Negó con la cabeza.

—Tess se los come.

Él soltó una carcajada.

—¿Y ningún sótano lleno de tesoros robados?

—¡Ahora está siendo ridículo! —Pero también ella reía.

—Cuénteme más sobre su hogar, Alice. ¿Es ahí donde nació su interés por la botánica?

Capítulo 25

Alice tiró de las riendas al llegar al final del campo, riendo con la emoción del galope. La montura de Lucy se detuvo a su lado, inquieta. Más adelante, junto al seto, James y Lord David saltaron al siguiente campo y continuaron galopando.

—Oh, muy bien hecho, Alice —dijo Lucy, con el rostro iluminado por el mismo disfrute que sentía Alice—. ¡Y en un caballo que no conoces! La verja está por aquí.

Alice se puso a su lado mientras avanzaban al paso junto al seto, flexionando los dedos de la mano izquierda.

—Es un animal encantador —dijo, inclinándose hacia delante para acariciar el cuello de la yegua—. Y es un día precioso.

El sol cálido no terminaba de quitarle el toque al viento fresco, pero eso no era un problema mientras cabalgaban.

Había dudado en aceptar la invitación de James, formulada durante la cena de la noche anterior, ya que no había montado con regularidad desde que empezó a trabajar para el conde de Calvac un par de años atrás. Cuando se lo mencionó, James prometió elegirle una montura dócil, pero con energía de sobra cuando hiciera falta. Aun así, no iba a arriesgarse a saltar sin haber practicado primero en un lugar más privado, sobre todo porque sus dedos rígidos no le permitían sujetar bien las riendas.

La verja del siguiente campo estaba abierta.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —preguntó Lucy mientras pasaban al otro lado y veían a James y Lord David aproximarse al trote.

—No lo sé con certeza.

Cada vez estaba más segura de que aceptaría si James renovaba su propuesta. *Si* lo hacía… trató de ignorar el vacío que le provocaba la idea de que tal vez no lo hiciera.

Habían caminado y conversado durante casi una hora el día anterior; comenzaron hablando de sus intereses científicos, pero pronto pasaron a comentar sus paseos y cabalgatas favoritos, y

luego hablaron de música. También él cenó con ellas, aunque la conversación en la mesa giró principalmente en torno al tiempo que Lord David había pasado en Italia. En la partida de whist después de la cena, ella fue emparejada con James y perdieron estrepitosamente, en parte porque la calidez en su mirada cada vez que sus ojos se encontraban la hacía perder la concentración. A él no pareció importarle.

James montaba con elegancia, pensó Alice mientras los observaba acercarse. La sonrisa en su rostro era tan amplia como la suya; era encantador que compartieran el gusto por la equitación.

Él se detuvo a su lado.

—¿Hora de un refrigerio? En el Golden Lion de Woodley se come muy bien.

—¿Estamos cerca? —Alice recordó la posada de su viaje con Maria en busca de información sobre Sumner. El bizcocho de semillas era especialmente bueno.

—Hemos dado un rodeo —explicó James, acercando su caballo para cabalgar junto a ella, y señaló con el látigo—. El Castillo está apenas a un par de millas en esa dirección, más allá de esos bosques.

—Tendré que mirar un mapa —dijo ella.

Esa mañana no había prestado atención al recorrido, sino a los placeres del campo. Y de la compañía.

—Venga a la biblioteca esta tarde —propuso él—. Hay muchos mapas de la región y de otras partes del país. Además, compré algo para usted… y para Lucy… antes de salir de la ciudad.

—No puedo… —Carraspeó—. Quiero decir, no estoy segura de…

—No se compromete a nada por aceptar un obsequio.

Ella desvió la mirada.

—Lo siento, no quería presumir…

—No ha presumido. Si lo prefiere, considérelo un regalo de un amigo.

Alice asintió. Él había mencionado también a Lucy, así que no parecía que esperara que tomara una decisión ese mismo día. Sus sentimientos le decían que aceptara, pero su cabeza seguía recomendándole prudencia.

—¡Vamos, ustedes dos! —llamó Lucy desde más adelante.

Ya estaban en Woodley y desmontaron frente al Golden Lion. Lord David se quedó con los caballos hasta que llegó un mozo de cuadra. Dentro, resguardados del viento, el posadero estaba cobrando a otro cliente, pero acudió enseguida al reconocer a Lord Harlford y los condujo a un salón privado.

Alice se acercó a la ventana y observó cómo se llevaban a los caballos y cómo el cliente anterior se marchaba. El hombre se volvió y sus miradas se cruzaron brevemente cuando él se subió el cuello de la chaqueta y se alejó. Había algo familiar en él, o en su ropa, quizás, y el ceño fugaz que frunció le hizo preguntarse si la había reconocido. Pero no lograba recordar dónde podrían haberse visto antes.

—Alice, venga a elegir. Hay pudín de manzana o bizcocho de semillas.

Distracción momentánea mediante, Alice se volvió hacia la ventana, pero el hombre ya se había ido. Le preguntaría al posadero por él antes de marcharse.

***

La luz del sol de la tarde se colaba en ángulo por las ventanas de la biblioteca. James contemplaba los jardines como solía hacer cuando tenía algo en qué pensar. Esta vez esperaba ver si Alice acudiría, aunque había hecho todo lo posible para asegurarse de que así fuera.

Escuchó la voz de Lucy en el vestíbulo y se dirigió a la mesa donde había dispuesto el microscopio sencillo.

—¡Aquí estamos, Jamie! He traído a Alice, como me pediste —anunció Lucy, casi dando saltitos al entrar en la biblioteca—. ¿Eso es lo que…? ¡Oh!

Abrió los ojos con asombro al ver el microscopio, y James se preguntó si habría cometido un error.

—Dijiste que te gustaban los dibujos del *Micrographia* —le recordó él—. Pensé que te podría gustar…

—¿Un microscopio, para mí? ¡Oh, será divertido! ¡Gracias! —Se sentó entusiasmada y examinó su regalo con atención.

Alice le dirigió una sonrisa.

—Ha sido muy malo de su parte decirle a Lucy que no podría recibir su obsequio si yo no venía.

—Quería asegurarme de que viniera. Pensé que podría interesarle…

—¿Cómo funciona? —interrumpió Lucy.

James suspiró por la interrupción, pero Alice no pareció molesta.

—Hay que cortar una lámina delgada de lo que se desea examinar —explicó.

Lucy y Alice escucharon con atención mientras les hablaba de los portaobjetos de vidrio, los espejos y cómo enfocar la imagen, esforzándose por recordar la explicación que le habían dado en la tienda.

—El dependiente me aseguró que era lo bastante sencillo como para que incluso una jovencita pudiera usarlo —añadió, sin perder la seriedad.

—¡Jamie! —exclamó Lucy, indignada, frunciendo el ceño.

Alice frunció el ceño también, y él se apresuró a sacar del armario la caja que contenía el instrumento más elaborado.

—Por eso compré este otro para Alice —dijo mientras lo sacaba de su estuche y lo colocaba sobre la mesa.

Lucy se acercó a mirar.

—Uy, ese parece complicado.

—Dijiste que te interesaban las pulgas y las moscas, Lucy, y creo que el tuyo es mejor para eso. El de Alice es para observar más de cerca las partes diminutas de las cosas.

Alice extendió una mano como para tocarlo, pero luego la retiró.

—Yo… esto debe de ser caro. No puedo…

—¿Le gusta, sin embargo? —Trató de no dejar traslucir su ansiedad, sorprendido por lo mucho que le importaba su respuesta.

—Me encantaría tener un instrumento así, pero no puedo aceptarlo. Pensé que me daría algo pequeño, como un libro.

Lo deseaba. Su reticencia a aceptarlo… bueno, ya lo había anticipado.

—Hay un libro —dijo, empujando el folleto de instrucciones hacia ella.

—Sabe a qué me refiero.

Alice volvió a acercar la mano para tocarlo.

—Lo sé, y lamento haberla hecho una broma. Si lo prefiere, considérelo algo que puede usar mientras esté aquí. Un préstamo, si así lo desea.

Fue al armario y sacó la última caja.

—No sabía qué querría examinar, así que le pedí a Griffiths que enviara algunas cosas del jardín.

Extendió un paño sobre la mesa y colocó encima un tarro con distintas semillas y varias macetas pequeñas con plantas.

—Me aseguró que son cosas por las que usted había mostrado interés, pero no dude en pedir lo que desee si quiere muestras de cualquier otra cosa.

Alice tragó un nudo en la garganta al ver el esmero con que él había preparado el regalo.

—Gracias. Es… es un regalo perfecto.

Con Lucy presente, no podía decir más.

—Jamie, ayúdame a mirar esta hoja —ordenó Lucy, y James se sentó en la silla junto a ella.

Alice abrió el folleto de instrucciones y empezó a leer las explicaciones. Aunque el parloteo emocionado de Lucy se desvanecía en el fondo, era consciente de James sentado frente a ella, prestando solo la mitad de su atención a su hermana. Sonrió cuando la sorprendió mirándolo, y ella sintió que las mejillas se le encendían al volver la vista al microscopio.

Había comprado todo lo necesario. El estuche del instrumento incluía una pequeña caja con portaobjetos de vidrio y un ingenioso dispositivo con una hoja afilada para cortar finas láminas de plantas.

—Esto es maravilloso —murmuró, tras haber logrado enfocar una muestra de polen de flores de delfinio. Uno de sus corresponsales había estado hablando sobre métodos para cultivar trigo con mayor producción de grano por planta; podía examinar cortes de distintas semillas para ver si se descubrían diferencias por ese camino.

¿Quién había sido? Alguien con quien había intercambiado cartas recientemente.

—Cromhall. Escribiré al señor Cromhall y…

Se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta y levantó la vista, encontrándose con las miradas de los otros dos fijas en ella.

—¿Quién es el señor Cromhall? —preguntó James—. Después de que usted y Lady Jesson se mudaran a la Casa de la Viuda, una de las criadas encontró una carta suya a medio escribir dirigida a un tal señor Cromhall.

—Es alguien con quien mantengo correspondencia sobre agricultura —admitió Alice, aliviada al ver que James parecía más confundido que crítico.

—¿Un agricultor vecino?

Si iba a oponerse a que ella escribiera, mejor saberlo ahora, antes de que… antes de que le gustara aún más.

—No, nunca lo he conocido. Él respondió a una carta mía.

—¡Oh! —exclamó Lucy. Salió disparada hacia el fondo de la biblioteca y volvió al poco con uno de los ejemplares encuadernados del *Journal of the Society for the Improvement of Agriculture*, al que Alice se había referido semanas atrás—. Tú marcaste estas páginas, ¿verdad?

—Sí. He publicado varios artículos en esa revista.

—¿En serio? —James acercó el volumen y lo abrió en las páginas señaladas.

—Soy "el señor Eden" —admitió Alice, antes de que él pudiera preguntar.

James hojeó el libro hasta detenerse en un artículo del año anterior.

—Leí algunos antes de irme a Londres —comentó, con expresión pensativa—. Las ideas estaban muy bien explicadas. Pero ¿por qué el seudónimo?

—No seas tonto, Jamie —intervino Lucy—. ¿Crees que los hombres a cargo publicarían algo escrito por una mujer?

—Parecía más prudente no arriesgarme a que lo rechazaran —dijo Alice—. Y luego no podría enviar otros artículos con seudónimo sin despertar sospechas.

—Por desgracia, me temo que tiene razón.

Alice sintió de pronto una ligereza inesperada, como si se hubiese quitado un peso de encima. Aunque ya habían hablado de sus

intereses, aún se había preguntado qué pensaría James al saber que participaba en publicaciones públicas.

—¿Así que todavía tenía un secreto ayer?

Ah, el paseo de ayer.

—Estábamos hablando de Lord… de otras cosas —En verdad, se le había olvidado mencionarlo—. Ya no quedan secretos.

—Dijo que no te importaría una esposa inteligente, Jamie —dijo Lucy antes de que su hermano pudiera responder—. Espero que lo dijera en serio.

Alice se sonrojó.

—No solo no me importa, jovencita, sino que me encanta la idea. Tú, sin embargo, necesitas aprender un poco de tacto y discreción.

Aunque sus palabras sonaban severas, el tono no lo era. Lucy se echó a reír.

—¡Haré eso cuando tú aprendas a dejar de fruncir el ceño, Jamie! ¿Puedes encontrarme una mosca muerta para mirar?

—Busca tus propias criaturas muertas. Tendrás que tocar una mosca para examinarla, así que mejor que vayas superando el asco.

Alice intentó concentrarse en el microscopio, pero la complicidad entre hermano y hermana le pareció entrañable, y sintió una oleada de alegría al imaginar que algún día podría llamar hermana a Lucy.

***

—Pareces distraída —dijo Maria esa noche mientras estaban sentadas junto a las puertas de cristal del salón, contemplando cómo la luz menguante transformaba los colores del jardín en tonos grises. La viuda ya se había retirado a descansar, y James y Lord David se habían ido a la casa principal a jugar al billar.

—Solo estoy admirando la vista —dijo Alice. Y era verdad, aunque no era lo único en su mente.

—Todo eso podría ser tuyo —dijo Maria, inclinando la cabeza en dirección al castillo y su reflejo en las aguas quietas del lago.

—No lo haría por eso… —Alice se detuvo. Maria la conocía demasiado bien—. No hace falta que me provoques. Además, no ha vuelto a hacerme ninguna propuesta.

—Lo hará. ¿Por qué otra razón organizaría la visita a Kew o te compraría un microscopio?

Maria la observó más de cerca.

—Pero eso no es lo único que te preocupa, ¿verdad?

—Lady Harlford —dijo Alice. La madre de James no aprobaría. Si aceptaba, James quedaría atrapado entre su esposa y su madre. Y ella no pensaba dejarse avasallar por Lady Harlford solo por mantener la paz doméstica.

—Cassandra. Entiendo por qué no querrías vivir en la misma casa que ella, pero no te preocupes por eso. Tengo entendido que se irá a otro de sus dominios. Sin embargo, sería… delicado, que él discutiera los arreglos domésticos para su futura esposa antes de que realmente ocupes ese lugar, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí.

Maria se levantó y le dio una palmadita en el hombro.

—Piénsalo con calma, querida. No hay prisa para tomar una decisión.

Y todavía quedaba el asunto del espía por resolver.

Capítulo 26

—Me temo que esta vez tendrás que escuchar los chismes de la señora Anderson —le dijo Maria a Alice cuando el carruaje se detuvo junto a la plaza del pueblo en Luncot—. No querrás pasear por el cementerio con este viento.

Lo que había comenzado como una mañana soleada se había nublado, y el viento resultaba frío para ser finales de mayo. Alice pensó que quizás preferiría el frío del exterior a una hora de chismes, pero acompañó a Maria a la mercería, dejando a Tess con Chatham. El cochero, otro de los hombres de Marstone, paseaba a los caballos.

Fueron directamente a la mesa junto al fuego, y Maria anunció que había regresado para probar nuevamente las maravillosas galletas de ratafía de la señora Anderson. Las otras ocupantes del salón de té, una madre y su hija supuso Alice, guardaron silencio, inspeccionando la ropa y el sombrero de Maria, para luego pasar a observar a Alice.

—Por favor, no dejen que las interrumpa —dijo Maria—. Este pueblo es tan encantador que no pude evitar volver. ¿Suelen tomar el té aquí a menudo?

—Yo… eh… una vez por semana, cuando venimos a hacer las compras —respondió la más joven, con cierta timidez.

Maria giró un poco su silla para quedar frente a ellas.

—¿Tienen que venir desde muy lejos?

Y con eso bastó. A Alice le maravillaba la facilidad con la que Maria lograba que la gente se sintiera cómoda, escuchando con aparente interés mientras describían su casa en una aldea vecina.

No era un interés *aparente*, se corrigió. Maria realmente se interesaba por todos los detalles. Aquella charla no estaba contribuyendo en nada a su objetivo de averiguar más sobre los dos asistentes de James, pero Maria acabaría llegando a ese punto. Y mientras tanto, las galletas de ratafía estaban realmente deliciosas.

Estaban inmersas en una discusión sobre el último bebé de la hija casada de la señora Yaxley cuando Alice vio a Chatham pasar frente a la ventana. Él sostuvo su mirada y luego hizo un pequeño gesto con la cabeza antes de seguir caminando.

Alice no dudó en unirse a él.

—Discúlpame, Maria. Necesito recoger algo del carruaje.

No esperó respuesta, sino que se levantó y salió de la tienda. Chatham la esperaba unos metros más adelante, fuera del campo de visión de las ventanas de la señora Anderson.

—¿Ocurre algo, Chatham?

—No mire ahora, señorita, pero hay un tipo yendo de puerta en puerta al otro lado de la plaza.

Alice estuvo a punto de mirar, pero logró mantener la vista fija en Chatham.

—Verá, señorita, creo que ya lo he visto antes, por el sendero del bosque que va desde Harlford Green. Ahora mismo nos da la espalda. Tess se interesó cuando pasó cerca.

Giró un poco la cabeza. La figura robusta con el abrigo verde le resultaba familiar… sí, era el mismo hombre que había visto el día anterior en el Golden Lion. Llevaba una cartera colgada al hombro. Y ahora recordaba dónde lo había visto antes: en el pueblo, cuando habían venido con Lucy y la señorita Stockhart hacía un par de semanas.

—Estuvo ayer en Woodley —dijo—. Le pregunté al dueño de la posada por él, pero lo único que sabía era que el hombre bebía allí de vez en cuando. Podría tener asuntos en los tres lugares.

—Es posible, señorita. Pero ese abrigo tiene el mismo color que el trozo que encontré junto al sendero que usa el vigilante. ¿Puede averiguar a qué se dedica sin levantar sospechas?

Alice sonrió.

—Si alguien lo sabe, será la señora Anderson —dijo—. Veré qué podemos averiguar.

—Ese es el señor Thompson —dijo la señora Anderson media hora más tarde, cuando por fin se marcharon las dos mujeres Yaxley —. Viene todos los meses a cobrar el dinero del seguro de vida.

Eso también explicaría que visitara las aldeas cercanas, y que Chatham lo hubiera visto por el sendero. Debía de haber muchos hombres con abrigos verdes, aunque no recordaba haber visto ninguno de ese tono en particular.

—He visto avisos sobre eso en los periódicos —dijo Maria—. Pero pensé que la gente pagaba una vez al año, o cada seis meses.

—Hay hombres que se gastarían el dinero del seguro en bebida si tuvieran que guardarlo tanto tiempo —dijo la señora Anderson—. Él viene una vez al mes para que puedan pagar poco a poco.

—¿Vive aquí? —preguntó Alice.

—No. Intentó venderme un seguro cuando vino por primera vez, pero no tengo necesidad de eso. Fue hace un año, más o menos. Es muy amable, dijo que tenía una casita cómoda en Hereford, y esposa. Que le gustaba el trabajo en verano, pero no era tan agradable andar por el condado en invierno. A mí no me gusta estar al aire libre, haga el tiempo que haga, pero para gustos, colores.

—Me pareció verlo la última vez que vinimos —dijo Alice—. Fue hace unas tres semanas, o algo menos.

La señora Anderson guardó un silencio poco característico, frunciendo el ceño.

—Tiene razón —dijo al fin—. Qué raro… suele venir como un reloj.

—Qué dedicado de su parte —dijo Maria, apartando su taza y su plato—. He disfrutado mucho de nuestra charla, señora Anderson, pero me temo que debemos irnos. ¿Sería tan amable de envolverme cuatro de esas tortitas? No me canso de ellas.

—Lo vi ayer en Woodley —dijo Alice mientras caminaban hacia el carruaje, y le recordó a Maria el trozo de tela verde—. ¿Crees que deberíamos averiguar si visita a los Sumner?

—Sería lo más sensato —respondió Maria.

Chatham estuvo de acuerdo, después de que le contaran todo lo que habían descubierto.

—Lo sospechoso es que haya roto su patrón. Si alguien en Londres se enteró de la historia de Lord Marstone sobre un nuevo

descubrimiento, seguramente ya estarán investigando. Tal vez me tome una o dos pintas en la posada.

—Qué dura es la vida, Chatham —dijo Maria, sacudiendo la cabeza con fingida pena.

—En efecto, mi señora —Chatham mantuvo el rostro sorprendentemente serio mientras se tocaba el sombrero y subía a la banqueta junto al cochero.

—¿Supondré que iremos a visitar a los Sumner? —preguntó Alice, cuando el carruaje se puso en marcha hacia Woodley—. ¿Qué excusa daremos para ir?

—Hmm. Llevar una nota de Harlford a los Sumner nos permitiría entrar, pero tendríamos que asegurarnos de no dejarla allí.

—Y si Sumner está en casa, tendrías que dársela en cuanto llegáramos —señaló Alice.

—No es de mis mejores ideas —admitió Maria—. Una de nosotras tendrá que desmayarse justo en la puerta. Lo suficiente como para necesitar sentarse y un vaso de agua.

Miró a Alice.

—Creo que tendré que ser yo, tú pareces demasiado saludable para desmayarte.

A Alice seguía sin gustarle la idea de usar engaños para hablar con la señora Sumner, pero ahora al menos tenían algo concreto que investigar.

—Muy bien, podemos intentarlo.

La casa de los Sumner era una de las bonitas construcciones con entramado de madera de Woodley, con una ventana de guillotina a cada lado de la puerta y una estrecha franja de jardín al frente, llena de claveles de poeta y delfinios, y perfumada con el aroma de las rosas. Alice y Maria pasaron frente a ella por el otro lado de la calle antes de regresar para la pequeña actuación de Maria. Las gotas de llovizna en el aire ayudarían con el engaño.

Aunque no había nadie cerca, Alice vaciló antes de llamar. Pero ya habían decidido que esto debía hacerse.

Una doncella regordeta respondió a la puerta, y Alice preguntó si su amiga podría tomar un vaso de agua. La criada miró a Maria,

apoyada contra el poste bajo de la verja, y se hizo a un lado.

—Mejor tráigala adentro, señorita. Le avisaré a la señora Sumner.

Maria se apoyó de forma convincente en el brazo de Alice al entrar. La doncella las condujo a una sala de estar y luego desapareció por un pasillo hacia la parte trasera de la casa. En una mesa al fondo del cuarto había un cuenco con rosas frescas, y un reloj marcaba suavemente el tiempo sobre la repisa de la chimenea, donde crepitaba el fuego.

La señora Sumner era una mujer joven y bonita, de cabello rubio suave y sonrisa tímida. Llevaba un vaso de agua en una mano y se lo ofreció a Maria.

—Jenny dice que no se siente bien. Soy la señora Sumner; ¿hay algo más que pueda hacer por usted?

—Es muy amable al permitir que entren desconocidas —dijo Alice, mientras Maria sorbía el agua—. Soy Alice Bryant.

—Maria Jesson —se presentó Maria—. Gracias, querida. ¿Puedo sentarme un momento?

—¿Le gustaría una taza de té?

—Gracias, sería encantador.

La señora Sumner se ausentó solo unos minutos, y regresó con un bebé en brazos.

—Espero que no les moleste. —Se sentó en una silla frente a ellas, haciendo rebotar suavemente al niño sobre sus rodillas—. A Dora le están saliendo los dientes, y no le gusta nada.

—Claro que no —dijo Maria—. Qué bebé tan adorable. ¿Cuántos meses tiene?

Alice tenía poco que hacer mientras Maria conversaba, pero se levantó para servir el té cuando Jenny trajo la bandeja. Para cuando terminaron de beberlo, Maria había llevado hábilmente la conversación hasta lo afortunado que era que John tuviera un buen puesto trabajando para Lord Harlford, y lo tranquilizador que era saber que no quedarían desamparados si algo le sucediera, gracias a la póliza a la que él aportaba. Dora yacía tranquila en los brazos de su madre, aparentemente calmada por las voces suaves.

Un golpe en la puerta principal las interrumpió. La bebé se agitó, y la señora Sumner se acercó a la ventana.

—Vaya, aquí está el señor Thompson otra vez. No esperaba que regresara hoy.

¿Thompson?

Alice se puso de pie, hasta donde sabía, el hombre no había visto antes a Maria, pero a ella sí. Sería mejor que no estuviera allí.

—Con permiso. —Salió de la sala justo cuando Jenny caminaba por el pasillo para abrir la puerta principal. Si todo estaba bien, volvería cuando Thompson se marchara. Si no, podría ir a buscar a Chatham.

El pasillo conducía a una cocina impregnada del olor a ropa caliente. Un par de planchas reposaban sobre la estufa, y un montón de sábanas dobladas descansaba sobre la mesa, encima de un canasto con otras arrugadas.

¿Esconderse o salir?

Salir, podía justificarlo diciendo que necesitaba un poco de aire fresco. Una puerta a un lado de la cocina estaba entreabierta, y una corriente de aire fresco indicaba que daba al exterior.

Pero la puerta trasera, cuando llegó a ella, estaba bloqueada por un hombre corpulento, de cabello rojizo, con chaqueta de tejido basto y calzones. Alguien a quien nunca había visto antes. Dio un paso hacia ella en cuanto se detuvo, y una mano salió disparada para sujetarla del brazo.

—Tú te quedas aquí.

***

James subió las escaleras con alegre expectación. Había tenido una buena reunión con uno de sus arrendatarios, y ahora esperaba encontrar a Alice en la biblioteca con su nuevo microscopio.

Había salido a caballo con Terring para comprobar la afirmación del mayordomo sobre las reparaciones del granero, algo que debería haber comenzado a hacer desde hacía tiempo. El campesino y su esposa se alegraron de verlo, y estuvieron encantados de mostrarle sus campos. La diligencia de Terring debería mejorar si sabía que James podía ir a supervisar sus actividades en cualquier momento.

O si lo hacía Alice.

James sonrió, si se casaban era probable que ella prefiriera supervisar las granjas arrendadas antes que dirigir la casa.

Una chimenea mantenía el frío exterior fuera de la biblioteca, pero el lugar estaba desocupado. El microscopio también había desaparecido, ¿lo habría llevado Alice al invernadero, para estar más cerca de lo que quería examinar?

A mitad de camino hacia el jardín de la cocina, se detuvo a pensar por qué sentía tanta urgencia por encontrarla.

Solo quería verla, eso era todo. Podía contarle su mañana, o preguntarle por la suya.

—Estuvo aquí, mi lord —dijo Griffiths cuando James lo encontró por fin en el campo de papas—. Se fue hace un par de horas. Mencionó algo sobre Lady Jesson, pero que dejáramos el microscopio montado si no estorbaba.

¿Estarían ocupados con algún asunto de Marstone? Estuvo tentado de ir a las caballerizas a comprobarlo, pero Alice había prometido que no saldrían solas. En lugar de eso, entró al invernadero para echar un vistazo a lo que ella había estado haciendo.

Observó con aprobación la pila ordenada de portaobjetos de vidrio, cada uno con una etiqueta de papel pegada en un extremo. Al colocar uno en la platina, pronto se vio absorto en estructuras de tallos y raíces que nunca antes había visto. Tal vez la botánica tuviera más interés del que había pensado.

***

El corazón de Alice latía con fuerza mientras el hombre la arrastraba hacia la sala, donde el bebé lloraba desconsoladamente. Thompson estaba de pie detrás del sillón de la señora Sumner, con una mano sujetándole el hombro. Alice se fijó en el rostro pálido de la mujer antes de notar la pistola en la otra mano de Thompson. Tragó saliva con dificultad.

—La pillé intentando escapar —dijo el hombre, empujando a Alice hacia el sofá donde Maria tenía un brazo alrededor de la doncella. Jenny tenía la cabeza gacha, las manos tan apretadas que los nudillos se le veían blancos.

—¿No puedes hacer que ese maldito crío se calle? —añadió el captor de Alice.

—¿Por qué no deja que la doncella se lleve al bebé? —sugirió Maria, con apenas un leve temblor en la voz.

Mientras Alice se sentaba, Thompson miró al bebé y luego a la doncella.

—Levántate, chica.

Entre sollozos, Jenny obedeció.

—Llévate al crio arriba y haz que se calle —agitó la pistola—. ¿Ves esto?

Jenny asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Si haces alguna estupidez, como intentar irte o contarle a alguien, tu señora morirá.

—Haz lo que dice, Jenny —dijo la señora Sumner.

La doncella sorbió por la nariz y se limpió con una esquina del delantal antes de tomar al bebé lloroso de los brazos de su señora. Al llegar a la puerta, miró hacia atrás con incertidumbre.

—¡Vamos, de una vez! —escupió Thompson.

Con un último sollozo, Jenny se fue. Siguieron su camino por el crujir de las escaleras y el sonido decreciente del llanto del bebé. Después solo quedaron el crepitar del fuego, el tic-tac del reloj, y los suaves gemidos de la señora Sumner. Eso significaba dos personas menos con riesgo de salir heridas, al menos.

Thompson soltó a la señora Sumner y arrastró una silla para sentarse a su lado. La mujer escondió el rostro entre las manos.

El corazón de Alice empezó a calmarse, y trató de pensar. ¿Cuánto sabían esos hombres?

—¿Por qué están haciendo esto? —Sintió un movimiento junto a su pierna y bajó la mano. Maria se la agarró con fuerza, aunque temblaba ligeramente. Su amiga no estaba tan serena como aparentaba, lo cual no ayudaba en absoluto a calmar el miedo de Alice.

—Ese hombre tuyo anda haciendo preguntas en la taberna. Y tú me has estado siguiendo, te he visto cerca de la cantera y en los pueblos. Deberías haberte metido en tus propios asuntos.

—No sé de qué me habla.

Thompson se encogió de hombros.

—No importa. Mantén la boca cerrada o morirás. Bill puede hacerlo sin hacer ruido.

Alice miró de reojo la pistola, un disparo llamaría la atención, quizás incluso traería a Chatham en su ayuda. Pero era una opción demasiado arriesgada.

Bill se tronó los nudillos y Alice apretó los dientes. ¿Dónde estaba Chatham? ¿Lo habrían capturado también?

Thompson volvió a centrarse en la señora Sumner y le dio un toque en el hombro con el cañón de la pistola.

—Vamos a intentarlo otra vez. ¿Dónde está tu marido?

Los hombros de la mujer se alzaron al tomar aire profundamente, luego bajó las manos. Su rostro mostraba resignación ahora.

—Fue a hablar con un vecino —su voz era tan baja que Alice tuvo que esforzarse para oírla.

—¿Así que volverá pronto?

La señora Sumner asintió, con los labios temblándole otra vez.

Thompson se levantó, corrió las cortinas hasta dejarlas casi cerradas y echó otro leño al fuego.

—Podemos esperar.

Capítulo 27

James se irguió y se frotó la nuca. Si iba a pasar más tiempo mirando por un microscopio, tendría que colocarlo en una mesa más alta o conseguir una silla mejor.

Había pasado de observar plantas a examinar arena y grava, preguntándose si alguien habría usado un microscopio para investigar el tamaño y la forma de los granos en diferentes mezclas de pólvora. Definitivamente, algo sobre lo que preguntar, eso podía afectar la velocidad de combustión.

Llevó una mano a la piel junto a su ojo izquierdo. Había tenido suerte el verano pasado, si hubiera estado más cerca del recipiente de vidrio que explotó, o mirándolo directamente, podría haber perdido la vista en ese ojo. Si lograba convencer a Alice de que lo aceptara, tal vez era hora de pensar en investigar algo menos peligroso.

—¡Mi lord! —Griffiths irrumpió en el invernadero—. ¡Venga rápido, mi lord, uno de los mozos nuevos necesita hablar con usted!

Salió a toda prisa y vio a uno de los hombres de Marstone doblado, con un brazo apoyado contra la pared. Cuando James echó a correr, el hombre se irguió, con el pecho agitándose.

—Chatham me envió, mi lord. La… Lady Jesson y… Han…

—Respira, hombre —James sintió un nudo en el estómago—. Alice estaba en peligro.

Trató de apartar de su mente la posibilidad de que le hubieran hecho daño, de tener que vivir sin ella si la mataban.

¡Piensa!

—Griffiths, corre a las caballerizas y dile que ensillen un par de caballos.

El jardinero echó a correr.

—Ya pedí los caballos, mi lord —jadeó el mozo entre respiraciones.

—¿Lady Jesson y la señorita Bryant? —insistió James con impaciencia.

—Están en la casa de los Sumner, en Woodley, con la esposa de Sumner. Thompson y otro hombre las tienen retenidas allí.

Maldición, debería haber tomado más precauciones para mantenerlas a salvo. Sumner también tenía un bebé.

—¿Quién es Thompson?

—Chatham cree que es al que estamos buscando.

—¿Cómo dejaron tú y Chatham que…? —Se interrumpió. Cómo había pasado no importaba, no ahora. El mozo ya había recuperado el aliento, así que James se dirigió a las caballerizas, con él caminando a su lado a zancadas—. ¿Dónde está Chatham? ¿Y por qué vienes a pie?

—Está vigilando. Yo volví montado en uno de los caballos del carruaje, lo dejé en las caballerizas. Tuve que preguntar dónde encontrarlo.

—¿Sumner?

—No lo sé, mi lord. Chatham me envió en cuanto descubrimos que había dos hombres armados en la casa. Miró por la ventana mientras ese perro ladraba por detrás.

—¿Cuántos hay en la cantera? Podemos recogerlos de camino a Woodley.

—Cuatro. Bates debería estar en las caballerizas.

—¿Y tú eres…?

—Doyle.

Eso completaba los seis hombres que Marstone había enviado.

—¿Estás armado?

Doyle asintió.

—Todos lo estamos.

—Voy a buscar mis pistolas. Espérame en el patio de las caballerizas. Que ensillen caballos para todos, por si los necesitamos. Ah, y manda a uno de mis mozos a buscar a Lord David —No sabía qué podría hacer su tío, pero tampoco sabía qué podía hacer él mismo. No sin arriesgarse a que alguien saliera herido o peor.

***

El aire del salón se sentía denso, sofocante. Solo habían pasado veinte minutos, pero parecían mucho más.

Alice se movió un poco en el sofá, preguntándose si podría cambiar de posición lo suficiente para ver por el hueco entre las cortinas. Ya debían haber notado su ausencia, ¿intentaría Chatham rescatarlas?

Había pensado que quizás lo haría antes, cuando un perro ladró detrás de la casa. Sonaba como Tess. Pero aparte de que Thompson mandó a Bill a comprobar que la puerta trasera estuviera cerrada, no había pasado nada.

Ahora no podía hacer nada, salvo mantenerse alerta por si se presentaba una oportunidad. Bajo la protección de sus faldas, la mano de Maria volvió a aferrarse a la suya.

Thompson tenía la pistola sobre el regazo, vigilante pero sin tensión. Bill no paraba de moverse en su silla.

El sonido del pestillo de la puerta principal fue fuerte en medio del silencio.

¿Chatham?

—¡Sally, ya volví!

La fugaz e irracional esperanza de Alice se desvaneció. Sumner había regresado.

La señora Sumner levantó la cabeza, pero bajó de nuevo la mirada al suelo cuando Thompson alzó la pistola. Miró a Alice y Maria, se llevó un dedo a los labios en señal de silencio, y se deslizó hasta colocarse detrás de la puerta abierta, indicándole a Bill que lo imitara.

Se oyeron pasos por el pasillo, y luego Sumner se detuvo en el umbral. Era un joven de rostro fresco, con el cabello claro atado en una coleta suelta. Su sonrisa animada se desvaneció y alzó las cejas al ver a Alice y Maria. Alice giró la cabeza en un intento de advertirle, pero ya era tarde.

Thompson salió de detrás de la puerta y apuntó con la pistola a la sien de Sumner. Se oyó un pequeño sollozo de su esposa.

—Siéntate y no digas nada —Thompson lo empujó a una silla.

—¿Thompson? ¿Qué...?

Thompson amartilló la pistola con un clic fuerte, y Sumner se quedó en silencio.

—Vas a hacer exactamente lo que te diga —dijo Thompson, inclinándose hasta tener el rostro a centímetros del de Sumner—. Dentro de un minuto vas a acompañarme al laboratorio. Vas a caminar por el pueblo como si todo estuviera bien, y no vas a intentar advertir a nadie.

La garganta de Sumner se movió al tragar con dificultad, volviendo la cara hacia su esposa.

—Tu mocoso está arriba con la criada. Bill se quedará aquí. Si no regreso en dos horas, les irá muy mal. Si quieres que ellos, y tu esposa, sigan vivos, haces exactamente lo que yo diga —acercó aún más la cara—. ¿Entendido?

Sumner asintió. Estiró una mano hacia su esposa, pero Thompson lo sujetó del brazo y lo arrancó de la silla antes de que pudiera tocarla. Los dos hombres salieron, y el portazo que se oyó al cerrarse la puerta pareció muy definitivo.

Alice se giró en el asiento para ver si pasaban frente a la ventana, pero se volvió al oír cómo se amartillaba una pistola.

Bill no la apuntaba a ella, sino a la señora Sumner.

—Si hacen algo que no deben, señoritas, la mato. Luego al mocoso.

—No vamos a hacer nada —dijo Maria—. Pero ya deben estar buscándonos. No van a salirse con la suya.

—Ella morirá —gruñó Bill, señalando con la cabeza a la señora Sumner sin apartar la mirada de Maria.

—¿De verdad crees que a Lord Harlford le importará que le hagan daño a alguien como ella? —preguntó Maria, y las cejas de Bill se fruncieron—. ¿Y estás seguro de que Thompson volverá por ti?

—Claro que volverá —Pero Bill ya no sonaba tan convencido.

—Una vez que consiga lo que quiere, le será mucho más fácil escapar solo —añadió Alice—. Si te vas ahora, puede que logres huir antes de que alguien descubra lo que has hecho.

—¡Cállense! ¡Las dos!

Maria apretó la mano de Alice. Habían sembrado la duda, pensó Alice, viendo cómo la mirada de Bill iba de una a la otra con

inquietud. Puede que no cambiara nada al final, pero había valido la pena intentarlo.

Alguien vendría a ayudarlas.

Tenían que hacerlo.

* * *

James y los dos mozos de cuadra cabalgaron hacia la cantera, llevando caballos para los demás hombres. Tendría que encontrar a Chatham en Woodley antes de poder planear un rescate.

Se volvió al escuchar un grito a sus espaldas, y vio a David galopando hacia ellos. James hizo una seña a los mozos para que siguieran, y redujo el paso de su caballo hasta que su tío lo alcanzó.

—¿Qué está pasando, James? Me llegó una historia confusa...

—Alice y Lady Jesson están retenidas como rehenes en Woodley. Dos hombres, es todo lo que sé.

David palmeó su bolsillo.

—Traje mis pistolas. Sigamos.

Apenas habían entrado unos metros al bosque cuando encontraron a Bates y Doyle hablando con un tercer hombre.

—Harris ha estado vigilando, mi lord —dijo Doyle.

—Su hombre, Sumner, está aquí —informó Harris—. Venía con otro. No vi ninguna pistola, pero Sumner no parecía contento. Entraron a la casa.

Las mujeres estaban en casa de Sumner, según había dicho Doyle. Si era cierto, el segundo hombre podía ser uno de los que las había retenido.

—Dejaron la puerta abierta, mi lord, y Adams se acercó. Está intentando escuchar.

—Monta, Harris —ordenó James—. Dejaremos los caballos fuera de la cantera para que no nos oigan llegar.

James vio a Adams escuchando junto a la puerta en cuanto rodeó el recodo del sendero que llevaba a la cantera. Adams también lo vio, pues alzó una mano a modo de saludo. Permaneció unos minutos más junto a la puerta antes de avanzar con cuidado hacia James entre las rocas sueltas del suelo de la cantera. No dijo nada hasta que regresaron al claro donde habían dejado los caballos.

—Está intentando que Sumner le hable sobre descubrimientos nuevos, mi lord —dijo Adams en voz baja, aunque estaban a cierta distancia del edificio—. Sumner dice que no sabe nada.

—¿Abrigo verde? —preguntó Doyle, y Adams asintió—. Ese es Thompson, mi lord.

—Dijo que sería peor para la esposa de Sumner si no encontraba los cuadernos —añadió Adams—. Dijo que quedaba solo una hora antes de que Bill empezara a hacerle daño a la señora Sumner.

James se pasó una mano por la cara. Alice estaba en peligro, igual que Lady Jesson, Sumner y su familia. Pero ahora los dos hombres, si es que solo eran dos, estaban separados.

Números. Tenía que pensar en la cantidad de hombres que tenía disponibles, no en que Alice estaba asustada y en peligro. Necesitaba mantener la cabeza fría.

Tenía suficientes hombres ahí para capturar a Thompson. Pero lo esperaban de regreso, así que matarlo o capturarlo pondría en riesgo la vida de tres mujeres y un bebé en Woodley. Más de tres, si los Sumner tenían sirvientes.

Intentar usar a Thompson como rehén no ayudaría. ¿Qué motivación tendría para convencer a su compañero de que dejara libres a las mujeres? Como traidor, lo ahorcarían, y solo un tonto creería en una promesa de dejarlo libre.

Si lograba entrar en la casa de alguna forma, ¿podría él y las mujeres imponerse a Thompson y al otro hombre? Tendría hombres esperando fuera, listos para intervenir.

Era lo único en lo que podía pensar.

Se volvió hacia David.

—Chatham probablemente sigue en Woodley. ¿Puedes llevarte a algunos hombres y ver cuál es la situación allí? Rescata a las mujeres si ves una forma de hacerlo sin ponerlas en peligro.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Entrar ahí y averiguar más sobre lo que está pasando. Posiblemente dejar que me lleven a la casa con Thompson.

David alzó las cejas.

—¿Eso es sensato?

—Quieren saber lo que creen que yo sé... ahora que descubrieron que Sumner no puede ayudarlos, no me matarán.

Esperaba que fuera cierto.

—Podríamos capturar a este espía —sugirió David.

—No —James explicó su razonamiento—. Y si irrumpimos en la casa, incluso si solo hay un hombre, podría dispararle a una de las mujeres antes de que logremos reducirlo.

—Muy bien —asintió David.

—Doyle, ¿lo oíste? Lleva a dos hombres y ve con él —David podría encontrar más ayuda en Woodley, si era necesario.

Cuando el pequeño grupo se marchó, James se volvió hacia los tres que quedaban.

—Adams, cuando entre, escucha si puedes. Pero mantente oculto a menos que te dé una señal.

—Sí, mi lord —Adams tenía un aire de determinación competente, como todos los hombres de Marstone.

—No puedo decirte qué hacer después de eso. Dependerá de lo que ocurra.

Adams asintió, y James montó su caballo. El vigía, si es que Thompson era el vigía, sabría que él solía llegar a caballo. No hizo intento alguno de pasar desapercibido mientras cabalgaba hacia el laboratorio. Si fingía estar desprevenido, no esperaría ver la puerta entreabierta, así que gritó al desmontar.

—¿Sumner? ¿Eres tú?

No hubo respuesta. Sorprendido por su capacidad de pensar con claridad a pesar del nudo de miedo que se le había instalado en el pecho, empujó la puerta.

Sumner estaba al fondo de la sala, pálido como el papel. Un hombre con un abrigo verde apagado estaba a unos pasos de él, con una pistola apuntándole a la cabeza.

—¿Qué demonios está pasando, Sumner? ¿Quién es este?

—Tiene a mi esposa, mi lord. Y a dos de sus invitadas —la voz de Sumner temblaba—. Va a matarlas...

—Ya basta, tú —Thompson se apartó de Sumner y giró la pistola hacia James—. Vacíate los bolsillos. Quiero ver que no estás armado.

James llevó la mano hacia la pistola en el bolsillo de su abrigo.

—¡Alto! Quítate el abrigo. Déjalo en el suelo.

Quizá era lo mejor. No habría podido disparar antes de que Thompson lo hiciera, y probablemente solo habría conseguido que lo mataran. Eso no ayudaría a Alice.

Thompson dio un paso adelante y palpó el abrigo, sacó la pistola y la guardó en su propio bolsillo.

—Información sobre su investigación, *mi lord*. Eso es lo que quiero. Este hombre asegura que no sabe nada.

—No lo sabe —dijo James—. ¿Por qué le diría algo? Solo limpia el material de vidrio.

Los ojos de Sumner se abrieron un poco ante esa mentira, pero enseguida enderezó los hombros. Bien hecho: tal vez pudiera ser útil.

—Información —repitió Thompson—. Quiero tus cuadernos.

—Por supuesto —dijo James—. Mis cuadernos están en el castillo; tendrás que venir conmigo a buscarlos.

—No soy tan estúpido —escupió Thompson—. Siempre los guardas aquí. ¿Dónde están? No están en su sitio habitual.

—Siéntete libre de buscar —dijo James, haciendo un gesto hacia los armarios que cubrían las paredes.

—Enséñamelos tú. Abre las puertas.

—¿Puedo? —preguntó James, señalando su abrigo. Thompson asintió brevemente, y James se lo puso. Caminó a lo largo de la fila de armarios, dejando cada puerta abierta. Nunca antes le habían apuntado con un arma, pero no se preocupó demasiado mientras Thompson creyera que lo necesitaba para conseguir la información que buscaba.

Diez minutos después, Thompson había inspeccionado la mayoría de los armarios, ordenando a James que vaciara algunos y hojeando varios libros. Era competente, James tenía que admitirlo: no permitía que ninguno de los dos se acercara lo suficiente como para intentar arrebatarle la pistola.

Una distracción...

No por ahora, porque las mujeres estaban en peligro si Thompson no regresaba. Pero una distracción podría servir más adelante, aunque aún no tuviera un plan. Retrocedió por la fila de

armarios hasta detenerse junto al que contenía frascos con tapón de diversos compuestos químicos y mezclas. Sumner lo observaba, sabía tan bien como James lo que había ahí dentro. James ladeó ligeramente la cabeza, y Sumner respondió con un leve asentimiento.

—Dijiste dos horas, Thompson.

Thompson se volvió hacia Sumner ante aquella declaración inesperada, y Sumner dio un paso atrás, tirando un taburete y cayendo al suelo.

Fue suficiente. James se inclinó rápidamente, tomó un frasco y lo guardó en el bolsillo del abrigo antes de que Thompson lo mirara de nuevo.

—Te dije que mis cuadernos están en el castillo —dijo James—. Puedo ir a buscarlos.

—Puedes escribir lo que sabes. No dejaré que vuelvas aquí con refuerzos.

—Dos horas —repitió Sumner—. Dijiste que volveríamos en dos horas.

Estaban a un par de millas de Woodley, media hora si habían caminado deprisa. Media hora de vuelta, más el tiempo que ya llevaban allí...

—Me llevará una hora o más escribirlo todo —dijo James, preguntándose si sonaba demasiado complaciente. Pero Thompson debía tener mucha confianza en la eficacia de sus amenazas.

—Entonces lo haremos en su casa —Thompson señaló a Sumner —. Si alguno de los dos intenta algo por el camino, las mujeres sufrirán.

Capítulo 28

El reloj sobre la repisa marcaba los segundos y los minutos. Alice solo se había movido de su sitio junto a Maria una vez en la hora y media desde que Thompson se había marchado, y solo después de que Bill le diera permiso para añadir un par de leños al fuego.

Tess había ladrado otra vez, hacía media hora. Al menos, le había parecido que era Tess, esta vez frente a la ventana principal, y por un momento sintió esperanza de que un rescate fuera inminente. Bill había mirado por la rendija entre las cortinas, pero en cuanto ella intentó levantarse, le apuntó con el arma. Casi había esperado que Chatham irrumpiera en la casa, pero los sonidos se apagaron de nuevo hasta quedar solo el lento tic-tac del reloj, y la esperanza se transformó otra vez en esa sensación de angustia que le llenaba el pecho.

A estas alturas, Alice pensaba que sería capaz de dibujar de memoria el patrón de la alfombra, a pesar de la escasa luz. Había examinado la habitación en busca de posibles armas, y siempre llegaba a la misma conclusión. El atizador y una lámpara de bronce pesada sobre una estantería podrían servir, pero estaban fuera de su alcance. Y aunque lograra hacerse con uno, dudaba tener la fuerza suficiente para vencer a Bill incluso si lo tomaba por sorpresa.

La ayuda llegaría.

¿Qué tan precisa había sido la amenaza de las dos horas que Thompson mencionó? ¿Y qué ocurriría cuando regresara? Había estado intentando ignorar el pensamiento de que no tendría motivos para dejarlas ir, y sí muchas razones para no dejar testigos de sus acciones.

A quince minutos de la hora, Bill se acercó a la ventana.

Alice no pudo seguir esperando. Era una imprudencia poner a prueba la paciencia del hombre, pero la ayuda no parecía estar en camino. Tal vez esa fuera su única oportunidad de escapar de la casa antes de que Thompson regresara.

—¿Qué harás si no vuelven?

—Cállate, mujer —gruñó él, frunciendo el ceño antes de volver a su asiento.

—Solo tengo curiosidad —dijo Alice—. Ha pasado mucho tiempo. Podría haberse ido y haberte dejado. Si haces lo que dijo y no regresa...

Bill le apuntó con el arma.

—¡He dicho que te calles!

Maria le apretó la mano a modo de advertencia, pero Alice insistió. Una vez que Thompson regresara, ya no tendrían forma de hablar para salir de esa situación.

—¿De verdad confías en que compartirá el dinero contigo, cuando bien podría quedárselo todo mientras tú cuelgas por asesinato?

Un ruido llegó desde el portón, y Bill se volvió hacia la ventana.

—¡Ja, te lo dije! Han vuelto.

—Soy yo, Bill —dijo Thompson mientras se abría la puerta principal.

—¿Sally? —Sumner entró corriendo y se arrodilló junto al sillón de su esposa—. Sally, ¿te han hecho daño?

La señora Sumner murmuró algo entre sollozos, pero Alice no lo oyó. James estaba en el umbral, girando la cabeza mientras examinaba la habitación. ¡Había venido por ella!

Su alivio al verlo duró apenas un instante. ¿Qué estaba haciendo allí? Se estaba poniendo en peligro al entrar de esa forma.

—¿Están bien, señoras? —James entró en la habitación y se quitó el sombrero y los guantes como si estuviera de visita social. Pero la mirada intensa que dirigió a Alice contradecía su aparente despreocupación.

—Bastante bien, gracias —respondió Maria con un temblor en la voz.

—Nadie ha resultado herido —dijo Alice, logrando mantener la voz firme.

James asintió, pero su mirada seguía fija en ella.

—He venido a escribir unas notas para Thompson, y luego todos seremos libres de marcharnos.

—Menos charla —gruñó Thompson desde la puerta del salón—. Ahí tienes una mesa. Ponte a ello.

—¿Puedo abrir las cortinas? Está demasiado oscuro aquí dentro.

Esperó hasta que Thompson asintió con desgana, y luego caminó hacia la ventana y corrió ambas cortinas. Alice parpadeó ante la repentina claridad.

—¿Papel? ¿Tinta?

—Encárgate tú, Sumner —ordenó Thompson.

Sumner miró a Thompson y luego a James.

—Están en la otra habitación.

James asintió. La esperanza se encendió en Alice: parecía que James tenía un plan.

—Ve con él, Bill —ordenó Thompson, y los dos hombres salieron.

James miró a la señora Sumner, que seguía sorbiendo por la nariz en su pañuelo.

—Mi querido amigo, no puedo concentrarme con ese ruido. ¿Por qué no envías a las mujeres arriba?

—¿Crees que soy estúpido? Ellas son lo que te mantiene a raya.

—Solo es la esposa de un obrero —intervino Maria—. Le dije...

Se llevó la mano a la boca, como si hubiera dicho algo que no debía.

La mirada de Thompson se clavó en Alice.

—Ella se queda. Tú... —señaló a Maria—. Llévala arriba y mantenla callada.

—Muy sensato —dijo James, mientras Maria se levantaba y ayudaba a la señora Sumner a incorporarse.

—Recuerda que no puedes escapar, y que tu esposo sufrirá si lo intentas.

Maria rodeó con el brazo a la señora Sumner.

—Vamos, querida.

Thompson se hizo a un lado para dejarles paso, y luego volvió a su puesto junto a la puerta.

Las escaleras crujieron mientras subían. Alice se sintió aliviada de que su amiga ya no corriera peligro, igual que la señora Sumner, y trató de reprimir el deseo de haber sido ella la enviada arriba.

—Necesitaré una lámpara —dijo James, mirando la que estaba sobre la estantería. La lámpara que ella había identificado como posible arma. Su pulso se aceleró. ¿Iba a intentar reducir a Thompson? Pero Thompson estaba demasiado lejos; James sería disparado antes de poder acercarse lo suficiente.

—Bill la moverá cuando regrese.

Alice aún oía crujidos en la escalera, pero ahora parecían pasos que bajaban. Thompson no parecía haberlo notado: toda su atención estaba en James, que se frotaba las manos.

—¿Puedo echar otro leño al fuego? No puedo escribir con los dedos fríos.

Thompson asintió sin hablar, agitando el arma.

James se inclinó sobre el fuego, colocando un leño con cuidado. Al erguirse, cruzó la mirada con Alice y le hizo un leve gesto con los dedos, como espantando algo.

¡Había puesto algo en el fuego! Alice se desplazó hacia el extremo del sofá, con el corazón latiéndole aún más rápido. Él trabajaba con explosivos...

—Ya era hora —gruñó Thompson, retrocediendo hacia la chimenea mientras Sumner regresaba. Hubo un insulto y un forcejeo en el pasillo justo cuando un extraño sonido chispeante surgió del fuego.

—¿Qué...?

Alice se lanzó al suelo justo cuando una llamarada salía de la chimenea; luego se oyó una explosión y todo lo que pudo oír fue un zumbido constante en los oídos.

El chisporroteo le dio a James un segundo de advertencia. Thompson se giró apuntando con su pistola hacia el fuego, y James saltó por encima del respaldo del sofá y se lanzó sobre él. Ambos cayeron al suelo.

La pistola, ¿dónde estaba la pistola?

Los labios de Thompson se movían, pero James no podía oír nada más allá del zumbido. Le presionó los hombros para incorporarse, apoyando una rodilla en el pecho del espía mientras agarraba el brazo que sostenía la pistola. Thompson se revolvió,

haciendo que James rodara hacia un lado. James se aferró a él, arrastrándolo consigo, mejor no soltarle el brazo armado, aunque eso lo dejara abajo. El fuego…

Siguió rodando, sin soltar a su oponente. El estrépito de los utensilios de la chimenea al caer Thompson sobre ellos logró atravesar el zumbido en su cabeza. Un aullido de dolor, y la mano que sostenía la pistola quedó inerte. Los ruidos de golpes debían ser de alguien más luchando, ¿Alice? ¿Estaba a salvo?

Separándose con esfuerzo, James vio a Thompson tendido inmóvil sobre las brasas encendidas esparcidas por la explosión de la pólvora, y un hilo de sangre le corría por la sien. James recogió la pistola y escaneó la habitación en busca de Alice.

Bill yacía en el suelo, con dos de los hombres de Chatham atándole las manos a la espalda. Alice se incorporaba, James caminó hacia ella, quitó el seguro de la pistola y la guardó en el bolsillo. Le tomó las manos. No vio sangre, pero...

—¿Está herida?

—No —su voz era baja. Aunque había aparentado calma, temblaba, y él la rodeó con los brazos. Ella apoyó la cabeza en su hombro mientras él la abrazaba. Menos mal que su distracción improvisada no la había lastimado.

Se sentía bien en sus brazos, donde pertenecía. A salvo. La tensión empezó a abandonarla y él volvió su atención a lo que ocurría a su alrededor.

David bajaba las escaleras, seguido por Lady Jesson.

¿Bajaban las escaleras?

—Me alegra ver que pudiste con este tú solo —dijo David, dándole una patada a Thompson con la punta del pie. Chatham había encontrado una cuerda y estaba atando al espía sin hacer caso a sus quejidos. Uno de los otros hombres arrojó un cubo de agua sobre las brasas del tapiz, sumando el olor a lana mojada al hedor de azufre y humo. James alzó la vista, la repisa de la chimenea y la pared estaban ennegrecidas, con marcas de quemaduras en el techo.

Su distracción había funcionado, pero fácilmente podría haber empeorado todo.

Alice permanecía a salvo en el círculo de los brazos de James, con las manos apoyadas en su pecho. Su cercanía sólida la calmaba, la calentaba por dentro mientras el zumbido en sus oídos comenzaba a desaparecer.

Después de la explosión, había visto a James forcejeando con Thompson, pero no había nada que ella pudiera hacer para ayudar. Sumner había desaparecido de la puerta y Bill había entrado tambaleándose, con un brazo torcido a la espalda por Chatham.

¿Cómo había pasado eso?

Ya no importaba. Estaba a salvo.

Más que a salvo. Satisfecha. Feliz, incluso, a pesar del hedor a pólvora y lana quemada, y de los sonidos de angustia que venían del piso de arriba.

—¿Alice? —Maria apareció a su lado, tomándole el brazo.

—Está bien —la voz de James resonó junto a su oído.

—Estoy… no estoy herida —Alice se apartó a regañadientes del abrazo de James. Aún no estaba del todo segura de sentirse bien—. ¿Y tú? ¿Los demás?

—El señor Sumner está consolando a su esposa —dijo Maria—. Al parecer, el bebé y la doncella llevan una hora en casa de un vecino. Chatham y David usaron a Tess como distracción y pusieron una escalera contra una ventana trasera para sacarlos. Cuando llegué arriba con la señora Sumner, ya estaban esperando.

Eso explicaba algunos de los crujidos que había oído, Chatham bajando sigilosamente para enfrentarse a Bill.

—Alice, lo siento mucho por haberte involucrado —Maria le puso una mano en el brazo—. Nunca pensé…

—Ya se acabó —dijo Alice—. Ninguna de las dos pensó que llegaría a esto.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Maria, mirando la pared ennegrecida.

—Una pequeña distracción —respondió James.

Alice tuvo que reprimir una risita ante la subestimación de James. Luego se llevó una mano a la boca, esa risita había sonado peligrosamente cerca del desmayo.

—Las explicaciones vendrán después —dijo James—. Alice… Usted y Lady Jesson deben regresar a la casa de retiro. David…

—Haré que traigan el landó —dijo Lord David, y se marchó.

—Cuatro de los mozos los acompañarán —añadió James—. Todos van armados. No creo que queden más espías, pero por favor, quédense dentro una vez que lleguen.

—No tendré ningún deseo de salir de la casa —dijo Alice con firmeza.

—Ni yo —Maria se estremeció.

—Iría con ustedes, pero debo asegurarme de que todo quede resuelto aquí.

—Estaremos bien —dijo Alice. Aunque lo que más deseaba era volver a sus brazos, sabía que tenía asuntos que atender.

* * *

Era ya avanzada la tarde cuando James fue conducido al salón de la casa de retiro. Para su alivio, encontró allí solo a Alice y Lady Jesson, que miraban por la ventana, ahora empañada por la lluvia que ocultaba el paisaje. Se giraron hacia él, y entonces Alice se sonrojó y sonrió.

—Informaré a su señoría que está aquí, milord —dijo el mayordomo.

—¡No! —James se aclaró la garganta—. Quiero decir, he venido a ver a... a Lady Jesson.

—¿Todo ha quedado resuelto? —preguntó Lady Jesson cuando el mayordomo se hubo marchado.

No era la razón principal de su visita, pero ambas merecían saber cómo estaban las cosas.

—En la medida de lo posible —respondió—. Thompson y su cómplice están heridos, pero no de gravedad como para impedirles viajar. Chatham ya ha partido hacia Londres con ellos, para que Marstone los interrogue en persona.

—¿Son los únicos implicados? —preguntó Alice.

—Chatham cree que sí, pero no es seguro. Sospecho que Marstone descubrirá más.

—¿Está bien la señora Sumner? —preguntó Lady Jesson—. Pobre mujer.

—Sumner la ha llevado a casa de su madre por unos días, mientras reparan su salón. Sumner… —Había resultado herido por el hecho de haber sido mantenido al margen del complot de espionaje —. Él… bueno, no fue…

—No le agradó descubrir que había sido sospechoso —sugirió Lady Jesson.

—No. Y es comprensible.

—Thompson… —dijo Lady Jesson—. ¿No se hizo más evidente al hacerse pasar por agente de seguros? Supongo que era solo una fachada.

—Eso imagino —dijo James—. Lo averiguaré, pero no me sorprendería que fuera un completo desconocido en los pueblos más alejados de aquí. En cuanto a pasar desapercibido… probablemente habría despertado más sospechas si se le hubiera visto por la zona sin un motivo claro. Visitar Woodley y Luncot puede que le permitiera reunir información sobre mis dos asistentes. Lo más probable es que se quedara con las cuotas que recolectaba.

—Entonces toda esa gente no ha estado asegurando su futuro, después de todo —dijo Alice.

—He enviado una nota con Chatham para que Marstone obtenga todos los detalles posibles sobre ese fraude y haga que su hombre de negocios lo investigue. Me aseguraré de que nadie pierda nada por ello.

—Muy generoso de su parte, Harlford —dijo Lady Jesson.

—La finca puede permitírselo —respondió, pero su mente ya no estaba en el asunto del espía.

La forma en que Alice se había refugiado en sus brazos esa tarde… ¿Significaba eso que lo aceptaría si volvía a pedirle que se casara con él?

Había venido a verla, a asegurarse de que ya no corría peligro, pero también para renovar su propuesta. Sin embargo, la manera lánguida en que estaba sentada, y las señales de tensión en su rostro, lo hicieron dudar. Si ella lo aceptaba, no quería que fuera por una decisión tomada estando agotada y aún afectada por lo que debía de haber sido una experiencia aterradora.

Mientras la miraba, Lady Jesson se puso de pie.

—Si me disculpa, Harlford, creo que sacaré a Tess a pasear.

Salió de la habitación antes de que él pudiera señalar que aún llovía. Pero era Lady Jesson, que lo notaba *todo*… y a la que nunca había visto salir sola a pasear con el perro.

—Nada sutil —dijo James—. Deseo hablar con usted a solas, Alice, pero no creo que ahora sea el mejor momento. ¿Me acompañaría a dar un paseo en carruaje mañana?

Ella alzó la vista, con ese encantador rubor tiñéndole las mejillas.

—Me gustaría mucho.

Capítulo 29

Alice examinaba distraídamente los setos de boj en el jardín de nudos cuando James apareció rodeando el lago desde el Castillo. Había conseguido comer unos panecillos con su café de la mañana, pero de pronto la comida le pesaba como plomo en el estómago. El tiempo estaba despejado, así que no había razón para que él no hubiera traído su faetón hasta la entrada principal para su paseo. ¿Había cambiado de idea?

Él cruzó la verja y se acercó a ella.

—Buenos días. Confío en que haya dormido bien —dijo, con el rostro serio… incluso preocupado.

—Sí, gracias.

—Lamento el cambio de planes, pero me pareció poco prudente pasear por el campo sin escolta hasta que Marstone se haya asegurado de que no hay más amenazas.

Le conmovió su preocupación. Pero ¿por qué parecía tan incómodo?

—¿Quiere pasear por los jardines conmigo? —Él le ofreció el brazo, y ella posó los dedos sobre él. Entonces, su otra mano descansó sobre la de ella, y las dudas comenzaron a disiparse mientras caminaban.

—Señorita Bryant… Alice. Yo… debo informarle que mi madre se mudará a una propiedad cerca de Brighton en unas semanas.

Alice asintió.

—Maria me lo mencionó, sí.

—Me preguntaba si su presencia había sido… —Se aclaró la garganta—. Es decir… creo que en estas últimas semanas hemos llegado a conocernos un poco mejor.

Un calor agradable creció en su interior, pero él continuó antes de que pudiera responder.

—Mis sentimientos hacia usted han cambiado. Se han profundizado, quiero decir, no… —Inspiró hondo—. No me di cuenta de cuánto hasta ayer, cuando estuvo en peligro. ¿Es muy precipitado

que renueve mi propuesta? Dije muchas cosas aquel día de las que me arrepiento…

—No.

Su brazo se tensó y se detuvo de golpe.

Cielo santo, ¿había entendido mal?

—Quiero decir, no, no es precipitado —soltó su mano y se quedó frente a él.

—Yo… Oh. Bien. Quiero decir… yo… usted… no espero que me ayude en mi trabajo, como dije antes. A menos que usted lo desee, claro. No lo desalentaría en absoluto. Pero puede que tenga… quiero que se sientas libre de…

—James —interrumpió ella con suavidad, y él calló—. Sí.

—¿Sí?

Quizás era algo atrevido de su parte, pero no podía dejar que él siguiera enredándose con las palabras.

—Si lo que está haciendo es pedirme que me case con usted, mi respuesta es sí.

Él pareció aturdido, y entonces su corazón dio un vuelco al verlo sonreír.

—Creo que ya lo había decidido antes de ayer —confesó ella—. Pero lo supe con certeza, en aquella cabaña, que lo amo y no podría soportar perderlo.

Extendió las manos y él las tomó. Luego hizo lo que ella había esperado: la atrajo hacia sus brazos. Esta vez no había consuelo, sino una chispa de emoción al sentir su cuerpo contra el de él.

—Yo también la amo, y haré todo lo posible por hacerla feliz —prometió—. Y por no decirle lo que puede o no puedes hacer.

—Hay una cosa que sí puede prohibirme, y lo haré encantada —dijo ella, sonriendo ante su expresión de sorpresa—. Puede prohibirme cualquier otra implicación con los asuntos de Lord Marstone.

—Olvide a Marstone —dijo él en voz baja.

Inclinó la cabeza hacia la de ella, y sus labios se encontraron. El beso fue suave al principio, pero cuando ella respondió al roce de su lengua en la comisura de los labios, él la estrechó aún más. O quizás fue ella quien lo atrajo, no estaba segura. Era una sensación nueva,

ese calor creciendo en su vientre mientras el beso se intensificaba y su mano en su espalda la acercaba más.

Se separaron al oír pasos sobre la grava. Jadeando, Alice se volvió y vio a Maria acercarse, con una sonrisa radiante.

—¿Debo felicitarlos?

—Así es —dijo James, tomando el brazo de Alice nuevamente.

—Su abuela estará encantada —dijo Maria, mirando hacia la casa —. Si quieren seguir paseando, quizá les convenga el bosque —añadió, señalando la arboleda que bordeaba el sendero del lago.

James echó un vistazo alrededor, celebrar el compromiso de Alice a la vista de la Casa Solariega quizá no había sido su mejor idea, pero no podía arrepentirse. Ni siquiera al ver el rubor de vergüenza en su rostro.

—Iré a ver a la abuela pronto —dijo cuando Lady Jesson estuvo fuera del alcance del oído, y luego se volvió hacia Alice—. Por mucho que desee retomar nuestras… actividades, hay asuntos prácticos que debemos discutir. ¿Paseamos?

Ella suspiró, pero le sonrió mientras tomaba su brazo y caminaban por el sendero, sus cuerpos más cerca que antes.

—¿Tú…? Quiero decir, ¿dónde nos casaremos?

—¿Quieres casarte en Londres?

No deseaba una boda a plena vista del ton en Hanover Square, pero la organizaría si eso era lo que ella quería.

—Preferiría casarme aquí, en la iglesia del pueblo.

—¿No es la casa de tu hermano?

Alice se detuvo, contemplando los prados.

—No. Este será mi hogar...la mayor parte del tiempo, creo —alzó el rostro hacia él, con una pregunta en los ojos.

—Eso espero, sí. Necesitaré pasar al menos parte de la temporada en la ciudad cada año si tomo mi escaño en la Cámara de los Lores, pero prefiero vivir aquí.

—Bien.

Tenía una sonrisa preciosa.

—La gente local...tus arrendatarios, los aldeanos...muchos dependen del Castillo. Sería bonito… no esconderse en la finca. Además, celebrar la boda aquí será más fácil para tu abuela.

Desvió su atención de sus labios.

—Lo sería, sí. Le disgustaría no asistir, y aunque no lo admitirá, un viaje a Londres o Wiltshire la dejaría agotada.

—También podrías hacer un banquete para el personal y los aldeanos.

—*Podríamos*…

Se detuvo y se volvió hacia ella.

—Alice, quiero que nuestra vida sea una verdadera sociedad.

—Yo… gracias. —Aún parecía insegura, con la mirada ahora puesta en el Castillo—. Hay una dama, Lady Harlford, que sin duda no estará contenta.

—Mamá. No, no estará complacida, pero no estará aquí.

Alice seguía con un leve ceño fruncido entre las cejas.

—También está tu cuñada, y todo el personal de la casa. Yo nunca…

—Arabella estará encantada de tener a otra mujer joven en la casa. Además, está preparada para dirigirla, aunque mamá nunca le cedió el control cuando mi hermano se casó. Estoy seguro de que te ayudará si lo necesitas, y la abuela también puede darte consejos. Además, una ama de llaves competente debería poder encargarse de todo sin demasiada supervisión. —Habría tiempo más adelante para preguntarle si deseaba supervisar las granjas—. Tendrás muchas oportunidades para tus propios intereses. O para los intereses del señor Eden.

La preocupación desapareció y ella sonrió, de verdad esta vez, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Puedo tener un invernadero nuevo?

No estaba seguro de si lo decía en serio, pero él sí lo estuvo al responder:

—Del tamaño que quieras. Considéralo tu regalo de bodas.

—¿En serio? Oh, gracias. —Su sonrisa se amplió, y tomó su brazo, girándolo para que siguieran por el sendero—. Hay muchas cosas que decidir o planear. Pero podemos tomarnos todo el tiempo que necesitemos.

—Así es.

—Imagino que habrá muchos árboles interesantes en el bosque.

Él soltó una carcajada: por su expresión recatada, en la que no creyó ni por un instante; por saber que se casaría con una mujer que lo deseaba tanto como él a ella. Sospechaba, esperaba, que estudiarían mucho la naturaleza, de una forma u otra, en los años por venir.

Un año después

A primera vista, el nuevo edificio junto al muro exterior del huerto parecía una mezcla aleatoria de andamios y materiales de construcción, pero James podía percibir orden en el caos. La estructura en sí ya estaba terminada, y los obreros colocaban los últimos cristales en la larga pared sur. Las pilas de piedra sobrante se convertirían en bordes para bancales elevados de hortalizas, o eso le había dicho Alice, y no les llevaría mucho a los obreros retirar el resto de sus herramientas y andamios.

Dentro, todo estaba considerablemente más organizado. Alice estaba sentada en una silla dirigiendo a los lacayos sobre dónde colocar los pesados bancos que se usarían para sostener bandejas de semilleros e hileras de macetas. Tess yacía en el suelo junto a ella. El animal había sido un regalo de bodas de Chatham, quien había decidido que sería más feliz viviendo en el campo, y que él se buscaría un perro más pequeño.

James se giró para observar el interior del edificio. El suelo de losas de piedra había sido barrido, y varias doncellas del castillo se afanaban limpiando las ventanas.

—Está quedando bien —dijo, deteniéndose junto a Alice y dándole un apretón en el hombro—. ¿Las tuberías ya están calientes?

El edificio era largo pero estrecho, con una serie de tuberías a lo largo de la pared trasera. James apoyó la mano con cautela sobre una de ellas: tibia, pero no caliente.

—Lo bastante tibia como para demostrar que la caldera funciona —dijo Alice—. No debería necesitar la calefacción hasta el otoño.

—Ya se siente como un invernadero —comentó James, pasándose un dedo por dentro del pañuelo de cuello—. ¿Y la pequeña? Este calor no puede ser bueno ni para ti ni para ella.

—Ella —Alice se dio una palmadita en el vientre abultado—. Pero tienes razón con el calor. Puedo enviar a Griffiths a supervisar el resto.

—¿Entonces estás contenta con tu regalo de bodas?

Ella sonrió mientras él la ayudaba a levantarse de la silla, ya se movía con torpeza, aunque para él seguía siendo tan hermosa como siempre.

—¿Cómo no habría de estarlo?

Y él se alegró por ello. Había pasado semanas trabajando en los planos, escribiendo cartas como el señor Eden para pedir consejos a otros horticultores, haciendo y rehaciendo dibujos, consultando con Griffiths, hasta que finalizó todos los detalles. Éste era su dominio, dedicado a plantas experimentales, dejando el invernadero anterior a cargo de Griffiths para las frutas y hortalizas que se necesitaban en el castillo. Esperaba que no pasara *demasiado* tiempo aquí sin él, aunque tal vez podrían llevar a cabo juntos algunas investigaciones químicas relacionadas con la agricultura.

Alice tomó su brazo, sorprendida cuando él se dirigió hacia el extremo este del edificio en lugar de hacia la puerta del huerto. Ese extremo del invernadero estaba separado por una pared para formar una pequeña oficina, ya amueblada con un escritorio, estantes para los libros de registro y un banco bajo la ventana donde ella usaría su microscopio.

Se detuvo al entrar. Había una tetera, tazas y platos con pasteles dispuestos sobre el escritorio, y una silla adicional preparada.

Su rostro se sonrojó ligeramente.

—Hoy hace exactamente un año que tomamos té y pasteles en el invernadero de Griffiths.

Se sintió conmovida, no solo porque él recordara algo de una época en la que apenas se conocían, sino porque hubiera pensado en repetirlo.

—Gracias, James. Es un detalle precioso.

Él le sostuvo la silla y sirvió el té. Inclinarse sobre las mesas empezaba a resultarle difícil, y agradecía que pronto nacería el bebé y podría volver a sentarse y levantarse con normalidad.

El tiempo desde su boda había sido idílico. Se habían ido a la finca de James en Northumberland como viaje de bodas. James le había prometido castillos, playas y colinas cubiertas de brezo, pero lo que más valoraba ella era el tiempo que habían pasado a solas. Tiempo sin las distracciones del hogar.

—Por estas fechas el año que viene, estarás espantando pretendientes que quieran la mano de Lucy —dijo Alice, y rio al ver el gesto de fastidio de él.

Lucy había madurado mucho en el último año, en gran parte gracias a la ausencia de su madre. Sin Cassandra mirándolos por encima del hombro, la nobleza local se mostraba más dispuesta a visitarlos y traer a sus hijos e hijas, e invitar a Lucy a devolver las visitas.

—Sin mencionar que tendré que evitar que mamá la case con alguien elegido solo por su título —dijo James—. Cuento con Maria y David para que me ayuden con eso.

También sería el debut de Alice en sociedad, como marquesa. Para entonces, esperaba que cualquier chisme que hubiera causado su matrimonio ya se hubiera olvidado.

Pero esos problemas, si es que llegaban a serlo, aún quedaban lejos. Antes de eso, habría un niño. James insistía en que sería un varón; ella proclamaba que sería una niña. Pero a ninguno le importaba, con el favor del Cielo, vendrían más después.

Notas históricas

Cohetes

He alterado la historia aquí con el fin de darle a James algo interesante que investigar.

Los cohetes para uso en el campo de batalla o en embarcaciones navales fueron diseñados por Sir William Congreve en 1804, es decir, aproximadamente una década después de los hechos de esta historia. *Estaban* basados en los cohetes utilizados contra los británicos en la India, como dijo James. La investigación y el desarrollo tuvieron lugar en el laboratorio del Arsenal de Woolwich.

Lavoisier

Antoine Lavoisier fue un científico real (aunque ese término no se usaba en la época), y lo que James dice sobre él en la historia es correcto. Algunos de ustedes quizá recuerden haber aprendido sobre su trabajo en las teorías de la combustión y otros temas científicos en clases de ciencias. Su esposa lo ayudó en su labor como asistente de laboratorio. Participaba tomando notas y haciendo diagramas precisos de sus aparatos, además de traducir obras científicas de otros idiomas para que él pudiera mantenerse al tanto de los nuevos avances, una tarea que requería un considerable conocimiento científico. También fue responsable de publicar gran parte de su trabajo tras su muerte.

Calendario Republicano Francés

La nota críptica que recibe James al comienzo de la historia menciona Germinal, el nombre de uno de los meses del Calendario Republicano Francés. Este calendario estuvo en uso desde 1793

hasta 1805, y comenzaba en el "Año 1". Si observas láminas de moda francesas de la época, es posible que veas anotaciones como "An.1" o similares: se trata de años en el Calendario Republicano.

En cierto modo, es una lástima que ya no se use, porque me gustan mucho los nombres de los meses. Por ejemplo, los meses de primavera son Germinal (de la palabra francesa para "germinación", comienza en marzo), Floréal (flor, comienza en abril) y Prairial (pradera, comienza en mayo). Otros meses se traducen libremente como cosecha, calor de verano, fruta, vendimia, niebla, escarcha, nevado, lluvioso y ventoso. ¡Son mucho más descriptivos que los nombres que usamos hoy!

The Pot and Pine Apple

Puede que conozcas más este establecimiento como Gunter's, pero se llamaba The Pot and Pine Apple hasta que cambió de propietario en 1799.

Clasificación de Linneo

Para las verdaderas mujeres de la ilustración (¡como yo!):

Los nombres en latín que Alice mencionó en el museo eran las clasificaciones de la época. A medida que el conocimiento de la biología y la genética ha avanzado, los científicos han encontrado vínculos entre diferentes especies que no eran evidentes a partir de sus características físicas, y las agrupaciones biológicas han sido modificadas.

Las golondrinas siguen siendo *Hirundo rustica*, pero los vencejos comunes ahora son *Apus apus* en lugar de *Hirundo apus*, y los martinetes comunes son Delichon urbica en lugar de *Hirundo urbica*.

Nota final

Gracias por leer *La cuarta marquesa*. Espero que lo hayas disfrutado. Si puedes dedicar unos minutos, ¿podrías dejar una reseña donde compraste este libro o en Goodreads? Solo necesitas escribir unas pocas palabras.

* * *

Únete a mi lista de correo para recibir boletines ocasionales, con detalles sobre nuevos lanzamientos, ofertas especiales y recomendaciones de lectura ocasionales. Regístrate a través de la página de contacto en mi sitio web:

www.jaynedavisromance.co.uk.

Prometo no bombardearte con correos electrónicos. Mi sitio web también tiene detalles sobre libros próximos, así como enlaces a mis páginas deFacebook y Pinterest.